AM/561

NARRACIONES DE LA ETERNIDAD.

64.554

Reg. nº 5054

NARRACIONES

DE

LA ETERNIDAD

ESTUDIO SOBRE LA VIDA DE ULTRATUMBA,
SEGUN LOS PRINCIPIOS DE LA FILOSOFÍA NATURAL, EN CONTESTACION Á LA OBRA
«NARRACIONES DEL INFINITO,» «LUMEN,»

DE MR. FLAMMARION.

POR EL DOCTOR

DON NICETO ALONSO PERUJO,

PRESBÍTERO.

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA STA. IGLESIA METROPOLITANA
DE VALENCIA.

MADRID.
IMPRENTA Y LIBRERIA DE J. GASPAR, EDITOR.
3, MONTERA, 3.
1882.

R-75130

CENSURA ECLESIÁSTICA.

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Habiendo merecido de V. E. I. la honrosa comision de emitir dictámen y censura acerca de la obra que se propone publicar el M. I. Sr. Dr. D. Niceto Alonso Perujo, Canónigo Doctoral de esta Santa Metropolitana Iglesia, con el título de *Narraciones de la Eternidad*, tengo el deber de manifestarle: Que, para los que hayan leido las últimas obras del ilustrado Sr. Perujo, principalmente *La Pluralidad de Mundos habitados* y *La Pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun*, el libro que hoy se propone dar á luz no carecerá de interés, así para los católicos, como para los racionalistas y semi-racionalistas. El Sr. Perujo se propone por una parte ampliar muchos puntos que ligeramente tocó en sus ya citadas obras, aclarando otros que parecen algo difíciles, y por otra hacer comprender á los que de racionalistas se precian, todo lo que la razon puede por sí sola discurrir con algun fundamento acerca de la vida futura, segun los principios de la filosofía natural, y prescindiendo de toda doctrina revelada.

El estudioso Doctoral, aprovechando la aficion que parece renacer en estos tiempos hácia los estudios metafísicos, aspira á ganar la causa de la verdad con el auxilio de la razon libre; es decir, con las mismas armas que emplean los que defienden el error. Para llegar á este fin, examina, conforme á las ideas anteriormente expuestas sobre la pluralidad de mundos y de existencias, el último libro de Flammarion, titulado *Narraciones del Infinito: Lúmen*. Obra, sin duda, la mas fantástica y caprichosa, como tambien la mas escéntrica y estravagante que ha salido de su pluma, pues en ella reproduce Flammarion los errores cien veces refutados de los antiguos partidarios de la Metempsícosis, que hoy creen tambien algunos espiritistas, como si pudiera darse una doctrina mas racional y mas consoladora que la de los católicos, que afirmamos una sola vida para el alma, que es responsable, que es activa, que es, en fin, inmortal.

La obra, por consiguiente, vá dirigida principalmente contra los racionalistas y semi-racionalistas, que tienen la desgracia de no creer la verdadera doctrina católica acerca de la vida futura, porque esta enseñanza, tan sublime como consoladora, se les ofrece en nombre de la Iglesia; ellos que, al propio tiempo, no sienten repugnancia en aceptar como buenas y defender como verdaderas las doctrinas mas absurdas, que se les ofrecen en nombre de la razon, verificándose aquí

el dicho de aquel sábio: «¡que no hay hombres mas crédulos que los incrédulos!!» ¡Cuánta obcecacion y miseria! ¡Como si Dios no fuese el autor de la revelacion y la razon! ¡Como si la recta razon en sus legítimas deducciones se opusiese en algo á lo que enseña la fé! ¡Como si no fuese cierto el axioma de Bacon: «¡Mucha filosofía, á Dios conduce; poca filosofía, de Dios aparta!»

Escusado es advertir, que el docto Sr. Perujo, no perdiendo nunca de vista lo delicado del asunto, ha desarrollado perfectamente el pensamiento que se proponia, y sin rebasar los límites de la razon, presenta á sus lectores un cuerpo de doctrina puramente filosófica acerca de la vida futura, dejando, empero, siempre á salvo la verdad revelada con todos sus esplendores y magnificencias, abarcando en solas seis narraciones las cuestiones mas importantes, relativas al alma y á la vida eterna, y demostrando, en fin, hasta la evidencia, que los católicos sabemos hacer mejor y mas provechoso uso de la razon, que los que, con el pomposo título de racionalistas, desconocen, muchas veces por apasionamiento, la verdad filosófica, que con frecuencia reemplazan con los mas detestables sofismas.

Por todo lo expuesto, y porque no encuentro nada que se oponga al dogma y moral católicos, opino humildemente que puede darse al autor el permiso que solicita. Salvo siempre el superior parecer de V. E. I., cuya vida guarde Dios muchos años.—Valencia 27 de Setiembre de 1881.—Baltasar Palmero.—Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Valencia.

Valencia 27 de Setiembre de 1881.

Vista la anterior favorable censura, de la cual aparece que la obra nada contiene contra la fé católica ni la moral cristiana, damos nuestro permiso para que se dé á la estampa.

El Arzobispo.

NOS EL DR. D. JULIAN DE PANDO Y LOPEZ, *Presbítero, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Visitador y Vicario, Juez Eclesiástico de esta M. H. villa de Madrid y su partido.*

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse la obra titulada *Narraciones de la Eternidad*, escrita por el M. I. Sr. D. Niceto Alonso Perujo, Canónigo Doctoral de la Santa Iglesia Metropolitana de Valencia, mediante que ha sido examinada de órden del Excmo. Sr. Arzobispo de dicha diócesis, y concedido por el mismo señor su permiso para darla á la estampa.—Madrid treinta de Setiembre de mil ochocientos ochenta y uno.

Dr. Pando.

Por mandado de S. E. I.,

Ldo., Juan Moreno Gonzalez.

NARRACIONES DE LA ETERNIDAD.

INTRODUCCION.

La pluralidad de mundos y la pluralidad de existencias.—Reseña de la obra, «Lúmen,» por Mr. Flammarion.—Objeto de la presente obra.—Razon de su método.

I.

Para los que hayan leido mis obritas, *La pluralidad de mundos habitados*, y *La pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun*, este libro no carecerá de interés: si son católicos, porque verán ampliados muchos puntos que allí solo se tocaron ligeramente, y aclarados otros que parecen algo difíciles: si son racionalistas, porque verán todo lo que la razon mas avanzada puede por sí sola discurrir con algun fundamento acerca de la vida futura, segun los principios de la filosofía natural, prescindiendo de toda doctrina revelada. Con los primeros, afirmamos esta doctrina como absolutamente verdadera, fuente de todo lo que podemos saber con certeza ó congeturar con probabilidad acerca de nuestro destino; y al prescindir de ella, la dejamos por bien demostrada é indiscutible. Con los segundos supondremos que la doctrina revelada solo tiene el valor

que cualquiera otra doctrina filosófica, y no la tomaremos como punto de partida de nuestras investigaciones, sino á lo sumo algunas veces la llamaremos como auxiliar.

Este método nos permitirá avanzar con toda libertad en nuestras hipótesis, sea para desechar las unas, sea para robustecer las otras con los mas sólidos argumentos de la razon.

Además nos proporciona otra ventaja. Para los primeros tenemos la seguridad de no separarnos un punto de la fé: para los segundos abrigamos la esperanza de acercarnos todo lo posible á la verdad.

Ante todo, y para fijar el punto de partida, conviene recordar que considero la pluralidad de mundos habitados como una verdad perfectamente demostrada, mejor demostrada que algunas otras generalmente aceptadas sin discusion; y tambien perfectamente compatible con todas las verdades de la doctrina católica. Se puede ser un buen creyente, un perfecto católico, y defender que los astros están actualmente habitados por séres racionales, semejantes á nosotros, no precisamente en cuanto al organismo corpóreo y configuracion externa, (pues probablemente hay una infinita diversidad de humanidades en los diversos mundos), sino en el sentido de que son sustancias espirituales unidas á un cuerpo, en armonía con las condiciones de su respectivo mundo, para sus actos y operaciones exteriores. Me lisongeo haber establecido esta verdad en su verdadero sentido, sobre bases sólidas y con argumentos numerosos y claros, y haber demostrado además contra los incrédulos que no se opone en manera alguna á los dogmas de nuestra santa religion.

Cuando se publicó mi libro, algunos rancios teologastros de los que viven todavia en el siglo XIII, sin haberlo leido y solo por la noticia de su contenido, se encogieron

de hombros con una sonrisa compasiva, dignándose aplaudir el ingenio, como hubieran aplaudido las sutiles paradojas del P. Fuentelapeña en *El Ente dilucidado*, pero dudando del sano juicio del autor, y lamentando que hubiera perdido en eso un tiempo precioso. (Sin embargo el autor habia ya tocado en diversas obras los mas interesantes puntos de la controversia católica, y la obra que entonces daba á luz no era otra cosa que la continuacion de una larga polémica que habia sostenido *solo* contra los espiritistas.) Otros que no olvidan que estamos en el siglo XIX, concedieron que la pluralidad de mundos es una hipotésis grandiosa, interesante para refutar muchos errores modernos que se fundan en ella, pero sobre cuya verdad jamás podrá decirse nada con certeza. Al lado de éstos, algunos otros mas pusilánimes, y recelando no sé qué imaginarios peligros de heterodoxia, me preguntaban con la mayor candidez, si efectivamente yo estaba convencido de lo que habia escrito, y me abrumaban con observaciones impertinentes: como si un escritor, que estime su decoro, pudiera escribir algo contra sus convicciones. Otros muchos en fin, distinguidos y notables por mil títulos, me felicitaron cordialmente, tributando á mi humilde libro elogios que seguramente no merece, sino en el juicio de tan bondadosos censores: y conservo con aprecio y gratitud numerosas y lisongeras cartas, que fuera del inmerecido favor que me hacen, considero como la mas preciosa recompensa de mi trabajo, y el mas eficaz estímulo para proseguir mi camino.

En cuanto á los adversarios, no ocultaron su sorpresa de que yo penetrase tan atrevidamente en su campo: y en varias revistas y periódicos emitieron sobre mi libro juicios mas ó menos imparciales ó apasionados. Unos con cierta malignidad trataron de presentarme en contradiccion

con las opiniones comunes del clero, haciendo notar que me apartaba de los caminos trillados de la teología; otros batieron palmas creyendo que me pasaba á ellos con armas y bagajes, ó al menos que les hacia importantes concesiones: algunos mas astutos intentaron desvanecerme con desmedidas alabanzas, haciendo sonar en mis oidos los fascinadores cantares de la sirena, y lamentando que mi talento, (segun ellos decian,) estuviera lastimosamente oprimido y encerrado dentro del estrecho círculo del dogma. Uno de ellos, mas franco ó menos sufrido, «que no sospechaba que un católico, apostólico, romano, se declarase partidario de tan grandiosa hipótesis,» tuvo la ocurrencia de escribir un libro contra el mio, intentando refutarle capítulo por capítulo, y aún periodo por periodo (1). Este libro es una série de negaciones sistemáticas de todas las verdades que yo afirmo, ó de afirmaciones de todos los errores que yo repruebo. Su extrañeza principalmente consistia en que admitiendo yo la pluralidad de mundos, rechazo su lógica consecuencia, dice, la pluralidad de existencias. El libro quedó contestado con la obra que publiqué algun tiempo despues, contra los errores de Mr. Pezzani, continuador de Flammarion, que es quien con mas empeño ha defendido la pluralidad de existencias del alma, empleando todos los argumentos, ó mejor dicho, sofismas que ha podido hallar. Si el señor Feliu lo ha leido, como supongo, creo que habrá cesado su estrañeza.

A los unos pues, y á los otros, á los amigos que compadecen, á los que dudan, y á los que aplauden, y á los adversarios que censuran, que esperan, que adulan ó se extrañan, me creo en el deber de repetirles formalmente, que lo que digo acerca de la habitacion de los mundos, es

(1) *Observaciones á la obra «La pluralidad de mundos habitados ante la fé católica, del señor Perujo,»* por don Jaime Feliu.

la expresion exacta de mis mas profundas convicciones filosóficas; y que estoy tan persuadido de su verdad, que desde luego la siento como premisa fecunda en consecuencias teológicas y filosóficas acerca de muchos puntos relativos á la vida futura.

Voy á exponer sumariamente mis principales razones. Medítenlas despacio los lectores, y tal vez dentro de poco, muchos de ellos pensarán como yo.

Es preciso desde luego hacer un esfuerzo de imaginacion, para comprender debidamente las que son hoy verdades indudables de la astronomía: la magnitud y naturaleza de los cuerpos celestes. Esos puntos brillantes que en una noche serena centellean en el azulado cielo, como chispas de la luz eterna, no son lo que parecen á primera vista; son globos colosales, casi todos mas grandes y voluminosos que la misma Tierra. Esta sola consideracion nos mueve ya á creer que son la morada de la vida, y no silenciosas y eternas soledades, rodando por el vacío: pues solo un espíritu estrecho y egoista podria concebir que esos inmensos astros solo fuesen informes masas de materia inanimada, moles enormes sin vida y sin movimiento, y regiones enteramente solitarias y desnudas, imágen espantosa de la desolacion. Sus vastas y dilatadas llanuras, sus extensos y accidentados valles, sus empinadas montañas, sus inmensos campos ¿serian presa de la mas horrible esterilidad, sin haber en ellos planta ni animal alguno, sin haber en ellos arboledas y bosques en donde murmurasen las brisas ó bramasen los vientos, sin que allí resonasen los trinos de las aves, sin que, en una palabra, allí se elevasen esos ecos vivientes, esos rumores incesantes y solemnes que forman en la Tierra el concierto armonioso de la creacion? ¿La magnificencia con que Dios ha enriquecido aquellas resplandecientes esferas habria

sido concedida á regiones enteramente desiertas y áridas, en donde las solas rocas habrian de contemplarse eternamente en un tétrico silencio? ¡Espectáculo horrendo en su inmensa inmutabilidad, y mas incomprensible que si la muerte furiosa, pasando sobre la Tierra, destrúyese de un solo golpe á la poblacion viviente que se mueve en su superficie, envolviendo así en una eterna ruina á todos los hijos de la vida, y dejando rodar á la Tierra en el espacio como un cadáver en una eterna tumba!

Pero no solo eso. Aquellos gigantescos globos, tan importantes y mas que la Tierra por su magnitud, son muy semejantes á ésta por su materia, se hallan regidos por las mismas leyes físicas, y sugetos á las mismas influencias y combinaciones químicas; y algunos no solo la igualan, sino que tambien la superan en favorables condiciones de habitabilidad. Es de creer por lo tanto, que tambien están habitados y poblados como ésta. Allí el calor, la luz y la electricidad obran sobre elementos iguales á los terrestres, como lo prueba el análisis espectral: ellos están dotados de una atmósfera protectora, en la cual se verifican idénticos fenómenos, y que desempeña para ellos los mismos oficios que la nuestra. Sus nubes, amontonándose por la accion de los vientos, derraman copiosas lluvias sobre sus altas montañas, desde las cuales se precipitan en rápidos y caudalosos rios hácia sus hondos valles, ocupados por los mares. En algunos planetas, como Vénus, la altura y densidad de su atmósfera permite distinguir con un buen telescopio los fenómenos crepusculares del alba y la declinacion del dia. En los polos de Marte se ven nieves deslumbradoras, y mas cerca de su ecuador, cuando las nubes de este planeta no varían su cielo, se distinguen perfectamente los continentes y los mares. La sucesion de los dias y las noches, y el cambio de estaciones, que tienen la ma-

yor influencia sobre la habitabilidad de los planetas, se realiza en ellos de una manera uniforme y constante: y en fin casi todos ellos están dotados de satélites ó lunas, semejantes á la nuestra, que iluminan sus noches con la mayor esplendidez. Pues bien, las mismas causas producen idénticos efectos, y sabiendo que los planetas son iguales á la Tierra, es lógico y razonable admitir su habitacion.

La existencia de todas las cosas tiene su objeto y su fin bien determinado en el universo, y nada hay en la naturaleza sin una razon suficiente: y puesto que la Tierra está habitada, podemos afirmar lo mismo de todos los mundos en donde veamos idénticas condiciones de habitabilidad. La naturaleza es tan fecunda, prodiga y multiplica la vida con tal abundancia, que el mas pequeño espacio de materia, cuando reune las condiciones favorables, no queda sin servir de morada á séres vivientes. ¿Y podríamos creer que fuera de la Tierra, todas las colosales esferas del espacio no estuvieran comprendidas en la misma ley, ó que la naturaleza en ellos careciera de su admirable fecundidad? ¿Para quién se sucederian en los planetas los dias y las noches, los años y las estaciones? ¿A quién alumbrarian las cuatro lunas de Júpiter, y las ocho de Saturno? ¿Para quién son las transparentes atmósferas de los planetas, que los protegen, al par que producen los fenómenos meteóricos, y despliegan las bellezas mas encantadoras en su aurora y en su crepúsculo? ¿Para quién las nubes que se levantan sobre su suelo, y dejan caer la lluvia bienhechora sobre sus dilatadas campiñas? ¿Cuál es el objeto de sus vastos mares, de sus rios caudalosos, y de sus elevadas montañas? ¿Por qué no habia de germinar la vida en la superficie de esos mundos, que gozan como el nuestro, de los beneficios de la naturaleza, y que reciben como él, los rayos fecundantes del mismo Sol?

La vida domina como soberana en todos los lugares que conocemos, se estiende poderosa por todas partes, invade lozana todos los lugares, se propaga exhuberante y robusta aún en los sitios que parecen mas incompatibles con ella, y se multiplica con variedad asombrosa en miles y millones de existencias, sin que ni el calor, ni el frio, ni la oscuridad mas profunda, sean un obstáculo á su difusion. Ella ha establecido su imperio lo mismo en los climas ardientes de la línea ecuatorial, y en las fuentes abrasadoras de los terrenos volcánicos, que en las oscuras profundidades del Océano, bajo la presion enorme de sesenta atmósferas, así como en las ateridas regiones del polo y en los mares helados del círculo polar, sin que nada pueda impedir el desarrollo de la vida vegetal y animal. La muerte no existe en la naturaleza: la muerte misma de los individuos, no es otra cosa que la manifestacion de la vida bajo una forma nueva. ¿Y ésta superabundancia de vida, habia de haberse ostentado solamente en la Tierra? No; levantemos nuestros pensamientos como verdaderos filósofos, y reconozcamos que sobre esos mundos desconocidos, que contemplamos en nuestras noches serenas, millares de séres, infinidad de existencies, palpitan y se mueven bajo la mano creadora de la vida universal.

«Los dominios del Criador, decimos en *La Pluralidad de mundos*, no deben ser dominios de muerte, sino el imperio de la vida; no deben ser desiertos silenciosos y vastas soledades, sino la residencia de séres vivientes que cumplen sobre ellos su destino. Las obras mas bellas y prodigiosas de su infinita sabiduría, no deben ser masas inertes y áridas que se pasean desconocidas por el espacio con un órden mecánico, como colosales autómatas, sino la morada de criaturas inteligentes, que le tributan el homenaje libre de su reconocimiento; y desde todos los globos celestes de-

ben elevarse hasta el trono del Eterno, formando un coro universal y armónico, fervientes adoraciones.»

«Si pereciese de repente la humanidad terrestre, si la Tierra misma fuese aniquilada por un horroroso cataclismo, esto pasaria desapercibido por completo en el universo, como si pereciese solamente un grano de arena. ¡Tan poco significamos en él, mal que pese á nuestra vanidad! Y entonces ¿quedaría el universo sin voz alguna que alabase al Señor? ¿Con que Dios solo es conocido y honrado en un átomo de su creacion? ¿En tan estrechos límites habian de encerrarse su gloria externa, las maravillas de su gracia, y las comunicaciones de su bondad? ¡Cuán absurdo fuera pensar que si desapareciéramos de la escena de este vasto universo, quedaría todo desanimado y solitario como un conjunto de cuerpos inertes privados de vida y de luz! Si el hombre fuera la única criatura racional, casi toda la creacion permaneceria eternamente desconocida: y no se explica la creacion, no habiendo criaturas inteligentes para admirarla.

Si la Tierra por la multitud y diversidad de los séres que la pueblan nos hace formar tan sublime idea de Dios, es preciso admitir que igualmente Dios no es desconocido en esos inmensos globos, mayores que ella, que su mano ha sembrado en el espacio con tanta abundancia como el labrador siembra el trigo en sus campos. Esta gloria de Dios no debe faltar en ningun tiempo y en ningun lugar, supuesta la creacion. Luego se realiza fuera de la Tierra en los innumerables mundos que forman aquella. Habitan pues en ellos criaturas inteligentes que conocen al Criador.

No parece propio de la sabiduría divina, que habiendo producido tanta multitud de criaturas materiales, hubiese tan pocas criaturas racionales que son las mas perfectas de sus obras, y éstas reducidas solamente á la Tierra. No pa-

rece propio que, exceptuando este pequeño rincon, toda la creacion fuese solamente materia. Una creacion puramente material seria el mas incomprensible de los misterios, y no valdria la pena de su variedad y de su magnificencia. Pero cuando se reflexiona que la materia ha sido hecha para el espíritu, cuando se considera como el asiento de la vida, y como la servidora de la inteligencia, la creacion se engrandece á nuestros ojos, se reviste de una claridad deslumbradora, desaparece la dificultad de su existencia, y se comprende la extension ilimitada que Dios la ha dado. *Cæli enarrant gloriam Dei.*

Esta gloria la recibe principalmente de las criaturas racionales, y por eso Dios se complace en ellas de un modo especial: y una sola criatura inteligente es á sus ojos mucho mas preciosa que el mas refulgente de los soles. Esta nobleza de las criaturas racionales, y la complacencia con que Dios las mira, es otra fuerte razon para creer que las ha multiplicado en todos los orbes que ruedan por el cielo.

Por otra parte la bondad divina, que es la razon que Dios tuvo para producir entes distintos de él, esta bondad inagotable que se comunica porque quiere, que sale de sí misma y se difunde á todo lo que existe, que en el cielo ha producido las inteligencias angélicas á millares de millares, y en la Tierra ha criado al hombre, y despues le ha redimido, ¿habia de haber permanecido ociosa sobre los innumerables globos que nos revelan su existencia por su simpático resplandor? Entre toda la creacion material, ¿se habia de haber limitado la liberalidad divina á sola la Tierra, que es uno de los mas pequeños mundos salidos de su diestra?

Por último no habria cosa mas absurda que suponer que Dios habia realizado sobre la tierra todos los tipos que viven desde la eternidad en su mente divina: y tambien

seria poco fundado el suponer que entre la infinidad de aquellos tipos habia querido poner en acto algunos pocos solamente sobre la Tierra, dejando á todos los orbes reducidos á eternas soledades, ó que habiendo realizado en nuestro globo tan prodigiosa variedad de existencias, no se hubiera complacido en hacer lo mismo en otros lugares de sus vastos estados. Sí: la fecundidad divina que ha producido los soles en el cielo en tanto número como las flores sobre la Tierra, que nos ha dejado entrever por el telescopio la inmensidad de su obra, no ha permanecido inactiva en las regiones sin límites del espacio, sino que las ha poblado de séres vivientes, que representen cada uno en su género una idea de su inteligencia soberana.

Estas razones, y otras muchas que omitimos por la brevedad, nos autorizan á decir con Sir David Brewster: *Hay muchos mundos; esta es la creencia del filósofo y la esperanza del cristiano.*

II.

Lo contrario debemos creer y afirmar respecto á la pluralidad de existencias del alma.

Tanto como la pluralidad de mundos es una opinion razonable y bien fundada que produce en el ánimo una persuasion íntima y una conviccion profunda, otro tanto la pluralidad de existencias que no tiene á su favor prueba alguna, y antes bien se opone á todos los criterios de certeza, nos parece disparatada y absurda. No son «dos términos que se completan y se iluminan mútuamente,»

como pretenden Flammarion y Pezzani, ni la segunda es una consecuencia lógica de la primera, sino que no hay ni puede haber entre ellas la mas mínima relacion, como no la hay entre la verdad y el error. Es en efecto no comprender aquella grandiosa hipótesis, desfigurarla con los caprichos de la imaginacion, y enlazar arbitrariamente una sucesion de vidas que habrian de tener lugar en un tiempo futuro, con el número sin número de los astros mas importantes que la Tierra, y habitados en la actualidad. Las humanidades de los astros son, sin duda alguna, creaciones independientes, aisladas en el espacio, que nada tienen de comun con nuestro mundo, á no ser su destino último, propio de las criaturas inteligentes é inmortales. Son ideas que pueden concebirse separadamente, y aún cuando las dos fuesen igualmente verdaderas, no podria deducirse la una de otra, ni servirse mútuamente de demostracion. Sin haber mas que un solo mundo, podria darse pluralidad de existencias, repitiéndose éstas sobre la Tierra, como creyeron los antiguos partidarios de la metempsícosis, y creen hoy algunos espiritistas. Por el contrario habiendo muchos mundos, no hay mas que una sola existencia terrestre, continuada despues de la muerte para el alma por toda la eternidad.

Sin mas que colocar así la cuestion, se vé que la pluralidad de existencias es un desvarío. Ante todo es una cosa evidente que el hombre está compuesto de dos sustancias, el cuerpo y el alma, y que la union de estas dos sustancias forma una *persona*. Pero lo que constituye la persona humana no es el cuerpo solo ni el alma sola, ninguno de los cuales separadamente forma la naturaleza humana íntegra, sino el compuesto de entrambos, en calidad de positivamente actuado por la subsistencia en si mismo. Cuando la muerte separa estos dos elementos constitutivos del hom-

bre, perece el cuerpo, y se disuelve temporalmente la personalidad, pero no perece su principio activo que tiene su asiento en el alma. Luego el alma subsistente en sí, mientras no viva unida á su propio cuerpo, con el cual forma *una* persona humana, con el cual es una *unidad*, un *yo*, debe estar perpétuamente separada de todo otro organismo corpóreo, que le seria completamente extraño: y por lo tanto repugna á la naturaleza del alma, multiplicar sus existencias en otros mundos con otros cuerpos.

Ella es *inmortal*: lo cual significa que en toda la duracion de los siglos permanece idéntica á sí misma, y conserva la unidad del propio sér. Si la inmortalidad supone la persistencia del sér, claro es que no debe sufrir interrupciones, estar sujeta á vidas, mudanzas, renacimientos y muertes, sino constituir un *estado* permanente. Es pues, de todo punto incompatible el estado de vida perpétua con los cambios necesarios que llevarian consigo las encarnaciones sucesivas del alma en organismos nuevos. Su naturaleza no permite ulteriores desarrollos para completarse en la subsistencia personal; porque ¿se concibe acaso desarrollo mas completo de vida que una existencia simple é inmortal?

Si de aquí pasamos al estudio de las facultades y operaciones del alma, nos convenceremos mas de cuán absurdo es el error que combatimos. Si el alma ha de repetir nuevas existencias sobre los astros, es lógico suponer que ha tenido ya otras existencias antes de esta. Pero esto contradice abiertamente á la evidencia. Es un hecho indiscutible que ninguno absolutamente de los mortales tiene la menor idea, ni afeccion, ni recuerdo de una supuesta existencia pasada, ni la mas vaga reminiscencia, ni siquiera la conciencia del propio sér. Todo hombre de sano juicio no necesita otras pruebas que esta voz enérgica de su sentido

íntimo, para rechazar y despreciar la quimera de la preexistencia. Si hubiéramos vivido antes de ahora, nuestra alma cuya esencia es entender y querer, y que en el curso de la vida al ejercer sus facultades, las vá desarrollando y perfeccionando, enriqueciéndose de ideas y conocimientos, alimentándose de amor, viviendo de afectos, y suspirando de deseos ¿no habria de conservar ni conciencia, ni idea de aquella vida, ni amor á nadie, ni afecto á cosa alguna, ni aspiraciones á la realizacion de deseos no satisfechos? Cualquiera está firmemente persuadido que hay en la vida sucesos y épocas que nunca jamás podrán olvidarse, que hay amores que nunca podrán entibiarse y menos extinguirse, que hay afectos que no podrán mudarse, que hay deseos que siempre se mantendrán vivos en el corazon. ¡Enmudezcan confundidos los sofistas, que tienen la osadía de oponerse á nuestras convicciones mas profundas, y que tan torpemente desconocen la naturaleza humana! El hombre que consagra su vida entera á un ideal, el que aprecia en lo que valen los puros afectos de la familia y de la amistad, el que ha encanecido en la penosa conquista de la ciencia, no se olvida de todo esto, aunque viviera mil vidas, á no ser que, dejando de ser hombre, fuese transformado en bestia, ó que su corazon se convirtiese de repente en corazon de fiera.

Es de todo punto imposible que el alma, habiendo vivido antes, viniera á una vida nueva con sus facultades completamente oscurecidas ó inutilizadas, con sus energías amortiguadas, con sus potencias sin actividad. No hay causa suficiente para producir en las almas de todos los hombres, sin excepcion alguna, tan horroroso cataclismo. Entender y querer es la vida del alma, su perfeccion, y su esencia: y no dejará de tener ideas y voliciones, mientras no fuese destruida y aniquilada, mientras no dejase de

existir. Los que creen en el eclipse total de la inteligencia y en la atonía completa de la voluntad no saben lo que es el alma. Solo la posibilidad de semejante estado, solo la idea de las terribles revoluciones psicológicas que supone, si fuese cierto, nos produce un espanto, nos causa un terror mayor que la amenaza de una muerte eterna, mayor que la inminencia de la misma aniquilacion.

Pero ¿qué objeto tendria la repeticion de nuevas existencias? Si las vidas sucesivas fueran para enmendar las faltas cometidas en vidas anteriores, es absolutamente preciso que se conservara la memoria de aquellas vidas, y la conciencia de aquellas faltas, para poder corregirlas. Y sin embargo no queda de ellas el mas ligero vestigio, ni aún siquiera la conciencia de la identidad personal. La nueva prueba por lo tanto seria peor, que si habiendo uno errado su camino se le hiciera empezar de nuevo poniéndole una venda sobre los ojos. En cada existencia nueva retrocederíamos incesantemente al punto de partida: y el hombre, la criatura privilegiada, se veria antecedentemente condenado por un sarcasmo del destino á recorrer ciegamente una série interminable de pruebas durante la eternidad.

Siendo infinito el número de los mundos, como aseguran, siendo las regiones de nuestra inmortalidad, jamás acabaria la série despiadada de nuestras pruebas: el hombre estaria siempre en camino sin llegar jamás á un término; estaria siempre en progreso sin progresar nunca bastante, pues jamás podria dejar de ser finito y defectible: y habria que admitir el absurdo de que la criatura racional, la criatura mas excelente de los mundos no tendria *un fin*. Mientras todas las cosas que existen, tienen un órden y un destino en los planes sapientísimos de la Providencia, el hombre estaria en cierto modo fuera de sus designios, seria una excepcion: mientras todas las cosas se

refieren á Dios como á su fin último, el hombre estaria por siempre alejado de Él, y en posibilidad de alejarse mas, pues como ente libre y responsable podria pecar y retroceder. He aquí un viajero forzado, que nunca llega, ni sabe á donde vá; hé aquí al *Judio errante* condenado á andar sin parar. Esto no es así, no; porque es tan imposible, como desesperante para el hombre, como injurioso para Dios.

Es indudable: siendo el fin del hombre la felicidad, y teniendo un deseo invencible y constante de ella, dilatársela indefinidamente en infinitas existencias, equivaldría á negársela de antemano, haciéndole desde luego desgraciado, condenándole desde luego al suplicio mas horroroso y mas lento, sin culpa alguna, por el solo delito de nacer. Bajo este concepto nuestros instintos y aspiraciones rechazan el sistema desconsolador, que prolongando indefinidamente la realizacion de la dicha en una série interminable de vidas y pruebas, y negando el término de estos inútiles viajes, hacen ilusorio aquel fin, y vano aquel deseo, fundado en la sabiduría y justicia de Dios, así como en nuestra misma naturaleza. Perseguir incesantemente un ideal que nunca llegará á ser real, es tener al corazon contínuamente suspendido en un abismo, y alimentado de ilusiones, es matar nuestra esperanza y desalentar nuestra actividad, es en una palabra desheredar al hombre para siempre de la dicha, y aún condenarle de antemano á una desventura cierta.—Mas si se replica que las pruebas han de tener fin alguna vez, y el mismo fin que enseña el catolicismo de unirse el alma á Dios, puesto que es el único objeto capaz de satisfacer nuestras aspiraciones infinitas, ¿entónces para qué multiplicar tantas pruebas, cuando alguna ha de ser necesariamente la última, y en ésta podria tambien salir mal? ¿Para qué pasear inútilmente al alma por los sistemas

siderales? ¿Para qué prolongar las estaciones y retardar la llegada al término final, pues por mucho que se retardase, seria como nada en comparacion de la eternidad?

Añadiremos que este retardo seria á todas luces injusto. ¿Las almas habian salido victoriosas de la primera prueba? ¿Eran puras, y por consiguiente dignas de recompensa? Seria pues una injusticia negársela; y despues de habérsela concedido, seria una injusticia privarlas de ella sin culpa suya, y hacerlas pasar de nuevo por el crisol de otra prueba, en la que podian sucumbir, perdiendo el estado sublime que habian obtenido con sus méritos anteriores. Por el contrario, ¿las almas habian sucumbido, y abusando de su libre albedrío, habíanse inclinado al mal? ¿Eran criminales y por consiguiente dignas de castigo? Seria tambien una injusticia sustraerlas sin ningun mérito á la pena merecida como consecuencia natural de sus culpas. El órden moral exige que el malo sea castigado, y que este castigo no cese mientras el daño no sea reparado por el arrepentimiento y la expiacion. Y aquí ¿por toda pena de sus delitos ofrecereis al criminal la perspectiva de una vida nueva? Por eso este pernicioso error despoja al órden moral de toda sancion eficaz, alejando indefinidamente las esperanzas del justo, y retardando indefinidamente el castigo del malvado, ó mejor dicho, asegurando á éste la mas escandalosa impunidad.

Sin necesidad de aducir otros muchos argumentos, que desarrollamos con extension en nuestra obra, «*La pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun,*» nos creemos con derecho á decir que nuestras ideas, nuestros sentimientos, nuestros instintos, nuestra conciencia y nuestra razon rechazan la funesta utopia de la repeticion de otras vidas despues de la presente. Afirmamos por lo

tanto una sola vida para el alma, porque ella es *una*, porque es *responsable*, porque es *activa*, y porque es *inmortal*.

III.

Estamos pues ya en terreno firme y conocido, y podemos desde ahora manifestar al lector el motivo que nos pone la pluma en la mano, el objeto que nos proponemos, y la razon del método que vamos á seguir.

Escribimos este libro principalmente para los racionalistas, y semi-racionalistas, ó si se quiere mejor, para aquellos espíritus desolados que tienen la desgracia de no creer la verdadera doctrina católica, ó que llenos de prevenciones y falsos juicios hácia ella, rechazan de antemano sus enseñanzas, y al mismo tiempo se hallan predispuestos á aceptar todos los disparates que se les ofrecen en nombre de la razon. Vamos á demostrar prácticamente que los católicos saben hacer uso de su razon tan bien por lo menos, ó quizá mejor, que los que la invocan como única y exclusiva regla de sus creencias; y dejándose incautos deslumbrar por ciertos sofismas científicos, le conceden la infabilidad que niegan á la revelacion. Lo que es todavia mas extraño, algunos de éstos que no admiten la revelacion divina, tan cierta y tan asentada sobre solidísimas pruebas, acogen con gusto las ilusiones de cualquier soñador, que las brinda como revelaciones de no se qué espíritus, siendo estas tan imposibles como falaces. Quisiéramos pues que nuestras palabras, que no saldrán de la esfera de una razon serena, fuesen acogidas y meditadas por hombres tam-

bien de una razon libre, imparcial y despreocupada, por hombres á quienes con justicia y propiedad pueda concederse el título de *partidarios de la razon*. Les aseguramos que, olvidando por un momento las ideas teológicas, volaremos atrevidamente hasta donde la razon mas libre puede llegar; no ciertamente por las regiones de las utopias, reservadas á imaginaciones volcanizadas, sino por aquellas que una sana filosofía muestra desde lejos con el dedo, y que sus principios indiscutíbles nos autorizan á explorar.

En cuanto á los católicos que lean este libro, les rogamos que prescindan por ahora de las verdades reveladas, como nosotros lo hacemos, aunque las creemos firmemente, y recuerden que la recta razon en sus legítimas deducciones en nada se opone, ni puede oponerse á lo que enseña la fé. Si al concluir su lectura, sin detenerse ante algunas proposiciones al parecer aventuradas, hallan que la razon siguiendo su camino, vá á parar al mismo punto que la doctrina católica, ó al menos prepara el ánimo para recibir sin dificultad lo que aquella enseña, tendrán una nueva demostracion, aunque indirecta, de su verdad: y nuestra fé, segun recomienda el Apóstol San Pablo, habrá progresado en nosotros con una confirmacion racional.

A los alucinados que creen las comunicaciones del espiritismo, y se han formado una porcion de ideas quiméricas acerca de la vida futura, y del estado de nuestras almas despues de la muerte del cuerpo, les suplicamos igualmente que olviden sus preocupaciones, y colocándose desde ahora en una posicion de duda metódica, lean este libro con espíritu verdaderamente filosófico, y con deseo sincero de hallar la verdad. El hombre, aunque yerre, está obligado por el buen sentido á que sus errores tengan siquiera la apariencia razonable, y entonces merece alguna disculpa á los ojos del filósofo; pero no la tiene desde que se obstina

en defender desvaríos indignos del espíritu humano. Lean pues, este libro con la imparcialidad del que juzga para decidirse en un asunto de importancia, no con el apasionamiento del que vé refutadas sus ideas, y confien tranquilos que una concepcion racional de la vida futura, disipando su error, los alumbrará con los plácidos rayos de su luz. Ellos se hallan bien dispuestos á creer, están ávidos de fé y necesitados de sentimiento religioso; y sin duda alguna llegarán á la fé por el buen uso de su razon.

Hé aquí el fin que nos proponemos. Aprovechando la aficion que renace en nuestros dias hácia los estudios metafísicos, y el deseo que domina en nuestras almas de meditar acerca de la naturaleza y el fin de las cosas, aspiramos á ganar la causa de la verdad con el auxilio de la razon libre, es decir, con las mismas armas que emplean los que defienden el error.

Para llegar á este fin, examinaremos conforme á las ideas anteriormente expuestas acerca de la pluralidad de mundos y de la pluralidad de existencias, el libro titulado *Narraciones del infinito:* «*Lúmen:*» de Mr. Flammarion.

Las obras de Flammarion, segun me decia poco há un distinguido y sábio Prelado, han trastornado en España muchas cabezas: la lectura de *Lúmen* ha acabado de echarlas á perder. Todos saben que el autor está dotado de una imaginacion lozana, viva, ardiente, atrevida, y aún temeraria; y todos los que han leido las obras de Flammarion admiran su rica y poderosa fantasía mas aún que su talento, tambien poco comun. Pero esta obra es sin disputa la mas fantástica y caprichosa, como tambien la mas extravagante y excéntrica que ha salido de su pluma; y la que mas vértigos ha causado á ciertos espíritus pequeños, incapaces de resistir á la ofuscacion de las estupendas paradojas, que en ellas se exponen con imperturbable serie-

dad. En algunos de ellos se ha verificado á la letra el adagio de los antiguos paganos: *Credo, quia absurdum*, pareciéndoles, como así lo afirman, que *Lúmen* es una demostracion científica de la pluralidad de existencias, una solucion cabal de todas las objeciones que pueden hacerse contra ella, y en fin la concepcion mas grandiosa y racional de la vida futura y de las condiciones de nuestra inmortalidad.

Vamos á hacer una ligera reseña de este libro.

IV.

«*Lúmen*,» *narracion astronómica de ultra-Tierra;* consta de cuatro narraciones ó capítulos, que son un supuesto diálogo entre un espíritu, llamado *Lúmen*, y un discípulo curioso que lleva por nombre, *Quærens*. En la primera cuyo título es, *Resurrectio præteriti*, el discípulo pide al espíritu «la narracion de aquella hora, estraña entre todas las demás, que siguió á su último suspiro, y que le refiera de qué manera, por una ley natural, aunque singularísima, volvió á ver lo pasado en lo presente.»—El espíritu, en estremo complaciente, le manifiesta que el momento de la muerte no deja en el alma ningun recuerdo. «La primera sensacion de identidad, dice, que se esperimenta despues de la muerte, se parece á la que se siente durante la vida al despertar del sueño, cuando recobrando poco á poco la conciencia á la luz de la mañana, no se han disipado enteramente las visiones que han agitado el cerebro durante la noche.» «El alma tarda algun tiempo en adquirir la per-

cepcion clara de la nueva situacion. Algunas almas, añade, dominadas todavia por los apetitos terrenos, permanecen largo tiempo en estado de perturbacion y de inconsciencia; pero otras que ya en esta vida volaron hácia las cimas de la eterna belleza, se desprenden de los lazos magnéticos que las unian al cuerpo, y se sienten llevar rápidamente por una fuerza desconocida al punto de la creacion á donde las atraen sus deseos, sus sentimientos ó sus esperanzas.» El espíritu, que al parecer es algo flaco de memoria, asegura sin embargo un poco mas adelante, que «despues de la muerte del cuerpo, el alma queda en el sitio del cielo, en que se encuentra la Tierra en el momento de la separacion.» Y luego añade que «en general el alma tarda algun tiempo en desprenderse enteramente del organismo nervioso, y que á veces permanece varios dias y aún meses magnéticamente unida á su antiguo cuerpo que no hubiera querido abandonar.»

Quærens no observa estas contradicciones, ni se apercibe del sabor semi-ateo de las revelaciones de su maestro. ¿Dónde está el cambio radical que la muerte introduce en las condiciones de sér, y en las ideas del alma separada? ¿Dónde está la voz de la conciencia que resuena en el alma poderosamente, sin que la ahoguen las influencias del mundo exterior? ¿Dónde está el cumplimiento de la ley moral, que reclama imperiosamente la recompensa ó el castigo de cada uno segun sus obras? ¿Dónde está, en fin, el mismo Dios pidiendo á su criatura estrecha cuenta de lo que ha hecho durante la vida, cuál ha sido la influencia de su paso por la tierra, cómo ha cumplido su prueba, y cómo ha desempeñado su mision?

Estas cosas por lo visto son poco interesantes para Lúmen, que no dice una sola palabra de ellas. Segun él mismo cuenta, «no tenia cuerpo, y sin embargo no era un

puro espíritu,» y sin saber cómo se vió trasladado á otro mundo, dependiente de un magnífico sol blanco, en donde fué expectador de indefinibles fenómenos de luz. «La vista »de mi alma, dice, era de un alcance infinitamente supe»rior al de los ojos del organismo terrestre, que acababa de »dejar, y ¡cosa sorprendente! su poder me parecia some»tido á mi voluntad;» merced á lo cual distinguia claramente los mundos que deseaba, con los mas minuciosos detalles, bastándole para eso concentrar su pensamiento en el barrio, la casa, ó el individuo que deseaba observar.

Desde allí dirigió sus miradas á la Tierra, á París; pero con gran sorpresa suya lo hallaba todo cambiado, hasta que examinándolo con mas atencion, conoció que lo que veia era el París *antiguo*, el París *anterior* á su muerte. Así pudo ser testigo de la ejecucion de Luis XVI, y de otros acontecimientos ocurridos hacia setenta y dos años. Para satisfacer á las curiosas preguntas de Quærens, esplica este fenómeno diciendo que se hallaba en un mundo dependiente de la estrella Capella, adonde la luz tarda setenta y dos años en llegar; y por consiguiente los rayos que venian de la Tierra, la representaban tal como era hacia setenta y dos años. Pero lo mas extraño y sorprendente es que Lúmen volvió á ver su propia vida, como fotografiada en los rayos de la luz, y todo ello en el espacio de veinticuatro horas; debido á que habia vuelto á la Tierra con una celeridad superior á la de la luz, y por consiguiente encontraba los acontecimientos en el camino. Por último regresando al mundo de Capella, tuvo la dicha de encontrar en él á su amada esposa, y dedicarse con ella á ver reaparecer los acontecimientos de su juventud.

¡No hay duda que estas son ocupaciones santas, dignas de su espíritu elevado, y premio suficiente de la virtud! ¿Y hay hombres tan alucinados que creen semejantes

desvaríos? Las almas no ven los objetos por un medio material, ni necesitan esperar que la luz traiga en sus rayos los acontecimientos pasados. Es desconocer por completo la naturaleza y facultades del espíritu humano, del espíritu libre de los lazos de la materia, suponerlo todavia ligado para sus percepciones y conocimientos á la influencia del universo exterior. El recuerdo de lo pasado se reproduce instantáneamente en el alma, despues de la muerte, por el mero hecho de estar separada del organismo corpóreo, y exenta de las trabas de los sentidos, conmovidos y agitados constantemente en la vida por nuevas y extrañas percepciones. Si no viviesen en el alma todas las ideas que ha adquirido en su estancia terrestre, no seria posible la memoria, por bien dispuestos que se hallasen los órganos.

Pero aun en la hipotesis de Lúmen, la objeccion á que dá tanto valor, de la duplicacion de su personalidad, es decir, de verse *doble*, niño en la Tierra, y viejo en Capella, es una verdadera simpleza. Si fuera fundado el aturdimiento de Lúmen, no seria entonces solamente *doble*, sino *triple*, sino tantas veces *múltiple*, como serian las ondulaciones de la luz, y los observadores que le contemplaran escalonados en el camino. Mas los observadores colocados en Capella, donde él actualmente se hallaba, no le verian *doble;* le verian *uno* bajo un aspecto doble correspondiente á dos épocas diversas, como le podrian ver centuplicado en otras tantas escalas del espacio y del tiempo. ¿El que se mira reproducido en varios espejos á la vez por detrás y por delante, no es realmente *uno* para sí mismo y para los espectadores, ó es múltiple como su imágen? Vea pues el espíritu cómo ésta no es la paradoja mas formidable de la creacion, y deje de alucinar á los incautos con sofismas pueriles.

No es de nuestra incumbencia refutar este y otros caprichosos desvaríos bajo el punto de vista de la física y de

la astronomía, y con la lógica inexorable de los números. un ilustrado catedrático del instituto de Lorca, don Eusebio Sanchez Ramos, lo hizo ya cumplidamente, y nosotros enriquecemos este modesto libro con aquel excelente trabajo (1). A nosotros nos toca principalmente recorrer el terreno mas árido de la psicología y la metafísica, y por ahora solo añadiremos una observacion. Las cosas y los hechos tienen su verdad *objetiva*, que les dá en la medida de su esfera un carácter absoluto, en virtud del cual adquieren su unidad y su individualidad, de suerte que son inmultiplicables. Cuando dejan de ser en *acto*, cuando ya no pertenecen á la realidad actual de las cosas, en una palabra, cuando han pasado, la verdad de que fueron y ya no son, es necesaria, absoluta é inmutable. Síguese de aquí que el niño, visto en Capella setenta y dos años despues que jugaba en los jardines de París, tan ciertamente no existia ya, como fué cierto que existia en el momento que el rayo luminoso partió de la Tierra, llevando su imágen á los espacios. No es cierto pues que Lúmen se viese doble, se viese á un mismo tiempo niño y viejo: sino que veria *actualmente* en Capella, la imágen de lo que *en otro tiempo* habia sido en la Tierra. ¿Pero á qué nos cansamos sobre un supuesto falso? Aun cuando Lúmen fuera un verdadero espíritu, que realmente comunicara con Quærens, lo que es imposible, como probaremos mas adelante, conoceria las cosas materiales por un órden de percepcion puramente espiritual, y no necesitaria que le llegasen aprisionadas en los rayos fugitivos de la luz.

Lo pasado material no resucita, ha dejado de ser, y solo vive en la inteligencia.

(1) *Cuatro palabras sobre Lúmen*, excelentes artículos que se publicaron en la revista «*La Naturaleza*,» núm. 83, 85 y 86, correspondientes al 28 de Junio, 12 y 19 de Julio de 1879.—Véanse los apéndices al final de este libro.

Aquí termina la primera narracion, y para que el fin sea digno del resto, concluye con la mas extravagante de las paradojas. «La llegada del sol al hemisferio, dice, pone en fuga los espíritus.» ¿Por qué, cuando todas las criaturas del universo buscan la luz? ¿Cómo es posible que la luz ahuyente á los séres inmateriales¿ ¿Cómo es posible entonces que la trasmision sucesiva de la luz por el espacio sea, segun dice, uno de los elementos fundamentales de las condiciones de la vida eterna? ¿Y no hay luz en los mundos adonde vá el espíritu? ¿O los espíritus como Lúmen son acaso espíritus de tinieblas?

V.

La segunda narracion, mas fantástica que la primera, lleva por título; «*Refluum temporis,*» *el reflujo del tiempo.* pero para nosotros es menos interesante que aquella.

Lúmen viajando en un rayo de luz con una celeridad superior á la de ésta, vuelve á ver los acontecimientos de la historia en sentido inverso que sucedieron. Por ejemplo, despues de presenciar la guerra de Crimea en 1854, vió los sucesos de 1848, y despues los de 1831, y así sucesivamente los de toda la historia, rotrocediendo hasta el principio del mundo. De paso aprovecha la ocasion para negar la verdad de la creacion del hombre y el paraiso terrenal, diciendo «que no vió la menor señal del Edén tan poética»mente pintado en las teogonías primitivas;» y el inocente Quærens no se descuida por su parte en confirmar esta negacion, observando que «seria mas justo suponerle al fin

»que al principio de la sociedad, como recompensa, mas »bien que como preludio inexplicable de una vida de pade»cimientos.» (Y sin embargo si vale algo la autoridad del género humano, el testimonio de las mas antiguas tradiciones, las instituciones y los ritos de los pueblos y de las religiones, y las creencias universales, sin contar la autoridad de los Libros Sagrados, es preciso admitir el orígen del hombre, y su estado de felicidad primitiva, segun lo enseña la Iglesia, como lo admiten ya todas las personas medianamente ilustradas.)

Por último Lúmen explica este fenómeno de la inversion de los acontecimientos, suponiendo que la imágen de éstos se halla como fotografiada en el espacio en los rayos de la luz, á la distancia respectiva á que éstos han llegado segun el tiempo en que salieron de la Tierra: por consiguiente, añade, «para presenciar el espectáculo de un mundo y de un sistema de vida exactamente opuesto al vuestro, basta alejarse de la Tierra con una celeridad superior á la de la luz.» Mas con perdon del ilustrado espíritu, parece que no faltan dificultades bastante sérias que oponer á tan peregrina teoría. Porque si los acontecimientos van grabados en los rayos de la luz, claro es que no pueden ser vistos sino de la manera que la luz los lleva, es decir, como han sucedido. Y si la velocidad del observador es superior á la de dichos rayos, claro es que no podrá ver *todos* los sucesos, supuesto que se adelanta á ellos, ni ver *completos* los acontecimientos, porque para ello seria preciso ajustar la marcha á la velocidad de los rayos que los llevan: como sucede al que viaja en el tren, respecto á los viajeros que marchan á pié ó á caballo en la misma direccion por la carretera. Si vé el *principio* de un suceso cualquiera, es evidente que la velocidad mayor del observador, le habrá arrastrado, antes de ver el *fin*, á presenciar otro

suceso distinto: y cuanto mas exceda la velocidad, mayor será la dificultad del observador. Si el espíritu A marchase de la tierra al mismo tiempo que el rayo de luz B, para adelantarse á éste lo suficiente para ver los sucesos salidos ya en otros rayos desde hace un año por ejemplo, el espíritu tendria que duplicar, triplicar, centuplicar su marcha en proporcion geométrica, y este aumento de velocidad que pueden calcular los matemáticos, haria necesariamente que se le escapase la série ordenada sucesiva de los rayos C. D. E. F. que caminan todos con una velocidad constante y uniforme.

Pero no insistamos mas en este punto, que interesa solo de una manera secundaria para el objeto principal de este libro.

Lo que mas nos importa es lo que añade Lúmen para concluir. «Así se sube por el rio del tiempo hasta su orí»gen, y semejante facultad debe iluminar para tí con una »claridad nueva las regiones de la eternidad. En breve me »prometo darte á conocer las consecuencias metafísicas de »este hecho, si como espero, has admitido el valor científico de los elementos de este estudio ultra-terrestre.»

Esto es lo que vamos á ver en la tercera narracion.

VI.

La tercera narracion lleva por título «*Homo homunculus,*» *el hombre es un hombrecillo;* con lo cual quiere persuadir al cándido Quærens que no debe tener dificultad alguna en admitir las estupendas revelaciones hechas en las nar-

raciones anteriores: puesto que todas las objecciones que podrian oponerse á ellas son puro efecto de nuestra ignorancia natural. Quærens lo reconoce humildemente; y á pesar de eso, el sábio Lúmen, para abrir los ojos á su complaciente discípulo, insiste en demostrar que nada sabemos. «Las causas de vuestras impresiones, dice, son únicamente modos de movimiento, y lo que se llama orgullosamente la ciencia, no es sino una percepcion orgánica muy limitada... Fuera de las impresiones que percibís, hay una infinidad de otras que no podeis percibir.» —«Los sentidos que poseeis, bastan para indicaros la existencia posible de otros sentidos, no solamente mas poderosos, sino tambien de una especie diferente.» —«Puedo añadir aún mas, que las percepciones que recibís, y que constituyen las bases de vuestra ciencia, no son ni siquiera percepciones de la *realidad*... no son mas que *formas*.» —«Esto es con el objeto de mostrarte cuán profundo seria tu error, si dieses importancia á las dificultades que nacen de tu sensacion terrestre, y con el de hacerte comprender que ni tú, ni ningun hombre sobre la Tierra, puede formarse una idea, ni aún aproximada, de la realidad del universo.»

Vemos pues que el espíritu es hábil, y emplea un sistema cómodo, tanto para resolver de antemano las objecciones, como para aventurar sin réplica todo género de extravagancias. Parece sin embargo, si Lúmen no lo lleva á mal, que la razon y el buen sentido, cuando encuentran afirmaciones tan temerarias como peregrinas, tienen derecho á otras pruebas que el testimonio de nuestra ignorancia. Parece tambien que aunque sean posibles otros sentidos mas poderosos que los nuestros, no por eso son inútiles los que poseemos: y segun reconocen todos los filósofos sensatos, el testimonio de nuestros sentidos debidamente ejercitados, uniforme, constante, confirmado el de los unos

por los otros, es un criterio tan seguro de certeza que nos permite juzgar de las cosas y de los objetos con evidencia. Y en fin sabemos que el *idealismo,* Aleman, Inglés ó Francés, antiguo ó moderno, es un sistema de todo punto insensato, al negar la realidad de los cuerpos, que todos estamos viendo; y sin cuya certeza no podria subsistir la sociedad.

Pero Lúmen, sin reparar en tales pequeñeces, despues de aquel exordio pasa á deducir las consecuencias metafísicas, que prometió en su narracion anterior. El punto capital de la tercera narracion, segun él mismo dice, es comprender que la vida pasada de los mundos y de los séres se encuentra siempre visible en el espacio, gracias á la trasmision sucesiva de la luz al través de las vastas regiones del infinito. Sin embargo, ahora mismo veremos que no es este el punto capital.

Pregunta Quærens:—«Si el rayo que parte de la Tierra no se destruye nunca, resultará, oh maestro, que nuestras acciones serán eternas.» Responde Lúmen:—Tú lo has dicho. Una vez consumado un acto, no puede ser borrado, y no hay poder capaz de hacer que se borre. Un crímen se comete en medio de un campo desierto; el criminal se aleja, queda ignorado, y supone que el acto que acaba de cometer ha pasado para siempre; se ha lavado las manos, se ha arrepentido, y cree su accion borrada del cuadro de los sucesos. Pero en realidad nada ha desaparecido; en el momento en que consumó el acto, la luz lo ha cogido en sus alas y lo ha llevado al cielo con la brevedad del rayo; el acto se ha incorporado en el rayo de luz y se trasmitirá eternamente por el infinito.—Por el contrario, hay una buena accion ejecutada en secreto; el bienhechor la tiene oculta; la luz sin embargo se apodera de ella, y lejos de olvidarse subsistirá para siempre.—Napoleon ha causado

voluntariamente, por satisfacer su ambicion personal, la muerte de cinco millones de hombres, de edad de treinta años por término medio, y que tenian por consiguiente todavia treinta y siete de vida, segun el cálculo de las probabilidades y de las leyes de la vida. Ha destruido, pues, ciento ochenta y cinco millones de años. Su castigo, su expiacion, consiste en ser llevado por el rayo de luz que salió de las llanuras de Waterlóo el 18 de Junio de 1815; alejarse por el espacio con la celeridad misma de la luz, teniendo constantemente á su vista el instante mismo en que vió hundirse para siempre el andamio de su vanidad; esperimentar sin tregua el dolor de la misma desesperacion, y quedar adherido á ese rayo de luz durante los ciento ochenta y cinco millones de años destruidos, de que es responsable. Obrando de este modo, en vez de cumplir dignamente su mision, ha retardado en todo ese número de años su progreso en la vida espiritual.....

Pero no son las aplicaciones particulares ó los aspectos curiosos los que importa que conserves en tu mente, sino la *revelacion* de que son la forma y la metafísica de que son la espresion sensible. Sabe que el tiempo no es una realidad absoluta, sino solamente una medida transitoria, producida por los movimientos de la Tierra en el sistema solar. Ese cuadro, no ficticio sino real, de la vida humana, considerada con los ojos del alma y no con los del cuerpo, tal como fué sin disimulacion posible, toca por un lado al dominio de la teología, por cuanto esplica fácilmente un misterio todavia no esplicado, el del juicio particular hecho por nosotros mismos, despues de la muerte de cada uno. Bajo el punto de vista del conjunto, el presente de un mundo no es una actualidad momentánea que desaparece inmediatamente; no es solo un aspecto sin consistencia ni una puerta por la cual lo pasado se precipita incesantemente hácia el porvenir; ni un

plano en el espacio; es por el contrario una realidad efectiva que se aleja de este mundo con la celeridad de la luz, y va penetrando eternamente en el infinito y ofreciendo un *presente eterno*. La realidad metafísica de este vasto problema es tal, que puede concebirse ahora la omnipresencia del mundo en toda su duracion. Los acontecimientos se desvanecen para el lugar en que se han producido, pero permanecen en el espacio. Esta proyeccion sucesiva é infinita de todos los hechos que se verifican en cada uno de los mundos, se efectúa en el seno del *Sér infinito*, cuya ubicuidad conserva así todas las cosas en una permanencia eterna.

Los acontecimientos que se han sucedido en la superficie de la Tierra desde su orígen, son visibles en el espacio á distancias tanto mayores cuanto mas antigua es su fecha. Toda la historia de la Tierra y la vida de cada uno de sus habitantes podrian ser vistas á la vez por una mirada que abrazase todo este espacio. Así comprendemos ópticamente que Dios, presente en todas partes, vea todo lo pasado en un mismo momento.—Lo que es verdad respecto de nuestra Tierra lo es tambien respecto de todos los mundos del espacio; y así la historia entera de todos los universos puede hallarse presente á la vez en la universal ubicuidad del Creador.—Puedo añadir que Dios conoce todo lo pasado, no solo por este medio directo, sino tambien por el conocimiento de cada cosa presente. Si un naturalista como Cuvier supo reconstruir especies animales que habian desaparecido, con solo tener á la vista un fragmento de sus huesos, el Autor de la naturaleza conoce por la Tierra actual la Tierra pasada, el sistema planetario y el Sol de lo pasado y todas las condiciones de temperatura, de agregacion, de formacion, por los cuales los elementos han llegado á formar los compuestos que existen actualmente.—Por

otra parte, el porvenir puede estar completamente presente á Dios en sus gérmenes actuales tanto como lo pasado lo está en sus frutos. Todos los acontecimientos están ligados de una manera indisoluble con lo pasado y lo porvenir. Lo porvenir será inevitablemente consecuencia de lo presente, como lo es lógicamente, y existe en lo presente tan exactamente como lo pasado mismo para el que sepa contemplarlo.»

Es bastante curioso. ¿Pero quiere decirnos el señor Lúmen, donde se graban, y cómo se propagan los acontecimientos que ocurren en las mas *profundas tinieblas*? ¿No habrá mas que *media moral* para las acciones del dia, y quedarán desconocidas é impunes las acciones verificadas de noche? ¿Y en donde está pues, y qué papel desempeña en esta sapientísima teología de los espíritus el ojo vigilante de la conciencia que penetra los mas secretos pensamientos? ¿Y un sér racional puede formarse una idea tan grosera de Dios, y de su infinita sabiduría, que reduzca el modo de sus conocimientos á las ondulaciones de la luz, y solo le conceda en gérmen el conocimiento de lo porvenir, en cuanto que los sucesos futuros se suponen ligados á lo presente por una necesidad fatal? Este raquítico panteismo disfrazado, y con sus ribetes de fatalismo, ha merecido sin embargo los aplausos de algunos nécios, que no han temido ponerse en ridículo afirmando, que es la esplicacion mas ingeniosa de la omnisciencia divina, y que resuelve de antemano el aterrador misterio de la presciencia y la predestinacion.

Pero de todo esto trataremos en otro lugar.

VII.

Oigamos la cuarta narracion titulada, «*Anteriores vitæ*,» *Las vidas anteriores á la terrestre.*

Para comprender las estupendas maravillas, que vá á revelar, Lúmen recomienda como absolutamente necesario «que desprendas ahora tu espíritu de toda preocupacion terrestre... y que recuerdes siempre la marcha sucesiva de la luz por el espacio.»

Lúmen refiere su existencia anterior á la terreste en un mundo de la constelacion de Virgo. «Allí los hombres pueden volar, pero sin alas, en razon de la densidad muy elevada de su atmósfera. Su cráneo está privado de cabellera; tienen en las manos tres dedos pulgares largos y delgados en vez de cinco dedos, y tres dedos en el talon en vez de la planta del pié; las extremidades de los brazos y de las piernas son flexibles como la goma elástica: pero tienen dos ojos, una nariz y una boca, lo cual asemeja su rostro al de los terrestres. No tienen orejas á los lados de la cabeza, sino una en forma de pabellon cónico, puesta sobre la parte superior del cráneo como un casquete.» Lúmen se reconoció á *sí mismo* en uno de los habitantes de aquel mundo. Él recibia actualmente (en 1869) el rayo luminoso que habia salido de aquel mundo hace ciento setenta y dos años, ó sea en 1697, época en que vivia en aquel planeta, y tenia veinte años (1).

(1) No hacemos caso de otras equivocaciones de menor importancia, aunque nos parecen raras en un *espíritu* tan ilustrado como Lúmen. Por ejemplo, en la pág. 157, dice que tenia veinte años, un poco mas abajo afirma que vivió allí cien años terrestres, y en la página 161 dá á entender que solo vivió en aquel planeta cincuenta años. Pero ¿quién se cuida de tales pequeñeces? Ciertos espíritus pueden ser flacos de memoria.

«¿De suerte, pregunta Quærens con simplicidad encantadora, que has visto en la luz tus dos últimas encarnaciones?—Exactamente, dice Lúmen; y lo que es mas, las he visto y las veo todavia juntas simultáneamente la una al lado de la otra en cierto modo. El hecho es fácil de comprender. La luz de la Tierra tarda setenta y dos años en llegar á Capella. La luz del planeta de Virgo, que está vez y media mas distante, emplea ciento setenta y dos años. Como yo vivia hace setenta y dos años en la Tierra y cien años antes en el otro planeta, las dos épocas y sus aspectos me llegan cabalmente al mismo tiempo á Capella.»

A continuacion Lúmen intenta probar la pluralidad de existencias, porque cada niño trae al nacer facultades diferentes, predisposiciones é inclinaciones, «que no pueden esplicarse, dice, ante el espíritu filosófico y ante la justicia eterna sino por trabajos anteriormente hechos por almas libres.» Él que velaba en aquel mundo, tiene ahora la esplicacion de sus sueños en que le parecia volar, «porque durante el sueño de sus sentidos terrestres el alma tenia recuerdos de la existencia anterior.» Si en el estado de vigilia no se recuerda nada, es porque el alma envuelta en los lazos groseros de la carne, y fijada en ellos para ejecutar un trabajo transitorio ¿cómo podria acordarse de su vida espiritual? ¡Y cuán dañoso no le seria semejante recuerdo! ¡Qué obstáculos no pondria á la libertad de sus actos, si el alma pudiese saber el principio y el fin de tales actos! ¿Cómo podria hacer méritos si conociese sus destinos?... ¿Y no es nada llegar á la tierra con aptitudes innatas?. ...»

Quærens, incondicional y complaciente aliado de su maestro, se permite objetarle la doctrina corriente de la creacion del alma al mismo tiempo que el cuerpo.—«¡Oh amarga derision! exclama Lúmen indignado. ¡Creer que

los designios eternos del Creador puedan estar sometidos en su ejecucion á los deseos caprichosos de la llama intermitente de dos amorosos corazones! ¿Te atreverias á admitir que nuestra alma inmortal se crea con el contacto de dos epidermis? ¿Podrias figurarte que el pensamiento supremo que gobierna los mundos, se pondria á disposicion del azar, de la intriga, de la pasion, y alguna vez del crímen?»

Quærens, que como aprendiz no debe estar muy fuerte en lógica, ni se halla en disposicion de resistir á un sofisma, se rinde fácilmente á estas razones, aceptándolas por buenas. Pero aún le quedan que hacer otras dos observaciones. ¿De qué servirian, dice, muchas existencias, si cuando uno principia una nueva vida, no recuerda las anteriores? y por otra parte, ¿si es verdaderamente apetecible para nosotros tener en perspectiva un viaje interminable á través de los mundos y una transmigracion eterna? Aquí Lúmen, que ha reprendido antes á su discípulo, porque se parece mucho á esos niños terribles que hacen en público las preguntas mas indiscretas, se encuentra embarazado para responder. Mas, como contesta á un niño, se escapa bonitamente por la tangente.—¡Oh hombre! exclama con enfática autoridad, tú no conoces ni el espacio ni el tiempo... tú lo ignoras todo, principio, causa y fin; tú eres un átomo en otro átomo movible, y no tienes acerca del universo ninguna idea exacta; y sin embargo con semejante ignorancia y en semejante oscuridad quisieras comprenderlo todo, abarcarlo todo. Mas fácil seria hacer entrar el Océano en una cáscara de nuez, que hacer que tu pobre cerebro terrestre comprendiese la ley de los destinos.»

Esta es, pues, una region vedada. La nueva *revelacion* tiene sus misterios, á los cuales no es lícito llegar.

Tales son las poderosas razones, en que se apoyan los partidarios de tan inconcebible desvarío.

Pero en verdad que la cosa, por ridícula que sea, no es para tratarla en broma, sino para lamentar que el buen juicio de muchos desgraciados se haya extraviado hasta el extremo de creer la pluralidad de existencias como un artículo de fé.

VIII.

Lo que resta de esta narracion tiene ya menos interés para nuestro libro. Sin embargo no queremos pasarlo del todo en silencio, para que se vea hasta donde puede llegar el desconcierto de algunos cerebros humanos.

El supuesto Lúmen prosigue el relato de sus existencias anteriores. «Hace quinientos años, continúa, vivia yo en un mundo, cuya posicion astronómica vista desde la tierra es precisamente la del seno izquierdo de Andrómeda. Aquel mundo es singular para nosotros. No hay en él mas que un reino; el reino animal que ocupa su superficie, y el reino vegetal no existe. Es un mundo sin sueño y sin fijeza, que está enteramente envuelto en un océano de color de rosa, menos denso que el agua terrestre y mas denso que el aire... Su actividad constante es la condicion misma de su existencia, porque si se detuvieran, moririan. Para respirar, es decir, para hacer penetrar en su seno el elemento fluido, se ven obligados á agitar incesantemente sus tentáculos y á tener sus pulmones constantemente abiertos. La forma exterior de esta raza humana se parece un poco á la de las sirenas de la antigüedad; pero es menos

elegante, y se acerca mas al organismo de la foca... En la Tierra respiramos sin advertirlo: en ese otro mundo, por el contrario, ese es un alimento que no se obtiene sino á costa de miserables fatigas y esfuerzos. Pero no por eso la Tierra es muy superior á aquel mundo; porque si allí trabajan para respirar, aquí se trabaja para *comer;* operacion ridícula y grosera. Por fortuna, añade, en la mayor parte de los mundos, el espírttu no está sometido á *semejante ignominia.*

«Mi existencia anterior á la del mundo de Andrómeda pasó en el planeta Vénus, donde recuerdo que fuí mujer.»—«Mi cuarta vida anterior á la terrestre pasó en un inmenso planeta anular perteneciente á la constelacion del Cisne: cuyo mundo singular está habitado solamente por árboles, pero que sienten, piensan, discurren y hablan... Allí, hace quince siglos, fui yo una higuera.»

«La ley del progreso rige el sistema vital de cada uno de los mundos: ese sistema vital es en unos diferente del de otros, segun la naturaleza íntima de las fuerzas particulares de cada globo; y cuando un globo ha llegado al grado de elevacion que le hace capaz de entrar al servicio del mundo moral, aparece en él *el espíritu,* mas ó menos desarrollado. No pienses que el Padre Eterno crea directamente en cada globo una raza humana. No: el primer escalon del reino animal recibe la transfiguracion humana por la misma fuerza de las cosas, por la ley natural que le ennoblece, el dia en que el progreso le ha conducido á un estado de superioridad relativa...» «Las plantas terrestres están dotadas de almas, lo mismo que los animales y los hombres: sin el alma virtual no podria existir ninguna organizacion. Solo que el alma de la planta no tiene conciencia de sí misma. Almas de vegetales, almas de animales, almas de hombres, son ya séres que han llegado á un grado

de personalidad, de autoridad suficiente para someter á sus órdenes, para dominar y regir bajo su direccion las demás fuerzas no personales esparcidas en el seno de la inmensa naturaleza. La mónade humana, por ejemplo, superior á la mónade de la sal, á la mónade del carbono, á la mónade del oxígeno, las absorbe y las incorpora á su obra. Nuestra alma humana en nuestro cuerpo terrestre rige sin echarlo de ver todo un mundo de almas elementales que forman las partes constitutivas de este último. La materia no es una sustancia absolutamente sólida y extensa: es un conjunto de centros de fuerza. La sustancia no tiene importancia: de un átomo al otro hay un vacío inmenso respecto de las dimensiones de los átomos. A la cabeza de los diversos centros de fuerzas constitutivas que forman el cuerpo humano, el alma humana gobierna todas las almas ganglionales que le están subordinadas.»

¿Se pueden tolerar tales despropósitos? ¿Qué les parece á nuestros lectores de las revelaciones de este *espíritu*? ¿No creen que nos llevan como por la mano al materialismo? ¿No las suscribirian sin dificultad los Buchner, los Moleschot, los Littré, y algunos profesores españoles? ¿Cuánto necesitan ciertos escritores modernos, por mas que tengan á su disposicion *espíritus* familiares, revolver algunos libros antiguos, que se están apolillando en las bibliotecas! Seguramente no nos venderian como *novedades* los viejos desatinos de la pluralidad de almas en el hombre, sepultados hace siglos en el olvido con los nombres oscuros de sus autores.

«Antes de haber sido *árbol pensante*, prosigue, he sido hará unos dos mil cuatrocientos años, habitante del sistema Theta de Orion. Los hombres de aquel mundo ofrecen alguna semejanza con el árbol de cera llamado *cereus giganteus*.—Pero voy á hablarte del punto mas curioso de su or-

ganizacion que es el que pone en evidencia el principio, de que te hablaba hace poco, de la reunion de las almas elementales en el cuerpo humano. — En aquel mundo se suelen ver individuos de muy buena salud, que mueren repentinamente, descomponiéndose en un momento. Las moléculas que los constituyen, caen juntas á tierra y el individuo cesa de existir personalmente: sus moléculas se reparten en la superficie del suelo y se dispersan. Esta descomposicion del cuerpo sucede con frecuencia durante la vida en este planeta.»—¿Pero cuando un sér se encuentra así descompuesto, como puede enseguida volverse á constituir íntegramente? pregunta Quærens.—Por la voluntad, responde el maestro, y muchas veces sin el menor esfuerzo, y solo por un débil deseo...»

¡Tales son los destinos que los nuevos apóstoles de *la eligion por la ciencia* señalan á nuestra alma inmortal!

No proseguiremos: tal vez nos hemos detenido demasiado en la exposicion de semejantes quimeras, que habrán hecho sonreir de lástima á la mayor parte de nuestros lectores: y muchos de ellos se admirarán acaso que las consideremos dignas de una refutacion formal.

Reconocemos que hay extravagancias, que quedan refutadas sin mas que darlas á conocer; pero hemos creido que seria una obra meritoria y agradable á los ojos de Dios, hacer un último esfuerzo por llevar la luz de la verdad á muchas almas ofuscadas y oscurecidas por estos errores, que han trastornado su juicio de la manera mas lamentable: como que su funesta ceguedad está sostenida por la supersticion. Estos desgraciados, por lo regular afiliados en el espiritismo, creen firmemente en la imposible comunicacion con los espíritus, porque ignoran el modo de ser y obrar, y la extension de las facultades del alma separada. Creen así mismo que la obra «*Lúmen*» no es un parto mons-

truoso de la exaltada fantasía de Flammarion, sino una comunicacion auténtica del espíritu de J. Reynaud, que se ha revelado con aquel nombre. Creen por último que todos los delirios contenidos en aquel libro, medio panteista, medio ateo, son la revelacion de los misterios de la vida futura: y los que no avanzan tanto, creen á lo menos que las teorías de Lúmen, aun aceptadas solamente como una hipotésis, son la forma mas racional, bajo que pueden concebirse los destinos del alma, recorriendo en una série interminable de encarnaciones toda la escala de los séres, con lo cual, piensan, se realizan sucesivamente para ella lo infinito y la eternidad.

Habiendo pues refutado el error de la pluralidad de existencias del alma en cuanto al *fondo*, (1) era preciso refutarlo igualmente en cuanto á la *forma*, puesto que las narraciones de Lúmen han servido para confirmar á muchos en el mismo error.

Para ello vamos á estudiar la vida *natural* del alma despues de la muerte del cuerpo, solo con la luz de la razon, que son los únicos argumentos eficaces para nuestros adversarios, á quienes seria inútil arguir con la autoridad de la Sagrada Escritura, de los Concilios y Santos Padres, órganos de la divina revelacion.

Esto no obstante no olvidamos lo que escribimos en nuestra obra anterior: «La razon humana por sí sola no puede elevarse á la altísima y profunda concepcion del destino futuro. En virtud del raciocinio, podrá persuadirse con certeza de la supervivencia del espíritu, hallar pruebas convincentes de la inmortalidad del alma, y refutar victoriosamente al materialismo; pero de aquí no pasa. Solo

(1) En la obra mencionada, LA PLURALIDAD DE EXISTENCIAS DEL ALMA ANTE EL SENTIDO COMUN; Gaspar, editores.—Madrid, 1880.

despues que ha venido en su auxilio la revelacion, vislumbra á lo lejos los esplendores de la otra vida, pero sin penetrar sus misterios, sin acertar á formar idea clara del estado de las almas. Sabe por la fé, de acuerdo con sus propios principios, que aquel estado es una duracion sin fin de felicidad suprema para los buenos, y de suprema desdicha para los malos; pero ignora todo lo demás que se refiere á las condiciones de aquella vida, y al modo de ser en aquel estado: y si logra la fortuna de dar alguna esplicacion racional, verosímil y satisfactoria, es únicamente como consecuencia de la misma revelacion. La historia de la filosofía consigna en sus páginas los tristes y numerosos naufragios de los filósofos que sin esa brújula se han lanzado en el mar desconocido de lo porvenir.»

De aquí se infiere que caminaremos con la mayor precaucion, y que no abrigamos la presuncion temeraria de levantar el velo que Dios ha puesto en la puerta del sepulcro. Pero si es lícito deducir de verdades indiscutibles sus legítimas y naturales consecuencias, si la ciencia del alma no es una mentira, si el alma no pierde su naturaleza ni el uso de sus facultades, y si sus nobles aspiraciones no quedan defraudadas en la vida futura, el filósofo cristiano, ayudado de una recta intencion y sano juicio, podrá conjeturar algo de aquella vida con una *probabilidad*, que se aproxime á la certeza.

Nos hemos esplicado con tanta nimiedad, para desvanecer toda clase de recelos, escrúpulos, y preocupaciones. Vamos á nadar en un mar proceloso, pero teniendo cerca la barca de la Iglesia que nos recogerá, si nos vé en peligro de naufragio. Así pues, en este sentido, séale lícito á un buen católico ser francamente filósofo, y si

se quiere, ser un poco racionalista, cuando llega la ocasion.

La ocasion ha llegado, y se presenta favorable. A las fantásticas « *Narraciones del infinito* » contestaremos con las mas verídicas « *Narraciones de la Eternidad* . »

PRIMERA NARRACION.

¡ULTRA-TUMBA!

¡ULTRA-TUMBA!

I.

UNA VISITA AL CEMENTERIO DE VALENCIA.

La voz decia así:

¡Dichosos los que dirigen sus pensamientos á la verdad y sus acciones á la virtud! Ellos no tendrán que temer la muerte y dormirán tranquilos en su tumba. Creo firmemente en la inmortalidad; y aquí en este lugar en donde todo habla de la muerte, en donde me rodean sus tristes despojos, me confirmo mas en mi creencia.

La incredulidad es antiracional y el materialismo es absurdo, por mas que pretenda deslumbrarnos con ostentoso aparato de ciencia. Por mi parte no creo en la ciencia de los que niegan el alma, porque no puedo creer en su buen sentido. El hombre es un libro abierto; ellos no lo han leido mas que á medias, y lo poco que han sabido leer, no lo han entendido. Esos desgraciados invocan el testimonio de

la muerte, sin advertir que la muerte es precisamente el testimonio de la vida. ¿Pues qué? ¿todos los que aquí reposan, habrian caido en la nada, en la noche eterna, como cae la piedra en lo profundo del abismo? ¿se ha extinguido para siempre el pensamiento creador que animó esos cerebros reducidos á polvo, y el amor vivificador que ardió en esos corazones hoy reducidos á cenizas? ¿Habrá sido igual la suerte del hombre virtuoso, que pasó una vida de abnegacion y de sacrificio haciendo bien á sus semejantes, y del hombre criminal y escandaloso, que viviendo como una béstia, sin reparar en medios para satisfacer sus pasiones, fué el azote de la humanidad? Aquí veo á mi derecha el modesto nicho, donde descansan los restos de un hombre honrado, insigne bienhechor de Valencia, cuya obra dura y prospera, y cuyo nombre es colmado de bendiciones: allí á mi izquierda veo el lugar donde se consume el polvo de otro hombre de infausta memoria, que hizo derramar muchas lágrimas á ojos inocentes, y dejó su paso marcado con irreparables ruinas. Supuesto que hay una Providencia, es indudable que la suerte del uno y del otro no ha sido igual delante de la justicia eterna.

¡Si! aquí vive una poblacion invisible. No habeis muerto del todo, ¡caros objetos arrebatados prematuramente á mi amor, dulces prendas de mi cariño! Vivís todavia, ya lo sé; y contemplo vuestros nichos con una dulce melancolía mezclada de esperanza. Por eso la Iglesia católica llama con mucha oportunidad á estos lugares, *cementerios*, que quiere decir, *dormitorios*, *mansion del sueño*: así como tambien llama á la vida futura, con una frase profundamente filosófica, la *region de los vivos*. Y por esta razon todas las legislaciones han castigado con penas muy severas la profanacion de los sepulcros como un verdadero sacrilegio. En todos los pueblos de la tierra, los lugares en donde descansan los

restos del hombre son sagrados. La religion y la ley marchan en esta parte de acuerdo, interpretando fielmente la voz de la naturaleza.

El género humano ha creido siempre en la inmortalidad del alma, y esta creencia universal se pierde en las tinieblas de la antigüedad. «En todo lugar y tiempo, todos »los pueblos, de todo grado de cultura, nos han dejado »huella de que esperaron para el alma una vida ultrater- »rena: dícenlo sus costumbres, atestíguanlo sus ceremo- »nias, cántanlo sus poetas, consígnanlo sus historiadores, »resultando de aquí comprobado que esa verdad augusta »es anterior á toda filosofía, pues que la vemos profesada »por pueblos en quienes la especulacion filosófica ó no exis- »tió de manera alguna, ó existió con una vida, digámoslo »así, rudimentaria. En la cuna misma de toda nacion la »historia nos muestra ya arraigada esta creencia, como un »hecho inmemorial, cierto, universal y permanente.»

Hay todavía demostraciones mas directas.

Una sustancia simple y espiritual no puede perecer; lleva en su propia naturaleza la razon de su inmortalidad. Y supuesto que el alma es inteligente, supuesto que se alimenta de la verdad, supuesto que está dotada de una incesante actividad, es sin duda alguna, imperecedera é incorruptible. Por eso sus deseos y aspiraciones no se satisfacen con ninguna cosa terrena, sino que se dirigen á un fin mas alto, que solo puede realizarse despues de esta vida. Además el testimonio de la conciencia, y el sentimiento que todo hombre tiene del bien y el mal, de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del crímen, no es otra cosa que el eco anticipado de la vida futura. El que no quiere admitir esta verdad, se verá obligado á negar la justicia, la moral, el deber y la conciencia: porque la justicia y la conciencia humana no tienen valor sino por la conviccion de que hay

una justicia suprema é infalible que es su tipo, y que ha de dar á todos la debida remuneracion de sus obras. La supervivencia del alma es por lo tanto una consecuencia necesaria de la existencia de Dios, de su justicia y de su providencia.

Por eso yo no tengo horror á vuestras sombras pavorosas, ¡oh bocas abiertas de la tumba! porque sois el descanso, el reposo, y la puerta de la verdadera vida. La muerte solo aterra, solo causa horror á esa mezquina filosofía materialista, que sin embargo la predica como nuestro destino final.

A mí por el contrario, me agrada la sociedad de los difuntos; y sus solitarias mansiones me atraen con irresistible simpatía. Aquí vengo, pues, á nutrir mi espíritu con la meditacion de las grandes verdades, que me anunciais con vuestro silencio magestuoso, y que no se perciben en medio del ruido atronador del mundo: el alma necesita las consideraciones graves y los pensamientos profundos, como el cuerpo necesita alimentos sanos y sueño tranquilo. Y sin embargo, cuanto mas entra el espíritu en sí mismo, mas hondos son los abismos que descubre delante de sí.

¡Ah! quién pudiera penetrar vuestros secretos, ¡oh misteriosos habitantes de ultra-tumba! rasgar el velo que os oculta á nuestras miradas, y descubrir un momento los esplendores de vuestra inmortalidad! ¡Cuántas veces las amarguras de la vida, los desengaños, las perfidias, y las traiciones que han clavado en mi corazon sus agudos dardos, me han hecho suspirar por vuestras pacíficas mansiones! ¡Dichoso quien al cumplir los cuarenta años, no se haya cansado de vivir! ¡Dichoso aquel para quien la vida no sea una carga abrumadora, que esté deseando dejar! ¿Por qué vuestro tranquilo sueño no desciende sobre mis párpados fatigados? ¿Por qué no comunicais vuestra paz á mi turbado corazon? Pero ¿de quién sino de vosotros proviene

el dolor que purifica, la esperanza que sostiene, la resignacion que reanima, el llanto que consuela? ¿Vivís, me oís? y sin embargo no puedo ponerme en cariñosa comunicacion con vosotros, y solo suspirando puedo haceros las secretas confidencias de mis penas.

¿Y á quién mejor?

Decidme, pues, los que reposais en esos nichos silenciosos, ¿han cesado ya todas las borrascas que aquí os agitaron?

En ese vuestro dichoso mundo no reina como aquí abajo la falsia, la doblez, el dolo y la injusticia: en él no hay amigos que venden, detractores que denigran, envidiosos que murmuran, enemigos que os hieren por la espalda con la calumnia, la mentira y la falsedad. ¿Pero ya no sentís inquietudes por las personas que amábais? ¿Ya no os cuidais de su suerte? ¿Es ciertamente el sepulcro la region del olvido? No; la esposa que idolatraba á su esposo, no ha perdido de repente, al cerrar los ojos, todo el amor que le tenia: el padre, que se sacrificaba por sus hijos, al dejarlos huérfanos de su presencia, no los deja tambien huérfanos de su cariño: el hijo no puede olvidarse de la madre que le llora; y el amigo leal no ha sentido que al entrar en el sepulcro, entrase tambien en su corazon el hielo de la indiferencia. Los afectos del corazon, cuando son sinceros y puros, son tambien eternos. ¿Por qué pues no comunicais directamente con nosotros? ¿Por qué no nos dais señales de vuestra presencia? ¡Ah! porque el sepulcro levanta una valla insuperable entre los muertos y los vivos: la que hay entre el espíritu y la materia. Las pretendidas comunicaciones con vosotros, que anuncian algunos, son una impostura: si fueran posibles, serian tambien frecuentes, y se verificarian en todos los tiempos y en todos los lugares. Pero os llamamos y no respondeis, ó al menos nosotros no percibimos vuestra respuesta: y esto prueba que

para comunicarnos mútuamente hay una impotencia que lo impide, á pesar de nuestros vivos deseos y de nuestra buena voluntad.

Esta separacion completa de las personas que amamos es uno de los motivos que mas hacen terrible la muerte.

¿Pero qué es la muerte del cuerpo, qué es la separacion momentánea, si siempre están vivos en nuestro corazon?

¡Inefable consuelo de los cristianos en la muerte de sus amados: la esperanza y la fé!

II.

LAS VOCES DEL SEPULCRO.

Vamos á orar y á meditar en los cementerios.

La memoria de la muerte, amarga como toda medicina, es altamente saludable y provechosa. La oracion por los difuntos, dulce como todo consuelo, alivia nuestra pena, calma nuestro dolor, y es la verdadera comunicacion que tenemos con ellos.

La meditacion fortifica el espíritu, la oracion le eleva.

Para disponer bien la vida, no hay cosa mas eficaz que la memoria de la muerte, supuesto que la misma muerte no es otra cosa que el principio de la vida eterna. El recuerdo de la muerte es ciertamente molesto para los que se aficionan demasiado á las vanidades de la tierra, para los que se dejan deslumbrar del mundo y de sus mentidos encantos, y sobre todo para los que nada esperan mas allá de la tumba, ó la voz de su conciencia les dice que nada bue-

no pueden esperar, y que tienen mucho que temer. La incertidumbre de nuestro destino comunica á la muerte un carácter pavoroso y terrible, porque habiendo de dar cuenta estrecha de nuestras acciones, como lo exige la satisfaccion del órden moral, *no sabe el hombre si es digno de amor ó de ódio*, no sabe la suerte que le espera por toda la eternidad. Y sin embargo sabe ciertamente que este destino desconocido é infalible está cercano, y que camina hácia él incesantemente, sin detenerse, y lo que es más, ignorando por completo cuál es su distancia, cuándo, cómo y en dónde ha de llegar. Aristóteles decia que la muerte por ser el fin de la vida es de las cosas terribles la terribilísima: pero es todavía mucho mas terrible por ser el principio de una desconocida eternidad.

Paseábame yo abismado en estas y otras semejantes reflexiones, cuando mis miradas se fijaron en un epitafio, que me conmovió, como si fuera un eco que me respondia del otro lado de la tumba:

Oh tú, mortal, y seas quien quisieres,
Yo fuí lo que tú eres:
No hay edad prefijada, tal vez hoy
Serás tú lo que soy...
¿Qué te importa mi nombre tan siquiera?
Aquí yace quien te espera.

¿Es este acaso el grito de un corazon desesperado, ó es la voz caritativa de una alma cristiana? ¿Es algun espíritu escéptico, que nos contempla desde la fosa con sonrisa burlona, ó es algun apóstol celoso que nos recuerda la proximidad de nuestro fin y la vanidad de todo lo terreno?

¡No esperarás mucho tiempo, oh desconocido morador de ultratumba, que ni siquiera has querido dejarnos la

memoria de tu nombre! ¿Cuántos de los que han leido tu epitafio, habrán llegado ya á tu compañía? Y todos llegaremos bien pronto, y al encontrarte siempre inmóvil esperando á todos los vivientes, te saludaremos como amigos diciendo: *¡Aquí estoy!* Las generaciones humanas se suceden unas á otras en rápidas é incesantes oleadas, y al fin todos los hombres van á parar á donde tú estás. Espera un poco mas; y todos los ojos que leen tu epitafio se habrán cerrado para siempre, y otros nuevos epitafios señalarán el silencioso lugar en donde reposan sus cenizas.

El sepulcro nos está esperando desde que nacimos: la vida entera no es mas que un viaje sin parada hácia él. Pasamos con la velocidad del relámpago desde la oscuridad del seno de nuestra madre á la oscuridad de la tumba.

Las Santas Escrituras comparan la vida á una flor de un dia, á un vapor leve, á una sombra fugitiva: y otras veces dicen que es una centella errante, un soplo de viento tan fugáz como el vuelo del pájaro que cruza el aire, como el paso de la nave que surca el mar. «La duracion de la vida mas larga, »esto es, todo aquello á que se puede estender la vida huma»na, comparó Homero á las hojas de un árbol, que cuando »mucho duran un verano. Aun pareció mucho á Eurípides, »y dijo, que á la felicidad humana la bastaba que tuviese »nombre de un dia. Juzgando esto por sobrado, dijo De»metrio Faléreo, que tenia suficiente con llamarse, no ho»ra, sino momento. Platon tuvo por demasía darla algun »sér; y así se lo quitó diciendo, que era sueño de despier»to. Y teniendo esto por mucho San Juan Crisóstomo, lo »corrigió diciendo, que era sueño, no de gente despierta, »sino dormida.» Es, segun otro profundo pensador, una embriaguez de un dia, que pasamos corriendo en pos de la locura, porque solo es un instante nacer, padecer y morir.

Y sin embargo el hombre apegado á ella, no piensa

sino con amargura en el dia, en que se ha de acabar. *Yo fuí lo que tú eres*, le grita el ignorado habitante de la tumba, yo tuve como tú amistades, amores, ambiciones, y esperanzas, yo estuve lleno de vida y de ilusiones en ese mundo que te fascina, pero la muerte descuella sobre todas las felicidades terrenas, y en la hora menos pensada viene á borrar con su propia nada la otra nada de tus ilusiones y tus proyectos. *No hay hora prefijada: tal vez hoy serás tú lo que yo soy*, un cadáver encerrado en un estrecho nicho... A esta voz un estremecimiento involuntario, se apodera del corazon, como si de repente la losa del sepulcro le oprimiese con su frialdad pavorosa.

¡Oh vanidad de los goces y grandezas de la tierra, que van por término triste á un cementerio! ¡Cuántas generaciones han bajado ya á esas sombrías regiones! El dilatado reino de la muerte estiende de dia en dia sus ilimitadas fronteras. Todos los que aquí reposan, llenaban no hace mucho tiempo la misma ciudad, en donde yo ahora vivo, ocupaban las mismas casas, discurrian por las mismas calles y plazas, y oraban en los mismos templos; sus corazones palpitaban ayer, como hoy los nuestros, por la familia, por el amor, por la amistad, por la gloria, por la pátria y por la religion: y muchos de ellos no pensaban llegar tan pronto al punto de la cita general. ¡Ellos tambien me esperan! La generacion actual llegará como la pasada y las antiguas al término del mismo viaje: nuevas gentes ocuparán el lugar que ahora ocupamos, nuevas familias vendrán despues de nosotros con nuevos proyectos, esperanzas, afanes é inquietudes, nuevas razas aparecerán en los siglos que vienen... nuevas costumbres sustituirán á las actuales, nuevas leyes, nuevas formas de gobierno, y se renovará la faz de la tierra, y hasta se borrará la memoria de lo pasado... pero la fosa siempre está abierta, y

siempre devorando muchedumbres, y nunca dice; ¡*Basta!*... y ninguno de los vivientes dejará de acudir á su llamamiento con terrible puntualidad. Esto es verdaderamente un asunto de meditaciones graves. La tierra misma no es mas que una inmensa necrópolis, un vasto panteon de los que la han pisado un momento. La vida humana solo es un breve prólogo del morir: pero el morir es el prólogo de la inmortalidad.

Gracias, pues ¡oh desconocido compañero de mañana! tu modesto epitafio me ha enseñado más que las obras de todos los filósofos.

Un poco mas allá, otro epitafio nos presenta una sentencia digna de un antiguo Padre de la Iglesia.

Ii vivunt
qui ex corporum vinculis tamquam é carcere
evolaverunt:
Vestra vero quæ dicitur vita,
mors est. (1)

Esto me recordó el siguiente dicho de San Gregorio, que puede servir de explicacion. «La vida temporal comparada á la eterna mas bien debe llamarse muerte que vida, porque las miserias que incesantemente la rodean, no son otra cosa que una proligidad de la muerte (2).»

Sí; la vida presente es una muerte anticipada, porque no tiene nada de lo que constituye la verdadera vida; la *duracion* y el *goce*. El espiritu, criado para conocer la ver-

(1) Aquellos viven, que ya han escapado de las cadenas del cuerpo, como de una cárcel: pero vuestra llamada vida, es muerte.

(2) Homilia 28 sobre el Evangelio. Las obras de los Stos. Padres están llenas de pensamientos profundos acerca de las miserias y brevedad de la vida, de cuya verdad sacan un gran partido para alentar á los fieles en el áspero camino de la virtud.

dad, y que vive en ella como en su elemento, es víctima de la ignorancia y del error; y si llega á penetrar un poco en los dominios de la verdad, es á costa de largo é ímprobo trabajo. El corazon hecho para amar el bien, y que solo descansa en su posesion, es víctima de lamentables extravíos, y con frecuencia se enamora de bienes falaces y engañosos: en él hay una lucha incesante de afanes, deseos no satisfechos, y amarguras; y si escoge algun objeto para poner en él todo su amor, y logra la fortuna de ser correspondido, lo que no siempre sucede, la misma posesion del objeto deseado no le satisface, y pasado el primer momento queda tan vacío como antes. En cuanto al cuerpo, es presa de tantas miserias, enfermedades y dolores, que no se sabe como pueden caber en el breve espacio de la vida. Dice muy bien el muerto que nos habla: *Vuestra llamada vida, es muerte.*

«Por ello dijo Falaris Agrigentino, que si antes que naciera uno, conociera lo que habia de padecer en la vida, no quisiera nacer, ni tomára de valde la vida, porque no es toda ella sino un monton de miserias, una contínua tela de peligros. Por esto arrepentidos de vivir algunos filósofos, llegaron á blasfemar de la naturaleza, diciendo de ella mil injurias, pues el mejor de los vivientes habia dado tan mala vida; porque no alcanzaron que esto fué efecto y pena de la culpa humana, y no culpa de la naturaleza, ó Providencia divina. Plinio llegó á decir, que no era la naturaleza sino madrastra de los hombres. Y Sileno preguntado cuál era la mayor dicha del hombre, dijo, que el no haber nacido, ó morirse luego. El gran filósofo y emperador Márco Aurelio, dijo esta discreta sentencia, considerando la miseria humana: «La batalla de este mundo es peligrosa, y su fin tan terrible y espantoso, que estoy muy cierto de que si alguno de los antiguos resucitase, y con-

tase fielmente la vida pasada, desde que salió del vientre de su madre hasta el postrer suspiro, enumerando el cuerpo por extenso los dolores que ha sufrido, y el corazon descubriendo las alarmas que le ha dado la fortuna, á todos los hombres espantaría un cuerpo que tanto ha padecido, y un corazon que tanta batalla ha sostenido y disimulado. Todo esto lo hé yo en mí mismo probado, y confiésolo aquí libremente, aunque sea infamia mia, por el provecho que pueda redundar á los siglos venideros. En cincuenta años que he vivido, he querido probar todos los vicios y pecados de esta vida, por ver si la malicia de los hombres tiene algunos límites y términos. Y hallo por mi cuenta, despues de bien considerado y contado, que cuanto más como, más muero de hambre; cuanto más bebo, mayor sed tengo; si mucho duermo, más quiero dormir, mientras más descanso, más quebrantado me hallo; cuanto más tengo, más deseo; y harto de buscar, menos hallo guardado; y finalmente, ninguna cosa alcanzo, que no me embarace y harte, y luego no la aborrezca y desee otra.» Todo esto sintieron los filósofos por las miserias de que está llena nuestra vida. Lo cual considerando el Sábio, dice: «*Todos los dias del hombre están llenos de dolores y miserias, ni aún de noche descansa su pensamiento.*» Con razon entra el hombre llorando en este mundo; como si profetizara que aún teniendo tiempo para padecer sus grandes miserias, le ha de faltar tiempo para llorarlas (1).»

(1) Nieremberg, *Diferencia entre lo temporal y lo eterno,* lib. III, capítulo 7.

III.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

¡Y hay quien mira con espanto la muerte, hay quien se estremece ante su solo pensamiento, sabiendo que el alma es inmortal!

Si la muerte fuera la nada, si fuera la extincion total de nuestra vida, por miserable que esta sea, comprendo que los hombres la mirarian con horror. Pero siendo el vestíbulo de la vida ¿cómo no suspiran por ella, como suspira el cautivo por su anhelada libertad?

Pero no necesito vuestra respuesta, ¡oh sombras que me escuchais invisibles! solo necesito recordar que el temor á la muerte es el barómetro de la conciencia, y la medida de la virtud.

Para el malvado la memoria de la muerte y la vista de los sepulcros, es una acusacion y un remordimiento, así como para el justo es una esperanza consoladora.

El impío teme la muerte, porque para él no puede haber cosa mas espantosa que la entrada en la eternidad. Alistado bajo la bandera del vicio, idolatra de sus pasiones, enemigo de todo freno, ha pasado una vida insensata, sofocando los gritos de su conciencia que se levantaban importunos en medio de todos sus placeres, como una gota de hiel. Olvidado de los mandamientos divinos, ha querido vivir á su antojo, corriendo detrás de locas liviandades, ha buscado su fin sobre la Tierra, enamorado de lo presente como si fuera lo permanente y lo durable... y nada tiene preparado para el inevitable y cercano porvenir. ¿Cómo no ha de estremecerle la idea de la muerte? Semejante al criminal, á quien han de sacar al patíbulo, prefiere las miserias de su calabozo, y ve con terror abrirse las puertas de su prision, porque es el anuncio de su próximo suplicio. Así sucede con el hombre que no tiene la conciencia tranquila. ¿Qué puede esperar mas allá del sepulcro? Por eso al contemplarle silencioso, no puede menos de llenarse de angustias y amarguras, y oye con terror aquella voz muda que le grita: *¡Aquí yace quien te espera: Tú tambien morirás!* Despues de la muerte vé algo mas terrible que ella: la sentencia de un Dios justiciero, que le aguarda en las mismas puertas de la eternidad.

Y los recuerdos que le trae la tumba ¡qué terribles son! Aquella madre virtuosa, que duerme en el polvo, esperándole para pedirle cuenta de los consejos que le daba, y cuya muerte acaso él aceleró con sus locuras: aquel padre honrado, cuyas amonestaciones él despreció, por vivir entregado á punibles devaneos: aquella mujer á quien él mancilló, y que murió de dolor y de vergüenza: el amigo que le precedió devorado por los escesos y las orgías: los huérfanos á quienes perjudicó en sus intereses: sus cómplices lo mismo que sus víctimas, todos ellos confundidos en la re-

gion de los muertos se levantan súbitamente como espectros amenazadores delante de su imaginacion, y le acusan echándole en cara sus crímenes y su insensatez. Sí; la vista de los sepulcros es para el hombre perverso un motivo de amargos recuerdos de lo pasado, y de pavorosos temores de lo porvenir.

¡Cuán diferentes son los sentimientos del justo!

El hombre virtuoso vè llegar el fin de sus dias con ánimo sereno, porque nada tiene que temer. Modesto, laborioso, honrado, caritativo, ha luchado con vigor contra las dificultades de la vida, ha refrenado sus pasiones y moderado sus apetitos, y ha llevado con paciencia su cruz. Ningunos ojos han llorado por causa suya, y por el contrario ha enjugado muchas lágrimas. Los gritos y las inquietudes de la conciencia criminal no han turbado sus sueños: por eso él no vé, ni puede ver terrores en el sepulcro: no vé mas que el reposo, y el término de una carrera fatigosa. Es un buen operario que ha aprovechado bien su tiempo, y necesita descansar, gozando tranquilamente de la merecida recompensa de su virtud.

Al pasar entre los sepulcros, parece que estos comunican á su corazon anticipadamente algo de su envidiable paz. ¡Con qué consuelo derrama sus lágrimas tranquilas sobre las cenizas de una madre, de una esposa, ó de un hijo, con quiénes conserva por la fé una misteriosa comunicacion! Él les cuenta sus penas y sus sinsabores, como en vida, tristes confidencias y secretos dolorosos que quedan bien guardados bajo las losas sepulcrales: se crée protegido por aquellas sombras queridas, y confía en que ruegan por él. En lugar de espectros horribles que le apostrofan como al malvado, sus visiones son rostros amigos que le esperan y le llaman con una sonrisa de amor: y mientras medita sobre las tumbas, la esperanza le hace sentir las dulzuras

de una verdad amable, de la union eterna despues de la muerte de las almas que fueron amigas en la Tierra. «En la dura necesidad de morir que todos tenemos, escribia San Gerónimo, el cristiano se consuela con la esperanza de ver en breve á aquellos de cuya pérdida se lamenta.»

¡Sí! de nuevo os veré, séres queridos que me habeis precedido al sepulcro, y que al ser encerrados bajo la fúnebre losa, habeis llevado con vosotros toda la alegría de mi corazon. ¡No os he perdido para siempre, Padre amado, hermanos queridos, parientes cariñosos, séres angelicales cuyas caricias infantiles eran un bálsamo consolador para las amarguras de mi vida! Cuando fatigado de la vida, y hastiado del mundo, baje yo tambien á esas tranquilas regiones de la paz perpétua, encontraré rostros conocidos y sonrisas de ternura, como el viajero que llega á sus hogares despues de una larga separacion. Si así no fuera, el horroroso pensamiento de haberos perdido para siempre, me precipitaría en una sombría desesperacion que jamás hallaria consuelo. Pero los que creen en la inmortalidad, no deben abrigar este temor.

Así la esperanza se levanta como un astro refulgente entre las mismas sombras del sepulcro, á la manera que el sol parece que sale magestuosamente del fondo del mar.

Así tambien el remordimiento levanta entre las tumbas su faz aterradora, á la manera que la negra nube se levanta del hondo barranco, anunciando la tempestad.

¡La esperanza! ¡El remordimiento! ¿Hay mas eficaz demostracion de la inmortalidad del alma, y de los premios ó castigos despues de esta vida? Esta es la voz de la conciencia, fundada en la misma naturaleza: y solamente por esto el hombre se manifiesta superior al resto de la creacion. ¿Conoce acaso la béstia el lugar de la sepultura de sus semejantes, ó se inquieta por sus cenizas? ¿Le causan alguna

impresion los restos inanimados de sus padres, ó vá á llorar sobre su solitaria fosa? Por el contrario para el hombre, en cualquier grado de civilizacion, el cadáver es un sér augusto, al que todos respetan, sea con un sentimiento religioso, sea con una secreta supersticion. La sabiduría de los antiguos legisladores logró imprimir un sello de santidad y veneracion sobre la sepultura y sus ritos, porque en todos los pueblos de la Tierra halló naturalmente establecido el culto fúnebre, y la veneracion de las sepulturas. Entre todos los séres creados, solo el hombre es capaz de estos sentimientos, porque solo él sabe que sobrevive á la corrupcion de su cuerpo, porque solo él sabe que es inmortal.

Por eso no hay hombre alguno, cualquiera que sea el grado de su elevacion, intelectual y moral, en quien la vista de un cementerio no excite pensamientos profundos y reflexiones graves. Parece que al entrar en un Campo Santo, entra cada uno en su propia conciencia, y en su propio corazon. Allí resuena una voz misteriosa. Dichosos los que, aislándose por completo de los ruidos mundanales, sepan entender aquella voz interior!

Si el hombre acudiera con frecuencia á los cementerios, á nutrir su espíritu con las saludables meditaciones que en ellos nacen espontáneamente, ¡cuánto ganaria en sus ideas y en sus sentimientos! ¡Cuán distinta seria en muchos casos su conducta! ¡Qué consuelo hallaria en sus penas! ¡Qué preservativo tan eficaz contra los desengaños, las decepciones, y la desesperacion! Por eso la religion, que mejor que nadie conoce las necesidades del corazon humano, bendice estos lugares, y los santifica con su presencia, y queria que los fieles los tuviesen constantemente á la vista. El cementerio es una cátedra de las mas interesantes y provechosas enseñanzas. Deteneos delante de cualquier sepultura, y en el momento una voz secreta comenzará á

enseñaros ó recordaros las grandes verdades del tiempo y de la eternidad. Recorred el cementerio en todas direcciones, y siempre hallareis una enseñanza nueva, ó una santa inspiracion.

De todo lo cual una razon ilustrada está en el caso de deducir esta consecuencia. Supuesto que en todos los lugares y pueblos de la Tierra la vista del cementerio inspira pensamientos profundos y propósitos saludables, supuesto que remueve el fondo de nuestra conciencia con el remordimiento ó la esperanza, supuesto que las mansiones de los muertos se hallan con todo derecho bajo el amparo de la religion, y todo esto es una prueba de la inmortalidad, es lógico afirmar que la condicion de la inmortalidad, ó el estado de la vida futura, es precisamente como nos lo enseña la misma religion.

Llegados á este punto es lícito avanzar un poco mas. La multitud y variedad de las opiniones filosóficas, encontradas y opuestas, acerca de nuestro eterno destino, demuestra que la razon *por sí sola* nada sabe ni puede saber, sino la necesidad de premios y castigos, pero sin determinar su naturaleza, ni su duracion. Pero mientras todas las filosofías se encuentran en desacuerdo en una materia tan interesante, todas las religiones están en el fondo completamente conformes. De donde se infiere que las afirmaciones absolutas y uniformes de todas las religiones, no pudiendo ser fruto de la razon, tienen sin duda el carácter de doctrina revelada; aún cuando la revelacion se considere en su sentido mas lato como meramente *histórica*, derivada de la conformidad constante de la conciencia con la razon, como quieren los racionalistas. Debemos pues, creer lo que ellas enseñan: y al hacerlo así, la razon dará una prueba de sensatez é imparcialidad.

IV.

LA VOZ DEL CORAZON.

Si el alma estuviera destinada á futuras encarnaciones en otros cuerpos, en vano se venerarian las cenizas del que ha tenido en la Tierra, con el cual, una vez verificada la separacion por la muerte, no conservaria ya la menor relacion. En vano el hombre se consolaria con la esperanza de volver á ver algun dia á los séres queridos, que fueron en este mundo el objeto de su cariño y de sus cuidados. El alma, semejante á una ave vagabunda, estaria recorriendo los espacios montada sobre un rayo de luz, ó pasaria de un globo á otro globo, siendo en el uno una higuera, en otro cirio vegetal, en otro roca, y otras tonterías por el estilo; pero el indivíduo que fué en la Tierra, Pedro, Juan, Cármen, Adela, habria dejado de ser para *siempre*, porque jamás volveríamos á este mundo, á ser lo que hoy somos, ni nos encontraríamos en otro. Concebir así nuestro destino es

tan insensato como ridículo. Otra es sin duda la voz del corazon, mas conforme á nuestra naturaleza; y la humanidad entera no es víctima de una ilusion engañadora en una materia tan interesante y trascendental.

¡Adios! ¡pero no para siempre!

Tal es la respuesta que hallé escrita sobre la losa de un nicho: así es como la tumba me mostraba uno de sus mas consoladores secretos. ¿De qué lábios salia tan expresiva despedida? ¿Era la voz cariñosa del que se iba, cumplido ya su destino sobre la Tierra, ó era el grito de dolor, mitigado por la esperanza, del que todavia se quedaba? Voz de la eternidad, ó voz del tiempo, era la fiel expresion de nuestros sentimientos y de nuestras aspiraciones.

¡Pero cuántas voces me contestan de todos lados en el mismo sentido! Es preciso, pues, que la reunion con nuestros antepasados sea un hecho, para que nuestras naturales aspiraciones, tan íntimas y tan legítimas, no queden defraudadas. La muerte que todo lo destruye, no puede arrebatarnos esta dichosa esperanza. El epitafio de un distinguido profesor, fallecido en edad temprana, consignaba en la mansion de la muerte, esta consoladora verdad:

Su prematura muerte arrebató...
...á su familia todo... menos la esperanza
de abrazarle en la eternidad.

Esta inscripcion parece que se halla todavía humedecida de lágrimas de amargura, pero tambien de suspiros de resignacion. La muerte de algunas personas, siempre sensible y dolorosa, es por razones especiales para algunas fa-

milias una verdadera catástrofe. El corazon, como herido de un rayo, parece un edificio en ruinas, y á un mismo tiempo se agolpan despiadadamente sobre él la afliccion y el dolor por el que ha muerto, y las angustias é inquietudes por los que quedan en vida, que son los verdaderos desgraciados. Pero hé aquí una region adonde no llega el terrible dominio de la muerte: *¡la esperanza!*

Mas adelante la voz de la esperanza salia de los lábios angelicales de una niña de cinco años, segada prematuramente de la vida como un capullo del rosal. La muerte de los niños causa generalmente una tristeza indefinible, porque en verdad ¿cuántas esperanzas no mueren y son sepultadas con ellos? Por eso esta niña, viendo sin duda la desesperacion pintada en el rostro de su afligido padre, viendo que su muerte le atravesaba el corazon como una espada de dos filos, le recomendaba en aquella hora suprema poner sus esperanzas en un objeto mas alto y mas digno, que nunca muere, que nunca falta, en el mismo Dios. Las letras doradas de su epitafio grabadas sobre mármol blanco parecian un reflejo lejano de los resplandores de la gloria que disfruta. Decia así:

¡No llores! ¡Esperanza en Dios!
Últimas palabras que pronunció.

¡Qué testamento! ¡Qué palabras en boca de una niña de cinco años! Verdaderamente era un ángel que en su fugáz existencia habia llenado su casa de alegría y de felicidad, y que hasta sus últimos momentos cumplia tan encantadora mision. ¿Puede acaso derramarse sobre un corazon transido de dolor un bálsamo mas eficaz? Es bien cierto que en la hora de la muerte las facultades del alma adquieren

un grado extraordinario de alcance y de lucidez, ¿pero comprendia ella lo que significaban sus palabras? ¿Conocia el bien que con ellas hacia? ¡Ah! la muerte inexorable dejó bien pronto muda aquella boca, digna de ser respetada, solo por haber pronunciado tan profunda sentencia. ¡Sí! el dolor intenso, desgarrador y profundo de un corazon que de repente queda solitario, y huérfano de todo cariño, no encuentra lenitivo en ninguna cosa de la Tierra. ¿Para qué llorar, y rebajar el dolor al nivel de los dolores comunes? Abismarse pues con el dolor en el seno del mismo Dios, y depositar en él la esperanza, es engrandecer el dolor al mismo tiempo que ofrecerle consuelo. ¡*Esperanza en Dios*! que algun dia me restituirá á tu cariño. ¡Esperanza en Dios, que ha fijado á cada uno su destino! Yo ya he cumplido el mio en la Tierra... No podré ya consolarte con mis inocentes caricias... no podré con mis amantes besos desarrugar tu frente, desvanecer la sombría tristeza de tus pensamientos... no podré con mis gracias infantiles hacerte olvidar un momento los sinsabores de la vida, y llevar un poco de alegría á tu espíritu fatigado... ¡más, espera en Dios! Él te consolará en este mundo... y nos reunirá en la eternidad.

Sobre la losa que cubre el helado cadáver de otra niña, se lee otro consuelo semejante dirigido á sus desolados padres. Es bien cierto que el eco de los grandes dolores resuena de una manera uniforme en todos los corazones, espresando los mismos sentimientos:

...No lloreis perdida,
Esa prenda de amor tierno,
Que por un lugar eterno
Dejó un lugar de partida.

No está perdida, no: la hallareis algun dia en ese lugar donde eternamente mora; no condenada á correr incesante-

mente de planeta en planeta las extensiones siderales... no fatalmente obligada á empezar uno despues de otro infinitos puntos de partida. En este supuesto, infelices padres, lloradla perdida para siempre: ha pasado como un meteoro fugáz, y solo os ha dejado un triste recuerdo, y un vacío en el corazon. Mas no; consolaos: ¡que la esperanza derrame en vuestro pecho sus placenteros rayos! No la habeis perdido sino para un poco de tiempo, porque el lugar adonde ha ido, es eterno.

En verdad no puede ofrecerse el mismo consuelo al padre desgraciado que contempla con sombría desesperacion el frio mármol que cubre las cenizas inanimadas de sus hijos. El grito de dolor que se escapa de su pecho, revela una alma sin fé, un corazon que es verdaderamente una sepultura, un espíritu materialista ó pagano:

Ad filios.
Non sunt hic...
¿Quid restat? Nihil. (1)

Este infeliz sí que los considera perdidos; perdidos para siempre. Los llama y no le contestan. ¿Qué hijo ha dejado alguna vez de responder á su padre? *No están aquí*, exclama con amargura el descreido, y en el extravío de su dolor llega á una consecuencia blasfema. *¿Qué queda de ellos? Nada.* Palabra aterradora, cuyo eco pavoroso es capáz de envenenar toda una existencia. No me extraña que llores sin consuelo, y que tu corazon excéptico sea presa de la afliccion mas desgarradora. Mas ¡ah! desdichado; las voces que salen solemnes del fondo de la tumba, no se perciben con los oidos corporales: resuenan misteriosas dentro del alma, y se perciben con los oidos de la fé. Avanza unos pa-

(1) *A mis hijos. No están aquí. ¿Qué resta? Nada.*

sos mas, y verás en otra lápida que tus hijos todavía viven, y te dirá tambien donde se encuentran:

Su alma inocente voló al cielo.

¡Que tu espíritu se dilate! No han muerto: queda de ellos el alma inmortal. Vuelve los ojos á tu alrededor, y hallarás anunciado su dichoso destino:

Voló á la celeste esfera.

Y un poco mas lejos:

A otra region voló, dó el bien se anida.

Tal es la suerte de las almas puras, como las de tus inocentes hijos. Pero si no lo crees, si las voces unánimes de los sepulcros no te conmueven, abandona tu corazon infeliz á los horrores de la mas funesta desesperacion.

Nunca mejor que en un cementerio se aprecia la necesidad de la fé, para fortalecer al espíritu y enaltecer los sentimientos. ¡Qué contraste entre el grito desolado del incrédulo, y los suspiros de viva ternura de un corazon creyente! Mientras el primero siente penetrar en su pecho los frios y negros horrores de la nada, el segundo vislumbra las inefables claridades de la vida eterna: mientras el primero se encuentra solitario y vacío de afectos, el segundo esperimenta que sus afectos se purifican, crecen y arraigan en su seno con una fuerza nueva: mientras el primero sufre, el segundo se resigna y espera. Sobre una losa negra se lee esta inscripcion en letras de plata, como si entre las sombras de ultra-tumba se destacasen caractéres luminosos:

De nuestras almas tu virtud fué lazo:
No lo rompió la muerte:

Ella hará breve de mi duelo el plazo,
Y en el seno de Dios volveré á verte.

Este es el suspiro mas expresivo de un corazon cristiano. El esposo afligido espera la muerte con una especie de secreta impaciencia, como el término de su dolor por la pérdida de su amante compañera, y el medio de volver á reunirse con ella. Sus almas continúan unidas invisiblemente por ese amor puro que tiene su fundamento en la virtud, la cual forma en efecto los lazos mas dulces y duraderos. Por ella la union de dos almas, verificada en el tiempo, continúa despues de la muerte para hallar su plena consumacion en los siglos eternos. En verdad que la muerte no rompe estos lazos formados por las almas que se comprenden, confirmados por el cariño de toda la vida, y santificados por la religion. ¿Cómo la muerte, ciega transformadora de la materia, ha de estender su guadaña á las inaccesibles alturas del espíritu, de la virtud, y de los sentimientos morales? ¿Cómo ha de romper una union, basada en la virtud, cuya naturaleza es inmortal? Si la muerte ha logrado separar temporalmente dos séres que se amaban, ¿por ventura una separacion es capáz de extinguir su amor? Cuando amamos plenamente, el amor se identifica con nuestro sér, y nuestro sér se identifica con el sér del objeto amado: por eso nos dicta la razon, y nos confirma la fé, que despues de la muerte las personas amadas se han de reunir en el cielo, para que sus afectos adquieran una espansion completa y una duracion eterna.

Aquel es un nicho doble. En la primera division, á la derecha, descansan los restos mortales de la esposa; la segunda está reservada para el esposo, y en ella se lee esta notable sentencia:

El sepulcro es la esperanza de los que creen,
y cree mas, el que mejor amó.

¡Dichosa pareja, que habiéndose amado en vida, tiene ya preparado en la muerte su lecho nupcial! Cuando la muerte haya abreviado el plazo de dolor del que hoy vive, la esposa fiel le saldrá al encuentro en la puerta de la tumba, y allí se reanudarán sus felices bodas para toda la eternidad.

¿Quién, sino los que creen, podria poner tal esperanza en el sepulcro? ¿Y quién puede esperar, sino el que cree? ¿Y quién sabe creer, sino el que sabe amar? La fé no solamente es la luz de la inteligencia, es tambien una necesidad del corazon. Este cree, porque ama: cree firmemente, porque amó bien: y ama despues de la muerte, porque la fé le asegura que vive y le espera el objeto de su amor.

. . . . . .

Así es como la humanidad escribe la historia fiel de sus afectos y de sus creencias, sobre las losas sepulcrales.

. . . . . .

No pretendas pues alucinarme, espíritu falaz que te llamas *Lúmen*, no pretendas alucinarme con tus fantásticas y extravagantes relaciones de tus imposibles viajes, y absurdas preexistencias. La simple consideracion de las mansiones de la muerte me ha *revelado*, mejor que tú, las verdaderas condiciones de la vida futura.

He escuchado una interesante narracion que me han hecho misteriosamente los espíritus invisibles que vigilan en aquellos sagrados lugares: ellos me han hablado al alma, y yo los he comprendido. He sabido que la muerte del cuerpo es el preludio de la vida eterna: he aprendido que el polvo de los cadáveres es un testimonio de la inmortalidad: he conocido que este polvo no es abandonado *eterna-*

mente por el alma para tomar otros cuerpos en otras encarnaciones: he visto que el mundo de las almas es *uno* y definitivo, mientras que la vida actual es solo un rápido viaje para llegar á él: he comprendido la necesidad de los premios ó castigos para el hombre, segun las buenas ó malas obras que haya hecho en vida. Me han dicho en fin muchas cosas importantísimas, de las cuales tú no me habias hablado una palabra.

He escuchado la voz solemne del sepulcro, que me ha dicho que allí *me esperan*, que *me esperan en breve:* á fin de que yo me prepare para la entrada en la eternidad. Pero tú, espíritu engañoso, tratabas de inspirarme una falsa tranquilidad con tus perversas narraciones, prometiéndome viajes por el espacio, sin premios que esperar, ni castigos que temer; á fin de que yo me descuidase en un punto tan interesante.

He escuchado la voz augusta de la conciencia, esplicándome la razon de los terrores de la muerte, y por qué los cementerios excitan en unos las angustias del remordimiento, y en otros las dulzuras de la esperanza. Esta voz, que se sobrepone á todas las falacias, me ha convencido que me engañas, y que tu criminal propósito no es revelarme los misterios de la vida futura, sino echar el mas espeso velo sobre ellos.

He escuchado en fin la voz del corazon, y he visto que suspira con indecibles ánsias por la reunion eterna con los objetos de su cariño, con todas las personas que aquí ha amado; y estas legítimas aspiraciones no podrian jamás realizarse sino en las condiciones de la vida futura, tal como nos la enseñan todas las religiones, interpretando la voz de la naturaleza y la voz del mismo Dios. Pero tus narraciones hacen imposible tal reunion, porque tú mismo has confesado que á un amigo de tu mentida existencia an-

terior, que encontraste en esta Tierra, no le conociste, ni él á tí.

Estas voces, una despues de otra, han resonado dentro de mí, llenándome de la mas profunda conviccion. Ellas son la expresion del buen sentido, de las ideas, de los sentimientos y de las aspiraciones de toda la humanidad. Lo que me dicen, pues, esa es la verdad: eso es lo que yo debo creer.

Pero otra vez me llaman y me prometen revelaciones no menos interesantes.

¡Huye!

Voy á escucharlas de nuevo...

SEGUNDA NARRACION.

¡DEL TIEMPO Á LA ETERNIDAD!

¡DEL TIEMPO Á LA ETERNIDAD!

I.

DESPUES DE LA MUERTE.

Revélame tú, oh Muerte, los misterios de la verdadera vida. Deseo con avidéz, ¿y quién no lo desea?—levantar un poco el denso velo que nos oculta los pavorosos secretos de la eternidad. Impotente como eres para destruir el espíritu, sabes en virtud de qué ley se halla exento de tu terrible imperio; sabes cómo vive el alma; sabes las impresiones que esperimenta en el momento que le has arrebatado su cuerpo; sabes cuál es la condicion y el modo de ser de esa vida, que está eternamente libre de tu soplo destructor. Dímelo: te escucho con religioso silencio, y grabaré tus palabras en mi memoria de un modo indeleble: yo las repetiré fielmente á mis semejantes, y muchos de ellos, á quienes hoy espantas, acaso despues de eso te mirarán como amiga. Muchas veces, muchas, he deseado que vengas á mí, para que

me introduzcas en aquellas misteriosas regiones. Hoy, mientras espero aquel momento, cuando lo tenga señalado la Providencia, te suplico que me adelantes alguna de tus interesantes revelaciones...

Mas ¡ah! en vano te ruego. ¿Quién ha conmovido alguna vez tu pecho inexorable? Así como jamás sueltas tu presa, así tampoco sueltas los secretos de ultra-tumba.

Pero el conocimiento que tengo de tí, y de la vida que destruyes, me hará inferir de algun modo la naturaleza de esa vida que tú no eres capáz de destruir: y así te habré arrebatado una parte de tu secreto.

En la Tierra no conocemos otra vida, que la que es triste víctima de la muerte: no es esa por lo tanto la verdadera vida; no puede ser esa. La vida es reina, no esclava; la vida es vencedora, no vencida; la vida es eterna, no perecedera; la vida es superior á la muerte. Aquí todo lo que nace, muere: siendo así que todos concebimos que la verdadera vida debe ser la condicion de no morir. Por eso al destruir nuestro cuerpo, tú quedas derrotada, oh Muerte, porque proporcionas al espíritu la plenitud de la vida. En este sentido dicen los filósofos que la muerte es la libertad del espíritu, que es el dormir del cuerpo y el despertar del alma, que es la perfeccion de sus facultades, y añaden todavía, que es su exaltacion.

Es claro; siendo nuestra alma espiritual é inmortal, su vida continúa necesariamente despues de la muerte del cuerpo, con aquella actividad propia sin la cual no se concibe la vida. Vive con mayor actividad que en este mundo, puesto que goza de una existencia plena y completa sin las trabas de la materia; sin esperimentar en sus operaciones los múltiples obstáculos que le oponia la debilidad é impotencia de sus órganos. La perfeccion natural del alma humana consiste en la abstracion del cuerpo, (aún en esta

vida, en cuanto es posible) elevándose sobre el órden material y corpóreo á las regiones serenas de la verdad y del bien: y la prueba es que las facultades mas nobles del alma, ya naturales, ya adquiridas, no gozan en esta vida toda la espansion de que son capaces, y á veces no funcionan por haberse inutilizado los órganos que les sirven de instrumento. Se observa tambien que cuanto mas groseros son los órganos, es tambien menor la actividad del alma, no solo en aquellas operaciones que se refieren al órden sensible, sino tambien en las del órden intelectual y moral. La misma degradacion moral del alma consiste en inclinarse demasiado á la materia, en dejarse dominar de sus tiránicas exigencias, y en entregarse á los goces de los sentidos. La razon es que el alma es de naturaleza mas noble y mas digna que todas las criaturas materiales y corporales y por eso debe llamar á todas á su servicio, y usar de ellas como *medios:* se rebaja pues y se degrada de su elevada condicion, desde el momento que se adhiere á ellas por un amor desordenado y las ama como *fin*.

Pero despues de la muerte no sucede esto; las ilusiones han perdido su faláz prestigio, las exigencias de la materia cesan, y no agobian al espíritu que estaba unido á ella, las necesidades del cuerpo han desaparecido con él: ya no hay sueño que viene á oscurecer y retardar el pensamiento, aletargando al alma muchas horas; ya no hay fatiga que la impida dedicarse al estudio y á la meditacion; ya no hay hambre que la contriste y la distraiga de sus ocupaciones, obligándola á interrumpirlas para acudir á esta apremiante necesidad; ya no hay calor, que turbe las funciones del cerebro y nos impida discurrir. Ni las necesidades del cuerpo, ni los goces de los sentidos tienen ya valor alguno para el alma separada. Por la muerte ha recibido la libertad: su esfera de accion tan limitada aquí en la

Tierra, que apenas se estendia algunos pasos á su alrededor, vé delante de sí los mas anchurosos horizontes; vive una vida *nueva*, enteramente distinta de la que deja, y adquiere de repente un vigor desconocido en el sér y en el obrar.

Así se explican los impacientes suspiros de amor y de deseo de nuestra seráfica Doctora Santa Teresa de Jesús, por mas que principalmente se refieran á la vida sobrenatural: *Oh vida, vida, ¿cómo puedes sustentarte, estando ausente de tu vida?* Y en otro lugar: *¡Oh vida enemiga de mi bien, y quién tuviese licencia de acabarte!* Pero sobre todo espresa perfectamente las ánsias de su corazon enamorado en aquellas coplas sublimes, de las cuales decia el venerable Palafox que no sabia cómo no habian encendido el papel en donde fueron escritas:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero
Que muero porque no muero.

Y no son estas solamente efusiones del misticismo. Todos los que admiten la inmortalidad del alma reconocen unánimes, que al exhalar el hombre su último suspiro, el alma empieza á poseer una vida mas pura, mas poderosa y mas elevada que la que tuvo en la Tierra.

Es por consiguiente un absurdo suponer, como el autor de *Lúmen*, que la primera sensacion de identidad que se esperimenta despues de la muerte se parece á la que se siente durante la vida al despertar del sueño, cuando recobrando poco á poco la conciencia á la luz de la mañana, no se han disipado enteramente las visiones que han agitado el cerebro durante la noche: y que nuestra facultad pensante, al salir de esta vida, se balancea entre una realidad

que aun no comprende, y un ensueño que todavia no ha desaparecido completamente: y que algunas almas, dominadas todavia por los apetitos terrenos, permanecen largo tiempo en estado de perturbacion y de inconsciencia. Es todavia mas absurdo afirmar que en general el alma tarda algun tiempo en desprenderse enteramente del organismo nervioso, y que á veces permanece varios dias y aun meses magnéticamente unida á su antiguo cuerpo, que no hubiera querido abandonar. Quien esto piensa, no sabe lo que es la muerte, ni conoce la naturaleza del alma. Mientras el alma está unida al cuerpo, no hay muerte; habrá á lo sumo un letargo, como á veces han ocurrido, pero no se habrá disuelto el compuesto humano, no se habrá verificado la separacion total y completa de sus dos elementos, que es en lo que consiste la muerte. Pero apenas el alma se ha separado de su cuerpo, bien sea repentinamente por una muerte violenta de un tiro, de una caida, ó de otro accidente, cuando el hombre lleno de vida y de salud menos la podia esperar; bien sea lentamente despues de las agonías de una enfermedad, ó de la inanicion de la vejez, el alma es inundada instantáneamente de una claridad deslumbradora, adquiere la completa conciencia de sí misma y de su nuevo estado, y comprende que ha entrado en la vida de la inmortalidad. No hay almas niñas; no nacemos á la vida eterna, sin conciencia personal de nosotros mismos, á la manera que el niño no advierte su nacimiento á la vida mortal. El buen sentido nos obliga á reconocer, que no hay causa alguna, ni razon, ni motivo, tanto por parte de la misma alma, como por otra causa fuera de ella, para temer este oscurecimiento del espíritu, precisamente en el momento solemne de su completa emancipacion.

Por el contrario la recta razon comprende sin esfuerzo alguno, que el alma, como forma simple, desde el momen-

to que se ha separado de la materia, adquiere sin dilacion de ningun género el modo de ser propio de su naturaleza espiritual.

Lo primero que exige la naturaleza de un sér espiritual, es el conocimiento de su propio *yo*. No es posible concebir un sér espiritual sin pensamiento, ni es posible el pensamiento sin la conciencia de sí mismo, y la intuicion inmediata de su propio sér. Por eso Descartes, puso el pensamiento como la premisa lógica del conocimiento de la propia existencia. *Cogito; ergo existo.* Pero en las sustancias espirituales el pensamiento radica de tal manera en su misma esencia, que no es posible tampoco concebirlas un solo momento, sino inteligentes y pensantes (1). Se hallan por lo tanto en virtud de su naturaleza en una actividad constante, ya interna que se ejercita sobre sí misma y sobre sus íntimas operaciones, ya externa que tiene por objeto las cosas cognoscibles fuera de sí. Por eso el alma separada del cuerpo, al entrar en el mundo de los espíritus, lo hace con plena advertencia de su nueva situacion.

¡Qué inefable y luminosa revelacion para el alma! ¡Qué esplendorosos rayos de luz la inundan en la puerta misma de la vida! Cuando estaba en este mundo, unida á su organismo corpóreo, no se conocia; y solo habia llegado á adivinar que el mas alto grado de ciencia que podia adquirirse en la Tierra era el conocimiento de sí mismo: *Nosce te ipsum.* Mas apenas ha traspasado los umbrales del sepulcro, se ha descorrido el velo que la desfiguraba á sus propios ojos, y con profunda admiracion se *conoce* á sí misma; se contempla en sí misma como en un espejo sereno; sus facultades adquieren un grado de lucidez y potencia ex-

(1) No hay necesidad de rechazar la absurda suposicion de que todo pensamiento es imposible sin un cerebro: lo cual conduce necesariamente al materialismo.

traordinaria: sus pensamientos reproducen constantemente su imágen, en la cual está grabado un sello divino; sus afectos se purifican; y el mundo invisible pone de manifiesto ante ella sus insondables arcanos. La razon es, como explica muy bien Santo Tomás, porque las potencias del alma que radican únicamente en ella como en su sugeto, cuales son el entendimiento y la voluntad, subsisten en ella despues de disuelto el cuerpo; y precisamente por esto el alma es separable, ó lo que es lo mismo puede subsistir sin el cuerpo, lo que en otro caso no seria posible, sino que el alma debiera morir al mismo tiempo que aquel. Pero el alma no muere; y por lo tanto conserva en tal estado la operacion esencial á su naturaleza, y condicion necesaria de su existencia, entender y querer. ¿Cómo pues hay quien forme una idea tan mezquina del estado del alma separada, que la haga entrar á ciegas y como soñolienta en las mansiones de la inmortalidad?

Conviene insistir todavia en este punto, que es interesantísimo para todo lo que en este libro vamos á decir. En nuestra obra anterior demostramos contra los partidarios de la pluralidad de existencias, que el estado de inmortalidad, segun la nocion mas óbvia que excita este pensamiento, supone la *persistencia idéntica* del sér, la conciencia de sí mismo, y el ejercicio de la actividad interna; y que si el alma perdiera, aunque temporalmente, la conciencia de su identidad, dejaria de ser lo que es, y habria una mudanza sustancial en su sér. Probamos tambien que puesto que el alma durante la union con su cuerpo ejecuta actos independientes de todo concurso intrínseco del mismo, con mayor razon podrá ejercer su actividad plena intelectual, estando separada, y gozando una vida mas alta fuera de la naturaleza sensible. «*La conviccion de mi inmortalidad*, decia con razon Goethe, *proviene en mi de la idea que tengo de*

mi actividad.» Probamos por último que la espiritualidad del alma consiste, mas bien que en su cualidad de ser simple, y aun de ser inteligente, en su aptitud intrínseca para subsistir fuera del cuerpo, ó sea en su independencia absoluta de todo cuanto es materia, con una vida propia, íntegra, y dotada de todo lo que es propio de una sustancia espiritual. «El principio intelectual, llamado espíritu ó in»teligencia, nos decia el Angel de las escuelas, tiene por »naturaleza una operacion especial, de la que el cuerpo no »participa. Pero nada puede operar por sí, sino lo que sub»siste por sí mismo, puesto que la facultad de obrar solo es »propia del ente en acto, y por eso el modo de la accion si»gue al modo de ser: de lo cual se deduce que el alma hu»mana, á la cual conviene el nombre de inteligencia ó es»píritu, es algo inmaterial y subsistente.»

Establecida sobre principios tan sólidos y verdaderos la subsistencia propia de nuestra alma, nos es permitido conocer de alguna manera, su modo de ser y obrar en la vida futura. Su modo de entender no es por lo tanto por medio de imágenes ó especies sensibles, como en esta vida, puesto que le faltan los órganos corpóreos, sino de una manera mas elevada contemplando por un acto directo las cosas simplemente inteligibles, ó á veces haciendo aplicacion de las especies adquiridas en su estancia en la Tierra. Pero ya no necesita luz para ver, ni aire para oir, ni figuras para percibir, ni medios materiales que le sirvan de auxiliares para conocer; ni las mas profundas tinieblas impiden su vista, ni las puertas mejor cerradas, ni las mas espesas paredes la ocultan sus secretos, ni á su penetracion ofrece obstáculo alguno el medio, ni la distancia, ni el lugar (1). Ha ad-

(1) Por consiguiente es un absurdo suponer, como dice Lúmen, que el alma vé las cosas y los acontecimientos por medio de la luz material. Pero de esto hablaremos mas extensamente en otra narracion.

quirido el modo de ser de los espíritus, y entiende como estos por intuicion y por especies infusas: porque perteneciendo esto al estado natural del alma separada, Dios como autor de la naturaleza, se las dá en el momento mismo de la separacion (1): puesto que son los únicos medios por los cuales el alma aprende directamente la existencia de los otros séres y objetos distintos de sí misma, y comunica con ellos segun su respectiva capacidad.

El primer conocimiento que adquiere el alma es, como hemos dicho, el conocimiento de sí misma, con toda la perfeccion de que es capáz segun el alcance de sus facultades, pues siendo antes inteligible en pura potencia, se hace desde ahora inteligible en acto sin necesidad de alguna impresion extraña, puesto que goza naturalmente de las propiedades esenciales de los espíritus (2): se conoce pues por sí misma, por su propio acto. Conoce tambien con perfeccion á las otras almas, por la razon de que son semejantes á ella en su modo sustancial; y á los espíritus superiores, buenos ó malos, si bien á estos de un modo menos perfecto. Cualquiera comprende sin esfuerzo alguno, que los séres espirituales, hallándose abstraidos de toda materia, son ob-

(1) Todas las almas, sin excepcion alguna, reciben estas especies, puesto que se refieren á su condicion natural. Los condenados y los mismos demonios, que están privados de todo don gratuito, no carecen de ellas. En todos los séres inteligentes la virtud intelectiva se halla influida por la luz de la inteligencia divina: la inteligencia creada es una centella de la inteligencia eterna: y las especies de que hablamos son un resultado de aquella influencia universal del mismo Dios como autor de la naturaleza intelectual. Así se explica que el alma se une al cuerpo *para su mayor bien*, á fin de entender por medio de imágenes sensibles, y sin embargo fuera de él entiende por un órden superior dirigiéndose al objeto inteligible.

(2) El alma naturalmente pasa del estado de union con el cuerpo al de separacion; y de aquí que su modo de ser, si bien es distinto, no puede dejar de ser natural: siendo, si puede decirse así, esa variante accidental, y puesta en el órden de la naturaleza.

jeto directo é inmediato del entendimiento, como mas asimilables á él. Conoce igualmente con perfeccion, y en general, todas las cosas naturales, el universo visible, el cielo, las estrellas y sus movimientos, la Tierra y las diversas especies de criaturas que hay en ella; no en el sentido de que las abarque todas de una ojeada y simultáneamente, sino que su inteligencia puede aplicarse en particular á cualquier objeto, sea por inclinacion, ó por afecto, sea por disposicion natural, ó por ordenacion divina. No hay efectivamente razon alguna para negar al alma estos conocimientos, ni por parte de ella que tiene aptitud suficiente para conocer los objetos materiales, ni por parte de la limitacion de su inteligencia, puesto que los ha de conocer en particular, ni por parte de los objetos, puesto que son conocidos de un modo mas elevado que por las imágenes sensibles. El deseo natural que tiene de saberlo todo, las cosas y sus causas, queda plenamente satisfecho en la otra vida, en cuanto es capáz el alma, cuya inteligencia es claro que tiene sus límites, como tambien diversos grados: porque á la perfeccion del espíritu corresponde conocer todo lo que puede conocer. Como decia muy bien Wolf, la inmortalidad del espíritu consiste en la continuacion perpétua de sus actos vitales, y en el ejercicio de sus facultades. Es tan natural á nuestra alma inmortal el entender, como al cuerpo el respirar. Aún en este mundo, el alma es capáz de ver mas que lo que alcanza la vista del cuerpo, como lo demuestra el telescopio y el microscopio, y de oir mas que lo que alcanza el oido, como lo prueba el micrófono, y de comunicar á largas distancias, como lo prueba el telégrafo. Si nuestros sentidos y medios de accion fuesen mas perfectos, veríamos las estrellas lejanas y los infusorios sin necesidad de instrumentos: pero la debilidad de nuestros órganos impide al alma estenderse mas allá de su esfera. En la

otra vida no sucede así: el alma libre y desembarazada, estiende desde luego su esfera de accion hasta donde alcanza en su mayor esfuerzo toda su potencia y toda su actividad.

Decidan pues los hombres de buen sentido.

Esta filosofía tan sensata, tan sólidamente fundada en la misma naturaleza, tan conforme á nuestras inclinaciones, tan razonable y verdadera, ¿no es superior en cien codos á las mezquinas fantasías de Lúmen, que se nos quieren hacer pasar como la espresion mas acertada de las formas de la vida futura?

Es preciso que el señor Lúmen, por mas espíritu que sea, estudie un poco mas de psicología y de metafísica.

II.

LA ENTRADA EN LA OTRA VIDA.

Hagamos un poderoso esfuerzo de imaginacion por figurarnos las primeras impresiones del alma en el momento solemne de su entrada en la eternidad.

Un frio estremecimiento se apodera de mí solo en pensarlo: los cabellos se me erizan, mi pulso se apaga, mis ojos se anublan, mi cabeza se desvanece, mi corazon tiembla. ¿Por qué así? Yo no temo la muerte, ni la he temido nunca, y alguna vez he arriesgado sin conmoverme esta miserable vida, ó he estado tranquilo en inminente peligro de perderla. La muerte nada tiene de espantoso, á no ser para el malvado. ¿De dónde pues, me proviene esta emocion?

Aquella voz misteriosa que me hablaba en el cementerio, me pareció que resonaba ahora mas augusta y grave dentro de mi pecho, diciéndome con pavorosa solemnidad:

—*Porque aquel momento es el momento supremo del cual pende la eternidad.*

¡Ah! ¡qué razon hay para estremecernos!

¡Oh tremendo punto, fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante en el cual se cierra el plazo de esta vida, y se determina el negocio de nuestra suerte eterna! ¡Cuán temible es aquel momento, en el cual se ha de pronunciar mi sentencia sin apelacion!

Por eso aquel formidable trance hará temblar al corazon mas animoso, mientras haya hombres sobre la Tierra. No es lo mas terrible de la muerte dejar la vida de este mundo, sino haber de dar cuenta de ella al Criador.

En aquel momento terrible la primera impresion del alma no es seguramente sentirse atraida sin saber cómo á algun planeta de la estrella Capella, y volar por los espacios, como una ave escapada de la jáula. Semejante invencion ofende al mismo tiempo al buen sentido, á las creencias religiosas de los pueblos, y á la misma justicia de Dios.

La primera ojeada que el alma arroja sobre sí misma, le dá con el propio conocimiento de su naturaleza, el conocimiento exacto de su estado moral. De repente se le representa toda su vida, con todas sus circunstancias, pues nada desaparece del alma una vez que ha entrado en ella; y si en esta vida se pierde muchas veces la memoria, y desaparece el recuerdo, no por eso se ha perdido la especie grabada en aquel espejo inmaterial. Aquí la conciencia ponia constantemente delante del alma muchas de sus acciones pasadas, más ahora se le representan todas: la conciencia sin dejar de acusar lo malo y aplaudir lo bueno, se convierte en *vision*. Pero el testimonio de la conciencia, como es bien sabido, es un *juicio práctico*, un juicio decisivo é inapelable, en que uno mismo es parte, testigo y juez. Ha llegado ya el momento preciso de publicarse y ejecutarse la sen-

tencia merecida, que cada uno pronuncia contra sí mismo. Si se reconoce culpado en aquel instante supremo, dada la justicia eterna y la exigencia del órden moral, él mismo confiesa que es digno de castigo, y se somete de antemano á la pena que se le imponga: si se presenta con la tranquila satisfaccion del justo, tiene derecho á esperar de la misma justicia y fidelidad divina, que le conceda el premio á que se ha hecho acreedor, y por cuya esperanza él ha recorrido sin desmayar los ásperos caminos de la virtud.

Esta doctrina es altamente filosófica y razonable: nadie podrá negarla, ni ponerla en duda. Y adviértese que no salimos del órden natural, que no apelamos á las terminantes enseñanzas de nuestra fé, ni citamos testimonios que acaso los adversarios no estarian dispuestos á aceptar. Sin embargo la Sagrada Escritura enseña este dogma con la mayor claridad. *Fácil cosa es para Dios*, dice el libro del Eclesiástico, *en el dia de la muerte, galardonar á cada uno segun sus caminos... y en el fin del hombre se descubrirán sus obras,* (cap. XI, v. 28.) *Todo cuanto se hace, lo traerá Dios á juicio por cualquiera yerro, sea obra buena ó mala,* dice el Eclesiastés, (cap. XII, v. 14). Y San Pablo escribe á los Hebreos: *Está establecido á los hombres que mueran una sola vez, y despues el juicio.* Nada mas eficáz que este pensamiento para estimular á la virtud. «Intimamente persuadidos, »exclama Atenágoras, que debemos dar cuenta de nuestra »vida á Dios que nos crió, llevamos una vida sóbria, benéfica y paciente, creyendo que los males que padecemos, y »todos los tormentos con que nos dais la muerte, no pueden compararse con los bienes que hemos de recibir del »gran Juez al entrar en la otra vida, por haber vivido aquí »con modestia, sobriedad y virtud.» Es tambien un dogma de fé, que despues de la muerte no se difiere el premio de los buenos, ni el castigo de los malvados. Esta es una ver-

dad que enseñaban igualmente los filósofos paganos. «El alma, escribia Platon, despues de salir libre de su cuerpo como de un ataud, sufrirá un juicio en el campo de la verdad: ἐν πεδίῳ ἀληθείης.» «Yo me examino con atencion, decia Séneca, esperando aquel dia en que ha de ser juzgada toda mi vida.» Las tradiciones de la China, de la India y de todo el Oriente de acuerdo con las de Egipto, las de Grecia y Roma, y las mitologías del Norte como las de los pueblos salvajes, nos describen con vivos colores el apretado juicio que sufren todos los mortales, al exhalar el último suspiro, y la ejecucion inmediata de la sentencia. Sin duda alguna para el verdadero filósofo no carece de valor este consentimiento universal. ¿Y por qué se habia de diferir indefinidamente ni á los buenos ni á los malos su merecida remuneracion? Para los primeros esta demora seria una decepcion inesperada, mientras que para los segundos equivaldría á una especie de impunidad.

Con todo, prescindiendo de la fuerza de estos argumentos, hemos hallado la necesidad del juicio despues de la muerte en el mismo fondo de la conciencia humana. Aquella luz inextinguible ilumina con vivos resplandores los senos mas recónditos del alma, hasta sus pensamientos mas secretos, y el hombre contempla atónito la larga tela de su vida con sus errores, sus faltas, sus crímenes ó sus sufrimientos, su expiacion y sus virtudes. Vé todas sus acciones, no solo en sí mismas, sino tambien en las consecuencias que produjeron; vé los bienes que ha hecho ó los males que ha causado; sabe apreciar en su justo valor lo que debió haber hecho y lo que hizo: de un solo golpe de vista descubre como ha cumplido su deber y la influencia de su paso por la Tierra. ¡Dichoso el que no deba arrepentirse de haber vivido! Como consecuencia de este conocimiento íntimo de su estado, el alma del justo, al contem-

plarse enriquecida de méritos y virtudes, se llena de una serena alegría, que si no hubiera para ella la vision beatífica, es el orígen de la mas pura felicidad del órden natural; mientras que el alma del perverso, horrorizada de sí misma á la vista de sus pecados, esperimenta una confusion y un dolor, que es ya el preludio del infierno.

Si no me engaño, esta esplicacion del juicio particular del alma, despues de la muerte, por su propia conciencia, es tan sencilla como profunda, tan creible como racional. A su lado parece doblemente insensata la teoría de Lúmen, absurda á primera vista, segun la cual el alma vé los acontecimientos de su vida pasada fotografiados en los rayos de la luz, y fijados acaso en algun astro oscuro en las profundidades del espacio. Esto, dice, «esplica fácilmente un misterio todavia no esplicado, el del juicio particular hecho por nosotros mismos despues de la muerte de cada uno.» Es una verdadera pedantería. El alma no necesita de luz material para ver, porque posee unos ojos tan perspicaces que penetran las mas espesas tinieblas: ni necesita ver su historia escrita en el vacío, porque la vé mejor en sí misma, escrita en su propia conciencia con caractéres indelebles. La expiacion de Napoleon no consiste en marchar adherido al rayo de luz que le recuerda la derrota de Waterlóo, por espacio de ciento ochenta y cinco millones de años, y en estar detenido todo ese número de años, en su progreso en la vida espiritual. Esto es indigno de los destinos del alma, opuesto á su naturaleza, é injurioso á la misma justicia de Dios (1). No; el alma pecadora, considerada en sí misma, experimenta una intensidad de dolor equivalente á la gra-

(1) Y todavía estos hombres capaces de inventar tan horrorosa expiacion, se atreven á negar el infierno! ¡*Ciento ochenta y cinco millones* de años! Si no hay infierno eterno, repugna que cualquiera pena temporal dure todo ese tiempo. Aún admitidas las reencarnaciones, no tendria objeto.

vedad de sus crímenes; en sus remordimientos encuentra una parte de su castigo, y aunque quisiera huir de sus torcedores recuerdos, no puede, porque los lleva como encarnados en sí misma. En vano se alejaria por los espacios, en vano se sepultaria en los abismos: el remordimiento la perseguirá incesantemente, mientras el órden moral no quede convenientemente reparado, lo cual ya no está en su mano: y siendo como es inmortal, este dolor durará tanto como ella, este castigo adquiere por su misma naturaleza un carácter eterno. La concepcion de Lúmen es ridícula; esta, por ser la verdad, es sublime.

Pero el juicio particular no consiste solamente en el testimonio de la conciencia.

Es necesario que el órden moral sea satisfecho, y debidamente reparado; y esta reparacion, no estando en manos de la criatura, impotente para modificar sus leyes, ha de verificarse por la expiacion voluntariamente aceptada, ó por la pena forzosamente sufrida, además del natural remordimiento por la culpa. Por el contrario, los que han observado fielmente las prescripciones del órden moral, son acreedores á una recompensa positiva, distinta de la satisfaccion de su propia conciencia. Es necesaria pues la intervencion de una causa, superior al mismo órden moral, pero interesada en su exactísimo cumplimiento: Dios mismo, en una palabra, autor del órden moral y sancionador poderoso del mismo, juez justísimo, omniscio, y omnipotente, que tiene en su mano los medios de remunerar á cada uno el premio ó la pena, segun la medida exacta de los respectivos méritos. Todo el que admita la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, no puede menos de reconocer esta verdad, á saber, que la justicia de Dios está interesada en premiar al bueno y castigar al malvado.

Pero no vaya alguno á figurarse que Dios se sienta en

un tribunal para residenciar á las almas, abriendo á cada una su proceso. Seria una manera grosera y falsa de concebir esta gran verdad. No; en aquel juicio no se comparece por citacion prévia, ni hay abogados, ni acusacion, ni defensa. El conocimiento de la causa, la sentencia, y la ejecucion, se verifican en un solo y mismo acto: el ojo divino penetra en el fondo de las almas, conoce sus actos con sus mas minuciosas circunstancias y todos sus grados de responsabilidad; pesa las condiciones de cada uno y todos los móviles que los impulsaron á obrar: Él sabe muy bien todo lo que es digno de aplauso ó de censura, digno de misericordia ó digno de rigor: y su justicia rectísima aplica desde luego el premio ó el castigo, poniendo al alma en la situacion y en el lugar correspondiente á uno ú otro. El juicio particular por consiguiente, no tanto significa el exámen y discusion de las acciones de esta vida, como el cumplimiento inmediato de la justicia eterna. Decir que las almas sufren el juicio particular de su estancia en la Tierra, solo quiere decir hablando con toda propiedad, que al entrar en la otra vida, reciben de Dios el premio ó el castigo de las obras que hicieron en esta. ¿Qué puede oponer á esta doctrina el racionalismo mas exigente?

No olvidemos que el hombre es libre, y por lo tanto responsable. Este principio indiscutible nos suministra otra prueba para confirmarnos mas en esa importante verdad. El hombre como tal *hombre* ha dejado de ser por la muerte, si bien permanece su parte mas noble que es el alma; pero el *compuesto* se ha disuelto. Sin embargo el alma es el principal sugeto de la responsabilidad: de donde se infiere que una vez deshecha la union con el cuerpo, debe exigirse á esta la cuenta de sus actos. Ha llegado el momento de que la justicia se cumpla respecto á ella, puesto que mientras vivió en el mundo, estaba sometida á una prueba, para que

ella misma determinase su destino por el buen uso de su libertad. En la Tierra, ni sus virtudes obtuvieron siempre el premio, ni sus delitos el castigo; y á veces la desgracia, la miseria y los sufrimientos fueron la recompensa de sus buenas obras, y los honores, la riqueza y los aplausos fueron la consecuencia de sus crímenes, precisamente por la razon de estar puesta á prueba, pues en otro caso esa desigualdad de condicion entre los buenos y los malos pareceria un desórden moral. Pero ya despues de la muerte, (aún en el sistema de las reencarnaciones,) el tiempo de la prueba terrestre ha terminado; ¿qué resta pues sino la recompensa ó el castigo? Aún cuando hubieran de repetirse despues nuevas existencias, lo cual ya sabemos que es un desvarío, seria preciso por lo que hace á la pasada, que se cumpliese en todas sus partes la justicia reparando las injusticias y desórdenes que en ella hubo, y aplicando la ley de las compensaciones, que no puede tener lugar con exactitud sino despues de la muerte. La Providencia no ha de alterar el curso regular de las cosas humanas, ni ha de cohibir el ejercicio de la libertad, dando en esta vida ostensiblemente el premio ó el castigo de las obras: pues en este caso el homenaje libre de sus criaturas, que es lo que Dios desea, se convertiria en un bajo é hipócrita servilismo. Pero habiendo determinado dejar á cada uno en libertad de accion, lo que sucede en el desórden aparente de la diversidad de fortuna entre los buenos y los malos es lógico y necesario: no acuseis pues á la Providencia, ¡oh fatalistas! porque ella misma vuelve por sus fueros de una manera cumplida en las puertas de la eternidad.

¡Cuál será, segun esto, la primera impresion del alma en aquel momento supremo! En la espectativa de la temible sentencia, el universo entero desaparece á sus ojos, para concentrarse toda en sí misma: si la Tierra entera fuera de

repente abrasada, si los astros estallasen todos en desastrosas ruinas, si la creacion visible fuese aniquilada por la diestra del Omnipotente, todo esto pasaria desapercibido para el alma mientras se decide su suerte eterna. ¿Puede acaso darse, puede imaginarse siquiera cosa mas interesante para una criatura? ¡Pasar instantáneamente del tiempo á la eternidad! Esto solo, esta transicion tan incomprensible bastaria para conmover á cualquiera que no fuera Dios... pero pasar del tiempo á una eternidad por siempre feliz ó por siempre desgraciada! ¡Qué abismos insondables, oh Dios mio, abre este pensamiento bajo mis piés! Siento que mi cabeza se desvanece... el espanto me envuelve como en un sudario... el terror de vuestros juicios penetra hasta mis huesos... ¡Piedad, piedad!... ¡Piedad de la pobre alma en aquel terrible trance! ¡Piedad de mí!

¡Pero vos sois, Señor, el Dios de las misericordias! ¡En vos confío, no seré nunca confundido! ¡Cantaré eternamente las misericordias del Señor!

. . . . . .

Mas ya se ha pronunciado el tremendo fallo.

Aquel fallo inapelable resuena dentro del alma como el eco de los siglos infinitos.

Ha quedado fijada para el alma su suerte eterna. «*¡¡Eterna!!*»

—¿Cuál?

—¿Dónde?

—¿Cómo?

III.

LA VIDA DE LAS ALMAS.

¿Cuál? ¿Dónde? ¿Cómo?

Segun que la sentencia haya sido favorable ó adversa, será distinta la condicion de las almas, el lugar donde residan, y el modo de vida que disfruten.

La fé nos dice que los buenos gozarán una felicidad eterna en el cielo, y los malos sufrirán un castigo eterno en el infierno; pero nada determina acerca del lugar, de la naturaleza é intensidad de los premios ó castigos, y del estado natural de las almas, dado que la gracia no cambia la naturaleza, sino solo la perfecciona. Pero la razon, ¿puede conjeturar algo acerca de estos puntos, con alguna verosimilitud? ¿Cuál es la vida de las almas, considerada en la mera exigencia de su naturaleza espiritual?

Para formar una idea de la vida natural del alma, debemos primero representarnos lo que es un espíritu. Esta

idea es ciertamente superior á nuestra inteligencia que solo por induccion ó por fé aprende la existencia de los séres inmateriales, sin determinar su naturaleza: pero aunque no alcanza á comprenderlos, puede en virtud del discurso conocer de algun modo lo que conviene ó lo que repugna á una sustancia simple; y esto basta para nuestro caso. Las espresiones negativas ó privativas no bastan para hacernos concebir exactamente una cosa positiva y real, puesto que al remover del sujeto las notas que no convienen á su nocion, no por eso afirman lo que en realidad es. Pero como las abstraciones que se fundan sobre la verdad de una existencia bien conocida, son tambien verdaderas, tienen por último el valor de afirmaciones positivas. Así al remover ó negar de un sér todo lo que es materia, y sus modos y cualidades de figura, de extension, de peso, de propiedades, etc., afirmamos por último que es una *sustancia simple:* y aunque en la definicion del sér simple procedamos por espresiones negativas, diciendo que es incorruptible, indivisible, impalpable, sabemos sin embargo con toda certeza que hemos definido un sér positivo y real, y afirmamos de él, que existe, vive y obra, que es activo, inteligente y libre.

Nos formaremos pues una idea del espíritu, si le concebimos como una *inteligencia viviente*, ó sea, como un *pensamiento personificado*. Por eso los teólogos Tomistas, con quienes ninguno puede competir en sutileza, definian al espíritu puro, ó sea al Angel, valiéndose de una idea abstracta: *Una inteligencia creada*, lo cual por cierta analogía pertenece tambien en un grado inferior al alma humana. Nótese la profundidad de la espresion. No decian un *sér inteligente*, sino una *inteligencia*, como mas alta forma de la simplicidad. El príncipe de la metafísica, Aristóteles, considerando al alma como principio activo, se remontaba,

para definirla, á la razon misma de su casualidad: *El acto primero del cuerpo organizado, que tiene vida en potencia*, á saber, en cuanto la recibe de aquella. Pero separado el cuerpo por la muerte, queda el *acto*, pues el alma es subsistente por sí misma; lo cual es el fundamento de su espiritualidad. La esencia misma del espíritu es inseparable del pensamiento, y este es su imágen tan espresiva y adecuada, que es al mismo tiempo su forma sustancial.

Esta es la idea mas elevada que podemos concebir del espíritu. Gozando las propiedades del pensamiento, es sin embargo superior al mismo, porque el pensamiento es un acto de la inteligencia, pero el espíritu es un acto de sí mismo, es independiente, es la inteligencia que piensa, y tiene su propio modo de ser.

De aquí se infiere que la vida del espíritu es enteramente distinta de la vida de todos los séres que componen el universo visible. El alma unida al cuerpo, tenia una vida limitada por el organismo, y sujeta en muchos casos á las influencias de la materia: el alma separada vive como los demás espíritus, libre, independiente y ágil, exenta de toda influencia corpórea, y pudiendo dar á sus facultades la mas poderosa expansion. La vida nueva ha trasformado su modo de ser; un vigor desconocido ha penetrado en ella con la animacion de una eterna juventud; una fuerza nueva ha desarrollado sus facultades estendiendo su esfera de accion; se siente mas poderosa, mas activa, y mas fuerte, y aprecia en todo su valor el sentimiento de su propia inmortalidad.

¿Qué es la vida de los séres corpóreos, sino una perpétua é incesante lucha con la muerte? Sometidos á las condiciones del tiempo, cada momento que pasa, les arrebata, sin que ellos lo puedan evitar, una parte de su miserable vida, y además se ven precisados á emplear laboriosos esfuerzos

para conservarla. Aun así lo mejor de ella se gasta en el sueño y en las demás necesidades de la materia, ó la amargan las enfermedades, ó la abaten las influencias de los elementos; y todavia, siendo tan corta y miserable, queda notablemente mermada por la impotencia de la infancia y la debilidad de la vejez. Pero el espíritu no está sometido á tan triste condicion; no se ve precisado á luchar por la vida, no sufre en ella las intermitencias del sueño y de la fatiga, no se debilita ni envejece, no padece hambre, ni frio, ni calor: los años y los siglos no le quitan un átomo de su vida, y no hay causa alguna que le prive de su robustez y de su agilidad.

Eternamente jóven, goza eternamente la plenitud de la vida, y la libre posesion de la existencia. Cuando vivia en la carne, nada estaba menos en su poder que su propia vida, ni era capáz de alargarla una sola hora, pero en el estado de separacion la vida le es tan íntima y tan necesaria, que por ningun caso es posible que la pierda; ni siquiera por el suicidio, si fuera capáz de este crímen. En los séres mundanos la vida es un movimiento de progreso en órden á su perfeccion; en los séres espirituales es la operacion de su naturaleza completamente desarrollada. En aquellos la vida, limitada por el tiempo, se halla mas limitada por el espacio, encerrada en un estrecho círculo, y concretada á un pequeño lugar; en los espíritus está fuera de las leyes del tiempo y del espacio, y así como es eterna, se espacía tambien y se dilata libremente por los campos de la inmensidad. Si esa vida del espíritu, que ya hemos comparado al pensamiento, hubiera de ser representada por medio de un símbolo sensible, veríamos un ejemplo de ella en la espansion, en la movilidad, en la sutileza, en la rapidez y en las demás propiedades de la luz.

Como se observa en toda la escala de los séres vivientes,

la vida es tanto mas perfecta, cuanto mas perfecto es el sér, ó de otro modo, el sér es tanto mas perfecto, cuanto posee una vida mas activa, mas exhuberante y mas rica. La vida es tanto mas perfecta, cuanto mas extiende sus relaciones á mayor número de objetos de su misma especie y de otras diversas: á medida que los séres son mas perfectos, salen mas de la esfera propia, y penetran en la agena. La ínfima idea del sér es cuando le concebimos limitado absolutamente á su existencia, sin ninguna actividad interna, ni externa, completamente inerte, como es la piedra. Levantándose los séres en la escala de la perfeccion, cesa su aislamiento, en ellos hay un movimiento intrínseco que produce muchos fenómenos, y su existencia se dilata comunicándose en cierto modo á los demás; así concebimos diverso grado de perfeccion en la planta, en el molusco y en el animal. En el órden de los séres orgánicos nos hallamos ya con una naturaleza mas expansiva, que encierra en sí los gérmenes de otros séres en los cuales se reproducen, y que sostienen muchas y variadas relaciones con todos los demás: la vida es una contínua expansion. El hombre corona la escala de los séres corpóreos, dominando en cierto modo al universo, y comunica con todo lo visible y con el mundo espiritual. Pero el progreso de la vida, que en él ha llegado hasta la inteligencia, no se detiene aquí: pasa al mundo suprasensible, y se desarrolla con todo su vigor en las sustancias inmateriales, en las inteligencias puras, capaces de entrar en relacion directa con todo cuanto existe, con todo lo inteligible; y no hallando todavia su actividad bastante pábulo, se dilata poderosa por las regiones de la posibilidad. Tal es la vida del alma. Pero como ella está ordenada á la union con el cuerpo, carece fuera de él de la completa subsistencia *personal,* por mas que en el estado de separacion no necesite del cuerpo para subsistir ni para obrar. La

perfeccion de la vida es mayor por consiguiente en otros espíritus de inteligencia mas elevada, que necesariamente existen para completar la escala, puesto que el hombre es el *medio* entre el mundo corpóreo y el espiritual; y por último llegando en estos á toda la potencia de que es susceptible una criatura, la vida se remonta hasta su fuente eterna, hasta el Océano inmenso, razon y orígen de todas las existencias, hasta Aquel cuya vida se identifica con su esencia, el sér Supremo, que tiene la vida de sí mismo y no de otro, el sér por esencia, sér necesario é infinito, el mismo Dios: *Ens á se.*

Este grado tan elevado de vida que corresponde al alma, abre un ancho campo á las inducciones filosóficas acerca de su estado y condicion.

Desde luego vemos que el alma, libre ya de todas las leyes generales y particulares del universo corpóreo, no necesita para nada de la materia. Es absurdo trasladarla á ninguna estrella para que presencie en los rayos de la luz los acontecimientos terrestres ocurridos setenta y dos años atrás. Ella no ocupa lugar, ni está en lugar, como se explicará mas adelante; ella conoce las cosas por sí misma, sin necesidad de medio, sin mas que aplicar á ellas su potencia intelectiva: ella comunica con los demás espíritus y conoce por ellos muchas cosas, pero todo de un modo puramente ideal. Si nosotros en el estado presente fuéramos milagrosamente trasladados á Capella, y nuestros ojos dotados de una potencia visual que desde allí alcanzara á distinguir lo que pasa en la Tierra, aun este caso seria disputable si la veríamos como hace setenta y dos años, tiempo que tarda la luz en recorrer aquella distancia, ó la veríamos como está actualmente, puesto que nada se opone á que nuestra vista, dotada de penetracion tan maravillosa, percibiera el objeto como es en la realidad. Pero limitar las

percepciones del alma segun la impresion atrasada de la luz, de suerte que situada en Capella no podria ver lo que *hoy* pasa en la Tierra, sino que para saberlo, sin moverse de allí, tendria que esperar aun otros setenta y dos años, por la misma razon de ver con este retraso lo pasado, es un solemne desatino. Añadir que «la transmision sucesiva de la luz por el espacio es uno de los elementos fundamentales de la vida eterna,» es una verdadera simpleza. No es propio de un filósofo pretender adrede alucinar á los tontos con tan fantásticas paradojas. Es además un delito, porque en esta materia todo error es fatal.

La recta razon nos autoriza tambien á pensar que esta excelencia de la vida del alma es una prueba de que las recompensas ó penas que ha merecido en el juicio de su vida pasada, son eternas. Porque el sujeto responsable, premiado ó castigado, lleva en la condicion misma de su inmortalidad, el fundamento de la duracion indefinida de su premio ó de su castigo. La remuneracion, una vez aplicada, parece que debe ser imperecedera y eterna como la misma alma, porque ni cambian las condiciones del alma para que aquella termine, ni podria terminar sino por el anodamiento de su existencia ó de su personalidad. Por otra parte todo lo que el alma adquiere en la nueva vida forma estado tan duradero como la misma vida, pues se identifica en cierto modo con ella por causa de su simplicidad: y además, quedando fuera de las vicisitudes del tiempo, no puede ya tener fin. Por último la bondad divina, tan pródiga y tan generosa con sus criaturas que en todos los momentos de su existencia las está colmando de beneficios, no despojará sin causa alguna al alma de la recompensa que le dió, y que constituye su felicidad. El alma ha concebido y deseado una felicidad sin fin, cuyo deseo no debe quedar defraudado; pues no seria felicidad aquella, cuya posesion quedase

amargada con el temor ó con la certeza de perderla seguramente algun dia. Por largo que se suponga el plazo de ella, se cumpliria demasiado pronto, porque ¡qué son los siglos ante la eternidad! y entonces el alma despojada de su premio y privada de su bien, quedaria eternamente infeliz. En cuanto á las almas culpables, sustraerlas á la pena, seria lo mismo que darles sin mérito alguno la felicidad. ¿Es esto justo, es razonable, es digno de Dios? Todo esto indica que el grado de las recompensas ó penas de la otra vida no se ha de medir por su duracion.

Igualmente, sin salir del órden natural, la misma excelencia de la vida del alma nos revela en algun modo la naturaleza de las recompensas y penas de la otra vida. Porque sus legítimas aspiraciones naturales han de quedar completamente satisfechas, y la actividad de todas su potencias y facultades ha de ejercitarse sobre sus objetos propios. La primera y principal necesidad de nuestra alma es la verdad y el bien, el conocimiento y el amor, lo cual constituye su dicha y su perfeccion. Por eso el objeto supremo de la felicidad del alma es Dios: conocerle y amarle de la manera mas perfecta posible, unirse á él moralmente, y poseerle como supremo bien. Más la razon ilustrada comprende que esta es la recompensa mas digna del alma en la otra vida, así como ha sido en esta su mas viva aspiracion, y tambien su primer deber. Por el contrario los malos, que en esta vida en lugar de adherirse á Dios, y honrarle por la práctica de la religion y de la virtud, se aficionaron desordenadamente á las criaturas, entregándose á los vicios, es claro que se han de ver privados de aquel bien, que ellos mismos hicieron imposible con su conducta, y que además han de ser castigados con alguna pena positiva, segun la proporcion de sus crímenes y pecados, como satisfaccion de la ley eterna que infringieron. Sin acertar

á determinar cual será esta pena, la razon dicta sin embargo que el sufrimiento y la desdicha es la condicion necesaria de las almas salidas de este mundo en oposicion con la ley divina y con el deber.

Pero el alma no ha de vivir solitaria, y aislada por completo de la compañía de sus semejantes, como ensimismada en el éxtasis de su propia dicha, sino comunicándola con otras almas felices como ella, y formando con ellas la mas envidiable sociedad. El aislamiento repugna á nuestra naturaleza y á nuestras facultades que son de suyo expansivas: las almas se buscan, y se encuentran. Entre ellas es claro que se han de buscar con preferencia aquellas que ya en la Tierra estuvieron unidas con los lazos legítimos de la sangre, del amor ó de la amistad, pues los afectos puros y nobles del alma sobreviven sin duda á la ruina del organismo. Parece por lo tanto muy razonable y muy lógico, y es muy conforme al anhelo de nuestro corazon, que la reunion dichosa y definitiva de las personas amadas en este mundo forme una parte de nuestra recompensa en la vida futura. La armonía perfecta que reinará entre estas almas bienaventuradas y puras, su identidad de ideas, la comunicacion de sus pensamientos, y el conocimiento de otros espíritus superiores, contribuye seguramente á aumentar su felicidad.

Tal es la beatitud que vislumbraron para el alma los mas eminentes filósofos paganos. Así es como la razon puede establecerla sin invocar el auxilio de la revelacion.

Pero la revelacion que como obra divina viene á suplir nuestra impotencia, y nunca á contradecir las legítimas inducciones de la razon, acaba de explicarnos con seguridad lo que nosotros conjeturamos acerca de nuestro destino. Ella ilumina con vivísimos resplandores lo que nosotros hemos adivinado en confuso: ella nos dice que la felicidad

que en la otra vida nos está reservada escede infinitamente á cuanto nuestra razon puede concebir en su mas atrevido vuelo: ella nos enseña que la bienaventuranza de los buenos es elevada al órden sobrenatural por la bondad de Dios que se comunica inefablemente á ellos, trasformando y glorificando su sér: ella nos asegura que esta gloriosa y feliz exaltacion de nuestra naturaleza, hasta satisfacer en absoluto y por completo todos sus deseos y aspiraciones, es perfectísima, indeficiente y eterna. Ella nos enseña por último que cuando haya sonado la última hora de la descendencia de Adam sobre la Tierra, el alma volverá á vivificar su propio cuerpo, haciéndole participante de su destino inmortal; y para que este cuerpo no impida las operaciones del alma, será glorificado y dotado en cierto modo de las propiedades del espíritu. Así queda resuelto el necesario problema de la recompensa adecuada de *todo* el hombre, y de la comunicacion sensible del alma con el mundo exterior.

Lo que la razon me persuade, la fé me lo aclara y me lo confirma.

¡Creo pues, y espero!

¡Oh! ¡Venga á mí aquella vida dichosa, que será la nobleza y la perfeccion de todo mi sér! ¡Venga á mí aquella vida indeficiente, que levantará y enriquecerá mis facultades, y dará incesante pábulo á mi actividad! ¡Venga á mí aquella vida vigorosa, exenta de miserias y de muerte, no interrumpida por intermitencias, no cohibida por impedimentos, no aprisionada en un círculo demasiado estrecho para el vuelo de mis instintos, no anublada por los temores y la incertibumbre de lo porvenir! ¡Venga á mí aquella vida suprema, en donde quedarán satisfechos mis deseos de conocer y mi sed de amar!

¡Oh Muerte! tú me abrirás las puertas de la verdadera vida. ¡Ven!

¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Y me responde una voz divina: *La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor.*

La muerte es una gracia, es un favor de Dios.

IV.

LOS MUERTOS Y LOS VIVOS.

¡Cuán excelente y envidiable es la vida de las almas! Y sin embargo, nuestras ideas acerca de ella son todavía confusas é incompletas, porque es probable que las facultades del alma se apliquen á multitud de objetos, hoy desconocidos por nosotros, y de los cuales no podemos formarnos la menor idea. Sucede aquí lo mismo que al viajero que al llegar á una ciudad, encuentra que es muy diferente de lo que él se habia figurado. Las cosas que no caen bajo el dominio de los sentidos, se aprenden generalmente como envueltas entre nieblas, y distan mucho de corresponder á la realidad. Probablemente ninguno de los que lean estas páginas ha estado en Pekin: sin embargo, en todos nuestros cerebros esta palabra escita la idea de una ciudad populosa, y su imágen se forma desde luego en nuestra fantasía. Si estas imágenes pudieran ser fotografiadas, halla-

ríamos una variedad tan rica como asombrosa, lo cual prueba que toda imaginacion es creadora, que toda fantasía es opulenta; pero puede asegurarse, sin vacilar, que entre todas ellas reunidas y combinadas, no podrian formar una copia exacta y adecuada de lo que es Pekin. ¡Ah! ¡cuánto menos podemos figurarnos lo que es aquella ciudad eterna, de la cual seremos todos moradores en un dia no lejano!

¡Venid, pues, séres queridos que tanto me habeis amado en la tierra, y hoy participais de aquella vida bienaventurada, venid, y manifestadme lo que no puede descubrir mi razon limitada! ¿Por qué no me haceis una brillante descripcion de vuestro género de vida, de vuestros placeres y de vuestras ocupaciones? ¿Por qué no me revelais los arcanos, que hoy se hallan patentes á vuestros ojos? ¿Por qué no me comunicais una parte de vuestros conocimientos, á lo menos de aquellos que me serán mas útiles en mi condicion actual de peregrino, para llegar sin tropiezo á reunirme con vosotros? ¿Por qué no me dirigís, como antiguamente, con vuestros sanos consejos? ¿Por qué no me mostrais la vida de los mundos y las maravillas del universo?

Algunos se lisonjean de recibir misteriosas comunicaciones de ultra-tumba; dicen que tienen espíritus familiares; dicen que *Lúmen* es un espíritu amigo que les instruye; y nos ofrecen como suyas mil desatinadas narraciones. Yo creo que son unos ilusos. Si las almas comunicaran con los vivos, vosotros tambien, estoy seguro, comunicaríais espontaneamente conmigo.

Yo creo que todos mis lectores pensarán en esta parte como yo. Si hubiera relaciones con las almas, ¿sus padres, sus esposas, ó sus hijos, no vendrian á instruirlos, y á consolarlos siquiera una vez? Pero no; la Providencia ha dispuesto sábiamente que mientras vivimos en la tierra, en el

tiempo de la prueba, permanezcan ocultos para nosotros los secretos de la eternidad.

Las pretendidas comunicaciones de «*Lúmen*» como las que se suponen de otros espíritus recibidas por conducto del *medium*, ó son caprichos de la fantasía del autor, ó son ilusiones deplorables, ó si tuvieran algo de real, son engañadoras invenciones de algun espíritu perverso, que se propone inducirnos á error. Ellas son falsas como son disparatadas. Es evidente que las verdaderas comunicaciones de las almas llevarian en sí mismas el sello de su verdad, y no se pondrian en palpable oposicion con el sentido comun.

¡Funesta obcecacion la de algunos que en el último cuarto del siglo XIX, siglo de la razon y de la ciencia positiva, siglo de la discusion y de la prueba, se creen en relaciones con el mundo sobre natural, y aceptan las extravagancias de Lúmen como articulos de fé. Ellos reconocen y confiesan que «hay espíritus mentirosos, ignorantes, pérfidos, embaucadores, cuya perversidad escede á la de los hombres mas depravados, que usurpan con el mayor atrevimiento los nombres mas venerados, impuros, burlones, que se complacen en el mal.... que no puede constarnos de ningun modo seguro su identidad.... y que sus comunicaciones son muchas veces falsas, mentirosas, inexactitudes, vaciedades, y ligerezas. Y sin embargo creen posible que fueran tales las comunicaciones de las almas, y dan crédito á sus enseñanzas, aunque no tienen medio alguno para preservarse del error y de la seduccion. Pero ¡desdichados! sabed que si estas relaciones con los espíritus no son alucinaciones vuestras, ó supercherías de los *medium*, si existen realmente, no son las almas las que os responden, sino espíritus de perdicion. Este siglo incrédulo, esclavo del racionalismo, se va á ver obligado en nombre del buen sentido á admitir la existencia de Satanás.

No: las almas, cuando alguna vez han aparecido milagrosamente, dan señales indudables de su identidad, vienen para algun fin importante, sus enseñanzas son elevadas y santas, y se presentan sin necesidad de ser evocadas con practicas supersticiosas, y aun ridículas. En sus relaciones con los hombres no hay lapiz, ni plumas, ni veladores, y menos afirmaciones falsas, contradicciones, vaciedades y truhanerias, como las hay, por confesion propia, en las comunicaciones de los espiritistas. Ellas no acuden á tal hora y en tal punto á levantar una mesa, ó contestar por medio de golpes para divertir á una tertulia frívola, ó á mover una mano para que escriba heregías y blasfemias, sino á confirmar en la piedad á las almas dignas de sus apariciones, y á promover su provecho espiritual.

Fuera de estas apariciones extraordinarias de carácter sobrenatural, ordenadas por Dios, y verificadas bajo una forma sensible, en ciertos casos conducentes á fines dignos de él, no le son permitidas otras, ni son posibles en el órden natural de las cosas. Nosotros no podemos percibir cosa alguna, sino por medio de los sentidos, y por consiguiente no podemos entrar en relaciones con el alma separada, porque entre el espíritu y la materia hay una distancia inmensa.

El alma ciertamente conoce las cosas que pasan aquí, y no es indiferente á ellas. Seria un absurdo creer que la muerte del cuerpo, que es la emancipacion del espíritu, la sumergiese en una oscuridad completa respecto al mundo exterior. Si viviendo en el cuerpo se traslada con la imaginacion á puntos lejanos, como si los tuviera presentes, ¿cuanto mejor estando libre? Si recuerda lo pasado, ¿por qué no advertirá lo presente? Pero ella no puede manifestarse sensiblemente por falta de *medio* adecuado, y no tiene otro medio para comunicar con el mundo visible, sino su

propio cuerpo al cual informa con union vital. Pero disuelto este cuerpo por la muerte, todos los otros medios le son extraños é inútiles, por la razon de que no los vivifica. El principio de vida y la union sustancial es el único lazo entre la materia y el espíritu, como se comprende muy bien, atendiendo que son de diversa naturaleza. Para que obren, pues, uno por medio de otro, se requiere que puedan influirse mútuamente, que entre ellos haya *union*, que no puede ser mas que union vital.

Por otra parte, la limitacion de nuestros sentidos no nos permite comunicar con las almas, aunque la comunicacion fuera posible por parte de ésta. En vano se esforzarian por darnos señales de su presencia, como en vano se pone la luz delante de los ojos de un ciego. En la naturaleza hay muchos sonidos que nuestro oido no percibe, por ejemplo, cuando las vibraciones son demasiado lentas, (menos de 40 por segundo), ó escesivamente rápidas, (mas de 37.000 por segundo), y hay tambien rayos de luz, cuando las vibraciones son muy lentas, (menos de 458 billones por segundo) ó demasiado rápidas, (mas de 757 billones) que sobrepujan nuestras facultades orgánicas de percepcion. ¿Cuánto menos, por consiguiente, nuestros sentidos podrán percibir la accion ó la presencia de una sustancia inmaterial?

Recordemos tambien que las almas, al entrar en la vida eterna, quedan sometidas al cumplimiento de una sentencia, lo cual es otra fuerte presuncion para creer que no se hallan en libertad para acudir al llamamiento de los mortales; y en muchos casos esta impotencia podria constituir una parte no pequeña de la pena. Sí: Dios ha querido poner un hondo abismo entre los vivos y los muertos, y por eso la muerte interrumpe nuestras relaciones sensibles con ellos; y ninguno de los que descienden al sepulcro vuelve

á referirnos sus misterios. ¡Ah! si fuera posible ¿cómo no vendria á hablar con sus hijos la madre cariñosa, que cerró los ojos, dejándolos en la mas triste orfandad? ¿Cómo faltaria á los mortales el consejo, la direccion y el auxilio de sus queridos difuntos, sobre todo, en aquellas circunstancias solemnes de la vida, de las cuales depende la fortuna, la vida ó el honor? ¿Cómo nos abandonarian á nosotros mismos en aquellos acontecimientos, que influyen de una manera decisiva en nuestro porvenir? ¿Pues qué? ¿Ya no nos aman? ¿Nos han olvidado por completo? ¿No se cuidan ya de nuestra suerte?—Como ya hemos repetido, la razon y el corazon responden unánimes y con toda seguridad que no cabe en las almas el olvido ni la indiferencia, y que sus ojos amantes siguen nuestros pasos con solícito interés. Mas, ¡ay! la comunicacion es imposible: y por eso parece que nos abandonan.

Mas ¿qué digo? Es increible, atendidos los sentimientos de la naturaleza humana, que nuestras íntimas y cariñosas relaciones queden interrumpidas en absoluto por la muerte: continúan sin duda como son posibles en las diversas condiciones de existencia de los que aún vivimos en la tierra y de las almas. Como son posibles, no como las sueñan los espiritistas. Existe, pues, la comunicacion de la oracion, por la cual nosotros nos dirigimos á nuestros difuntos para hacerles depositarios de nuestras penas, y para pedirles consuelos. Existe la comunicacion de la oracion, por la cual rogamos á Dios por ellos, y estamos en la consoladora persuacion de que ellos ruegan por nosotros; y este es un hecho universal y constante en todos los pueblos, que como el respeto á los sepulcros, se pierde en la noche de los tiempos. Existen las inefables comunicaciones que consisten en inspiraciones secretas, en impulsos desconocidos hácia el bien, en presentimientos vagos, en deseos in-

definidos, y en ciertos llamamientos interiores que atañen á los misterios de la conciencia. No sabemos de donde vienen, y sin embargo el corazon nos dice que no son agenas á la influencia biehechora de las almas. ¿Quién es el que en la soledad y en el silencio de la noche no ha oido alguna vez como un eco lejano de una voz misteriosa que le llama? ¿Quién, al rogar por los difuntos, y al dirigirles sus anhelantes suspiros, no siente brotar dentro de sí mismo ideas y pensamientos nuevos, recuerdos perdidos, resoluciones inesperadas, como si fueran sus voces misteriosas que le responden? ¿Quién, al meditar sobre la vida futura, no ha visto de repente iluminada su inteligencia por ciertos rápidos fulgores, que se aperciben y no se aciertan á esplicar, como si fueran un reflejo fugaz de la claridad eterna? ¿Y á veces no nos parece que un ojo invisible nos acompaña á todas partes, y está presenciando todas nuestras operaciones? Son los espíritus de nuestros mayores interesados en nuestro bien... y si no percibimos mejor su presencia, es porque nuestro cuerpo es un obstáculo que se interpone entre las almas. Si me exigís pruebas, no sabré darlas, pero esta conviccion está firmemente arraigada dentro de mí.

¡Oh vosotros los que llorais la perdida de las personas que amábais; que vuestro corazon se dilate con esta consoladora idea! ¡Escuchad las voces misteriosas que resuenan dentro de vosotros, y creed que os son dirigidas desde el otro lado de la tumba. Vosotros no los habeis olvidado, ¿y temeis que ellos hayan sido menos consecuentes? La comunicacion del amor no se ha interrumpido por la separacion: estad seguros, pues, que su ternura no permanece ociosa respecto á vosotros, y que sin conocerlo, esperimentais en muchos casos sus efectos benéficos. ¡Os reunireis algun dia! y entre tanto en estas vagas comunicaciones de las almas teneis los primeros preludios de la aurora del dia eterno.

V.

EL MUNDO INVISIBLE.

¿Cuál será, pues, aquella sociedad elevada de las sustancias espirituales, cuya vida es tan excelente, cuyas facultades se hallan tan desarrolladas, cuya actividad poderosa no encuentra obstáculos á su espansion?

Elevemos nuestros pensamientos sobre la materia: consideremos detenidamente aquel envidiable estado, para que la muerte acabe de perder á nuestros ojos su carácter terrible. Seria un beneficio inmenso para la sociedad, que los hombres, en lugar de mirar la muerte con espanto, la mirasen como una esperanza.

¡Qué multitud innumerable de séres superiores se agita en las regiones invisibles! No hay en el vasto espacio lugar alguno en donde no se vea la presencia de algun espíritu: la soledad no es conocida en el universo. Seria mas fácil contar las hojas de todos los árboles y las flores de to-

das las primaveras, que contar las legiones infinitas que pueblan el mundo espiritual. Y es que Dios ha criado sin número los séres mas perfectos como mas inmediatamente participantes de su bondad. Allí viven para siempre todos los que han pasado fugazmente por la tierra, sin dejar memoria ni huella de que fueron. Allí viven todos aquellos que contemplaron hace muchos siglos el mismo sol que hoy nos alumbra, y los mismos astros que adornan nuestro cielo. Pueblos pastores, tríbus nómadas, naciones guerreras, sociedades florecientes, reinos poderosos, de los cuales apenas la historia conserva el nombre, habitan allí con todos sus individuos, desde los mas antiguos que forman los primeros eslabones de la cadena humana, hasta los que murieron ayer. Ninguno falta, ni aun el mas oscuro mendigo, y allí ya no hay razas, ni distinciones, ni categorías, sino que todos forman una nacion, un pueblo, una familia, una hermandad.

Pero no son solo estos millares de millares los habitantes de la ciudad eterna. Tríbus numerosas de otros séres mas elevados, tan numerosas como las arenas del mar, gerarquías esclarecidas de inteligencias superiores, multitudes innumerables de espíritus puros, que jamás han tenido contacto con la materia, fraternizan armónicamente con aquellos, haciéndolos participantes de sus conocimientos y de su amor. Los ángeles serán nuestros compañeros, porque todos los espíritus son hermanos, aunque entre ellos haya diversos grados de inteligencia y perfeccion. Veo tambien en esta sociedad privilegiada los espíritus de los desconocidos habitantes de otros mundos, que han cumplido ya su mision temporal; las inmortales humanidades de los sistemas planetarios que ruedan en las estensiones celestes, desprendidas ya de su organismo corpóreo; los millones sin fin de hermanos nuestros de toda tríbu y lengua

y pueblo y nacion. Allí viven todos como en su verdadera pátria, despues de las fatigas de un penoso viaje; y por haber cumplido fielmente sus deberes en su existencia corpórea, han sido admitidos en esta familia gloriosa, y han tomado ya posesion de la tierra prometida. El universo es uno, la creacion espiritual es toda una familia, los espíritus son hermanos; y Dios es el último fin de todos aquellos que son capaces de conocerle y amarle. Debemos pensar que todos los séres inteligentes están unidos entre sí por inefables comunicaciones de ideas y de afectos; que todos tienen un mismo destino eterno; que los mundos son como casas de una misma ciudad inmensa; que la creacion visible ha sido hecha para el espíritu, y el espíritu para Dios, que todos somos hijos del gran *Padre de familias*, y que todas las familias del universo reunidas por tiernos lazos en la vida futura son el verdadero reino de Dios.

¿Quién podrá siquiera imaginar su número? ¿Quién podrá figurarse el estado de elevacion, de paz y de armonía de aquella venturosa sociedad? Lo que cada uno conoce es el patrimonio de todos, como muchas luces que aun mismo tiempo iluminan un aposento, aumentando la claridad. No hay error, porque la inteligencia es clara y el juicio recto; no hay ignorancia, porque se aprende con facilidad lo que se desea saber. ¡Qué magnífica variedad de talentos, dones, conocimientos, perfecciones, virtudes y méritos! ¡Qué asombrosa diversidad de facultades, aptitudes, actividad, grandezas y fuerzas! En medio de un ejercicio incesante de las brillantes facultades que poseen, los espíritus caminan de perfeccion en perfeccion y de progreso en progreso. Sus conversaciones tienen por objeto el mayor conocimiento de Dios y de su bondad y sabiduría, el acrecentamiento del amor y adoracion hácia él, y las maravillas del Universo. La naturaleza no puede ocultarles sus secretos; los mundos

están de manifiesto á sus ojos; conocen el estado social, el apogeo ó la decadencia de las humanidades planetarias; estienden á ellas sus fraternales simpatías, y en cada globo y en cada esfera contemplan los progresos de la inteligencia y de la virtud, y admiran las indecibles magnificencias de la creacion. Su felicidad es perfecta, porque poseen los principales elementos que la aseguran; la verdad y la belleza, el bien y el amor.

Sobre todo el amor, que es la fuerza y la grandeza del espíritu, se estiende y se dilata en aquella vida, como en su elemento propio. Todas las imperfecciones que en la tierra limitan nuestra facultad de amar, todos los insuperables obstáculos que se oponen á su desarrollo, todos los contratiempos que impiden aquí muchas veces la mútua correspondencia, y todas las seducciones sensuales que se oponen á su purificacion, desaparecen al dejar la carne con sus apetitos ciegos y groseros. El nuevo modo de sér exalta y purifica todos nuestros afectos, que ya en lo sucesivo se dirigen á un fin noble y grande. Ya no nos seducirá la efímera y caduca belleza que habla á los sentidos, ni nos atraerá engañosamente el falso bien, que se presenta con apariencias deslumbradoras, sino que el amor se perfeccionará en relacion con nuestra inteligencia, y buscará la belleza incorruptible, inclinándose constantemente al verdadero bien. Nuestra facultad de amar, tan fecunda como expansiva, extenderá hasta lo infinito sus vivificantes llamas; y concentrando toda su intensidad en el Sér Supremo, se derramará despues como un haz de rayos luminosos á todos sus semejantes, á todos los séres inteligentes, en los cuales encontrará la correspondencia mas fiel. Este amor universal, purificado, desinteresado y comunicativo, hace reinar en la sociedad de los espíritus una dicha inalterable y tranquila, asegurada y libre de todas las borrascas que en este mundo

turban las satisfacciones del corazon. Y cada dia los dulces lazos del afecto van estrechando las relaciones, y produciendo nuevos goces y puras delicias, y aumentando la felicidad propia con la felicidad de todos, y con la posesion del supremo bien. Nuestra sed de amor queda completamente satisfecha: nuestro corazon es verdaderamente feliz.

Adviértase que al afirmar esto, no invocamos para nada la autoridad de la revelacion, por mas que la veamos brillar esplendorosa por encima de nuestras cabezas. La felicidad que aquella promete es de un órden sobrenatural, enteramente superior á lo que la razon vislumbra; y nosotros hemos deducido el estado de felicidad de los espíritus precisamente de su misma naturaleza, de sus excelentes facultades y de la beatitud natural, que corresponde como premio á los que en la tierra cumplieron su deber, viviendo conforme á su conciencia y á la ley de Dios. Es indudable que un tan admirable desarrollo de la inteligencia del alma nacido espontáneamente de su nuevo modo de ser, así como la espansion poderosa de su facultad de amar, es consiguiente al conocimiento perfecto de los diversos objetos dignos de amor, como son en sí mismos, sin peligro de ilusiones falaces, ó pasiones desordenadas. Pero la gracia ensancha todavía la esfera de esta felicidad natural, y la eleva y la perfecciona hasta un grado incomprensible. Es como una nueva potencia añadida á nuestras facultades, y una nueva luz para aclarar todos nuestros conocimientos, enriqueciéndolos con otros superiores á nuestra capacidad, y revelando las maravillas del órden de la gracia, y las vías secretas de la Providencia. El conocimiento natural del alma es transformado y enaltecido por la *vision beatífica*, y su amor es sublimado y fortalecido por los inefables ardores de la *caridad*, en sentido teológico, que es la espresion mas sublime del amor.

Así la razon y la fé marchan en la mas perfecta armonía; la una confirma y suple lo que la otra no alcanza, y aquella, usando bien de sus principios, ve con satisfaccion que ha llegado al vestíbulo de la fé, y que al abrirse sus misteriosas puertas es inundada de inefables resplandores, que nunca hubiera podido imaginar.

Pero despues de recibida la revelacion, y descubierta por ella la grandeza de nuestros destinos, la razon conoce que efectivamente sus enseñanzas son la fórmula adecuada de las aspiraciones de nuestro corazon. La bienaventuranza que la razon podia adivinar, es en cierto modo incompleta para nuestras ánsias, porque deja entrever siempre un *mas allá*, á donde jamás alcanzaria la limitacion de la criatura; pero la dicha que nos ofrece la fé es infinita, nos levanta hasta un objeto infinito, nos propone por fin el bien supremo y absoluto, y todas las demás cosas criadas como objetos secundarios, y multiplicando en el corazon la intensidad del gozo perfecto, nada deja ya que apetecer ni que desear. Si no se quiere admitir la revelacion como una enseñanza divina, el verdadero filósofo no podrá menos de confesar, sin embargo, que aunque se considere como un sistema meramente filosófico, es tan superior á todos los otros sistemas, de tal manera tranquiliza nuestro corazon y responde á nuestros instintos, de tal manera persuade á nuestra razon y es conforme á nuestras ideas, que esto solo basta para dar testimonio de su verdad. En cuanto á otros filósofos mas exigentes, esclavos aún en estas materias del rigor lógico, mientras no puedan sustituir á esta enseñanza divina otra cosa mejor y mas razonable, lo cual es imposisible, deberán al menos conceder por la fuerza misma de la lógica, que la doctrina revelada tiene el carácter de la mayor probabilidad y verosimilitud.

Mas pretender formarse una idea exacta de las condi-

ciones de la vida futura por solas las luces de la razon, y exigir que se desvanezcan todas las dudas y todas las dificultades, es un proceder tan ilógico, como pretender que un ciego de nacimiento pudiera comprender la belleza de un paisaje, ó el colorido de un cuadro. Si algunos exigen esto para creer, no argumentaremos con ellos: seria trabajo perdido. Para elevarse á las serenas regiones del mundo moral, y vislumbrar sus misterios, es preciso muchas veces dejarse guiar por el instinto, á la manera que las aves atraviesan los aires en busca de las zonas templadas donde pasar los rigores del invierno. Y cuando estos instintos se hallan de acuerdo con el sentimiento universal de todos los hombres, y con las doctrinas religiosas y filosóficas de todos los pueblos, debemos persuadirnos que se aproximan á la verdad.

Desgraciadamente nuestro siglo está menos dispuesto que otros á admitir estas interesantes enseñanzas. «Es un hecho incontestable y psicológicamente necesario, como dice Hettinger, que á medida que un hombre se entrega á la bulliciosa vida del mundo exterior y á sus goces, groseros ó refinados, sensuales ó estéticos, se empequeñece en él mas y mas el mundo interior, y se agota la única vida verdadera, la vida espiritual. Cuanto mas se vive en este torbellino de negocios, ocupaciones y placeres, mas profundas son las impresiones que deja en pos de sí una vida consagrada á la nada de las cosas sensibles y perecederas. Cuando el alma se sumerge en ese elemento de corrupcion, y se abisma en el oleaje de las cosas terrenas, no puede levantarse jamás. Olvídase que hay una vida y un mundo distinto de este que nuestros ojos ven y tocan nuetras manos. ¿Cómo se ha de desear aquella en que no pensamos siquiera? El sentimiento religioso se apaga, el corazon muere.» ¡Cuán pocos tienen tiempo y voluntad para dedicarse á cultivar con

paz y sosiego la tierra sagrada de su espíritu! La gran mayoría ni áun se ocupa de que tiene un alma.

¡Dichosos aquellos que no caminan al azar en el mar de la duda, sin poder anclar en alguna conviccion sólida y firme! Por nuestra parte, la razon y la fé confirman unánimes nuestras creencias y alientan nuestras esperanzas. Esforcémonos cada uno en su esfera, por llevar á los ánimos de muchos desgraciados la fuerza y el consuelo de nuestras convicciones. «Lo que falta á numerosas gentes, como escribia Fenelon, no es precisamente la fé, sino el entendimiento.» Si logramos que nuestras ideas conquisten algun corazon descreido, si logramos que los hombres de negocios piensen un poco mas en la otra vida, y que algunos que rechazan nuestros dogmas los encuentren razonables, como efectivamente son, habremos hecho un gran beneficio á nuestros semejantes, y habremos conquistado un puesto honroso en las esplendorosas regiones de la inmortalidad.

TERCERA NARRACION.

LOS HORIZONTES CELESTES.

LOS HORIZONTES CELESTES.

I.

¡SOBRE LOS ASTROS!

¡Oh vida bienaventurada que esperamos! ¿Quién pudiera desde ahora contemplarte? Pero ¿en dónde se encuentra la ciudad eterna? ¿Cuál es la region privilegiada del universo en donde viven nuestras almas? ¿En dónde está situada la luminosa mansion de la felicidad?

Al oir estas preguntas, instintivamente vuelan los pensamientos y elevamos nuestras miradas hácia el cielo, como si una voz interior nos respondiese que nuestro destino se cumple sobre las brillantes esferas del firmamento. Este es un hecho constante, digno de llamar nuestra atencion. No es debido, como alguno podria objetar, á la influencia de nuestras creencias religiosas, sino que es una propension de nuestra naturaleza, puesto que ya la notaron los escritores paganos, y hoy mismo se nota en las naciones idó-

latras, y hasta en los pueblos salvajes. Todos creen que el alma, al separarse del cuerpo, vuela á las estensiones celestes.

«El alma, decia Séneca, llega al colmo de la felicidad, y posee todos los privilegios de que la naturaleza humana puede gozar, cuando tendiendo el vuelo hácia el cielo, se pasea en medio de las estrellas, en las regiones superiores, y desde allí desprecia los soberbios palacios y todos los tesoros de los potentados... Pero ella no estará en disposicion de despreciar los brillantes pórticos, los artesonados con incrustaciones de marfil, los bosquecillos plantados á cordel, y las fuentes conducidas por canales hasta los jardines, sino cuando haya contemplado desde arriba este pequeño globo de la Tierra, cuya mayor parte está cubierta por el mar, y las otras son en muchos puntos escabrosas y ásperas, ó inhabitables, á causa del exceso de frio ó de calor. Entonces el espíritu exclama: ¿Es este aquel pequeño punto, cuyas porciones se disputan las naciones á sangre y fuego? ¡Oh! ¡Cuán insensatos son los mortales, y cuán pequeñas son sus miras! (1) Este mar, en donde navegais, esta tierra en donde haceis la guerra y fundais monarquías,

(1) «El Ister, añade, sirve de límite á los Dácios, el Strimon á los Trácios, el Eufrates á los Partos, el Danubio separa á los Sármatas de los Romanos, el Rhin marca los confines de la Alemania, los Pirineos son la division entre la Gália y la España, y entre el Egipto y la Etiopía se interponen vastos desiertos, incultos y arenosos. Si las hormigas tuvieran entendimiento y discurso como los hombres, ¿no dividirian tambien sus hormigueros en diferentes provincias? En cuanto á vosotros, cuando os hayais elevado á aquellas vastas regiones, á aquellos lugares verdaderamente grandes, siempre que veais numerosas tropas ponerse en movimiento, hacer marchas y formar campamentos, como si se tratase de alguna cosa súmamente importante, observareis que todo esto no es de mayor trascendencia que las marchas y movimientos de las hormigas alrededor de su hormiguero. ¿Qué otra diferencia hay entre esos animalillos y nosotros, sino la pequeñez de sus cuerpos?... etc.»

solo es un átomo... Pero allá arriba hay vastísimos espacios, en posesion de los cuales entra el espíritu, si está purificado de toda mancha, si no lleva consigo aficiones terrenas, y si se ha distinguido por la virtud. Cuando un espíritu de esta índole ha llegado por fin á las regiones celestiales, se encuentra allí como en su propia morada, se eleva y se dilata, y vuelve, por decirlo así, á su celestial orígen. Una prueba de su orígen divino es que se complace en las obras de Dios, habla de ellas y goza de las mismas, no ya como un bien estraño, sino como un bien que le es propio. Allí contempla con exactitud el orto y el ocaso de las estrellas y sus diversos movimientos; allí descubre y examina todas las cosas con acierto, haciendo las mas minuciosas observaciones acerca de ellas, puesto que todas le pertenecen. Entonces verdaderamente menosprecia los estrechos límites de su primera morada en este mundo, que se recorren en algunos dias de camino; al paso que las estensiones celestiales son inmensas, puesto que la estrella mas rápida halla bastante espacio para hacer su revolucion, que dura treinta años, sin encontrar ninguna resistencia, ningun obstáculo, ningun impedimento que pueda detenerla en su carrera (1). Allí, en fin, llega al conocimiento de lo que aquí ha investigado con afanosos desvelos, allí empieza á conocer á Dios.»

El espíritu, en verdad, no ocupa lugar; y así como no está sujeto á las vicisitudes del tiempo, porque es inmortal, asímismo no está sometido á las condiciones del espacio,

(1) ¿Qué hubiera dicho Séneca, si hubiera conocido los magníficos descubrimientos de la astronomía moderna? ¡Si hubiera sabido, por ejemplo, que Sirio, el astro mas bello de nuestro cielo, se halla á 52 trillones de leguas, y que una bala de cañon, que recorre 400 metros por segundo, emplearia *ocho millones y quinientos mil años* para llegar hasta allí!

porque es simple é inmaterial. Pero siendo esencialmente finito, y no pudiendo estender su actividad mas allá de ciertos límites por la limitacion de su naturaleza y facultades, necesariamente vive en algun punto del universo, mas bien que en otro, en cuanto alcanza su presencia sustancial, como dicen los metafísicos, inseparable ya de su operacion. *Ubi agit ibi est;* en donde obra, allí esta. Y siendo así, ¿en dónde vivirá el espíritu, sino en ese cielo estrellado, en donde resplandecen en toda su magnificencia las maravillas de la creacion?

La recta razon encuentra dos datos para proceder en sus inducciones; la estension ilimitada del espacio y el número infinito de los cuerpos celestes, cuyo conocimiento no debe ser negado á los séres espirituales, puesto que la materia ha sido hecha por causa del espíritu; y los millares de millones de espíritus, que pueblan los espacios, y necesitan una esfera adecuada á la estension de su actividad. Si la materia por sí misma no tiene razon de sér sino en cuanto manifiesta la sabiduría divina, y concurre á su gloria externa por el conocimiento que de ella adquieren las criaturas racionales, ¿no es lógico admitir que la creacion visible es el patrimonio del espíritu, desde que desligado de los lazos de la carne, se halla en disposicion de recorrerla?

La razon podria suponer que las almas bienaventuradas tienen su residencia ordinaria en toda la estension de la órbita del planeta al cual pertenecieron en esta vida, pudiendo, sin embargo, salir de ese círculo, y estenderse mas allá por el espacio. Podria tambien ensancharse esta esfera á toda la estension del sistema planetario, del cual dependia su respectivo mundo, en donde el alma pudiera correr libremente, y salir, si era preciso, hasta los últimos confines del universo; pero volviendo luego á su sistema, como si fuera su ciudad natal. Podria tambien suponer que un

astro inmenso es el centro comun de las revoluciones de todos los grandes sistemas estelarios, cada uno de los cuales tiene su centro particular, y que este grande astro es el sitio principal de la gloria de Dios, y la capital del *reino de los cielos*, que habitan los bienaventurados. Podria, por último, suponerse que la residencia de las almas justas y de los espíritus puros se encuentra fuera del universo visible y mas allá de todas las estrellas, en una region desconocida, en donde Dios las llena de su presencia y de su gracia, y desde la cual pudieran observar el universo visible y las partes de que se compone. Pero todas estas suposiciones, examinadas detenidamente, aparecen poco probables, y áun acaso inverosímiles, pues no hay razon alguna para localizar la morada del espíritu, puesto que todos los espacios están llenos de la presencia de Dios. La inmensidad divina contiene y abarca todos los espacios, que son como un átomo en su comparacion; y todas las criaturas, en cualquiera parte que se hallen, están en el seno de Dios. Por eso la razon acepta como mas probable y como mas verosímil, la opinion, segun la cual, el lugar de los espíritus es toda la estension del universo, y no hay en el vasto espacio un solo lugar solitario, sin estar poblado y visitado por sustancias inmateriales. Así la multitud infinita de los espíritus está en relacion con la estension infinita del espacio, y la vida eterna halla horizontes inmensos en donde esplayarse y obrar.

Esta opinion, á primera vista razonable, conocida la naturaleza y facultades del alma, tiene tambien á su favor el apoyo de los filósofos modernos, que no admitiendo la concepcion antigua del cielo empíreo, tal como la entendian algunos escolásticos, puesto que los descubrimientos de la astronomía moderna la han demostrado imposible, creen con fundamento que los lugares de la vida futura no

son otra cosa que el mismo universo lleno de la presencia de Dios. La infinidad de los mundos, en medio de la vida infinita, ha revelado al sábio los campos de la vida futura en un espacio sin límites, así como en una duracion sin fin. Los astros pueden ser considerados como partes del reino de los cielos, ó como diversas ciudades del vasto imperio del rey de los reyes, cuyas fronteras se estienden hasta los últimos confines de la creacion.

Para los católicos tiene además la ventaja de esplicar fácilmente muchos pasajes de los Libros sagrados, que parecen fijar la mansion de los bienaventurados mas allá de las estrellas, ó en regiones mas elevadas que éstas. No siendo compatible con el estado actual de las ciencias, que aquellas espresiones se entienden literalmente, y no siendo concebible lugar alguno fuera de los límites actuales del universo, á no ser suponiendo otra creacion distinta, lo cual no es verosímil ni razonable, debemos suponer que aquellos pasajes significan lugares comprendidos en la creacion visible, en las alturas inacesibles de los astros, ó á lo sumo alguna parte determinada del universo, especialmente destinada para los bienaventurados. Pero es poco probable que si el cielo significa un lugar material, en algun punto del espacio, Dios le hubiera señalado límites, ó le hubiera encerrado en alguna estension limitada; y menos todavía que le hubiera colocado en el vacío, fuera de los términos del universo actual, cuya estension ilimitada sobrepuja con mucho los mayores y mas atrevidos esfuerzos de la imaginacion. ¿Quién será tan mezquino en sus concepciones ó tan aventurado en sus juicios, que ose decir del cielo «hasta aquí llega, y no se estiende mas allá?» (1) Es, en efecto, lo mas probable que la morada de

(1) Véase mi *Pluralidad de mundos*, cap. XVI.

los elegidos, llamada *el cielo*, comprenda todas las estensiones celestes, donde campea el ejército innumerable de los astros, y en donde resplandecen la grandeza, la sabiduría y la bondad del Criador.

Por mi parte no encuentro esposicion mas razonable del lugar significado por la frase *reino de los cielos*, ni concibo otro lugar fuera del universo actual. Los espacios imaginarios inventados por algunos, y puestos mas allá de los límites de todo lo criado, son una pura abstraccion que nada significa, y por el contrario suscita una gran dificultad para esplicar las relaciones de las almas con el mundo exterior. Las estensiones posibles, que suponen otros, si no pueden negarse, dada la omnipotencia divina, y sirven tambien para evitar el escollo del panteismo á donde conduce la afirmacion de la infinidad actual del espacio, ofrecen los mismos inconvenientes que la hipótesis anterior: y no es verosímil que la sabiduría divina, que nada hace en vano, y que saca su gloria esterna de la contemplacion de este universo, ponga á las almas santas en otro lugar fuera de él. ¿Para qué buscar espacios posibles, siendo indefinida la estension del espacio real? En vano intentaríamos señalar sus límites: cuando nuestra imaginacion se rindiese fatigada sin haber podido llegar á vislumbrarlos, el espacio estenderia todavía sus anchurosas esplanadas, pobladas de soles y mundos, hasta cien veces doble distancia de la que aquella habia logrado abarcar. El universo es vasto, grandioso, magnífico, como corresponde á la magestad infinita que lo ha creado así, y es bastante espacioso para que en él se muevan los millares de millones de espíritus bienaventurados. No hay razon alguna para suponer otros espacios.

Los católicos instruidos de lo que enseña la fé acerca de las condiciones de la bienaventuranza, no hallarán difi-

cultad en admitir esta opinion. Cuando la Iglesia nos deja en libertad de esponer el sentido de los Libros Sagrados, y no lo hallamos claramente determinado por la Tradicion, debemos interpretarlos de manera que no se opongan á los datos indudables de la ciencia, cuyas verdades bien demostradas no son otra cosa que la misma revelacion divina en el órden natural. Los teólogos y espositores observan unánimes esta regla: y todos los que siguen con interés la marcha del movimiento científico-religioso de nuestro siglo, saben con cuánto ardor y celo se trabaja para defender la verdad de la Biblia en el terreno mismo de la ciencia moderna. Ellos no temen hacer nuevas esposiciones de algunos pasajes, cuando así lo exigen los descubrimientos modernos, y vemos que la Iglesia bendice y aplaude sus esfuerzos generosos. En nuestros dias seria comprometer la causa de la religion, si alguno se obstinase en defender el número de los cielos, el órden de las esferas, y la region del cielo empíreo, como la concebian los escolásticos de la Edad media. La astronomía con sus poderosos telescopios ha logrado desvanecer la ilusion de los cielos cristalinos, y de los cielos inferiores y superiores, y nos obliga á investigar con nuevas interpretaciones el verdadero significado de la palabra *cielo*. Mientras la Iglesia no pronuncie su fallo, estamos en el derecho de creer que el lugar de la residencia de los justos se estiende por toda la inmensidad del espacio, por todos los lugares del universo material, por todos los sistemas estelarios, por todas las inesploradas regiones del firmamento, puesto que Dios está igualmente presente en todas partes, y en todas igualmente resplandecen las maravillas de la creacion.

Es bien cierto que los espíritus no están en un lugar, ni necesitan lugar como los cuerpos. Así como no necesitan un cuerpo para *existir*, asimismo no necesitan espacio

para *estar*: y si de repente fuese aniquilada la creacion visible, y desapareciese toda la materia, ellos nada perderian en su vida, ni en su naturaleza, ni en su modo de ser. Afirmar lo contrario, seria abrir las puertas al materialismo. Por eso decia profundamente Malebranche que «el lugar de los espíritus es Dios,» no en el sentido de que existan en él como en su sugeto, sino porque la simplicidad del espíritu y la condicion de su sér no tiene relacion directa con los cuerpos, sino solo con la inmensidad divina dentro de la cual son contenidas las sustancias inmateriales. Pero siendo, como son, séres finitos, aunque no ocupan lugar alguno *por estension*, se hallan naturalmente limitados por su sustancia, que no puede hallarse en todas partes como la sustancia divina, y necesariamente queda definida en ciertos límites en cuanto al sér y en cuanto al obrar. (1) Tal es su modo de ser en un lugar. Ellos, sin embargo, no tienen cantidad dimensiva, y no dependen del lugar en donde viven; de donde se infiere que el campo de sus operaciones es ilimitado, que pueden recorrer libremente el universo en todos sentidos, que no se les ha negado lugar alguno, puesto que en ninguno están contenidos ó circunscritos, y que todos los espacios inconmensurables están abiertos á su incesante actividad.

De aquí se infiere otra vez mas, cuán absurdo es, como pretende el supuesto Lúmen, localizar al espíritu en tal ó cual astro como punto céntrico de sus observaciones, ó su residencia natural. Nó; el espíritu domina la creacion ma-

(1) El lector observará que esta doctrina, tal como queda espuesta, pasa por medio de las diversas opiniones filosóficas acerca del modo de estar los espíritus en un lugar, sin inclinarse á una mas bien que á otra; y aun tal vez sirve para conciliar entre sí las tres principales, de Sto. Tomás, Scoto y Suarez. Yo admito además la distincion entre lugar y espacio: no es lo mismo estar en el espacio que estar en el lugar. Pero de esto hablaremos todavía en otra narracion.

terial, y no está sujeto á las dimensiones del espacio. Por eso vuela sobre los astros, y no mide las alturas ni las distancias, ni le afectan los elementos, ni le detienen las tinieblas, ni le abrasa el fuego de los soles, ni le deslumbran los raudales de su luz. Tanto como su sér es inferior á la materia, así su modo de ser en el espacio es superior al modo de ser de los cuerpos, que existen en contacto físico unos con otros, sirviéndose mútuamente de apoyo, y encerrándose mútuamente en sus respectivos límites, al paso que el espíritu es *libre*, independiente, inextenso y subsistente en sí. Y esto confirma tambien lo que ya queda indicado; que es un solemne desatino suponer que «la marcha sucesiva de la luz por el espacio es uno de los elementos fundamentales de las condiciones de la vida eterna.» ¡Qué manera de concebir la vida espiritual!

Se infiere tambien que esta libertad del espíritu de recorrer los cielos y visitar los mundos, una vez obtenida apenas se ha separado del cuerpo, es ya incompatible de todo punto con nuevas encarnaciones. Despojar al espíritu de esta libertad para encerrarle en un organismo corpóreo, aparte de la injusticia que envuelve, seria todavía mas cruel, que si alguno, habiendo conquistado con penosos sacrificios un rico patrimonio, fuese de repente y sin culpa suya reducido á la mas triste pobreza. Se concebirian acaso las reencarnaciones, si no fueran imposibles, como ya tenemos estensamente demostrado, se concebirian, repito, las reencarnaciones en el sentido de los Origenistas antiguos, como pena y castigo de los malvados, para quienes en efecto seria una condenacion terrible, si despues de haber vislumbrado los esplendores de la otra vida, fuesen encerrados en un cuerpo como en una cárcel. Pero para que esta reencarnacion tuviera verdaderamente razon de pena, seria preciso que conservasen la conciencia y la memoria, para que les

fuese dolorosa la privacion del bien perdido. Seria preciso además que alguna vez hubieran obtenido ese bien, lo cual es imposible, en el mero hecho de suponerlos malvados y dignos de castigo, porque al salir de esta vida, sus delitos les impidieron merecer la bienaventuranza, aun en el órden natural, y disfrutar en virtud de ella los privilegios de los espíritus buenos. Y si se quisiera suponer que apenas terminada la existencia terrestre, las almas de los malos son encarnadas en otros mundos sin transicion alguna, esto lejos de ser un castigo, no habiendo conciencia ni memoria, equivaldría en realidad á dejar impunes sus delitos de la vida pasada. Seria en rigor lo mismo que adormecer al criminal con la muerte, para hacerle despertar en una existencia nueva. ¿Y así quedaria cumplida la justicia divina? ¿Y así quedaria satisfecho el órden moral?

La recta razon dicta por el contrario, que así como una parte del premio de los buenos consiste en el derecho de recorrer el universo, y vivir en las regiones luminosas de los mas bellos astros, así una parte del castigo de los perversos debe consistir en estar privados de esa libertad. La esencia de la pena impuesta al criminal por la justicia vindicativa, lleva consigo la necesidad de ser contraria á la voluntad del reo, y opuesta á su inclinaciones. Parece, pues, sumamente razonable que hay un lugar de suplicio para los malvados, conocido con el nombre de *infierno*, que les sirva como de prision. Su modo de ser en el lugar es igual que el de los espíritus bienaventurados porque la pena ó el premio no cambian la condicion de la naturaleza; no hay ciertamente cadenas que lo sujeten, ni paredes que lo encierren, no hay subterráneos, ni calabozos, ni triples puertas, ni cerrojos, ni otras fantasías que ha inventado la imaginacion. Pero su esfera de accion no puede estenderse fuera de tal ó cual límite determinado, impuesto por decreto de

la justicia eterna, en donde los condenados sufran la pena que han merecido por sus culpas. La fé nada cierto nos enseña acerca de este lugar; las opiniones de los teólogos se hallan divididas; la Iglesia nada ha definido, y la razon por sí sola nada puede conjeturar acerca del mismo: solo puede afirmar que existe, y que no comprende, como el lugar de las recompensas, toda la estension del espacio. Examinadas sin embargo con un criterio imparcial las opiniones de la teología, así como las enseñanzas de las falsas religiones, acordes unas y otras en colocar el infierno, ó la mansion de los réprobos, en el centro de la Tierra, hay que confesar que si no son rigorosamente demostrables, tampoco tienen nada de absurdas, ni se puede demostrar lo contrario. La razon puede tambien conjeturar que este lugar de los réprobos será aquel en que su actividad distraida de su objeto por la culpa y abandonada al mal, no pueda hallar en ella mas que tormentos, desesperacion por haber malogrado la dicha, remordimientos sin tregua, y mayor desesperacion de no poder volver al bien.

Otra de las consecuencias que se infieren de la doctrina arriba expuesta, es que las estensiones celestes son el lugar comun de todos los espíritus merecedores de la dicha, bien de los que han hecho su peregrinacion acá en la Tierra, como de los que han vivido ó viven aún en los otros mundos, negociando su suerte eterna. Hay, en efecto, la misma razon para unos y otros, tanto de parte de su naturaleza espiritual y facultades del alma, en la diversidad de grados que Dios ha concedido á los espíritus, como de parte del mismo Dios. La criatura racional aspira al bien supremo y al conocimiento de la causa primera; y ha sido criada sin duda para el mismo fin. Por la bondad de Dios para con el hombre, podemos inferir la que ha desplegado para los habitantes de otros mundos, acaso mas dignos de ella

que nosotros y mas fieles á los llamamientos de la gracia. Pero en todo caso, cuando aquellos hayan terminado su mision temporal en su respectivo mundo, serán puestos igualmente en posesion del universo cualquiera que sea su bienaventuranza esencial, porque entre los espíritus no hay diversidad de naturaleza, sino solo de grados de perfeccion. Para los fines de la creacion importa que todas las criaturas inteligentes conozcan sus maravillas, que glorifiquen á Dios en sus obras, y participen los beneficios de su bondad.

¡Ah! si nuestros ojos pudieran percibir los séres inmateriales, al levantarlos al cielo distinguiríamos el ejército innumerable de los espíritus que pueblan las resplandecientes esferas. Su número es infinitamente mayor que el de las estrellas, y su hermosura es superior á la de todos los soles. Dios ha puesto por doquiera el sello de lo infinito respecto á nuestra pequeñez. El mundo invisible es todavia mas admirable que el mundo corpóreo, y ostenta para sus moradores la mas esplendorosa magnificencia del poder del Criador. ¡Cuán grande es Dios en sus obras visibles é invisibles! ¡Cuán liberal ha sido con sus hijos! En medio del cielo estrellado y sobre sus inacesibles alturas ha colocado nuestra eterna morada, y la ha puesto delante de nuestros ojos como el mas eficaz estímulo para la virtud. Dilatemos nuestras miradas por el espacio, levantémoslas sobre los astros, penetremos en las estensiones celestes... ¡allí viviremos un dia! ¡Demos gracias á Dios! Estamos viendo desde lejos las dilatadas comarcas de nuestra inmortalidad.

II.

CONTEMPLACION DEL UNIVERSO.

«Quiero elevarme de esfera en esfera, y recorrer la radiante escala que la noche me presenta. No titubeo mas; me entrego á la imaginacion. Arrebatado sobre sus alas de fuego, me lanzo de la Tierra como desde mi barra. ¡Oh! ¡cómo veo alejarse su globo y decrecer á mi vista! ¡Con qué velocidad me siento subir! He rebasado el astro de la noche; toco al velo azul de los cielos. Ya pasé, ya penetré en los lejanos espacios.... En cada planeta que encuentro sobre mi camino, me detengo, y le pregunto sobre Aquel que hace girar y brillar su orbe. Desde el vasto anillo de Saturno, me elevo, y sigo audazmente el vuelo atrevido del cometa. Llego con él en medio de esos soles soberanos, que brillan con una luz independiente, almas de los mundos, por los cuales todo vive y respira.... ¿Qué veo aquí? Un espacio sin límites sembrado de inflamadas fuentes, de globos mas vas-

tos que los nuestros girando en mas elevados círculos. Avancemos mas allá; apenas ha empezado mi carrera. Esto sin duda no es mas que el pórtico del palacio del Eterno... ¡Qué error el mio! El Eterno está mucho mas alto: sigo subiendo.... cuanto mas avanzo hácia él, mas se aleja de mí. ¿En dónde estoy? ¿Dónde está la Tierra? ¿Sol, dónde estás? ¡Qué estrecho es el círculo donde viajas! Estoy aquí erguido sobre la cumbre de la naturaleza.... mis miradas dominan su recinto. ¡Cuántos millares de cielos y de mundos veo rodar bajo mis pies, como granos de brillantes!... Sábios de la tierra, observadores de la naturaleza, génios superiores que volais sobre las huellas de Newton, ¿habeis descubierto á Aquel que ve á la cumbre de la creacion hundida en las profundidades de un abismo? ¿Habeis encontrado el orbe del gran Sér, del Sol universal que atrae á sí á todos los séres? ¿Habeis reconocido á los satélites que le rodean, á las estrellas de la mañana que le asisten y forman su córte? No es la ciencia.... la religion es la que me elevará hasta Él: el amor humilde penetra adonde la soberbia razon no puede alcanzar.... Cada uno de esos astros es un templo en donde Dios recibe el homenaje que le es debido. He visto humear sus altares: he visto elevarse el incienso hasta su trono: he oido resonar en las esferas los conciertos de su alabanza. Nada hay profano en el universo... la naturaleza entera es un lugar consagrado.» (1)

El universo es la manifestacion exterior de la gloria divina acomodada á la capacidad de la criatura. ¡Cómo brilla y resplandece la magestad de nuestro Dios! Esos innumerables globos, sin número y sin tasa, son las diversas moradas de la ciudad eterna. Nuestros pensamientos se engrandecen, al contemplar la grandeza de nuestro destino:

(1) Young, *Noches*, tom. I.

nos sentimos en cierto modo infinitos, y parece que ya desde ahora empezamos á disfrutar una parte de la bienaventuranza que nos espera.

¡Qué infinita variedad de humanidades se presenta á nuestros asombrados ojos! ¡Qué magnificencia de mundos deslumbra nuestras atónitas miradas!

Los millares de estrellas que desde aquí nos parecen pequeños puntos luminosos, se han transformado en resplandecientes soles, cada uno de los cuales es centro de un rico sistema planetario. Cada una de ellas es un globo colosal, tan grande ó mas que el Sol que nos alumbra, el cual es á su vez un millon y cuatrocientas mil veces mayor que nuestra Tierra: y de aquí se infiere que cada una rige una familia de mundos semejante á nuestro sistema solar. Es bien cierto, como decia el célebre Huyghens, que si estuviéramos colocados en una region del firmamento á igual distancia del sol y de las estrellas fijas, no hallaríamos diferencia entre uno y otras. En esta situacion discurriríamos con acierto que eran de la misma naturaleza, que tenian las mismas funciones en el universo, que desempeñaban análogo destino, y que servian para el mismo fin. Sabiendo, pues, que nuestro sol está rodeado de una córte de planetas, y algunos de éstos tambien acompañados de sus satélites, ¿por qué no creeremos lo mismo de las demás estrellas? Esta consideracion, fundada en los datos científicos mas irrecusables, nos presenta la creacion bajo el aspecto mas grandioso, y nos prueba que la pluralidad de mundos habitados es considerada con razon como la consecuencia capital y necesaria de la astronomía moderna.

Y ¿quién podrá contar el número de tantos soles? Y quién podrá imaginar el número todavía mayor de los mundos alumbrados por ellos? Seria igualmente difícil que contar el número de las arenas del mar. Lo que se cuenta

por millones y millares de millones, no puede reducirse á guarismos, ni espresarse por ninguna cantidad. Segun las mejores observaciones astronómicas, el universo está compuesto de una série innumerable de nebulosas, alejadas entre sí á distancias incalculables. Cada nebulosa es una inmensa aglomeracion de estrellas que abraza una estension del espacio, que el hombre se esforzaria en vano por concebir. La luz, que se propaga con una velocidad de setenta y siete mil leguas por segundo, y solo tarda ocho minutos en llegar del Sol á la Tierra, atravesando una distancia de treinta y ocho millones de leguas, emplea tres años y ocho meses para llegarnos de la estrella mas cercana *a*, del Centauro, debiendo recorrer *ocho billones y treinta mil millones de leguas*. Los rayos de Vega de la Lira, no llegan á nosotros en menos de *veintiun* años: Sirio, algo mas distante, nos los envia en *veintidos* años. Para llegar de la primera estrella de la Osa Mayor la luz emplea veinticinco años, de Arturo veintiseis, de la Polar cincuenta, de Capella setenta y dos, y así se van multiplicando las distancias, de modo que las últimas estrellas visibles con el telescopio de tres metros, no hacen llegar sus rayos sino al cabo de mas de *mil* años. Todas estas estrellas pertenecen á la nebulosa, conocida con el nombre de Vía Láctea, que segun los cálculos de Herschell, contiene unos diez y ocho millones de estrellas principales, sin contar los millones de planetas y satélites que aquel número supone. La extension de la Vía Láctea en el sentido de su longitud es tal, que la luz no puede recorrerla en menos de *quince mil años*. Para que esta inmensa nebulosa se nos presentase bajo el aspecto de una nebulosa ordinaria (subtendiendo un ángulo de 10′), seria preciso alejarla á una distancia igual á trescientas treinta y cuatro veces su longitud, cuya distancia, no pudiendo formularse con guarismos, se espresa diciendo que

la luz emplearia en recorrerla mas de *cinco millones de años*, devorando, sin embargo, el espacio con una rapidez de setenta y siete mil leguas por segundo.

Hay en el espacio innumerables nebulosas, tan grandes ó mayores que la Vía Láctea, y tan pobladas de astros como aquella. Se hallan diseminadas en todas direcciones, en todas las profundidades imaginables, en todas las figuras posibles, esféricas, anulares, lenticulares, espirales y en otras mil formas caprichosas, y todas ellas bien definidas y aisladas, como infinitos archipiélagos de soles, agrupados en la inmensidad á distancias incalculables, pero separados entre sí por un inmenso vacío. «Pero no solo esos lejanos sistemas estelares poblados de miriadas de soles presentan las formas mas variadas, y ofrecen una diversidad de aspectos superior á todo lo que la imaginacion puede concebir, sino que tambien algunos de ellos descubren á la vista admirada que los contempla, matices diversos y verdaderos colores. El uno tiene un color azul de índigo; otro es de color de rosa en su centro y blanco en la circunferencia; otro emite magníficos rayos de color azul celeste. Esta coloracion es producto de la que tienen las mismas estrellas que los componen... Es difícil describir la impresion que el aspecto de esos universos lejanos produce en el alma cuando se los contempla con los maravillosos telescopios que acortan las distancias. Los rayos de luz que nos llegan de tan lejos, nos ponen temporalmente en comunicacion con esas creaciones lejanas; y el sentimiento de la vida terrestre, adormecido en el silencio profundo de la noche, parece dominado por el ascendiente que tan fácilmente ejerce la contemplacion del cielo en el alma extasiada.» A la vista de las pálidas nebulosas que cubren el espacio, el alma se siente como suspendida al borde de esos abismos inesplorados, cuya profundidad desconocida causa vértigos.

La admiracion que excita la grandeza del espectáculo, es bien pronto reemplazada por un sentimiento mas profundo de la grandeza del universo, y por un impulso espontáneo de la mas ferviente adoracion á Dios, autor de tan inefables maravillas. Así la extension indefinida y el número indefinido se comprenden mútuamente en el universo: la creacion no tiene límites asignables en los séres que la forman, ni fronteras asignables en las regiones que llena. Y cuando consideramos que el vasto espacio y sus infinitos mundos están llenos de luz, de movimiento, de inteligencia y de vida, no sabemos si admirar nuestra grandeza que ha sabido penetrar estos misterios, ó anonadarnos confundidos ante un testimonio tan completo de nuestra nulidad.

Todos estos cuerpos colosales se hallan en perpétuo é incesante movimiento, recorriendo órbitas inmensas con una velocidad superior á la rueda mas rápida de nuestras máquinas. Cada estrella es el centro de un sistema planetario que ocupa en el espacio una extension incalculable y asombrosa. Nuestro Sol abarca en sus dominios hasta Neptuno, el mas apartado de los planetas conocidos, una circunferencia cuyo radio es mil ciento cuarenta y siete millones de leguas, abrazando, por lo tanto, un campo de siete mil millones; y además extiende la poderosa red de su atraccion hasta los últimos cometas, alguno de los cuales se aleja en su afélio treinta y dos mil quinientos millones de leguas. Y sin embargo, ¿qué es el vasto sistema solar en comparacion del universo? Lo que una gota de agua en el mar. ¿Qué son treinta ni cien mil millones de leguas, cuando sabemos que la estrella *a* del Centauro, la mas próxima á nosotros, se encuentra á una distancia que solo puede expresarse por medio de trece guarismos, ó sea á ocho billones y veintinueve mil cuatrocientos millones de

leguas? (1) ¿Y qué significa esta distancia, por enorme y espantosa que sea, cuando recordamos que las menores distancias que separan entre sí las nebulosas, visibles con nuestros telescopios, segun los cálculos mas aproximados, son cerca de dos trillones de leguas, que deben expresarse por una série de diez y nueve guarismos? (2) Encuentran los astros campo suficiente para hacer sus revoluciones sin tropiezo, y sin peligro de chocar unos con otros. Su marcha se verifica con una rapidez vertiginosa. Mientras el lector lee esta página, la Tierra habrá recorrido en su órbita mas camino que puede recorrer en un dia el mas rápido de nuestros trenes (3). Al mismo tiempo el Sol, remolcando todo su sistema de planetas, satélites y cometas, devora los espacios con una celeridad de dos leguas por segundo, ó sea siete mil doscientas por hora, avanzando cada año sesenta y tres millones de leguas hácia la constelacion de Hércules, á 264 grados de ascension recta, y 25 de declinacion boreal. Hay estrellas que recorren los cielos con una rapidez de veinte leguas por segundo; y por doquiera se observa que el problema del movimiento contínuo es un hecho evidente, realizado en los espacios por el Supremo Hacedor de todas las cosas. La ciencia sospecha la existencia de un inmenso astro central, especie de *Sol del Universo*,

(1) En leguas francesas, segun los datos de Mr. Flammarion, ¡8_{2},029,400$_{1}$,000,000! que la luz tarda en recorrer *tres años y ocho meses*, á razon de *setenta y siete mil* leguas por segundo.

(2) Exactamente, 1_{3},746,500$_{2}$,000,000$_{1}$,000,000, de leguas, que un rayo de luz, con la velocidad mencionada, tardaria en atravesar, segun cálculo de un profesor de esta ciudad de Valencia, 719,208 años, 128 dias, 18 horas, 30 minutos y 18 segundos.

(3) La Tierra avanza, en su movimiento de traslacion alrededor del Sol, con una velocidad de *ciento siete mil* kilómetros por hora, ó sea, mas de *mil setecientos* por minuto. Un tren express, con una marcha de 20 metros por segundo, emplearia 24 horas en atravesar esa última distancia.

alrededor del cual se verificarian en incalculables órbitas todos los movimientos estelarios.

Si del conjunto pasamos á los detalles, crecerá todavía, si fuera posible, nuestra admiracion. Saturno, por ejemplo, nos ofrece una série sorprendente de maravillas. Mundo gigantesco, setecientas treinta y cuatro veces mas voluminoso que nuestro globo, gira sobre sí mismo con una rapidez tal, que completa su rotacion diurna en poco mas de diez horas. Alrededor de él tres inmensos anillos concéntricos de mas de doce mil leguas de anchura por cincuenta de espesor, giran con una rapidez mayor que la del mismo astro. Mas allá de los anillos, circulan á diversas distancias ocho Lunas ó satélites, que enriquecen las noches del planeta con los mas brillantes y majestuosos espectáculos. El mas próximo de estos satélites está separado del anillo exterior por una distancia de doce mil leguas, y el último sigue una órbita alejada del centro del planeta unas novecientas veintidos mil leguas. Saturno, pues, gobierna un mundo que no mide menos de un millon ochocientas cuarenta y cuatro mil leguas de diámetro; es decir, cerca de *seis millones* de leguas de circunferencia. Las magnificencias de la naturaleza, los juegos de luz á través de los anillos, y los plácidos rayos de sus ocho lunas ofrecen allí espectáculos de una esplendidez extraordinaria, que hacen de Saturno uno de los mundos mas admirables del universo.

Pero los aspectos de la creacion son inagotables en variedad y riqueza. «Hay mundos iluminados por un sol azul oscuro y otro rojo escarlata, como en la constelacion de Perseo, en la del Dragon y en la de Tauro. Hay otros como en la constelacion de Andrómeda, que tienen un gran Sol central anaranjado, y otro mas pequeño que gravita en torno suyo de color verde esmeralda. En Hércules, en la

cabellera de Berenice, en Casiopea, etc., hay soles rojos y verdes: en la Serpiente, en Ofiuco, en Andrómeda los cuerpos planetarios reciben la luz de dos soles, que tienen toda la sucesion de colores que precede al azul: otros solo poseen soles rojos, como el sistema del Leon; y otros grupos, por último, son alumbrados por un sol amarillo y otro azul, como se ve entre otros muchos, en Cáncer, la Ballena y Eridan.» ¿Quién podrá imaginar la riqueza y brillantez de colores, las vivísimas y deslumbradoras tintas, los suaves y caprichosos matices, los múltiples y fantásticos reflejos, y las combinaciones de colores, con que brillan los paisajes de aquellos mundos, alumbrados simultáneamente por dos soles? «¡Qué diversidad de claridades, dice Flammarion, deben derramar dos soles, uno rojo y otro verde, uno amarillo y otro azul, sobre un planeta que circule alrededor del uno ó del otro! ¡Qué hermosos contrastes! ¡Qué magníficas alternativas deben producir un dia rojo y un dia verde, sucediendo alternativamente á un dia blanco y á las tinieblas de la noche! ¿Qué naturaleza es esa? ¿Qué inefable belleza reviste de un esplendor desconocido aquellas tierras lejanas, diseminadas por el fondo de los espacios sin límites?» ¿A cuántas variaciones de calor, de magnetismo, de electricidad, de fuerzas desconocidas no dan lugar aquellas ricas y esplendorosas creaciones? Mil y mil formas, imágenes, tipos y combinaciones acuden en tropel á nuestra fantasía, como las vagas visiones de algun ensueño deslumbrador, y sin embargo, estamos convencidos que todo lo que imaginemos será siempre inferior á la realidad.

Pero sobre todo, importa que nos persuadamos firmemente que todos esos astros, que todos esos soles, que todos esos mundos, no solo son el patrimonio comun de los espíritus bienaventurados, sino que actualmente se hallan poblados por otras tantas sociedades de criaturas raciona-

les, destinadas como nosotros á la participacion de los mismos bienes. Aquellas criaturas viven en su respectivo globo *en el tiempo*, y despues, como inmortales que son, viven en todo el cielo *por toda la eternidad*. El cuerpo, siendo material, está circunscrito por necesidad á un lugar y á un tiempo limitado: el espíritu, por el contrario, siendo simple é inmortal, así como tiene delante de sí la eternidad, tiene tambien por suya la inmensidad del espacio. O admitimos que todos los astros son extensiones solitarias, y que solo la Tierra, átomo insignificante, ha sido privilegiada y distinguida entre tantos millones de mundos, lo cual es inconcebible, como ya tenemos demostrado, ó admitimos que están habitados, y en este caso les hemos de conceder un destino análogo al nuestro, así en el órden de la naturaleza, como en el órden de la gracia, porque la bondad divina es prodigiosamente generosa con todos sus hijos. Podria, sin embargo, responderse que muchas humanidades viven eternamente en su respectivo globo; pero esto no es creible, porque Dios ha señalado á sus criaturas racionales destinos mas gloriosos. Al darles la inteligencia, les ha dado tambien con ella deseos insaciables de dicha y aspiraciones infinitas. Podria tambien responderse con la insensata hipótesis de las reencarnaciones; pero ya sabemos que son imposibles, contrarias á la misma naturaleza y facultades del alma, injustas, y enemigas de su verdadero progreso, como ya hemos demostrado. Dios es un padre amoroso que para conducir á sus hijos á la felicidad, no los hace caminar á ciegas de mundo en mundo por infinitos rodeos. La pluralidad de mundos, lejos de favorecer á la pluralidad de existencias, es en mi juicio una prueba concluyente contra ella. Sí; esta creacion espléndida y magnífica, es un todo *completo*, compuesto de partes tambien *completas*. Cada mundo, como circula aislado en los espacios, tiene tambien

sus habitantes *propios*, como si fuera una creaciun aparte; y las familias estelarias existian antes de estar habitada la Tierra. Por eso las almas, despues de haber cumplido su mision temporal, pasan á formar parte del mundo invisible, del mundo superior á la materia, del mundo que ya no depende del tiempo ni del espacio. Para volver á encarnar en otro mundo, ¿qué necesidad habia de morir en éste? ¡Pues qué! cualquiera respuesta que me deis, ¿la sabiduría divina no tendria otros medios de atraer á sí las voluntades rebeldes, castigar las faltas y multiplicar las pruebas, sin perjuicio de la libertad? La ley del progreso de los séres inteligentes, ¿por ventura, es una escala de gradas numeradas? El sistema de la pluralidad de existencias, al intentar apoyarse en la pluralidad de mundos, empequeñece los nobles destinos del alma y los soberanos fines de la creacion.

Figurémonos, pues, la multitud infinita de criaturas racionales que pueblan todos los mundos, la variedad indecible de formas, de organismos, de tipos, de caractéres, la diversidad de grados de inteligencia, de perfeccion y de cultura, las influencias de la naturaleza exterior sobre los modos de su existencia, las analogías de su organismo con el globo en que habitan, como nos sucede en la Tierra, y la diferencia de costumbres, trabajos y ocupaciones, y ocurrirán á nuestra mente una multitud innumerable de extrañas creaciones, tan inconcebibles en su realidad como maravillosas en sí mismas. Y sin embargo la fantasía mas fecunda y poderosa no seria capaz de crear el mas ínfimo número de tipos que sin duda existen en nuestro sistema planetario. Si la vida animal, sin salir de nuestro globo, se presenta con la mas asombrosa diversidad de formas en millones de séres distintos, ¿qué será en el gigantesco Júpiter y en el magnífico Saturno? Y si en estos mundos, análogos al nuestro, que reciben la influencia del mismo

Sol, concebimos sin esfuerzo que debe haber una diferencia radical en las condiciones de existencia de sus habitantes y los de la Tierra, ¿qué será la que la sabiduría eterna ha realizado en aquellos mundos vivificados por soles múltiples de varios colores? Allí se verá lo que puede la inteligencia para dominar y trasformar la materia, convirtiéndola en su fiel servidora: allí se verá cómo dirige en provecho suyo las fuerzas colosales de la naturaleza: allí se verá cómo el espíritu, cualquiera que sea el organismo á que éstá unido, es Señor de su respectivo globo, y utiliza los objetos que le rodean para el desarrollo de sus facultades intelectuales: allí se verá cómo el espíritu es superior á la materia, cualquiera que sea el modo de sus relaciones con ella, y se demostrará palpablemente que entre las criaturas racionales existe una escala de grados de perfeccion y poder, tan distante en sus extremos como la que existe entre los séres del universo corpóreo. De esta manera, la admiracion que nos ha causado el espectáculo del universo material, aumentará todavía mucho mas con el conocimiento de la infinita variedad de sus moradores.

Este pálido bosquejo de algunas maravillas del universo, aunque superior á nuestras mas atrevidas concepciones, sirve, sin embargo, para formarnos una idea de su grandeza y magnificencia. ¡Y tales espectáculos habian de quedar perpétuamente desconocidos! Las maravillas de la creacion ¿no serán algun dia apreciadas en su conjunto, y en su misma belleza absoluta? No hay sér inteligente que no alimente un deseo natural de conocer las causas de las cosas: no hay alma que no desee con ánsia sondear los misterios de la creacion: no hay hombre que alguna vez no haya quedado extasiado en la contemplacion de la naturaleza. Cuando el alma, desembarazada ya de las ilusiones de los sentidos, haya conseguido el premio conquistado con

sus laboriosos esfuerzos en esta vida, ¿quién duda que la contemplacion del universo será uno de los goces mayores, y una de las ocupaciones mas gratas de su estado de bienaventuranza? ¿Y quién duda que Dios la pondrá en las condiciones mas favorables para satisfacer tan legítimas y nobles aspiraciones? Aquel lugar en que el alma bienaventurada, unida á Dios por el amor y la adoracion, pueda contemplar al mismo tiempo en su grandeza las obras divinas, y el órden y armonía del universo, aquel es el cielo. Aquel lugar en donde el alma exista, conociendo á Dios cuanto puede y amándole cuanto debe, en cualquier punto del espacio, en cualquiera region del firmamento, aquel es el cielo. La misma mano que ha hecho infinito al corazon del hombre, ha hecho tambien para él infinitos los espacios del cielo. ¡La creacion sin límites! ¡Cuán espaciosos y ricos son los dominios del Rey de los reyes! ¡Cuán suntuoso el palacio de su gloria! ¡Cuán opulenta la mansion de sus elegidos! ¡Qué incesantes himnos de adoracion y gratitud resuenan en tan esplèndido teatro! A la letra pueden aplicarse á este propósito aquellas palabras de San Pablo: «*El ojo no vió, ni la oreja oyó, ni los deseos del corazon llegaron jamás hasta la altura de la felicidad que Dios tiene preparada para los que le aman* (1).» Pues aunque estas palabras significan principalmente la bienaventuranza sobrenatural, que la fé nos promete, comprenden tambien las plácidas regiones en donde se ha de disfrutar. ¿Y es posible escogitar un lugar mas digno, mas delicioso y mas brillante que lo es en realidad el universo? No vacile alguno en admitir esta esposicion. Si resucitasen hoy los teólogos mas rígidos de los siglos pasados, en cuanto conociesen los adelantos actuales de la ciencia, la suscribirian de buen grado, porque ellos enseñan que el cielo es *el lugar donde más brilla la gloria de Dios.*

(1) Carta I á los corintios, II, 9.

III.

EL CIELO CRISTIANO.

La razon bien dirigida nos ha mostrado desde lejos *el lugar* de la bienaventuranza: ahora, ilustrada por la fé, nos instruirá acerca de aquel *estado*. Ella no lo podia imaginar siquiera, pero despues que la fé se lo ha revelado, lo acepta con júbilo como enteramente conforme á sus instintos y aspiraciones, y deduce de él consecuencias consoladoras.

Oigamos á San Agustin hablando con su madre de la felicidad del cielo.

«Acercándose ya el dia en que mi madre habia de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, aconteció sin duda por disposicion secreta de vuestra Providencia, que ella y yo nos encontrásemos solos, asomados á una ventana desde la cual se extendia la vista por el jardin de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia. En aquella casa, retirados del

bullicio del mundo, descansábamos de las fatigas de un largo viaje, y hacíamos los preparativos para la navegacion. Estando, pues, los dos solos, comenzamos á hablar, y nos era dulcísima la conversacion, porque *olvidados de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideracion de lo venidero.* Buscábamos en la eterna verdad, que sois Vos que estábais presente, cual seria aquella dicha que ha de ser el patrimonio de vuestros santos por toda la eternidad; dicha *que ni los ojos vieron, ni los oidos oyeron, ni el corazon humano es capaz de concebir.* Nuestro corazon se abria con avidez para beber de aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable *fuente de vida que está en Vos,* á fin de que lavados en sus aguas pudiésemos de algun modo comprender una cosa tan sublime y elevada.»

«Habia llegado nuestra conversacion hasta convenir en que los deleites sensibles, aun suponiéndolos los mayores posibles, en medio de la mas elevada felicidad que pueda imaginarse en las cosas corporales, no solo no eran dignos de entrar en parangon con aquella delicia de la vida eterna, sino que respecto de ella ni aun merecian ser nombrados. Despues elevándonos con el mas fervoroso afecto hácia aquella felicidad suprema, fuímos recorriendo sucesivamente por sus grados todas las criaturas corporales, y hasta el mismo cielo, desde donde el sol, la luna y las estrellas envian á la tierra su luz y resplandores. Subíamos todavía mas, ya pensando interiormente en vuestras obras, ya comunicándonos mútuamente nuestros pensamientos, ya admirándonos de la excelencia de vuestras criaturas. Luego tratamos de nuestras almas, y de allí pasamos mas allá para llegar á descubrir aquella region de abundantes é indefectibles delicias, donde perpétuamente alimentais á vuestros escogidos con el manjar de la verdad infinita: donde es vida de todos los bienaventurados aque-

lla misma sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido, y las que serán; sin que ella haya sido hecha, porque es y será siempre lo que ha sido.»

«En medio de nuestro coloquio, cuando mas ansiosamente suspirábamos por ella, llegamos á tocarla instantáneamente con todo el ímpetu y fuerza de nuestro espíritu: suspirando al vernos separados todavía de aquella felicidad, y dejándonos allí las primicias de nuestro espíritu. Pero pronto nos vimos precisados á descender de nuevo á nuestro modo comun de hablar con la palabra que sale de nuestra boca, y que tiene un principio y un término. ¿Pero qué comparacion hay, oh Dios mio, entre nuestra palabra y la vuestra (*Verbum*), que subsiste y permanece en sí misma, que nunca envejece, y que renueva todas las cosas?»

«Decíamos pues: si cesara enteramente la ruidosa inquietud que causan en el alma las impresiones corporales; si no la conmovieran de modo alguno las especies que por los sentidos recibe de la tierra, de las aguas y de los cielos; si aun la misma alma, como olvidada de sí, no hablase consigo misma; si no hablaran tampoco los sueños y las fantasmas que la imaginacion fabrica, si finalmente cesaran todas las locuciones que puede un alma percibir de las criaturas; por manera que ni le hablaran con palabras de la lengua, ni por medio de signos, ni de otro cualquier modo de hablar sucesivo y pasajero; sino que enmudeciese todo lo criado, despues de haberle dicho lo que están siempre diciendo estas cosas criadas á todo el que quiera oirlas, á saber; *No nos hemos hecho á nosotras mismas, sino que nos hizo el que permanece y dura eternamente*: si dicho esto, callara enteramente todo lo criado, y guardando silencio el universo, como para atender y escuchar al que le crió, entonces hablase «*Él solo*» á aquella alma, no por medio de las

criaturas, sino por *sí mismo*, de modo que pudiese oir su palabra, no de boca de hombre ni de lábios de ángel, ni por el estrépito del trueno, ni por símbolos y figuras, sino por el mismo Criador á quien el alma ama en las criaturas, oyéndole hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de esperimentar en aquel feliz instante en que nuestro espíritu subió tan alto, que nuestro pensamiento llegó á tocar rápidamente aquella sabiduría infinita que subsiste eternamente sobre todas las cosas. Pues si este conocimicnto se continuára, de suerte que el alma, libre de los demás de esfera muy inferior, se sintiese abismada en él, rodeada y llena de gozos interiores; y en el concepto que la vida eterna sea siempre tal como ese momento de clara inteligencia que hemos gustado antes, y por el cual suspiramos, ¿no seria esto el cumplimiento de aquella palabra: *Entra en el gozo de tu Señor*? (1)»

Sí, Dios es el objeto supremo de la felicidad del alma; y la palabra *cielo* en sentido católico, designa aquel estado de dicha inefable en que el alma conoce á Dios directamente, le ama con toda su intensidad, y goza infinitamente en la union estrecha con su Dios. *Conocimiento*, *amor*, *gozo*; tales son los tres actos esenciales de la bienaventuranza sobrenatural.

«Dios, diremos con San Buenaventura, haciendo racional al espíritu, le ha colocado cerca de sí, y le ha hecho capaz de Él, en virtud de la imágen de la divina Trinidad, cuyo sello le ha impreso. Hé aquí porqué nada de lo que está debajo de Dios podria ser la recompensa total del espíritu, ni seria capaz de contentarle. La recompensa que le ha sido destinada es la semejanza de la gloria de Dios, semejanza en la que claramente vé á Dios por su inteligen-

(1) San Agustin: *Confesiones*, lib. VI, cap. X.

cia, le ama plenamente por su voluntad, y le posee eternamente en su memoria, de suerte que toda su alma está vivificada, alimentada y glorificada soberanamente en sus tres principales facultades, siendo semejante á Dios, estando unida á Dios, y descansando en Él.» La gloria es, pues, el esplendor que eleva á los escogidos hasta la dignidad de la semejanza con Dios: la vision de Dios con el amor y la beatitud, que son sus consecuencias, es cosa que sobrepuja con mucho al poder del espíritu creado. Es puesta en estas condiciones, merced á un auxilio especial de Dios, que eleva las potencias del alma y dilata sus facultades, mas allá de su esfera, en el órden sobrenatural. En virtud de esto, segun la espresion de San Bernardo, «Dios es para el entendimiento una plenitud de luz, es para la voluntad un manantial de gozo, y es para la memoria una vida indeficiente y eterna.» De suerte que la vida bienaventura no es solo extensivamente, sino sobre todo intensivamente una vida *eterna*, á causa de nuestra participacion en la naturaleza divina. *Divinæ consortes naturæ*, como enseña el Apóstol San Pedro.

Tal es, efectivamente, la verdadera dicha, sin la cual todos los goces posibles parecerian pequeños, y supuesta la cual, todos los goces secundarios pasan á una categoría incomparablemente grande: «¡Oh vosotros! los que me convidais á las delicias del paraiso, decia un filósofo persa, sabed que no es el paraiso lo que yo busco, sino á Aquel que hizo el paraiso.» Palabras tan superiores á todas las ideas esparcidas entre los hombres acerca de la vida futura, que apenas puede creerse que no hayan sido inspiradas por alguna nocion de la única religion que está conforme con ellas. «Ninguna religion sobre la tierra, observa muy oportunamente Augusto Nicolás, ninguna mas que el cristianismo, pensó nunca en dar al hombre por recompensa, por

alimento y por cielo al mismo Dios: ninguna mas que el cristianismo ha pronunciado estas palabras: *Yo seré tu premio.* Hé aquí el nudo gordiano de nuestra inmortalidad: solo el cristianismo podia desatarlo.»

Habituados á las máximas cristianas, prosigue, debe sin duda parecernos muy extravagante que entre todas las concepciones filosóficas ó mitológicas que los hombres se hicieron del cielo, nunca hubiese entrado la divinidad como parte de los goces que en él se disfrutaban y que todos esos goces se redujesen al fin á goces materiales como los de la tierra, y aun que no fuesen mas que sombras de los mismos. Y á pesar de esto, era preciso aceptarlas, porque segun la espresion de Séneca en sus investigaciones, nada habia encontrado la filosofía, *ni mas saludable ni mas cierto.*

Con razon escribia Montaigne: «Cuando Platon nos describe los vergeles de Pluton y las comodidades ó penas corporales que nos esperan despues de la ruina de nuestros cuerpos, y los acomoda al sentimiento que de ellas tenemos en esta vida: cuando Mahoma promete á los suyos un paraiso entapizado, cubierto de oro y piedras preciosas, poblado de mujeres de singular belleza, y provisto de exquisitos vinos y de manjares delicados, tengo á estos personajes por charlatanes que se doblegan á nuestra cortedad con el objeto de halagarnos y atraernos por medio de semejantes doctrinas y esperanzas, que tan conformes son á nuestros groseros apetitos. Seria necesario descirles *en nombre de la razon humana*: si los placeres que nos prometeis en la otra vida son de los conocidos acá en la tierra, nada tiene esto de comun con lo infinito. Aun cuando todos mis sentidos estuviesen colmados de felicidad, y esta alma saciada de todo el contento de que es susceptible: sabemos lo que puede, nada seria aun esto: si en ello se vé algo de mio, nada hay de divino: si esto no es mas que lo que puede

pertenecer á nuestra condicion presente, no puede ser tenido en cuenta: todo contento de los mortales es mortal: no podemos concebir dignamente la grandeza de aquellas elevadas y divinas promesas, ó mejor, no podemos concebirlas de ningun modo, porque para concebirlas dignamente es preciso concebirlas, inconcebibles, inenarrables, y enteramente distintas de las que nuestra miserable experiencia ha probado. (1)

La razon católica repite aquella frase inspirada de San Agustin: *Hicístenos, Señor, para tí, y nuestro corazon está inquieto hasta descansar en tí.*

Así la felicidad es completa, perfecta y absoluta, porque en Dios se poseen todos los bienes con la seguridad de poseerlos siempre. El alma vive en su elemento, la verdad y el amor: la verdad en todos los órdenes, y el amor con todas sus satisfacciones. Conocer á Dios intuitivamente, no por reflejo, sino por vision directa; amarle soberanamente con toda la efusion del alma, unirse á él estrechamente como á nuestro fin último y nuestro bien supremo, sin perder nuestra personalidad: tal es la bienaventuranza esencial. Conocer perfectamente el universo, y sus diversas criaturas, amarse los bienaventurados entre sí con el mas encendido afecto, unirse mútuamente con la mas pura armonía, y disfrutar sin obstáculo de todos los bienes criados: tal es la bienaventuranza secundaria. ¿Pero podria ni aun imaginarse un estado mas elevado, una dicha mas acabada de la naturaleza y de la gracia? Dios sin duda es el único manantial de la verdadera felicidad, y del verdadero gozo, y ninguna criatura puede ser motivo de felicidad, independientemente de Él. Pero Él puede valerse, y se vale en efecto, de las criaturas para aumentar, perfeccionar y com-

(1) *Ensayos*, lib. II, cap. XII.

pletar la felicidad del hombre entero. Espuesto así el dogma del cielo, hallamos que satisface completamente y bajo todos aspectos, todas las aspiraciones de la naturaleza humana: y este es un carácter de su verdad.

Al describir aquella inefable gloria, los poetas y los oradores cristianos han agotado en vano las mas bellas figuras, las imágenes mas espresivas, los conceptos mas delicados; pero por alto que sea el vuelo de la fantasía, por ardiente que sea el entusiasmo, por luminoso que sea el génio, por poderosa que sea la inspiracion, las descripciones de la gloria, serán siempre pálidas sombras de la realidad. Sucede en esto como en la medida de las distancias estelarias, cuyo número es tan alto, que nuestra flaca razon no puede comprenderlas ni aun midiéndoles atrevidamente por la velocidad de la luz. Igualmente no comprendemos ese cúmulo inmenso de gozos y placeres, en los cuales como en un oceano tranquilo sin fondo ni riberas, se ánega todo nuestro sér. No comprendemos cómo *mil años en la presencia de Dios son como el dia de ayer que ya pasó*, y como en la gloria divina los siglos y los siglos correrán con mayor rapidez que las horas entre los mortales, sin que disminuya nuestra dicha, y sin dejar de ser siempre deleitable, siempre completa y siempre nueva. No concebimos, en fin, lo infinito de la dicha, porque hoy está muy lejos de ella nuestro corazon. Pero nuestra razon se forma en globo una idea de esta felicidad absoluta, como se la forma de la estension del espacio; y aunque deslumbrada por su grandeza, comprende que es una felicidad consumada, que tiene por objeto la infinidad divina, por campo la inmensidad del universo, y por duracion la eternidad.

Y hé aquí cómo la revelacion levanta y perfecciona á la razon humana, sacándola de los abismos en que cae, cuando abandonada á sí misma se atreve á lanzarse sola en

las regiones inesploradas de lo porvenir y subiéndola sobre sus álas hasta las serenas regiones de la verdad. El dogma del cielo realiza por un camino sobrenatural, lo que el panteismo pide vanamente á sus falsas teorías, á saber: la ciencia absoluta, la intuicion inmediata que lo percibe todo en una sola idea, prototipo universal de las cosas. Toda ciencia natural no es mas que una sombra de la ciencia que los bienaventurados adquieren en Dios: esta es la verdadera ciencia absoluta, que merece en toda la estension de la palabra, y en su sentido estricto y riguroso, el nombre de *sabiduría*. (1) El dogma del cielo realiza de un modo perfecto, lo que el panteismo pone absurdamente como el último fin de la criatura racional, ó sea su perfeccionamiento en la misma esencia divina; pero mientras éste sumerje y abisma á la criatura en el océano infinito del sér absoluto, despojándola de su conciencia individual y de su personalidad, así como una gota de agua desaparece en el mar, la doctrina católica enseña que el alma, aunque dilatada y glorificada en el seno de Dios, no se identifica con él, ni es confundida ó absorbida en la esencia divina, sino que conserva íntegra su naturaleza y su entidad personal. El dogma del cielo realiza admirablemente, lo que algunas escuelas modernas piden vanamente á la insensata teoría del progreso indefinido, imposible en una criatura, ó sea, la perfeccion y la plenitud de sér; pero mientras estas escuelas destruyen la naturaleza en fuerza de transformarla y sacarla de su esfera, y la hacen recorrer inútilmente un camino infinito, la doctrina católica enseña que la criatura recibe su grado mas alto de perfeccion posible, de quien únicamente pue-

(1) *Cognitio rerum per causas altissimas*, como la definen los Escolásticos. Además los católicos cuentan entre los dones del Espíritu Santo el *don de Sabiduría*, que consiste en el conocimiento y juicio de las cosas naturales y sobrenaturales segun la *razon divina*.

de darla, de una accion eficaz y sobrenatural del mismo Dios (1), sin lo cual la criatura por mucho que avanzase, nunca pasaria del límite estrecho de su naturaleza. Bajo este punto de vista la razon humana encuentra en este dogma los mas dilatados horizontes para ensanchar todas sus ideas, para engrandecer y perfeccionar todas sus teorías, convirtiéndolas de absurdos en verdades saludables, y para deducir consecuencias sumamente importantes. Reconoce tambien que este dogma se halla en la mayor armonía con las necesidades de nuestra naturaleza, y resuelve de una manera admirable el problema de nuestro destino. Reconoce, por último, que la esperanza del cielo es el mas vivo estímulo que puede ofrecerse para aspirar á la perfeccion; y que, en fin, habiendo Dios criado á los séres racionales para hacerlos felices, esta felicidad soberana, á que los eleva, es la mas digna de Dios.

Una razon, exenta de preocupaciones, no puede menos de reconocer en el dogma del cielo, todos los caracteres de la verdad. Así, pues, sed razonables, oh racionalistas: en nombre de la razon misma os impongo el deber de *creer*.

(1) Por eso se distingue oportunamente la perfeccion de *naturaleza*, de *gracia* y de *gloria*, como tres diversos grados de una misma cosa. La teología es mas sábia y razonable de lo que parece á muchos de sus censores.

IV.

EL INFIERNO ETERNO.

Pero ¿y los malos? ¿Aquellos que bajan al sepulcro cargados de crímenes, habiendo sido el azote de la sociedad? ¿Aquellos que no dejan en pos de sí mas que lágrimas, ruinas y desolacion? ¿Cuál será su suerte?

La voz de la razon nos contesta por boca de Malebranche: «Hallais muy razonable que una recompensa eterna sea digna de Dios: aprobad, pues, igualmente sus rigores eternos.»

En primer lugar, es de todo punto evidente, que esos desgraciados no son acreedores á la felicidad eterna del cielo, debida solamente á la virtud: ¿qué les resta, pues, sino una desdicha eterna?

Es tambien evidente que sus crímenes merecen una pena, y que esta pena les ha sido impuesta por la justicia divina, infalible en sus fallos, é inmutable en sus deter-

minaciones. No habiendo de mudar ó revocar la sentencia el mismo que la ha pronunciado, ¿no se infiere que la pena ha de durar tanto como dure el mismo sugeto penado?

Veamos, pues, lo que la recta razon puede y debe admitir acerca de este punto tan interesante.

En primer lugar, debemos convenir en que la razon humana, por sus propias fuerzas, no puede afirmar ni negar con certeza la existencia y eternidad de las penas del infierno. Puede afirmar con toda seguridad que los malos sufrirán alguna pena despues de la muerte, que esta pena será proporcionada á la culpa ó culpas que cada uno ha cometido, y por consiguiente, que las penas futuras serán desiguales para los condenados, como lo son tambien las recompensas de los justos; pero respecto á la naturaleza, calidad y duracion de las penas, se halla y se hallará siempre en la mas completa ignorancia, porque esto depende de la libre voluntad de Dios que así lo ha decretado, y de las exigencias de la justicia eterna, que nosotros no sabemos, y cuyas leyes no podemos comprender.

Nosotros no podemos juzgar sino con un criterio *humano*, cosas altísimas que son propias y exclusivas de la apreciacion *divina*, y que dependen de una sentencia del mismo Dios recta, justísima, equitativa é imparcial. Nosotros con este criterio humano, limitado y falible, no podemos juzgar con acierto y exactitud ni aun la culpabilidad moral de un hecho humano, ni los verdaderos grados del delito, ni la gravedad de la malicia, ni el alcance de sus consecuencias, ni la pena justa que merece, como lo prueban claramente la diversidad de penas señaladas en todos los códigos, y las diversas y aun contrarias sentencias de los tribunales. No solo es incompetente nuestro criterio humano para decidir acerca de la justicia de un acto divino que jamás

hemos presenciado, no solo es un criterio limitado y falible sobre la relacion entre la culpa y la pena, sino que además es un criterio *apasionado*, puesto que somos en cierto modo partes personalmente interesadas en esta materia, y el instinto y la conciencia moral, cuyo testimonio es á veces poco tranquilizrdor, nos hacen desear que las penas futuras fuesen todo lo mas suave, lo mas benigno y lo mas breve posible: y aun tambien el egoismo y el temor inclinarian á muchos á desear y aplaudir la impunidad. Es, además, un criterio *parcial*, porque los hombres sujetos á tales penas, son hombres como nosotros espuestos á los mismos peligros, dominados por las mismas pasiones, ofuscados por los mismos errores, víctimas de las mismas flaquezas y nos movemos por esto á juzgar con escesiva tolerancia y demasiada indulgencia, lo que debiéramos juzgar con arreglo á la mas estricta justicia y á la mas severa imparcialidad.

Si pues la razon humana, considerada en sí misma, nada puede afirmar ó negar acerca de las penas y duracion del infierno, la misma razon debe admitir en esta parte la necesidad de una doctrina que nos instruya en un punto tan interesante y tan íntimamente relacionado con nuestro destino. La misma razon descubre desde luego una gran repugnancia en que el hombre estuviera toda su vida á ciegas respecto á la suerte que le espera mas allá de la tumba, que es precisamente el móvil principal de sus acciones y lo que le contiene en sus deberes, y confiesa sin dificultad que le seria muy útil y conveniente una enseñanza cierta y segura acerca de esto, que ella quiere y no puede descubrir. Conoce tambien que habiendo una repugnancia en que la humanidad ignore por completo la suerte eterna reservada al hombre segun sus méritos, la Providencia divina ha debido poner remedio á esta necesi-

dad, y que es muy digno de ella haberle instruido por la revelacion. Por último, la recta razon reconoce que el medio mas seguro y adecuado para desvanecer todo género de dudas es el testimonio de una autoridad infalible, la enseñanza del mismo Dios de un modo extraordinario y sobrenatural.

Pero ya en este punto, la razon encuentra en su exámen de investigacion un *hecho* notable.

Encuentra una doctrina que se anuncia con el carácter de divinamente revelada, y dice que las penas del infierno son eternas, y que son gravísimas, aunque no se pueda apreciar su intensidad. Esta doctrina lleva ya muchos siglos de existencia; ha sido profesada por los hombres mas eminentes del mundo, aun de diversas sectas y religiones, y actualmente es profesada y creida por casi todos los hombres, con rarísimas excepciones, en todos los pueblos civilizados. Si es negada, presenta su prueba; si es atacada, sabe defenderse; si es insultada, demuestra la sinrazon de sus adversarios. Los adversarios de esta doctrina son relativamente pocos, aunque ilustrados, y la niegan sistemáticamente, sin tener para ello ninguna razon positiva, mas que presunciones y juicios humanos. Son aquellos que se llaman *incrédulos*, pero á cuyos argumentos se responde con facilidad. Ellos admiten, sin embargo, alguna pena, mas ó menos grave, para el hombre culpable, y solo rechazan que esta pena no haya de tener fin.

La razon, pues, se encuentra aquí vacilante entre una afirmacion y una negacion: una afirmacion positiva *en nombre de Dios*, y una negacion obstinada en nombre de *la misma razon*: una afirmacion unánime y casi universal, y una negacion en que los mismos adversarios no están acordes, ni saben reemplazarla con otra afirmacion.

Estos son hechos indudables que estamos viendo todos

los dias. La recta razon funda mejor sus juicios sobre los *hechos* que sobre las *doctrinas*.

Ahora bien; una razon ilustrada é imparcial, libre de prejuicios, y que busque sinceramente la verdad, tiene sobrados motivos para decidirse, y formarse despues su regla de conducta. En primer lugar, no dejará de llamar poderosamente su atencion el hecho culminante de ser tan universalmente creida aquella doctrina: la humanidad, y sobre todo su porcion mas escogida y civilizada, no crée un dogma como ese, sin algun sólido fundamento, sin algun motivo muy fuerte para persuadirse de su verdad. Un dogma tan antiguo, tan constante y tan extendido, no tiene los caractéres peculiares del error, que no puede resistir á la accion del tiempo, á las luces de la crítica y á los ataques de los enemigos: y á pesar de todo el dogma subsiste, se conserva, y cada dia se vá arraigando mas. Esta es una presuncion bastante fundada de que es efectivamente un dogma revelado, ó á lo menos, de que en su fondo no es repugnante á la razon.

En segundo lugar, si una doctrina cualquiera fuese verdaderamente propuesta en nombre de Dios, la razon sabe muy bien que ya no seria de su competencia el juzgarla, sino que por el contrario deberia someter sus juicios á ella. Dada tal doctrina, seria una irreverencia que las negaciones recayesen sobre la sustancia, ó sea sobre el fondo de la misma, y á lo sumo, la razon solo tendria el derecho de examinar si es efectivamente revelada, lo cual cambia por completo la cuestion. Y como en el caso presente se ve obligada á decidirse entre la afirmacion y la negacion, el recto proceder lógico no seria examinar préviamente si es ó no revelada, sino mas bien aceptarla, aunque fuese solo hipotéticamente como tal. El exámen de la revelacion es para despues, para confirmarse en su verdad.

Además, la doctrina de la eternidad de las penas, no ha podido ser invencion de la razon, porque es á todas luces superior á ella; y por otra parte, esta creencia se pierde en la noche de los tiempos, y seria inexplicable que si hubiera sido inventada como un sistema filosófico, hubiera logrado imponerse y hacerse aceptar de toda la humanidad. Y si fuera invencion de la razon, esto solo probaria que es una doctrina sumamente racional: porque lo que no es conforme á la razon no puede inventarse, y menos persuadirse á todos. Pero los adversarios dicen que esta doctrina es contraria á la razon, y entonces ¿cómo la razon hubiera podido inventarla? Y siendo contraria á la razon, ¿cómo ésta podria aceptarla? ¿Cómo no logran los adversarios que la misma razon la rechace? Y si no es invencion de la razon, y sin embargo existe, ¿quién la ha introducido? ¿Cómo es que existe? ¿Cuál puede ser su orígen sino la misma revelacion? ¿Quién puede ser su autor, sino el mismo Dios?

Podria responderse que esta doctrina es inventada, aunque no sepamos dónde, cuándo y por quién, como sucede con otra multitud de puntos históricos no aclarados todavía por la crítica. Pero aquí no se trata del orígen, sino de su carácter de verdad. Concediéndolo, conseguimos el mas completo triunfo: es inventada y logra sostenerse á pesar de los ataques contra ella; luego los argumentos que esta doctrina tiene en su favor son mas fuertes que los que tiene en contra. Luego se propagó por la persuasion. Luego la razon encuentra muy conforme á sus principios la eternidad de las penas del infierno. Luego es una invencion superior á todos los sistemas filosóficos que han desaparecido ó van desapareciendo, al paso que ella no ha perdido nada de su fuerza. Luego es la invencion de la verdad.

Así, pues, todo el que desee de buena fé formar su juicio acerca de este punto, debe confesar que la doctrina de la eternidad de las penas, ó es divinamente revelada, como enseña la Iglesia, ó es sumamente racional.

Desde aquí la recta razon avanza con mas seguridad.

Admitiendo ya la eternidad de las penas, puede examinar esta doctrina en sí misma, y observa que es capaz de ejercer en todos los hombres, en todo tiempo y lugar, la mas poderosa influencia para que sus acciones sean conformes á la razon. Esto ya predispone á su favor, porque es una doctrina que directamente ayuda al hombre á conseguir su último fin.

Esta creencia en nada le perjudica, ni le estorba para realizar todo lo bueno, todo lo útil, todo lo conveniente: no impide en poco ni en mucho sus progresos en las artes, en las ciencias y en la industria: no le detiene en todos sus adelantos que se refieran á objetos honestos y lícitos; no le impone privacion alguna de cosas moralmente buenas, y por el contrario le retrae de los vicios, le aparta de los delitos, le hace mirar con horror los crímenes y los pecados, y en una palabra, le dá fuerzas para resistir á todas las tentaciones y solicitaciones del mal.

Entonces la razon se admira de las declamaciones y ataques de los adversarios de este dogma, y hace esta sencilla reflexion: Los efectos de esta doctrina son buenos y no malos; son provechosos y no funestos; son útiles al hombre en sí mismo, útiles al prójimo para que se respeten sus derechos, y favorables á la paz y al bienestar de la sociedad. Esto ciertamente no es propio del error. Luego la doctrina de la eternidad de las penas, por terrible que parezca, es una verdad.

Tal consecuencia nos asusta. Al fin es una demostracion

indirecta: veamos si nos hemos equivocado en ella. Entremos en el fondo de la cuestion.

¿Repugna que una criatura padezca una pena perpétua? La razon debe contestar que no, por lo mismo que no repugna que una criatura goce una felicidad perpétua. Siendo inmortal, hay la misma posibilidad en que sea eternamente feliz, ó eternamente desgraciada; lo uno como premio, y lo otro como castigo. Lo mismo los malos que los buenos tienen un alma inmortal, capaz de que sus afecciones de dolor ó de placer duren mientras ella dure. Si en un momento dado el alma es susceptible de gozar un placer ó padecer un dolor, ¿por qué no lo será en el segundo? ¿Por qué no en el tercero, y así sucesivamente en todos los de su vida, sin interrupcion? No es necesario que una sensacion cualquiera termine naturalmente en su contraria: no hay causa alguna que justifique tal trasformacion, y lo mas regular es que continúe en su mismo estado. Todas las cosas tienden á perpetuarse, en cuanto es posible, asimilándose á la naturaleza del sugeto en que radican; y cuando son modificaciones del mismo, naturalmente pueden subsistir sin mudanza, como empezaron. El sér simple, principalmente, puede permanecer en un estado invariable, por la razon de que no varía su sustancia, que es inmaterial. De suerte que si no hay una causa extrínseca que venga á alterar el estado del alma, considerada ésta en sí misma y segun la exigencia dé su naturaleza, puede permanecer perpétuamente lo mismo en el dolor que en el placer, lo mismo en la desdicha que en la felicidad.

No se diga que el estado de desdicha es violento y contrario á las propensiones innatas del alma, que en todos sus movimientos aspira á la felicidad. Es bien sabido que toda pena es en cierto modo violenta y siempre contraria á la voluntad: de lo contrario no seria pena, sino sufrimiento

voluntario, el cual no tiene el carácter de castigo reparador del órden moral. Pero así como hay penas que pueden durar una hora, las hay tambien que pueden durar un dia, ó un año, ó cien años, ó cien mil años, y por consiguiente una eternidad. Ahora se trata de la posibilidad de la pena, sin atender á su gravedad: y esta *posibilidad* en nada repugna á la razon.

Dada la posibilidad de una pena perpétua de parte del alma, ¿podrá admitirse la misma posibilidad de parte de Dios? Siendo Dios el autor y el reparador del órden moral, es muy conforme á las leyes de la equidad y de la justicia, que los que hayan infringido aquel órden por sus culpas, no sean tolerados en infringirlo de nuevo perpétuamente, sino que tengan señalado un espacio determinado de tiempo para arrepentirse de sus pecados, volver al cumplimiento de sus deberes, y alcanzar el perdon. Si pasado este tiempo aquellos permanecen endurecidos en la culpa y no se han arrepentido, es muy natural que sufran la pena debida. Terminado el plazo para el perdon, se entra en el estado de la eternidad, y no hay razon para que termine la pena que justamente se les ha impuesto. Por último, Dios, como Señor absoluto de las criaturas, ha podido poner á sus leyes una sancion eficaz, y de la misma manera que es propio de su bondad dar premios eternos, así tambien es propio de su justicia imponer penas perpétuas. Es, efectivamente, muy propio de Dios, establecer la misma regla para castigar el crímen que para premiar la virtud. Y mucho mas cuando uno ú otro es merecido por la criatura haciendo uso de su propia libertad.

Supuesto que el pecado merece una pena positiva, como nadie puede negar, justo es que se le imponga, precisamente cuando ha concluido el *término* de la prueba; ó lo que es lo mismo, cuando ya no hay tiempo para empezar

otra vez la prueba: todo lo cual fija la suerte de la criatura de un modo irrevocable y eterno. Todo el que justamente haya merecido una pena, la sufrirá sin posibilidad de fin, porque la prueba de la vida no volverá á empezar para nadie.

Ciertamente la terminacion de la pena solo podria verificarse por el *perdon* de la culpa, ó por la *conversion* del culpable, ó tambien por la *aniquilacion* del infeliz sometido á la pena eterna, á fin de sustraerle á ella. Pero la razon comprende sin esfuerzo alguno, que el que ha sido justamente castigado con alguna pena por su culpa, no tiene ya derecho á la misericordia, y que la misericordia se ha cerrado desde el momento que la justicia ha pronunciado la sentencia. Además, el perdon si no se merece por el arrepentimiento y la satisfaccion condigna, seria mas bien una formal impunidad. Tampoco puede admitirse la conversion del pecador, porque ya no existe la *personalidad* humana, para poder enmendar la vida pasada, puesto que el compuesto del alma y del cuerpo fué disuelto por la muerte. Ya no es posible el arrepentimiento eficaz para merecer otra suerte, porque al entrar en la eternidad, el estado del alma queda fijado eternamente segun su disposicion moral; tendrá en verdad el mas vivo pesar, el mas inmenso dolor por su triste destino, pero esto que es la consecuencia necesaria de la pena que sufre, no constituye el arrepentimiento saludable que se exige para mejorar la condicion. Este es el que acepta voluntariamente la pena que podria rechazar, pero no el que sufre una pena contra su voluntad y que quisiera rechazar. Por último, la pena no terminará por la aniquilacion, porque Dios, que no aniquila ninguna criatura, menos aniquilará á una alma inmortal, que es buena en su naturaleza, aunque sea perversa en su voluntad.

De modo que la recta razon, sin salir de la esfera de sus propios principios, puede persuadirse que la eternidad de las penas nada contiene en sí misma de contradictorio ó imposible, y por el contrario que su existencia, considerada filosóficamente, ofrece una gran probabilidad, y casi puede decirse, una gran certeza. La razon, prescindiendo del carácter revelado de este dogma, halla poderosos motivos filosóficos y morales para admitir su verdad.

Pero desde el momento que la revelacion divina viene á ilustrar y confirmar con sus luces las indicaciones racionales, todo hombre sensato acepta sin dificultad este dogma, acreditado al mismo tiempo por las relaciones del órden moral y por la voz de la religion.

Hay, pues, un infierno: y debemos confesarlo no solamente como cristianos, sino tambien como filósofos.

«El hecho de haber sido universalmente creido este dogma como doctrina religiosa, no habiendo podido ser una invencion humana, demuestra que tiene su fundamento en algun principio universal y profundamente grabado en el corazon de la humanidad. Es imposible que los hombres hubiesen creido de un modo tan general y constante en la eternidad de las penas, si esta verdad no encerrase algunas relaciones muy ciertas con nuestra naturaleza y sus instintos.»

Ahora bien; si la razon quisiera todavía investigar la naturaleza de aquellas penas, entraria en un terreno que no es el suyo, pues es cosa que no puede saberse sino por el testimonio de la revelacion. Si diciéndole que la pena consiste en el suplicio del fuego, segun enseña la teología, se atreviera á negarlo ó ponerlo en duda, estaria en el deber de reunir para ello pruebas tan fuertes y numerosas como tiene en su favor esta opinion. En cuanto á las exageraciones con que algunos han querido aumentar los horrores de

este dogma, y las espantosas penas secundarias que, segun los mismos, padecen los infelices condenados, la razon estaria en el derecho de pedir pruebas suficientes de tales aserciones, y si no le parecian sólidas, estaria igualmente en el derecho de rechazarlas. Este es un punto en el cual no debemos dejarnos arrastrar ni del sentimiento ni de la imaginacion.

Cuando se trata de encontrar la verdad, se ha de buscar en la inteligencia y no en el corazon.

Aquí ya la hemos encontrado; y no debemos permitir que un falso sentimentalismo, ni un egoismo injustificado nos extravien hasta el punto de negarla ó desfigurarla.

Presentemos el dogma tal como lo propone la Iglesia, y veremos que nada valen contra él las exageraciones ni los sofismas. El infierno, bien entendido, no es otra cosa que un estado contínuo de desdicha, para ciertas criaturas que han incurrido en ella por su culpa voluntaria, por sus vicios y desórdenes, y por su funesta perversidad.

El que se ha inclinado desordenadamente á lo malo, es imposible que consiga el bien. El que se ha dejado vencer por las pasiones, él mismo se ha constituido esclavo de ellas, sufrirá su yugo insoportable, y en ellas mismas hallará su desdicha. Si ha muerto, mientras voluntariamente persistia en esta disposicion moral, ¿será estraño que su desdicha consiguiente dure toda la eternidad?

Es permitido tambien pensar que el infierno, bien entendido, no es un estado de inmovilidad absoluta, en que los tristes condenados vivan aprisionados y fijos en un mismo sitio, sin variacion alguna, sin pensamiento y sin actividad personal. Es la suya una vida desdichada para siempre, pero al fin es vida. Así como la gracia no destruye á la naturaleza, y así como la gloria no apaga las faculta-

des naturales del alma, tampoco el pecado ni la pena quita en el réprobo aquello que le es esencial.

Pero esta vida no será, como sueñan los panteistas, una condicion necesaria del progreso, ó un desenvolvimiento incesante de las facultades naturales, tal como es propio de la naturaleza humana, y en cuanto lo consienta el estado de pena, á que cada uno está sometido segun su delito. Es preciso no olvidar que ya ha pasado el tiempo de la prueba, y por consiguiente del progreso, que es una tendencia hácia el bien.

Aunque los condenados tuvieran alguna vez ese deseo, como efectivamente lo tienen porque conocen el bien de que se ven privados, esto constituye una de sus mayores penas, porque saben tambien que se hallan en imposibilidad absoluta de alcanzarlo. Por eso en aquel triste estado no cabe ningun género de progreso eficaz y saludable, puesto que el bien tiene razon de *fin*, y ellos se extraviaron de él, y no tienen otro *fin* que su propia condenacion. Así como la felicidad es el *fin* de los justos, así tambien el castigo es el *fin* de los malvados: en los primeros cabe cierto progreso porque están en el bien, y la continuidad aumenta el goce y el amor: en los segundos no puede haber progreso, ni aun siquiera hácia el mal, porque el mal solo impropiamente es objeto de progreso, negativamente, en cuanto supone mayor privacion, ó mayor desvío del bien.

Ni tampoco puede llamarse progreso, si los condenados al cabo de algun tiempo adquieren algunas noticias ó conocimientos materiales, que antes no tenian. Es probable que en efecto los adquieren, sea por la relacion de otras almas al conocer las causas de su castigo, sea por otros medios, que nosotros no podemos determinar. Pero es seguro que tales cosas no les sirven para nada en su infeliz estado, puesto que no contribuyen á cambiar ni á mejorar su estado

moral. ¿Qué influencia puede ejercer en la suerte de un condenado de hace doscientos años el conocimiento de que hay ferro-carriles, telégrafos, vapores y otras mil cosas que desde aquella época han sido descubiertas por los hombres? ¿Qué le importan los adelantos de la física, de la química y de todas las ciencias, si no ha de poder utilizarlos para conseguir la salvacion? ¿De qué le serviria conocer la grandeza del universo y el órden admirable de los cuerpos celestes? Es bien cierto que tales cosas, por sí solas no son capaces de remediar una desgracia inmensa, y menos de producir la verdadera felicidad.

Por último, puesto que los réprobos padecen una pena *positiva* que los atormenta, además de la pena *privativa* que les impide la union con Dios, se infiere con fundamento que el infierno es un lugar determinado, en donde se les aplica aquella pena. Pero aquí solo por conjeturas podríamos proceder, y nunca llegaríamos á la completa certeza. Algunos han pensado que se halla en el centro de la tierra, otros en cierta region ignorada de nuestro globo, y no faltó quien opinó que se encontraba en el sol. La Iglesia nada ha definido acerca de este punto, aunque muchos Padres y Doctores se inclinan á la primera opinion. Es lo cierto que debe tener sus límites; pero cuáles son éstos, cuánta es la extension de aquel lugar y si es uno solo para todos, eso no puede saberse. No seria improbable decir que, así como es uno el lugar de la dicha para todos los justos de todos los globos del espacio que comprende la extension del universo, así tambien el infierno será uno para todos los malvados de todos los sistemas planetarios. Pero estas son cuestiones ociosas, y de ningun interés.

Una sola cosa nos interesa, y es que el infierno existe. Una sola cosa nos consuela, y es saber con certeza que solo los malos y los impenitentes van á él.

Aunque hubiera mil infiernos, nada podria oponerse contra la justicia y bondad de Dios. Libre es el hombre, y fácilmente puede evitarlos: en mano de cada uno está su suerte eterna. Cumpla la ley divina, practique la virtud, y nada tendrá que temer.

CUARTA NARRACION.

LÚMEN, TENEBRÆ.

LÚMEN, TENEBRÆ.

I.

LAS EXISTENCIAS DE «LÚMEN.»

Cuando contemplo el cielo estrellado en una noche serena, no sé qué misteriosa simpatía atrae mis miradas hácia la constelacion de Casiopea, y hácia el hermoso lucero Vega de la Lira, que es una de las estrellas mas brillantes del firmamento.

Algun cándido discípulo de Lúmen tomaria esto como un indicio ó reminiscencia vaga de haber pasado allí alguna de sus existencias anteriores, ó como un presentimiento, mas vago todavía, del lugar en donde se realizaria alguna de sus existencias futuras. Por mi parte, mas despreocupado y mas cuerdo, aunque espero algun dia visitar esos magníficos astros, creo que tales pretendidas existencias pasadas ó futuras, son de todo punto imposibles. Mi alma inmortal no necesita nuevas encarnaciones, porque su vida

ha de durar siempre sin intermitencias, idéntica á sí misma: y porque hay cosas que yo no olvidaré, ni podria olvidar, aunque viviera mil vidas. La voz infalible de mi sentido íntimo se levanta dentro de mí, diciéndome, que esta es mi primera y mi única existencia, y que cuando mi cuerpo haya quedado reducido á polvo, ella no terminará, porque es eterna.

¿Esta voz no resuena lo mismo en todos y cada uno de mis lectores?

Al esponer la doctrina racional de la vida futura, podíamos, pues, pasar en silencio los estravagantes ensueños del autor de *Lúmen*, y sus fabulosas descripciones de las existencias pasadas. ¿Quién no se rie de tales quimeras? Y sin embargo nos vemos precisados á detenernos un momento en este punto, porque algunos, mas soñadores que el autor mismo, se han atrevido á escribir, que son «la espresion mas feliz para aclarar la doctrina filosófica de la pluralidad de existencias.»

Sin necesidad de reproducir aquí los innumerables argumentos, que ponen en evidencia lo absurdo de aquella hipótesis, ridículamente calificada de doctrina filosófica, nos limitaremos á hacer algunas ligeras reflexiones conducentes á nuestro propósito.

Y no se nos cierre el camino de antemano con la insuficiencia de nuestras facultades y la escasez de nuestros conocimientos, para que no se nieguen aquellas existencias, porque no las comprendemos. Este proceder es ilógico, é indigno de un racionalista. ¿Cómo? ¿Rechazais los misterios de la revelacion divina, y quereis que se acepten otros misterios mas incomprensibles, hijos de una imaginacion volcanizada? ¿Pretendeis que se os crea bajo vuestra palabra, en una materia que se halla en abierta oposicion con la razon, alegando el fútil pretesto de que nuestra esfera de ob-

servacion es muy limitada? Pero por limitada que sea, hay sin embargo, verdades inmutables y absolutas, y la razon, está en el perfecto derecho, y aun en el deber de rechazar lo que sea contrario á ellas. Somos partidarios de la razon, y en nombre de la razon os exigimos pruebas. Vosotros no podeis darlas, y en cambio nosotros tenemos muchas contra vuestras falsas teorías.

Sin embargo, ha habido alguno tan lastimosamente obcecado, que se ha atrevido á escribir lo siguiente: «La doctrina de la pluralidad de existencias está apoyada por tan numerosas pruebas, que nuestra única perplejidad consiste en escoger entre tantos medios de demostracion como militan en su favor.» Pero ¿cuáles son esas pretendidas pruebas? Suposiciones arbitrarias, y destruidas de fundamento, que nada valen á los ojos de un verdadero filósofo. Se reducen á las conocidas declamaciones sobre la triste condicion de nuestra vida en la tierra, las desigualdades naturales y sociales, la hipótesis de las ideas innatas, las aptitudes y predisposiciones, la muerte prematura de los niños, y otras por el estilo, que imparcialmente examinadas no constituyen una demostracion, ni aun una probabilidad.

En nuestra obra «*La Pluralidad de existencias*,» hemos contestado ámpliamente á todas esas objeciones, y otras muchas que suelen hacerse. Aquí diremos en general, que los hombres no tienen *derecho* alguno respecto á Dios, por la sencilla razon de ser sus *criaturas*. Todo lo que poseen, es un don *gratuito* de su bondad.

El ilustrado P. Faber ha desenvuelto magistralmente esta doctrina. Oigámosle: «Somos criaturas. ¿Y qué es una criatura?... El hombre se encuentra con que posee una existencia que no se ha dado él mismo: no sabe casi nada de lo que ha pasado antes de él, y nada absolutamente de lo que debe suceder, salvo lo que plugo á su Criador re-

velarle de un modo sobrenatural. No sabe nada de su suerte sobre la tierra, si será feliz ó desgraciado, grande ó miserable, de buena salud ó enfermizo: todo lo ignora, porque son cosas que no puede ni tocar ni ver. Si le preguntais la funcion particular y especial que debe desempeñar en esta vida, el bien que está llamado á hacer á sus semejantes, y la posicion y el sitio que debe ocupar en el conjunto social, no podrá responderos; no se le ha predicho. Y para él y para los demás hombres, es probable que muera antes de haberlo sabido. Y eso ¿por qué? Porque es una criatura.

Su nacimiento es un acto trascendental, y ninguna parte tiene en él: le ha envuelto en una multitud de problemas difíciles, y le ha impuesto graves y numerosas responsabilidades. Las consecuencias de su nacimiento no son tan solo de una extension que no pueda expresarse: son eternas. Sin embargo, no ha sido consultado para nacer, no se le ha concedido la eleccion entre el ser y el no ser: la misericordia no lo permitia, y la justicia no lo exigia. Una criatura no tiene el derecho de ser consultada sobre su creacion, por la sencilla razon de que es una criatura.

Si el hombre no ha sido consultado sobre su venida á este mundo, tampoco lo es para salir de él: no cree que debe permanecer siempre sobre la tierra: sabe perfectamente lo contrario. Todo dependerá para él de morir en el momento y de la manera conveniente, y sin embargo, no se le consultará para eso. No tiene derecho para ser advertido, ni puede elegir el tiempo ni el género de su muerte. Puede, es cierto, quitarse la vida, y seguramente su libertad es bien grande, pues que llega hasta ese punto: pero el suicida, lejos de sustraerse á las dificultades que le abruman, se coloca, por el contrario, con espantosa certidumbre en un estado peor que todo lo que podia temer. Acudir cuando es llamado, partir cuando se le manda, sin conocer

los motivos de lo uno y de lo otro, tal es la suerte del hombre sobre la tierra; y eso porque es una criatura.

Se encuentra, pues, en posesion de la existencia por el acto de otro: no sabe nada de lo que ha pasado antes de él; nada de lo que á él mismo le debe suceder, casi nada del porvenir, y aun eso poco lo sabe por la revelacion. No ha sido consultado para nacer, ni lo será tampoco para morir: debe morir, pero no puede nada ni sobre el momento ni sobre la manera de su muerte. No ha hecho el mundo que le rodea, y por consiguiente no es su dueño; le considera por una conviccion á la que no puede resistir, como el pórtico de otro templo mas magnífico de la majestad del Criador, en donde debe entrar para hallarse mas íntimamente en poder de él, que le ha hecho, y aprender que en esa absoluta dependencia consiste la felicidad de la criatura.

Es una verdad evidente que Dios ha tenido un designio general en el conjunto de la creacion, ó hablando con mas exactitud, que ha tenido muchos designios generales: pero no es menos cierto que ha tenido un designio especial en cada hombre. Cada uno de los hombres ha venido á este mundo, para hacer alguna cosa particular por Dios, para ejecutar algun plan bien concebido, para llegar á algun fin bien marcado, de tal manera que el suyo no es el de los demás hombres. Hay un servicio particular, una gloria distinta que Dios quiere recibir de él, diferentes de las que espera de cualquiera otro: y la felicidad y la dignidad del hombre consisten precisamente en rendir á Dios ese servicio y esa gloria, y no otros. Como no se ha formado á sí mismo, no puede tampoco darse su vocacion: no sabe qué funcion especial debe desempeñar en el plan inmenso de la obra gigantesca de su Criador, pero no le cabe duda de que existe esa funcion, y que le está destinada. La vida en su desarrollo se la revelará: sus deberes y sus destinos se los

traerán sucesivamente los años, y tal vez de este lado de la tumba no verá jamás claramente cuál es su obra.

Ese hombre hubiera podido nacer en cualquiera hora del dia ó de la noche de los cinco mil y mas años que nos han precedido: hubiera podido venir antes ó despues de Cristo, y pertenecer á una nacion, á una raza, á una religion cualquiera: su alma pudiera haber sido sacada de la nada en cualquier otro instante, con la misma facilidad que lo ha sido de hecho en el momento que Dios lo ha querido. Pero le plugo sacarla de ella, cuando lo hizo, porque aquel instante y no otro convenia al fin para que ese hombre debia vivir: su nacimiento ha tenido lugar en la hora justa para ese designio especial: antes hubiera sido demasiado pronto, despues demasiado tarde. Lo mismo sucederá con su muerte; la hora, el lugar, y las circunstancias se hallan determinadas para él, pero sin que ataquen en nada á su libertad.

Todavía una palabra. Para ese hombre se halla especialmente preparada una eternidad que puede ganar por su libre correspondencia á las gracias exuberantes de su Criador. Hay una gloria que puede ser suya para siempre, un esplendor distinto, una belleza característica, que un dia le harán conocer, admirar y amar, de la innumerable multitud de los habitantes del cielo... Acaso tiene tan poca importancia en concepto del mundo, que no influirá jamás en la prosperidad, las leyes ni la policía de su provincia: puede no ser conocido fuera del santuario de la familia ó de un pequeño círculo de amigos: su luz y sus tinieblas son solo para él. Su importancia es nula: la tierra, su nacion, su provincia, su pueblo siguen el curso de sus negocios, sin que él se mezcle en nada. Y, sin embargo, á pesar de eso, y tal vez por causa de eso, está destinado á brillar un dia mas que diez mil soles en la paz de su Dios, cuyo deseo y voluntad habrá satisfecho y cumplido.

Así, pues, cada uno de nosotros se encuentra en el lugar que le ha sido marcado en el órden de la naturaleza y en el de la gracia, con la conciencia de lo que es: bajo el peso de esta feliz y saludable conciencia debe trabajar en cumplir su destino. Mientras recuerde lo que es, no solo le es inútil sino hasta imposible quejarse de su posicion: sabe en teoría que todo debe *estar bien*, y pensando que es una criatura, sabe que está bien. Discutir acerca de esto seria para él, además de perder el tiempo, una impiedad, porque no sabria como entrar en juicio con su Criador.»

Tan oportunas y sensatas reflexiones, y otras que omitimos por la brevedad, sirven para desvanecer por completo las ineptas declamaciones de los preexistencianistas, y partidarios de vidas sucesivas despues de ésta. No tenemos derecho alguno delante de Dios, ni mas pacto con él que el goce no merecido de sus misericordiosas indulgencias. No podemos quejarnos de nuestra condicion actual, ni de las desigualdades, como no pueden quejarse de su desigualdad las ruedas de una máquina; puesto que cada uno tiene su papel en esta vida, y seguramente no muere hasta haberlo desempeñado. De aquí la profundidad de la frase vulgar, con que se anuncia la muerte de alguno: «*Ha cumplido su destino*.» Si aglunos son arrebatados por la muerte antes de terminar la obra empezada, es porque la terminacion no estaba reservada para ellos. Otros vendrán detrás para concluirla ó perfeccionarla. Acusar á Dios de injusto, atreviéndose á medir su justicia con el estrecho criterio de nuestro egoismo, es una impertinencia tan ridícula como blasfema. Por el contrario, la recta razon dicta, que cualesquiera que sean los hechos que ocurren en la vida, y por incomprensibles que parezcan, Dios nada hace ni permite siquiera, sino con arreglo á la justicia mas elevada. Seria supérfluo insistir mas en esto: para los que admitan

la Providencia divina, ella no necesita ser justificada.

Ahora para poner de relieve lo absurdo de las suposiciones de Lúmen, bastará recordar lo que es un *individuo* humano.

Cualquiera que sea la condicion de los mundos planetarios, y reconociendo que en ellos caben una infinidad de formas que nosotros no podemos ni aun imaginar, es indudable que sus habitantes, en el mero hecho de ser racionales, tienen una alma espiritual unida hipostáticamente á un organismo corpóreo, como nos sucede á nosotros. Les conviene, pues, con toda propiedad la definicion de *animal racional*, que es la definicion comun del hombre. Pero siendo imposible que sean hombres como nosotros, atendidas las condiciones biológicas de los planetas, en los cuales no podrian vivir los animales terrestres, claro es que conviniendo con nosotros en cuanto á lo principal, que es el alma racional, difieren notablemente en cuanto al cuerpo. De modo que la frase *animal racional* es propiamente un *género* bajo el cual se incluyen muchas especies; ó en términos mas claros, las diversas familias planetarias son *especies* distintas de un mismo género. Creemos interpretar bien la doctrina de la pluralidad de mundos, sentando la identidad esencial por esa nota comun, y al mismo tiempo la diferencia específica de todas las humanidades de los astros. Añadiremos que en nuestro juicio no hay una siquiera igual á otra, como podemos inferirlo de que no hay en la naturaleza ni aun dos hojas iguales. Pero en cada globo la organizacion de sus habitantes está dispuesta de manera que viven perfectamente como en su centro, por ejemplo, los de Mercurio en una temperatura mas alta que la del agua en ebullicion, y los de Urano en otra trescientas setenta veces menor que la nuestra á la superficie terrestre.

Ahora bien, sin entrar aquí á discutir las teorías darwinistas, y admitiéndolas en lo poco que tienen de verdadero, como las rechazamos en lo mucho que tienen de absurdo, y concediendo que las especies pueden variar y transformarse insensiblemente por gradaciones imperceptibles, sin embargo es evidente que un *individuo* de una especie bien determinada no puede transformarse en otro de otra especie distinta. Por ejemplo, un conejo nunca podrá convertirse en un leon, ni una rana convertirse en un caballo, ni una tortuga volverse un águila. De lo cual se infiere que las reencarnaciones son de todo punto imposibles. El indivíduo de la especie *hombre terrestre* jamás ha sido, ni ha podido ser *hombre-higuera* en un mundo del Cisne, *hombre-foca* en la estrella *delta* de Andrómeda, *mujer* en Vénus, y *hombre-andrógino* en un planeta de *gamma* de Virgo, y otras simplezas por el estilo que refiere el Sr. Lúmen. Los que sostienen que estos disparates son el «único medio de poder representarnos la vida eterna,» no sé si están en su cabal juicio; pero los que afirman al referirlos, que hablan *de visu*, me parecen unos embusteros charlatanes, que se proponen adrede trastornar el seso de algunos incautos. Los hombres de un mundo no pueden ser los de otro, ni mudar su *especie* por nuevos nacimientos. Si me dijéseis que las encarnaciones se repetian indefinidamente en esta Tierra, el error no seria tan disparatado, pero desde el momento que las suponeis en otros mundos, llevais la aberracion hasta el estremo. Y hé aquí cómo la habitacion de los astros, admitida como debe admitirse, nos suministra un nuevo argumento contra la pluralidad de existencias.

Nos confirmaremos mas en lo dicho, recordando que el alma racional es *forma* del cuerpo á quien anima, y al cual está unida. En obsequio á los que no han tenido ocasion de dedicarse á los estudios metafísicos, conviene espli-

car brevemente lo que eso significa. La forma sustancial es aquello por lo cual la cosa es constituida en su sér. En todo sér compuesto entra necesariamente la forma y la materia. La materia indiferente de por sí para recibir cualquiera forma, no existe sin embargo, ni se concibe sin ella, como no se concibe un ente en acto sin su actualidad. Por eso en la gerarquía de los séres, la forma se halla elevada á una dignidad mas alta que la misma sustancia, puesto que la determina en su propia condicion, y la hace *singular*, ó individual. Porque la materia de los compuestos naturales, considerada radicalmente, es idéntica en todos, y solo al recibir diversas formas es completada en razon de sustancias; y solo por las formas singulares son constituidas las sustancias distintas y las diversas especies. En la combinacion de los elementos que componen la escala de los séres, el elemento superior viene á ser la forma de los que le están subordinados. Así en el mineral la sustancia solo tiene una forma bruta; el árbol se eleva sobre el mineral, añadiendo á este primer elemento una forma ó principio de vida vegetativa: el animal sube un grado en la escala, porque su forma le dá un principio de vida mas perfecta, como es la sensitiva; pero el hombre ocupa el lugar mas elevado en la creacion, y además de la vida vegetativa y sensitiva, tiene otra vida superior de la inteligencia y la libertad, debida á la forma superior que le dá el sér intelectual. De manera que la forma dá el sér á la cosa, su diferencia específica, sus propiedades determinadas y todos sus medios de accion. En virtud de ella, el sér es uno, indivíduo, é inmultiplicable, de tal suerte que hay una imposibilidad absoluta en que la forma de una cosa pase á ser forma de otra, porque ni una ni otra seria lo que es. Por eso el hombre de Andrómeda *jamás* podrá ser el hombre de Orion, ni el hombre de la Tierra: y todo filósofo, digno de este nombre, lo

afirmará como una cosa evidente, sobre la cual no cabe duda ni discusion.

Como probamos en nuestra obra anterior, el alma sustancia incompleta en razon de *supuesto*, se ordena al cuerpo, y halla en él su complemento y perfeccion natural, formando con él un todo, un principio de accion, una naturaleza indivídua específica, una persona, una *unidad*: por consiguiente, la union entre ambos es sustancial y personal. De lo cual resulta con la mayor evidencia que este compuesto es incomunicable, que su existencia personal es única, y que ni el alma puede animar otro cuerpo que aquel de quien es forma intrínseca sustancial, ni el cuerpo ser informado por otra alma que aquella con la cual es una persona (1). Por ser una y singular la persona humana, se prueba que es un desvarío la reencarnacion del alma en otro organismo distinto, y mas aún, en otro organismo, diverso, como son sin duda los que supone Lúmen en sus pretendidas existencias. Hay, en efecto, una repugnancia intrínseca en que la persona se multiplique en varias existencias, porque perderia su identidad en cada una, y resultarian tantas personas como vidas y encarnaciones. De

(1) Lo cual sirve tambien para demostrar lo absurdo de la suposicion de Lúmen, segun el cual en un mundo de Sirio «el alma puede »cambiar de cuerpo sin pasar por el trance de la muerte, con frecuen»cia desagradable y siempre triste. Un sábio que ha trabajado toda su »vida para la instruccion de la humanidad, y vé llegar el fin de sus »dias sin haber podido terminar sus nobles empresas, puede cambiar »de cuerpo con un jóven, y comenzar una nueva vida todavía mas útil »que la primera. Basta para esta transmigracion el consentimiento del »adolescente, y la operacion magnética de un competente médico.» Hay cosas cien veces absurdas. El alma no es un huésped del cuerpo, sino su forma *sustancial*, y por consiguiente no puede pasar á otro. La union es obra de Dios, autor de la vida, y no efecto de una operacion magnética imposible.—El término de la vida está fijado por la Providencia, y no hay fuerza creada capaz de prolongarla una sola hora.—Nadie puede prestar su consentimiento para poder dejar de ser lo que es, porque todo sér quiere naturalmente su conservacion, y en ningun caso su aniquilacion, como la supone tal cambio, etc. etc.

modo que decir pluralidad de existencias es lo mismo que decir pluralidad de personas, y por consiguiente, destruir su necesaria unidad (1).

Añadiremos que las soñadas existencias de Lúmen, deben rechazarse en nombre mismo de la pluralidad de mundos habitados. Aun los mas decididos partidarios de esta opinion, se verán inclinados á negarla, desde el momento que se suponga que no tienen otros habitadores que focas ó higueras pensantes. Es imposible degradar mas la dignidad del alma racional, á no profesar la metempsícosis animal de los antiguos; y aun en cierto modo seria preferible aquella, considerada como castigo. No; si los astros están habitados, lo están indudablemente por criaturas mas nobles. El mundo de Andrómeda es una suposicion imposible, y el mundo del Cisne es una locura, tan injuriosas ambas á la bondad divina como á la razon humana. Tan estravagantes quimeras son además una prueba palpable de la perversidad del espíritu que las ha inspirado, como sucede, por regla general, en todas las comunicaciones espiritistas. ¡Y hay gentes tan ilusas que las créen!

¡Un mundo sin otros vivientes, ni animales, ni plantas, que hombres-focas! ¡Un mundo en que sus tristes moradores se vean precisados á estar en movimiento incesante para conservar su miserable existencia á costa de penosos esfuerzos, sin poder detenerse un instante, porque si se detuvieran moririan! Existencia indigna de los mismos irracionales, inferior á la de muchos pescados de nuestros mares, que se atribuye á criaturas dotadas de una alma espiritual é inmortal, hecha á imágen de Dios. No basta decir para explicar esta existencia que «*es preciso que se cum-*

(1) Véase *La Pluralidad de existencias del alma ante el sentido comun*, cap. XII, en donde hemos desarrollado este argumento con bastante estension.

plan todos los destinos,» porque repugna que semejante destino haya sido señalado á una criatura racional. Cualquiera que sea la condicion de los mundos, es imposible que el principal cuidado de sus moradores consista en conservar su vida corporal, y que esta triste ocupacion consuma todo su tiempo y todas sus fuerzas, hasta que mueren rendidos bajo el peso de la fatiga. No; el destino de la criatura racional es mas noble, y su principal ocupacion es mas elevada; á saber, su progreso intelectual y moral, la perfeccion de sus facultades naturales, el cultivo de la ciencia, y la práctica del bien.

No es menos absurda la quimera de los hombres-plantas del mundo del Cisne. ¡Qué idea habeis formado de la libertad y de la actividad! ¡Y tales simplezas finjen los hombres de talento! ¿Es posible concebir que unas criaturas racionales vivan cinco ó seis siglos adheridas al suelo, inmóviles, encadenadas y fijas, vejetando solitarias, sin accion propia, sin producir nada, sin industria, sin artes, sin gobierno y tal vez sin religion? Esa sí que seria una vida de castigo espantoso, vivir aprisionado en un punto por espacio de seiscientos años. La inmovilidad forzosa es una cosa que repugna á la naturaleza del alma, como ya hemos demostrado, y como algunos piensan; por eso forma una parte principal de su castigo en la vida futura; pues de razon de la pena es ser involuntaria, dolorosa y violenta. Y si se dice que alguna alma no aspira al movimiento, á la variedad, al ejercicio de su actividad, á trasladarse de un punto á otro, y á la libertad de sus operaciones exteriores, cualquiera persona sensata contestaria que eso es imposible, y que fingir toda una humanidad en esas condiciones es ultrajar al sentido comun.

Pero no nos detengamos mas en refutar tales desvaríos.

Otros errores mas graves son los que llaman ahora nuestra atencion.

II.

EL DESARROLLO DE LA VIDA.

Son, en efecto, mas graves los errores que enseña el fingido Lúmen acerca del orígen y desarrollo de la vida sobre los mundos.

Segun Lúmen, «la vida no es otra cosa que el producto de las fuerzas en accion sobre la Tierra, dependientes del estado del suelo y de la atmósfera, de la química inorgánica, de la cantidad de calor y de la gravedad terrestre. Supone que el sistema vital es diferente en unos mundos que en otros, segun la naturaleza íntima de las fuerzas particulares de cada globo: y que cuando un globo ha llegado al grado de elevacion que le hace capaz de entrar al servicio del mundo moral, aparece en él el *espíritu*, mas ó menos desarrollado, porque Dios no crea directamente en cada globo una raza humana. En todos ellos la vida ha empezado por ciertas formas primitivas, sencillas y rudimentarias, y despues ha ido progresando y formando séres

de un órden superior. Y por último, cuando esos séres han llegado á un grado suficiente de desarrollo, se forma por sí mismo el reino animal, que á su vez recibe la trasformacion humana por la fuerza misma de las cosas, y por la ley natural que le ennoblece.» Tal es, en pocas palabras, la teoría del progreso de la vida, segun la propone este sábio maestro, que intenta explicar *à priori* todos los misterios de la creacion.

Tan desacreditadas y absurdas teorías, demuestran una vez mas qué clase de espíritu es el que nos habla, y lo que valen sus estupendas narraciones.

Es una cosa bien extraña, que un *espíritu* superior se constituya en defensor del materialismo. ¿Quién creyera, si no lo asegurara formalmente el mismo Lúmen, que el espíritu se forma del seno mismo de la materia, á fuerza de cambios y evoluciones? ¿Quién creyera que la vida es una mera manifestacion de las propiedades de la materia, que se organiza por sí misma en virtud de su poder creador? ¿Quién dijera que la materia encierra en sí misma todos los organismos vivientes, y que los vá manifestando poco á poco, siguiendo un progreso regular? Pues todo esto y mas hay que admitir, segun enseña la nueva revelacion.

Hay que admitir que la materia posee fuerzas desconocidas para irse perfeccionando cada vez mas: hay que admitir que combina esas fuerzas, ordenándolas sábiamente á la produccion de sus obras: hay que admitir que esas fuerzas están dotadas de energías fecundantes para producir de un mismo modo los objetos mas diversos: hay que admitir que á un mismo tiempo y en un mismo globo son capaces de realizar la forma mas rudimentaria y el mas perfecto de los organismos: hay que admitir que la materia puede recorrer por sí misma una escala progresiva desde el mineral hasta el hombre, y que aún podrá subir

mas allá: hay que admitir esta disposicion de la materia como ley natural de la misma, con abstraccion de todo principio generador: hay que admitir, por último, una série de *misterios inexplicables é inexplicados*, segun la expresion de Mr. de Quatrefages: hay que ser, en una palabra, trasformista, panteista y materialista, al uso de la ciencia moderna, hasta dar el paso definitivo hácia el ateismo, para no vernos obligados á admitir la creacion.

Si alguno, como es de creer, no queda satisfecho con estas utopias evolutivas, y la hipótesis de Lúmen le parece «tan cómoda como absurda,» y que supone sin necesidad millares y millares de cambios y modificaciones que debieron realizarse en millones de años, no tendrá mas remedio que admitir la relacion de Moisés acerca del orígen de la vida: primero la creacion de la nada, y despues el mismo poder para fecundar la materia que para criarla. Allí veremos que la misma omnipotencia que se empleó para producir el globo de la Tierra, se empleó igualmente para producir los animales y las plantas, *cada uno segun sus especies*. Cada cosa que hoy existe, prescindiendo de algunos lijeros accidentes, representa un tipo primitivo, como salió de las manos del Criador.

Nadie duda que la materia es inerte por sí misma, y que lejos de dirigir las leyes naturales de su desarrollo, es el sugeto pasivo de todas las modificaciones á que la somete la inteligencia. La materia no tiene otra nobleza ni otro destino mas alto: indiferente de suyo para todo, lo mismo entra en la composicion del organismo delicado de la flor mas esbelta, que en el grosero conjunto del mas pesado mineral. La materia no vive: es solo el elemento sensible en donde se manifiesta la vida. Por eso la *misma* materia pertenece sucesivamente á los séres mas diversos, y una misma molécula, permaneciendo inalterable en su sustan-

cia, vá formando parte, una despues de otra, en miles de existencias. Las modificaciones que sufre son todas accidentales, así pertenezca á la parte mas inmunda de un gusano, como al miembro mas noble del animal racional.

Las trasformaciones, dado que pudieran señalarse definitivamente, nada prueban, pues no cambian las especies vivientes ó varían las razas, sino cuando varían las condiciones materiales de la vida, ó son distintos los centros fundamentales de la especie, y solo se dan variedades secundarias y accidentales. Pero cada trasformacion sustancial supone una especie diversa, y es bien sabido que de una trasformacion á otra se dá una laguna inmensa que solo la Omnipotencia divina es capaz de llenar.

La conservacion y reproduccion de todos los séres se verifica hoy como se ha verificado siempre desde los tiempos mas remotos de que hay memoria, segun leyes fijas y determinadas. Aunque hayan desaparecido algunas especies en las séries animales y vejetales, sin embargo, sabemos que siempre ha reinado en el mundo una gran riqueza y profusion de séres vivientes, iguales en todo á los que viven en la actualidad. La diversidad de los séxos será siempre una dificultad que no resolverán ni explicarán siquiera los defensores del Transformismo. Y si la reproduccion obedece á esas leyes constantes, y aun dada la accion de un generante, no siempre logra alcanzar la fecundidad, ¿cuánto menos es creible que ocurriese una produccion ó generacion primitiva, independiente de una causa primera, como fuente y principio de la vida?

El hombre, con toda su inteligencia y con todos los medios y elementos de que dispone, no es capaz de reproducir un solo átomo organizado. ¿Y se pretende que los séres vivientes sean producto de la materia ciega? Por sencillo y elemental que sea un organismo, lleva en sí mismo

marcado el sello de una inteligencia suprema y de una Omnipotencia creadora.

En vano se supondria organizada la materia, si no se le añadiese por una causa distinta la fuerza desconocida y admirable que le comunica el movimiento y la vida. Si suponemos una materia perfectamente organizada, sea por medio de la industria, si fuera posible, sea por medio de los agentes naturales, seria lo mismo que suponer una estátua: faltaria siempre el Pigmalion que trajese del cielo el fuego sagrado de la vida. Habria allí un sugeto dispuesto para recibir la vida, una potencia para pasar al acto, pero faltaria la fuerza interna para moverse *por sí mismo;* fuerza que el organismo no saca ni de su forma, indiferente para cualquiera otra, ni de su constitucion, ni de las propiedades de su sustancia. Decia muy bien Platon, que lo material no puede moverse á sí mismo, si el movimiento no le viene de fuera; de donde inferia que la primera causa eficiente no puede consistir en una causa corporal, sino en un principio activo distinto de la materia y superior á ella, que la ponga en acto sacándola del estado de pura potencia. Y con esto se refutaba el error de aquellos filósofos que afirmaban que la materia existe antes que el espíritu. Por eso hay que renunciar á explicar el orígen de la vida en virtud de las solas fuerzas naturales.

¿Pero de dónde provienen esas fuerzas colosales que ya en su orígen suponen los trasformistas? No hay cosa mas absurda que responder con la eternidad de la materia existiendo por sí misma con un movimiento eterno. Esta seria una respuesta indigna de un filósofo, y es la que mas ha desacreditado al materialismo. Toda fuerza, para obrar ordenadamente, debe ser movida y aplicada por una inteligencia. El inmortal Newton, despues de haber descubierto el secreto del régimen del universo, declaró expresamente

que el orígen del movimiento no podia en manera alguna explicarse por la ley de la gravitacion, sino por un agente universal.

Esta es la gran verdad que se deduce de la contemplacion del universo.

Vemos, efectivamente, que toda fuerza se manifiesta en el mundo con carácter intencional. Como dice muy bien Hettinger, la composicion de un cuerpo orgánico cualquiera, se halla precisamente dispuesta como lo estaria, si fuera absolutamente cierto que una inteligencia soberana disponiendo á su gusto de todas las fuerzas y de todas las leyes de la naturaleza, le hubiera marcado el objeto que habia de llenar, y le hubiera dado los medios para ello (1). Cada organismo exige un trabajo de preparacion, una relacion de las partes con el todo, una sabiduría tan admirable y un poder tan grande, que seria la mayor necedad atribuirlo á la materia indiferente para desarrollarse en

(1) Si los intestinos de un animal, dice Cuvier, están de tal modo organizados que pueden digerir la carne, y especialmente la carne fresca, es menester tambien que sus mandíbulas estén construidas para devorar una presa; sus garras para apoderarse de ella y destrozarla; sus dientes para romperla y dividirla; el sistema entero de sus órganos, de movimiento para perseguirla y alcanzarla; sus ojos, sus oidos, su olfato, dispuestos de manera que pueda sentirla y distinguirla desde grandes distancias; es indispensable, igualmente, que la naturaleza haya colocado en su cerebro el instinto necesario para saber ocultarse y preparar celadas á sus víctimas. Tales serian las condiciones generales del régimen carnívoro; todo animal destinado á ser guiado por semejante régimen las reunirá infaliblemente, puesto que sin ellas su raza no habria podido subsistir.—*Discurso sobre las revoluciones del globo.*—Hé ahí el trabajo de preparacion y de elaboracion que há menester la creacion de un animal. Y téngase en cuenta que, no porque sea pequeño, ofrezca menos patentes estos caractéres de una maravillosa apropiacion. Hasta podria añadirse que, cuanto mas pequeño es, mayores son los prodigios de su estructura. ¡Y sin embargo, preténdese que una obra tan admirable, sea el producto de una fermentacion pútrida! ¡Y la vida y la inteligencia brillarian en el efecto, sin hallarse en la causa! ¡En verdad que es suponer en la materia mucho poder, con la exclusiva mira de despojar de él á su autor!

cualquier sentido. En fin, el mundo en su conjunto y en sus partes demuestra que una idea primera, un pensamiento, una inteligencia ha presidido á su existencia y ha determinado las leyes de su desarrollo en sí mismo y con relacion á los séres en medio de los cuales debe vivir.

Pero no es únicamente, añade Hettinger, en la formacion de los organismos particulares donde se revela el pensamiento. Un solo plan abraza todo el conjunto de la creacion orgánica é inorgánica; su desarrollo se prosigue y efectúa en una misma escala, que termina en la vida espiritual y libre del hombre. Por consiguiente, el universo uno por el designio y por el plan, demuestra rigorosamente una inteligencia que ha precedido á la existencia del mundo, inteligencia absoluta y que todo lo penetra, una voluntad suprema que determina soberanamente el órden universal de los séres, un Dios vivo y personal, que antes de existir el mundo, ha trazado el plano de éste y de todo cuanto encierra, que ha realizado este plan en el tiempo, y dado impulso á todas las fuerzas naturales.

La hipótesis de las generaciones espontáneas, nunca demostrada, y combatida actualmente por muchos y eminentes naturalistas, va teniendo cada dia menor número de partidarios (1); y hasta que no se llegue á demostrar claramente, no hay derecho alguno para suponerlas como

(1) Véase cómo se expresa Virchow: «La doctrina de la generacion espontánea, segun la cual los séres vivientes nacen de una materia muerta, sin padre ni madre, se encuentra cada dia más abandonada. No hay en el reino vejetal y en el reino animal mas que algunos organismos ínfimos que puedan dar ocasion para renovar la antigua controversia sobre este particular. Por lo que hace á los organismos más perfectos, la generacion espontánea se halla en el dia echada á un lado. Toda planta tiene su semilla, todo animal tiene su huevo ó su gérmen. No hay otra cosa: cada especie determinada de vejetales ó animales, no reproduce más que vejetales y animales de la misma especie. El diseño de la organizacion, es invariable en los límites de la misma especie. La especie no sale más que de la especie.»

principio y orígen de lo que hoy existe. Añadiremos que tales generaciones son menos admisibles en las edades primitivas, cuando la intensidad de los agentes físico-químicos era mucho mayor que hoy. Lo que no es posible en el estado actual de la naturaleza, ¿lo hubiera sido en los antiguos períodos de la formacion de la Tierra? Segun la observacion de Wagnier, cuanto mas energía adquieran los agentes físico-químicos, como la luz, el calor, la electricidad y excedan en eficacia á su medida actual, mas perjudican tales agentes al desarrollo de la vida, en vez de favorecerla; hasta el punto de que llegados á cierto grado de potencia, destruyen toda organizacion. Y esto es fácil de comprobar. Hay, por consiguiente, una evidente contradiccion en tomar por causa originaria de la vida lo que la destruye.

Oigamos las juiciosas reflexiones de Snell:

«De cualquiera manera que los químicos y los físicos pretendan hacer salir el universo del laboratorio de una naturaleza ciega é inconsciente de sí misma, se lanzan á lo imposible y á lo absurdo. Suponen una ley matemática sin matemático, una ley matemática fatal y ciega, es decir, una cosa que está en absoluta contradiccion con la idea de todas matemáticas. ¡Cómo! esta ley rige todas las composiciones y descomposiciones químicas, y se ocupa hasta del átomo mas insignificante; en todas partes hay proporcion, regla y medida; en todas partes hay una relacion armónica y constante entre el peso, el espacio y el tiempo; la construccion matemática en todas partes, y en todas partes la relacion matemática; ¡y sin embargo, semejante órden no tendria otro principio que el fatalismo! ¡La naturaleza seria esclava de una fuerza ciega! A la verdad, yo no puedo abarcar el espíritu divino en su omnipotencia, porque en vista de ella yo soy la impotencia misma; pero

á lo menos puedo pensar en ella, puedo conocerla por el pensamiento. Mas ¿cómo comprender una cosa oscura y tenebrosa, que por una parte excluye el espíritu y por otra contiene lo absoluto espiritual? ¿Cómo arribar al conocimiento de una ley matemática inherente á esto? El absurdo es bien palpable.»

«Mas hé aquí el prodigio de los prodigios. El desarrollo del procedimiento químico, la accion de las fuerzas electrodinámicas, es la que con ley matemática fatal debe explicar todas las creaciones. Elementos inertes, formados y conformados por una mecánica exacta, hé aquí lo que debe dar cuenta de todo, sin mecánico, sin arquitecto. Por consiguiente, lo que tiene vida procede de lo que no la tiene; la geometría, la mecánica, toda la ciencia posible de los números provendria de su contrario. ¡Hé aquí cómo tuve razon al decir el prodigio de los prodigios!

Ahora bien, para esto serian necesarios tres milagros: 1.° Una mecánica, una cinemática universal que se derivase de una matemática ciega, inconsciente de sí misma y fatal, y por consiguiente unas matemáticas en completa oposicion con su propia naturaleza, con su idea, con su esencia. 2.° Organismos vivientes; el reino animal y el reino vejetal todo entero, obra de fuerzas no vivientes y de una materia muerta. 3.° En fin, para coronamiento de todas las imposibilidades, el alma humana, el espíritu humano, la palabra humana, la conciencia, la persona moral, el sentido íntimo, el yo; ¡todo esto es un producto químico! Es preciso decir tambien, por necesidad, que el pensamiento, que el sentimiento, son el resultado de baterías electroquímicas que se hallan en incesante actividad en el cerebro; que la experiencia en el mundo y en el hombre, en la naturaleza y en el Estado, es una especie de almacen, en el que, despues de largos años, se van depositando las des-

cargas sucesivas de semejantes baterías. Verdaderamente que para llegar á creer esto, se necesita una dósis de fé mucho mayor que la que nos exigen nuestras viejas tradiciones y nuestra vieja religion (1).»

Pero crece todavía el absurdo, cuando estas malaventuradas hipótesis acerca del orígen y desarrollo de la vida sobre la tierra, se aplican á los mundos de otros sistemas planetarios, y sobre todo al progreso de la vida eterna del espíritu.

¿Con qué derecho se supone que los elementos de otros mundos son iguales ó análogos á los de la Tierra? ¿Cómo se supone que han ejercido la misma influencia, y sin embargo, han producido millones de organismos diversos de los terrestres é independientes los unos de los otros? Sobre una suposicion puramente arbitraria, se levanta otra suposicion mas arbitraria todavía, puesto que no tenemos ningun dato verdaderamente científico de la condicion y estado actual de aquellos mundos para poder fundar una induccion razonable. Los caprichos de la fantasía, si se conforman á la verdad científica, parecen con frecuencia hipótesis ingeniosas; pero si se apartan de ella son manifiestos desvaríos.

Con mejor derecho afirmaremos nosotros que, siendo el principio de la vida distinto de la materia, ha tenido orígen en todos los globos por virtud de la misma causa creadora, que los produjo todos, y quiso dar en cada uno á la materia una infinita variedad de formas.

La variedad es tan grande y tan admirable, que basta para demostrar con evidencia que no es debida á la accion mecánica de unas mismas fuerzas materiales, por mas que

(1) Citado por Hettinger; *Apologia del Cristianismo*, conf. 4, nota adicional. — Véase tambien Caussette, *El Buen sentido de la Fé*, tomo II, lib. III, cap. 10, 12 y 13.

se hayan combinado de diverso modo. Es claro que unas mismas causas producen los mismos efectos: y por lo tanto el desarrollo de la vida debiera haber seguido en todos los mundos las mismas ó análogas gradaciones. La diferencia de un mundo á otro mundo seria relativamente pequeña, como la que existe entre especies parecidas, ó entre las variedades de una misma especie. Pero esto es absolutamente imposible, puesto que sin salir de nuestro sistema planetario, sabemos ciertamente que todos los organismos terrestres perecerian, si fuesen trasportados á las abrasadoras regiones de Mercurio, ó á las heladas y tenebrosas extensiones de Urano, y con mayor motivo si los del primero fuesen trasladados al otro. No hay entre los séres de los planetas la mas mínima analogía, solo porque las fuerzas en unos y otros son desiguales. ¡Y se concibe que fuerzas desiguales y centros desiguales hayan obrado de la misma manera en su orígen! ¡Y se concibe que el paso de la materia inorgánica á la orgánica (aun en el sistema transformista), empezando por lo mas elemental y rudimentario del sér, hubieran recibido de un mismo principio direcciones tan opuestas! Si el progreso es la ley fundamental de todos los mundos, ¿cómo se infiere si no hay comparacion entre su punto inicial? Y si el punto inicial es en todos el mismo, ¿cómo es que el progreso no ha seguido en todos ellos los mismos pasos?

Además, las fuerzas primitivas desiguales de un mundo á otro mundo, lo son tambien entre sí, y la una, el calor, por ejemplo, prevalece sobre la otra. En este caso, ¿podria producir la vida ella sola, ó subordinar ó dirigir á las otras en órden á la produccion? Si son iguales, y cada una es por sí sola principio adecuado de la vida, ¿cómo no se neutralizan mútuamente, puesto que obran por necesidad de su naturaleza? Y obrando por necesidad de naturaleza,

¿por qué no producirian desde el principio su efecto completo? Toda fuerza necesaria, cualquiera que sea, produce un efecto igual á su poder. Esta es una ley absoluta, que cierra toda salida á los delirios del transformismo.

Que los organismos sean acomodados á las condiciones materiales de su respectivo globo, no es razon para inferir que sean efecto de las mismas. Esto debia suceder necesariamente, si no se quiere que las partes se hallaran en desacuerdo con el todo: lo cual desdice de la sabiduría que presidió á su formacion. Ninguno de ellos ha aparecido en su lugar y en su tiempo por mera casualidad; y las revoluciones de cualquier globo, lejos de ser causa del cambio y trasformacion de las especies, contribuyen mas bien á la completa desaparicion de muchas.

Las dificultades serian todavía mayores respecto á la formacion del hombre ó de la criatura racional, última etapa del progreso de la materia.

Pero esto es tambien un contrasentido; esta es una hipótesis que repugna á un mismo tiempo á la experiencia y á la razon.

¿En cada mundo, la forma humana, realizaria el tipo mas perfecto de los organismos? ¿No podria darse otro sér mas perfecto? Y en este caso, los *hombres-higueras* y los *hombres-focas*, ¿serian el último límite del desarrollo de la vida en los mundos de Andrómeda y Orion? Y sin embargo, el hombre terrestre es mucho mas perfecto que aquellos, y concebimos sin dificultad que son posibles otros séres humanos mucho mas perfectos que nosotros. ¿Por qué esa naturaleza, tan pródiga de sus beneficios, no nos ha dado cuatro ojos en vez de dos, y mayor número de sentidos, como finge Lúmen que los tienen otras humanidades? ¿Cuánto mejor seria nuestro cuerpo, si pudiera nadar como los peces y volar como las aves? ¿Quién se persuadirá que

no puede haber una organizacion humana mejor que la nuestra? No es, pues, el desarrollo de los organismos en un mundo lo que determina allí la *aparicion* del espíritu, lo cual es tan ridículo como absurdo.

Otro es, ciertamente, mas noble, mas digno y mas elevado el orígen de la criatura racional.

Lo que hasta aquí hemos apuntado ligeramente, basta para demostrar que el verdadero sábio debe creer en la impotencia de la materia, y reconocer la causa primera de la vida en su fuente eterna, en el poder infinito de Dios.

Es mas difícil de lo que parece, llegar á ser incrédulo por conviccion.

III.

EL ORÍGEN DEL ALMA.

Si la raza humana, en cualquier forma corporal distinta de la nuestra, existe en otros mundos, ó lo que es lo mismo, si en ellos hay criaturas racionales compuestas de cuerpo y espíritu, es evidente que solo han podido tener orígen por creacion.

Dios, pues, ha creado directamente en cada globo una raza humana: y esta es una verdad que oponemos confiados á los errores de cualquier semi-ateo.

La materia misma ha sido criada, como lo exige la necesidad de hallar una razon suficiente de su existencia. Este es un punto fuera de toda duda para los que no quieran incurrir en el ateismo ó en el panteismo que son los errores mas injuriosos á la razon.

Pero si la materia ha sido creada, ¿cuánto más deberemos afirmar lo mismo del espíritu inmaterial?

Entre el espíritu y la materia hay una diferencia tan profunda y una distancia tan inmensa, como si uno y otro fueran dos creaciones aparte: y meditándolo detenidamente, parece uno de los milagros mas estupendos, que tan opuestos elementos se asocien y se combinen para formar una union personal.

Y sin embargo, esta union es un hecho, del cual todos somos una prueba manifiesta é irrecusable.

Es imposible que el espíritu humano sea producto de las fuerzas de la materia, puesto que entre el efecto y la causa debe haber relacion de semejanza, y ninguna causa debe producir efectos de un órden enteramente contrario á ella. Además, el espíritu tiene propiedades completamente distintas de la materia, y tan excelentes, que seria una locura suponer que no son otra cosa que formas desarrolladas de plantas ó de animales primitivos. La hipótesis de que el nacimiento del espíritu es como el de los cuerpos en el mundo material, además de los absurdos manifestados en el capítulo anterior, envuelve la contradiccion de destruir la naturaleza del espíritu y su simplicidad. Conduce tambien necesariamente, á negar la inmortalidad del alma, que precisamente es lo que trata de explicarse con aquella desatinada teoría.

Nadie negará, no siendo materialista, que el espíritu es una sustancia del todo diferente de la materia. «Esta no es un sér en sí y por sí, diremos con Worter, ella proviene de fuera, de elementos múltiples, agregados exteriores; ella es externa, y por esta razon desfallece, se descompone y se disuelve. Por el contrario, el espíritu es un sér que está en sí y por sí; él es igual á él mismo; él siente que su yo es él y no otro, siempre y por todo; él es una perfecta y absoluta identidad, y en esta identidad es donde él se conoce y se encuentra siempre el mismo en medio de todo

esto que cambia, varía y pasa fuera de él. Así el espíritu difiere de la materia, no solamente en cuanto á la cantidad, sino en cuanto á la cualidad; no solamente por las proporciones, sino por la esencia; el espíritu es una identidad que tiene conciencia de sí misma, que se conoce ella misma, que es una, sin ser abstracta, y que es, por lo mismo, indescomponible, é indivisible. Además, el espíritu, sustancia indivisible, permanece indivisible despues de su separacion del cuerpo. En esto, pues, consiste la perpetuidad del alma: en que es una verdadera individualidad: *substantia individua, id est, quæ dividi non potest*. Y esta perpetuidad es necesariamente personal, puesto que la individualidad del espíritu es personal, y puesto que ella constituye esta misma personalidad. En efecto; la personalidad consiste, además, en que el espíritu es un *yo* distinto de todo *no-yo*, de modo que puede decir: la inteligencia que se revela en mí, es *mi* inteligencia; lo que piensa en mí, es *yo;* yo pienso y yo me pienso á mí mismo, y en uno y otro caso yo reconozco el *yo*; yo sé que este *yo*, es yo mismo, idéntico á mí. En segundo lugar, la personalidad consiste en que el espíritu se posée, está en posesion de sí mismo, y que puede decir: la voluntad es *mi* voluntad; yo la poseo, no es ella la que me posee; lo que quiero, lo quiero *yo*, y lo quiero libremente.»

Así, pues, la naturaleza del espíritu manifiesta que no es una simple evolucion, un fenómeno pasajero, sino mas bien una sustancia subsistente, que desde su mismo orígen posée por completo todo lo que le es esencial. Por esta razon todos los antiguos Padres y filósofos rechazaron los errores, no solo de la preexistencia, sino tambien el *traducianismo*, segun el cual todas las almas se encontraban en gérmen en Adan, como semillas que son fecundadas en el acto de la generacion física: y así como el cuerpo se pro-

paga y forma del cuerpo del padre, así tambien, decian, el alma se forma y se propaga del alma del padre. Al mismo tiempo los defensores de este sistema impugnaban la preexistencia, porque, decian con razon, destruye la unidad del género humano para dar lugar á la multiplicidad originaria de los hombres, y se opone á la misma unidad del hombre, que es un compuesto sustancial de cuerpo y alma. Pero el traducianismo es una aberracion mayor todavía que la preexistencia, pues se opone á la simplicidad del alma, y no se hace diferencia entre el hombre y el bruto.

Igualmente los antiguos Padres y filósofos impugnaban el generacianismo, porque una sustancia espiritual no puede proceder por la vía generativa, como que repugna que la virtud seminal sea productiva del principio intelectivo. El cuerpo puede provenir del cuerpo, pues por el acto generador trasmite algo de su sustancia; pero el alma no, porque es simple é indivisible. Además, como dice Worter, lo que es puramente personal desaparece ante el acto de la generacion, y únicamente predomina y obra la vida del género: así es que los niños tienen por lo general propiedades psíquicas (físicas), análogas á las de sus padres, como por ejemplo, el temperamento; pero no tienen las pneumáticas (espirituales), como son la inteligencia, el génio, la energía de la voluntad, etc., lo cual tendria lugar necesariamente si la asercion del generacianismo fuera verdadera.

No queda, pues, otra explicacion racional del orígen del alma que afirmar con los católicos que es de creacion divina.

¿Pero todas las almas fueron creadas de una vez en la eternidad, ó son creadas cada una de por sí, cuando es infundida en el cuerpo? Decir lo primero, seria suponer que las almas habian existido desde la eternidad sin razon suficiente, dado que fueran criadas para unirse algun dia

al cuerpo; y no hay que replicar que efectivamente han encarnado en otros mundos antes de venir á éste, porque esto seria resucitar los errores de la preexistencia y de las reencarnaciones, ya muchas veces refutados.

¿Y habria de esperar el espíritu para aparecer en el mundo que las evoluciones de la materia hubieran perfeccionado el organismo corpóreo que les sirviera para sus operaciones exteriores? ¿Es acaso el alma un modo del cuerpo? Y si estuviera creada mucho tiempo antes que él, ¿necesitaria de la materia organizada en tal ó cual forma, para verificar su aparicion? En este caso la union entre el cuerpo y el alma seria puramente accidental, porque creada ella subsistente desde el orígen de las cosas, su union al cuerpo en un tiempo dado responderia á una intencion y á un objeto diferente del de su primitiva creacion. Mas si se responde que fueron creadas para que se uniesen al cuerpo propio, como es la verdad, entonces ¿para qué habrian sido criadas tantos siglos antes de él?

Así, pues, lo mas conforme á la razon es la teoría llamada *creacianismo*, segun la cual todas las almas son criadas por Dios, y unidas al cuerpo en el momento en que éste es concebido por el acto generador de los dos sexos. Una alma inteligente no puede tener la existencia sino de Aquel de quien recibe la inteligencia. Un espíritu inmortal solo puede ser producido por el mismo que le dá la inmortalidad. Y por último, una sustancia simple, careciendo de partes, claro es que no puede empezar á ser sino por creacion: y este sistema es el que mejor explica nuestro orígen y nuestro destino.

Hoy todos los hombres pensadores, de las mas diversas escuelas, enseñan la doctrina de la creacion de las almas, ó se inclinan á la preexistencia. La eleccion no es ciertamente dudosa: habiendo demostrado que el *preexistencia-*

nismo es un sistema que debe ser rechazado en nombre de la razon, queda ya demostrada la verdad de nuestra opinion.

Las objeciones de Lúmen contra la creacion del alma, son ridículas y pueriles. «¡Oh amarga derrision! exclama. ¡Creer que los designios eternos del Creador puedan estar sometidos á los deseos caprichosos de la llama intermitente de dos amorosos corazones! ¿Te atreverias á admitir que nuestra alma inmortal se crea con el contacto de dos epidérmis? ¿Podrias figurarte que el pensamiento supremo que gobierna los mundos, se pondria á disposicion del azar, de la intriga, de la pasion y alguna vez del crímen? ¿Piensas que el número de almas puede depender del número de flores tocadas por el polvillo de pólen de alas de oro? Semejantes doctrinas, semejantes suposiciones, ¿no son blasfematorias contra la dignidad divina, contra la grandeza espiritual de nuestra alma misma? Por otra parte, ¿no seria eso la materializacion completa de nuestras facultades intelectuales?»

Es una verdadera simpleza.

Los designios eternos del Criador no están, en verdad, sometidos á nada, ni Dios se pone al servicio del hombre en el momento de la generacion. Pero habiendo decretado Dios mismo la existencia y la perpetuidad de la raza humana, por medio de la union de los dos sexos, la creacion del alma es un efecto libre de la voluntad de Dios, y no producto del contacto de dos epidérmis. Lo que es blasfematorio contra la Majestad divina, es desconocer la institucion natural puesta por Dios para la propagacion de la especie: y como Él mismo es el que dá la vida, y sin su concurso seria vano el acto generador, de la misma manera crea el alma, y la infunde en el cuerpo al mismo tiempo que la vida. La accion generativa solo determina en el

cuerpo la organizacion que segun el curso y leyes de la naturaleza exige su union con el alma racional. El generante solo es una causa secundaria, un instrumento de la causa primera, que cuando quiere, y como quiere, le dá la fecundidad.

Ocurre muchas veces, sin duda, que las uniones criminales son fecundas, pero en este caso Dios, como causa primera, concurre á la obra de la naturaleza, y no al desórden moral que la acompaña. Pero en virtud de la ley general de la naturaleza, siempre que varon y hembra se juntan para la reproduccion de la especie, obran como indivíduos de la naturaleza, y no precisamente como séres morales. La moralidad es cosa aparte, como cualquiera comprende, y á cada uno se le exigirá la responsabilidad de sus actos, si no son conformes á la ley divina y á la razon. Por eso Dios, sin concurrir al desórden moral del acto, crea el alma para la perfeccion natural del sér engendrado.

Adviértase ahora que el mismo desórden, que se presenta como objecion, es una prueba de la creacion del alma. No está en las atribuciones del generante llevar á cabo la obra de la naturaleza, ni depende de su voluntad, ni de una idea preconcebida. Todo agente racional, cuando obra por sí mismo, en virtud de su propio poder, hace sus obras segun la idea que ha concebido, y segun la intencion que se ha propuesto, y á lo menos se esfuerza para conseguirlo. En la generacion sucede todo lo contrario: el agente pone un acto, que él mismo no sabe si será fecundo ó estéril, y que muchas veces no tiene resultado alguno, y cuando lo tiene, tambien ignora cuál será éste, hasta mucho tiempo despues. La madre misma, despues de concebir, no sabe lo que lleva en su seno. En vano la voluntad se propusiera producir tal efecto determinado, pues su poder no se extiende al sexo, á la constitucion ó la figura, y mucho me-

nos á las cualidades morales, á la inteligencia ó á la bondad. Los hijos no son lo que los padres quieren, ó lo que los padres merecen por su conducta buena ó mala, sino lo que quiere Dios, que cria su alma inmortal.

Tan lejos está la creacion del alma de ser la materializacion completa de nuestras facultades intelectuales, que la existencia del alma en nada depende de la materia. Dependeria, sí, en cualquiera de los sistemas que se han inventado para explicar su orígen; pero solo el creacianismo evita ese inconveniente, y al mismo tiempo resuelve todas las dificultades que se oponen acerca de este punto de suyo tan oscuro, del cual no hay una prueba precisamente científica, ni nos ha instruido la divina Revelacion (1).

Mas por lo mismo, siendo un punto libre, si vemos que tiene á su favor razones más probables que las otras hipótesis, debemos presumir que nos aproximamos á la certeza. Y aquí no solo tenemos razones probables, fundadas en la misma naturaleza y propiedades de nuestra alma, sino que además las hipótesis contrarias ofrecen muchos inconvenientes, y aun absurdos, como ya queda probado. Solo la ignorancia ó la ceguedad puede proponer las objeciones que acabamos de resolver, y que bien miradas son impertinentes y no tocan al fondo de la cuestion.

¿Quién es el hombre para determinar lo que conviene á la Majestad divina? ¿Por qué seria indigno de esta Majestad ejercer el acto mas grande de su poder, creando de la nada al espíritu? ¿No es el espíritu la mas excelente en-

(1) La mayor parte de los Padres de la Iglesia y de los teólogos y filósofos católicos, profesan la doctrina de la creacion del alma. La Iglesia no ha definido nada acerca de este punto, y por consiguiente, no es un *dogma de fé;* pero algunas decisiones dogmáticas tienen relacion con esta doctrina y pueden interpretarse en su favor. Esta doctrina se halla tambien enseñada indirectamente en muchos pasajes de la Sagrada Escritura.

tre las criaturas producidas por la Omnipotencia? Si la creacion del universo visible revela y demuestra la gloria y el poder de Dios, ¿cuánto mas la creacion del espíritu, que es mucho mas perfecto que la creacion material?

Para convencernos todavía mas, oigamos las profundas razones filosóficas del príncipe de los teólogos Santo Tomás de Aquino. Despues de refutar sucesivamente todas las opiniones erróneas acerca del orígen del alma, se expresa de la manera siguiente: «Es ridículo, dice, el afirmar que una sustancia inteligente sea, ó dividida por la division del cuerpo, ó producida por alguna fuerza material: es así que el alma humana es una sustancia inteligente, segun se ha demostrado antes: luego es absurdo el decir que se divide por la division de la materia seminal, ó que recibe el sér de la virtud activa que reside en dicha materia. Luego la trasmision ó movimiento de la materia seminal, de ninguna manera puede dar la existencia al alma (1).»

«El alma racional, añade en otra parte, no recibe el sér de la virtud que reside en la materia seminal, sino de un agente superior. La actividad que reside en la materia seminal, es una actividad que pertenece á un cuerpo. Mas el alma racional excede toda naturaleza y actividad corpórea, puesto que ningun cuerpo es capaz de llegar á su operacion intelectual. Luego no siendo posible que ninguna cosa obre ó produzca un efecto superior al órden de su naturaleza, toda vez que el agente es mas noble que el paciente y la causa superior al efecto, es imposible que la fuerza activa de ningun cuerpo produzca el alma racional (2).»

En la *Suma Teológica* escribe: «El alma racional no puede ser producida sino por creacion; lo cual no se veri-

(1) *Suma contra Gentiles*, lib. II, cap. 86.
(2) *Opúsculo III*, cap. 93.

fica respecto á las demás formas. La razon, porque siendo el *fieri* (ser hecho) la preparacion del sér (*esse*), conviene á la cosa *ser hecha*, de la misma manera que le conviene *ser*. Mas aquello se dice propiamente que *es*, que tiene el sér mismo, como subsistente en sí, ó en su propio sér; de suerte que solo las sustancias se llaman verdadera y propiamente entes (*séres*). Pero el accidente no tiene sér, sino algo es por él; y en este concepto se dice ente, como se llama ente la blancura, porque algo es blanco por ella. Y esto es lo que significa Aristóteles cuando escribe (lib. VII Metaf. texto 2 y 3) que el *accidente mas bien es propiedad del ente, que ente*. Pues esto mismo conviene á todas las demás formas no subsistentes, de las cuales no es propio *ser hechas;* pero se dice que son hechas porque pasan á ser compuestos subsistentes. Pero el alma racional es una forma subsistente; y por eso le conviene con toda propiedad *ser* y *ser hecha*. Mas no puede *ser hecha* de materia preexistente ni corporal, porque entonces seria de naturaleza corpórea, ni espiritual, porque entonces seria preciso admitir que las sustancias se mudaban unas en otras: luego es necesario afirmar que solo es hecha por creacion (2).

Solo Dios se ha reservado el poder de crear las almas, y concurrir con su virtud omnipotente á la generacion humana. Cada alma es en cierto modo una creacion aparte, singular é inmediata: nada es capaz de darnos una idea mas elevada de su nobleza y dignidad; nada nos hace comprender mejor el amor que Dios tiene á las almas, y la gloria inefable á que las ha destinado. Meditémoslo bien, porque este es un punto interesantísimo. Somos por un modo inefable tan hijos de Dios como de nuestros mismos padres, que si nos han dado el sér es porque Dios se ha dignado

(2) *Suma Teológica*, parte 1.ª, cuestion XC, art. 2.°—Id. cuestion CXIII, art. 3.°

asociarlos á su obra. Cuanto mas se profundiza esta idea, se descubren en ella mas incomprensibles grandezas. Somos algo mas que una criatura: Dios nos ha colmado de sus bondades, y ha querido que nuestras relaciones con Él sean en cierto modo filiales. Nuestro pecho se convierte en una hoguera de amor hácia un Dios tan bueno, tan misericordioso, tan amante, y nuestro corazon es un altar en donde le ofrecemos en holocausto todo nuestro sér. ¡Ah! con qué amor, con qué confianza, con qué ternura le dirigimos la oracion que nos enseñó nuestro adorable Redentor, *¡Padre nuestro!* Somos de Dios, nuestra alma es suya, le pertenece toda con sus potencias, con sus ideas y con sus voliciones. Al instruirnos, al mejorarnos, al enriquecernos, beneficiamos un campo divino, que debe dar frutos dignos de su orígen. Más todavía: Dios, al crear nuestra alma, la ha iluminado con la luz de su rostro y ha grabado en ella su propia imágen; nos ha convertido en un objeto augusto, en un santuario. Deber nuestro es no dejar que aquella luz se apague, ni que aquella imágen se borre, sino honrarla en los demás y procurar que sea honrada en nosotros mismos. Así la doctrina del creacianismo tiene una trascendencia tan vasta, que persuade por eso mismo, de su verdad (1).»

(1) *La Pluralidad de existencias del alma* ante el sentido comun, cap. XVI.

IV.

LA TEOLOGÍA DE LÚMEN.

Hasta ahora hemos impugnado los errores de Lúmen; ahora pondremos de manifiesto su crasa ignorancia. ¡Ojalá sirva para desengañar á aquellos que consideran sus narraciones como oráculos, ó á lo menos como una concepcion ingeniosa!

¿Qué idea se forma de la inteligencia divina? ¿Cómo concibe la ciencia infinita, que es el principal atributo de la divinidad?

Seria preferible el panteismo de los discípulos de Hégel, que piensan que el universo no es otra cosa que la evolucion sucesiva de las ideas divinas, en cuyo desarrollo vá progresando el mismo Dios, al panteismo grosero que admite la omnipresencia del mundo en toda su duracion, porque los rayos de la luz ofrecen siempre un *presente eterno*, y que la proyeccion sucesiva é infinita de todos los

hechos que se verifican en cada uno de los mundos, se efectúa en el seno del *Sér infinito*, cuya ubicuidad conserva así todas las cosas en una permanencia eterna.

Hay mas grandeza en la idea hegeliana, que concibe todas las criaturas como manifestaciones de las ideas divinas, que en la suposicion extravagante de que Dios adquiera sus conocimientos por los rayos de la luz, abarcando con una sola mirada todo el espacio: y que así, la historia entera de todos los universos puede hallarse presente á la vez en la universal ubicuidad del Creador.

Es mas indigno todavía creer que Dios conoce lo pasado, no solo por la marcha de la luz, sino tambien por el conocimiento de lo presente, á la manera que Cuvier supo reconstruir especies de animales que habian desaparecido, con solo tener á la vista un fragmento de sus huesos. Y es todavía mas indigno afirmar que lo porvenir *puede* estar completamente presente á Dios en sus gérmenes actuales, tanto como lo presente lo está en sus frutos: puesto que todos los acontecimientos, dice, están ligados de una manera indisoluble con lo pasado y lo porvenir. De modo que, segun Lúmen, en Dios no hay otra ciencia del mundo que la que adquiere en las ondulaciones de la luz.

Muchos han negado la existencia de Dios, pero muy pocos, no siendo ateos, han incurrido en tan groseros errores acerca de sus conocimientos: y si algunos le negaron el conocimiento de las cosas pequeñas, fué por considerarlo indigno de su majestad y grandeza. Estos errores, sin embargo, fueron propios de hombres poco instruidos, y de los siglos de ignorancia, y apenas se conserva memoria del nombre de sus autores. Pero que en el siglo XIX se llegue á donde no llegaron los mas ignorantes Maniqueos, es unir el ridículo á la necedad.

¿Tiene Dios, por ventura, ojos corporales para ver los

acontecimientos del universo? ¿Necesita Él, acaso, de medio alguno para adquirir sus ideas? Hasta los mas rudos é ignorantes de los mortales conocen que la ciencia Divina es infinita, perfectísima y adecuada, y que no existe cosa alguna, ni objeto, ni accion, ni pensamiento á donde no se extienda su inteligencia actual. Lo vé todo, lo sabe todo y lo comprende todo de una vez; y aun antes de existir las cosas se reflejan exactamente en las ideas divinas.

¿Quién sino Dios ha señalado desde la eternidad las leyes del universo, el movimiento admirable de los cuerpos celestes y el poder de todas las fuerzas de la naturaleza? ¿Quién sino Él dirige y ordena esas fuerzas para producir sus propios efectos? ¿De dónde sacan su eficacia sino de la misma virtud divina que se la ha comunicado en el grado que ha querido su voluntad? ¿Quién ha fijado la marcha y velocidad de la luz, y la extiende por los espacios? Él es la causa de todas las causas; causa primera y universal, que influye con su poder en todo el mundo; causa inteligente de todos los efectos en el tiempo y en el espacio, y causa en la cual existen todos los séres.

Él es el primer motor por cuya virtud se mueven todas las causas segundas, subordinadas unas á otras. Él es el que conserva el órden y la armonía en todos los séres, y todos los séres con la diversidad de sus perfecciones son testigos de que Él es el sér infinitamente perfecto, omnipotente y eterno. Cada uno de los séres, en tanto es mas perfecto que los otros, en cuanto que mas se acerca á su perfeccion soberana. Y todos ellos son conocidos por Dios tal como son, puesto que participan la perfeccion que tienen como reflejo de la perfeccion divina que voluntariamente se les comunicó por Él.

La inteligencia infinita con el conocimiento actual de

todo lo cognoscible, pasado, presente ó futuro, forma una parte tan necesaria de la perfeccion del Sér Supremo, que no se puede concebir sin ella: y el intentar limitarla, seria negar la existencia, y destruir la misma nocion de Dios. En la idea del sér absoluto, queda necesariamente excluido todo defecto y todo límite, y afirmada toda perfeccion y toda realidad.

Por eso Dios mas bien vé y conoce las cosas *en sí mismo*, como enseñan profundamente los teólogos, que no *en sí mismas*, puesto que su idea típica vivió desde la eternidad en la mente divina, tal como habia de existir en el tiempo en la realidad; sin que de aquí se infiera que las cosas son un desarrollo necesario de las ideas eternas, sino que solo se infiere, en buena lógica, la razon infinita de la divina causalidad. Y esta es la razon fundamental para explicar filosóficamente el dogma de la creacion de la nada, conforme á una idea preconcebida *ab-œterno*, así como tambien el dogma de la Providencia, que cuida de todas las cosas y las endereza á su fin; tanto al fin particular de cada una, como al fin general que Él se propuso en darles la existencia, como agente universal.

Es indudable que nada existe ni puede existir sin una razon suficiente. Esto es un axioma admitido por todos los filósofos, por ser una verdad de sentido comun. Pero la primera razon suficiente de todo cuanto existe, ha de buscarse necesariamente fuera del mundo visible, en una inteligencia anterior y superior á él; y este es tambien un principio que nadie puede negar. No busquemos esta razon suficiente en el sistema hegeliano del progreso indefinido del sér absolutamente indeterminado, cuyo desarrollo dá orígen á todas las formas de la inteligencia y de la existencia. Por lo cual Hégel aventuró la insensata y blasfema proposicion que Dios es *in fieri*, y se hace personal por una

sucesion indefinida de formas y posiciones finitas (1). Lo que concebimos como la idea mas general y mas fecunda de todas, es la idea misma del sér, con su existencia actual. En esta idea primera del sér, como su perfeccion mas alta, entra la conciencia de sí mismo y la inteligencia. No es posible concebir á Dios como una mera abstraccion lógica, sino como un ente real y personal. Por consiguiente, no necesita adquirir las ideas *de fuera*, sino que tiene en sí mismo el conocimiento claro de todo cuanto cabe en la realidad ó en la posibilidad.

Hay que reconocer, necesariamente, una inteligencia superior á cualquier inteligencia creada: y de aquí se deduce una prueba de la existencia de Dios como razon suprema. «Es preciso, como discurre Santo Tomás, admitir sobre el alma humana una inteligencia mas elevada, de la que dependa el conocimiento de aquella. Porque todo lo que pertenece á un sér cualquiera por participacion, debe hallarse en otro, esencial y originariamente. Pero el alma humana no conoce esencialmente, porque de otra suerte seria todo inteligencia, y ella no lo es mas que segun una de sus facultades, la de conocer: luego debe existir sobre el alma humana algo que sea todo inteligencia; inteligencia segun la totalidad de su naturaleza; algo de donde le

(1) «Das werden *(venir á ser)*, evolucion incesante de la idea. Este *venir á ser* es aquello que no es, sino que puede ser; aquello que se hace. Las diversas transformaciones y las determinaciones múltiples de *venir á ser*, dan orígen á la cualidad, á la cantidad, á la medida, á la existencia, á la esencia, á la nocion, á la vida y á la idea. Despues de todos estos movimientos lógicos, la idea sale de su abstraccion; se realiza, y viene á ser la naturaleza pasando del grado mas ínfimo de los séres materiales al mas elevado. Desarrollada plenamente en esa esfera, la idea se eleva mas, y viene á ser el espíritu: el espíritu con conciencia de la identidad universal y de la infinidad. Entonces el círculo de lo absoluto queda encerrado en sí mismo.» Tal es, en sustancia, el panteismo de Hégel.—Véase Maret, *Teodicea cristiana*, lecciones 17 y 18.—Las teorías de Lúmen son un plágio desacertado de aquel.

venga al alma la facultad que tiene de conocer. Por otra parte, el acto debe ser considerado siempre como anterior á la facultad, lo perfecto como anterior á lo imperfecto. Pero el alma humana desde luego no tiene mas que la facultad de conocer, y no conoce mas que imperfectamente, puesto que no conoce jamás toda la verdad en esta vida. Luego es necesario admitir la existencia de una razon superior á la razon humana, una razon de una inteligencia siempre activa y en plena posesion de toda la verdad. De donde se sigue que nosotros lo conocemos todo en Dios, y que Dios es la medida segun la que juzgamos y medimos todo en su verdad, que Él nos ha comunicado.» Por eso las ideas divinas preceden á las cosas contingentes, como leyes de su esencia, y por eso suponen la existencia de un sér necesario, en cuya inteligencia viven las ideas increadas y eternas.

Y aquí vemos que toda inteligencia creada es una participacion de la inteligencia infinita, y por consiguiente, todo cuanto actualmente es entendido por cualquier inteligencia participada, es con mayor perfeccion entendido por el que es inteligente por esencia.

En la inteligencia infinita no cabe discurso ni raciocinio, que son señales de limitacion, sino una intuicion perfectísima para todos los conocimientos reales ó posibles. Nada puede aprender ni nada puede olvidar, porque todo lo tiene *presente*, no solo por razon de su inmensidad, sino tambien por razon de su inteleccion actual simplicísima. Por eso algunos teólogos opinaron que la esencia divina consiste en la inteleccion *actual*, ó como dicen otros, *radical:* y por último, todos convienen que Dios conoce las cosas tanto posibles como existentes *en sí mismo*, ó en su misma esencia, de tres modos, á saber: como causa eficiente y productiva de todas las cosas, tanto existentes como posibles;— como causa ejemplar de las mismas, ó idea objetiva de

todas, reales ó posibles, ó especie inteligible que las representa;—como causa supereminente que contiene en sí mismo las perfecciones de todas las criaturas de un modo mas excelente que ellas por razon de su infinidad. Y profundizando todavía mas, discurren con la mayor sutileza acerca del objeto de la ciencia divina, y el medio de ser conocidas las cosas creadas, resolviendo admirablemente todas las dificultades del panteismo.

En cuanto á las cosas futuras, enseñan unánimes los teólogos, que se hallan presentes en la inteligencia divina con aquella presencia que los escolásticos llaman *objetiva*, no con presencia *real* y *formal*, puesto que las cosas futuras aún no existen. Pero la verdad de que serán, y el sér que tendrán en su tiempo, está ya en la inteligencia infinita, pues de otro modo no serian posibles. Lo posible es lo que no repugna, lo que es conforme á alguna verdad anterior.

El inmortal Santo Tomás de Aquino, demostró con la mayor profundidad, el conocimiento que Dios tiene de los futuros contingentes. «Dios conoce todas las cosas, no solamente las que existen en acto, sino tambien las que están en potencia suya ó de las criaturas; y siendo algunas de éstas contingentes y para nosotros futuras, se deduce que *Dios conoce los futuros contingentes*. Para evidenciarlo, débese notar que lo contingente puede ser considerado bajo un doble concepto. Desde luego, en sí mismo y como existiendo ya en acto: y así no es ya considerado como futuro, sino como presente; ni como contingente ni determinado respecto á ser ó no, sino como determinado á uno *de los dos estremos;* y en este concepto, puede ser, por lo tanto, infaliblemente el objeto de un conocimiento cierto, por ejemplo, del sentido de la vista, como cuando veo que Sócrates se sienta. Puede considerarse en segundo lugar el contingente, tal, cual está en su causa; en este caso es mirado como fu-

turo, que está todavía por determinar á *uno ú otro estremo;* porque una causa contingente puede producir efectos opuestos, y bajo este aspecto no cae bajo conocimiento alguno con certidumbre. Por consiguiente, el que conoce un efecto contingente solo en su causa, no tiene de él sino un conocimiento de conjetura. Dios, empero, conoce todos los futuros contingentes, no solamente segun que están en sus causas, sino tambien como cada uno de ellos es actualmente en sí mismo. Y aunque los contingentes van siendo en acto sucesivamente, no los conoce así Dios, cuales se hallan en su sér, al modo que nosotros, sino simultáneamente: porque su conocimiento, como su propio ser, no tiene otra medida que su eternidad; y, siendo esta simultánea toda, comprende todos los tiempos, como queda dicho. Así, pues, todo lo que existe en el tiempo, está presente á Dios desde la eternidad, no solo en el concepto de que todas las razones de las cosas le están presentes *ab-æterno*, como algunos pretenden, sino porque su mirada abarca *ab-æterno* todas las cosas, tales como son en su actualidad presencial. De donde se deduce evidentemente, que Dios conoce de un modo infalible las cosas contingentes, en cuanto están siempre presentes á su vista segun su presenciabilidad, sin que por eso dejen de ser futuros contingentes por relacion á las causas.

Los que nieguen esta verdad, caerán sin remedio en uno de estos absurdos: que la ciencia divina no es infinita, puesto que puede aumentarse en el transcurso del tiempo, con la sucesion de los hechos: ó que hay causas que producen efectos no previstos ni ordenados por Él, y por consiguiente, dotadas de un poder distinto de su poder: ó que no es un Sér soberanamente perfecto en todo género, porque empieza á conocer de nuevo alguna cosa que antes ignoraba. Tanto valdria proclamar el ateismo.

No hay que temer que la presciencia divina sea contraria á la libertad de las criaturas, ó imponga alguna necesidad á las cosas que han de suceder. Todo lo temporal es un *efecto*, dependiente de una causa próxima contingente, como son todas las causas libres, que por sí mismas y no por impulso ajeno, se determinan á obrar. La presencia de un hecho, solo prueba el conocimiento perfectísimo de su causa, y esto no debe negarse á Dios. Por otra parte, la eternidad abraza actualmente toda la sucesion del tiempo, y en ella son conocidas simultáneamente todas las cosas temporales, no porque coexistan (lo cual implica), sino porque han existido ó han de existir: y esto es lo que significa la espresion «*segun su actualidad presencial.*» Por eso dijo con ingénio un escritor moderno, que el «porvenir no es mas que un presente algo mas lejano,» porque todo está presente en el acto simplicísimo de la inteligencia divina (1).

Verdad es esta que reconocieron los antiguos filósofos paganos, como lo prueba la costumbre de consultar á los oráculos en todos los asuntos de alguna importancia. No tendria esto explicacion alguna, si los hombres no hubieran estado persuadidos que era posible conocer, y en muchos casos, anunciar los acontecimientos futuros.

De suerte que todos los que han creido en la divinidad,

(1) «La presciencia no solo no destruye nuestra libertad, sino que la asegura. En primer lugar, la accion libre es anterior, *lógicamente*, á la presciencia; luego ésta nada influye en ella. Las cosas no suceden porque Dios las ha previsto, sino que Dios las ha previsto porque han de suceder. Además, coexistiendo la eternidad á todos los tiempos, el conocimiento de Dios no es, hablando propiamente, *presciencia*, sino ciencia ó *conocimiento actual*. Ahora bien; ¿en qué perjudica el conocimiento de una accion presente á la libertad de aquel que la ejecuta? Dios vé las cosas presentes tales como son, y las futuras tales como serán: las vé *necesarias*, si deben ser el efecto necesario de causas físicas; las vé *libres*, si dependen de la voluntad humana: serán, pues, libres, puesto que Dios las vé así.»—*Manual del Apologista*, parte 1.ª, cap. 2, pár. 9.

han admitido sin dificultad la presciencia, no solo de los futuros necesarios, sino tambien de los futuros libres y contingentes. Admitir la existencia de Dios, y negar su presciencia, es una manifiesta locura, como decia San Agustin.

Por eso la prediccion de los acontecimientos futuros, ha sido propuesta con razon como una nota indudable de la divinidad, y los Libros Sagrados la presentan como la señal mas cierta para conocer la falsedad de los dioses del paganismo. « *Venid, y anunciadnos las cosas que han de venir*, exclamaba Isaías, en un apóstrofe á los ídolos; *declaradnos lo que ha de suceder en lo venidero, y sabremos que sois dioses* (1).» Y tambien decia Tertuliano que, «la presciencia divina tiene tantos testigos, como profetas han existido.»

Y en efecto; si Dios desde toda la eternidad ha ordenado todos los sucesos futuros, ¿cómo puede imaginarse que los ignore? Si tiene providencia, ¿cómo no tendrá la presciencia? ¿Qué otra cosa es la providencia, sino la ordenacion á un fin previsto? (2).

No seria posible concebir en Dios una providencia, á no suponerle un conocimiento perfecto de lo venidero y de las

(1) Isaías, cap. XLI, vers. 22 y 23.—Jeremías, XXVIII, vers. 9, y otros muchos lugares.—Los antiguos Padres y apologistas, empleaban con frecuencia el mismo argumento; pues como escribe Tertuliano, (*Apol.*, cap. XX): *Idoneum testimonium divinitatis est veritas divinationis.* Si creemos á Ciceron, los filósofos miraban como correlativas las ideas de Dios y de profecía: *Etenim ista sic reciprocantur; ut si divinatio sit, Dii sint, et si Dii sint, sit divinatio.* Cicer. *De Divin.* libro I, cap. V.

(2) La Providencia es la ejecucion en el tiempo de los decretos eternos, y por los medios escogidos y dispuestos por la presciencia divina. En este sentido derivan algunos la etimología de la palabra «providencia,» de las latinas *procul videre*, ver desde lejos. Comprende tambien la direccion de las criaturas á sus fines particulares, y la direccion de éstos al *fin* último y general. Estos fines particulares, en cuanto se ordenan al fin general, tienen tambien razon de *médios*.

acciones libres de todas las criaturas. «Sin este conocimiento, dice Bergier, la Providencia se encontraria á cada momento desconcertada en sus designios y obstruida en la ejecucion de sus voluntades por las acciones imprevistas de los hombres. No se podria tampoco atribuirle la omnipotencia, y menos todavía la inmutabilidad. Contínuamente estaria Dios obligado á variar sus decretos, y á formarlos enteramente contrarios, puesto que se encontraria con obstáculos que no habria previsto. Su gobierno estaria sujeto casi á los mismos inconvenientes que el de los hombres.»

Tales son las consecuencias á donde conducen las absurdas quimeras de suponer que Dios vé los acontecimientos humanos como presentes en los rayos de la luz.

Así es como se degrada la idea de Dios; y los hombres que llegan á concebir tales desvaríos, son mucho mas culpables que los antiguos filósofos gentiles, que no habian sido instruidos por la revelacion.

Para Dios no hay pasado ni futuro, como tampoco hay lejos ó cerca. Así como está sustancialmente presente por su inmensidad en todos los lugares y en todos los espacios, de la misma manera se halla presente por su eternidad en todos los tiempos y en todos los momentos. Por eso los Santos Padres consideraban á la eternidad como el *sér y la vida* de Dios. Otros comparaban la interminable sucesion de los tiempos, á un inmenso cuadro, desarrollado entero ante los ojos divinos. Y tambien añadian otros que Dios no solo carece de principio y de fin, sino que, respecto á Él, ninguna cosa tiene principio ni fin, porque todas están en Él en un perpétuo *presente*.

Increible parece que la misma pluma que escribió páginas tan elocuentes acerca de la grandeza divina, en un libro muy conocido, refutando al materialismo, se

haya dejado alucinar en éste hasta un extremo tan deplorable.

Su fantasía, lanzada á las regiones de lo desconocido, se ha extraviado en el país de las quimeras.

¡Que lo entiendan bien aquellos desdichados, que alaban á boca llena sus *Narraciones!* Dice bien un refran español: que «un loco hace mil.»

QUINTA NARRACION.

¡EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO!

¡EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO!

I.

LOS SIGLOS INFINITOS.

Aquella voz secreta que me habia hablado en el cementerio, volvió á resonar de nuevo diciendo:

—Escúchame; penetraremos un poco mas los insondables misterios de la vida futura, hasta donde pueda llegar el vuelo atrevido de la razon. Semejantes al viajero que se aventura en regiones inexploradas, debemos caminar con prudencia, pero sin desalentarnos en el penoso camino de las investigaciones filosóficas, que nos llevará por fin al deseado descubrimiento de la verdad.

Has visto que la muerte del cuerpo es el principio de la inmortalidad: has escuchado con atencion las narraciones de la entrada del alma en la vida eterna, con todas sus facultades, con toda su actividad, con plena conciencia de sí misma y con el modo de ser propio de su naturaleza espiritual. Has descubierto que su primer acto en aquella vida

es el juicio severo de su vida pasada, y el reconocerse digna de premio ó de castigo, quedando despues sometida á la suerte que ha merecido por sus obras: y has vislumbrado la perfeccion de la vida natural del espíritu, representándote tambien con la imaginacion la sociedad numerosa de las almas, el mundo invisible de los espíritus. Has adivinado que aquella sociedad escogida, compuesta de millares y millares de séres inmateriales, tiene por campo de sus operaciones la inmensidad de la creacion: de todo lo cual has inferido con razon la duracion interminable de la felicidad de los justos y de la desdicha de los malvados.

Pero conozco que te asaltan algunas dificultades.

No comprendes lo que es para la criatura una duracion interminable, una vida indeficiente, y una existencia sin fin: no comprendes cómo se sucederán los años y los siglos y los millones de siglos sin que la criatura haya envejecido, ni se haya mudado en su sér. Mides la duracion del espíritu por el tiempo, y no aciertas á comprender la duracion infinita de la eternidad. Juzgas erradamente que la eternidad del alma es una série contínua de siglos, porque no comprendes cómo al separarse del cuerpo, el alma ha quedado libre de la condicion y vicisitudes del tiempo, ó mejor dicho, ha salido del tiempo. Pero tú no aciertas á separar la idea del tiempo de la sucesion necesaria en las operaciones y sensaciones del sér espiritual.

Y sin embargo, es preciso aclarar este punto, para formar una idea aproximada de la vida eterna; para saber cuál es la vida del alma en sí misma, en sus relaciones con sus semejantes y con el mundo exterior, y cuál es la relacion del espíritu con la materia.

Tampoco llegas á comprender cómo el alma está fuera de las condiciones del lugar, no circunscrita en la extension, aunque definida por el espacio. Te figuras erradamente que

se halla en algun punto determinado, á la manera que los cuerpos, y no aciertas á concebirla separada de la materia, y con abstraccion absoluta de sus influencias: como si hubiera de vivir en algun astro, ó en alguna atmósfera, ó en alguna extension corpórea. Y sin embargo, debes creer que el sér espiritual no está sostenido ó contenido en lugar alguno, y que aunque desapareciera toda la materia, el alma continuaria existiendo, como existe ahora en la inmensidad.

La eternidad para *ser*, y la inmensidad para *estar;* tales son las dos condiciones esenciales de la vida futura.

El tiempo y el espacio, la duracion y la extension no sirven para explicar la verdadera nocion de aquella vida: solo sirven para confundirla. Son palabras que nos vemos precisados á emplear, porque no tenemos otras; pero que no pueden referirse al alma, sustancia simple é inextensa, sino solo á los cuerpos y á la materia.

Solo está sometido el tiempo, lo que es perecedero; solo está encerrado por la extension lo que es compuesto.

Nuestra alma, que goza de la simplicidad, no necesita de la materia para existir, obrar y desarrollar su perfeccion intelectual y moral. Así, la sucesion de sus operaciones no se halla sujeta á la medida del movimiento de los cuerpos, como cuando vivia en la Tierra. No se cuentan sus años por las revoluciones del globo alrededor del Sol, ni sus dias por los giros de la Tierra alrededor de su eje, ni sus horas por la altura ó inclinacion de las sombras: el tiempo terrestre solo existe para la Tierra.

El espíritu vive independiente de esas leyes de la duracion en su globo, y la duracion en sus sensaciones y fenómenos de su actividad, se realiza por un órden superior, que bastando para distinguirlos y apreciarlos, no se parece á los momentos que se miden por nuestros relojes.

Un año, cien años, mil años terrestres, y luego otros

cien mil, y un millon de siglos nada significan en nuestra duracion interminable, en nuestras sensaciones de gozo ó de placer persistentes é idénticas, no fugaces y mudables como en esta vida, en la cual las sensaciones mas vivas y mas completas solo duran breves instantes. Pero cuando ya toda clase de sensaciones no se reciben por conducto de los sentidos externos, sino directamente por los actos de las potencias y por operaciones inmateriales, se infiere que no son ya medidas por el curso del tiempo, como no lo son por la extension del espacio.

El tiempo de la vida futura no es como el tiempo de la vida presente. Los placeres que allí se disfrutan, aun en el órden natural, no son efímeros y pasajeros como los de este mundo, ni se disfrutan por partes sucesivas, sino de un modo completo y simultáneo, quedando completamente satisfecho el apetito, y deslizándose insensiblemente los siglos, lo mismo que aquí los instantes. Pero la duracion total del alma no puede ser adecuada por ningun tiempo, porque lo que carece de fin es inmensurable: y por esta razon nuestra alma es capaz de recibir sensaciones sucesivas y limitadas, aunque permanezca invariable en cuanto á su sustancia.

Es preciso no confundir el tiempo con su medida, ni la idea del tiempo con la sucesion de las cosas, inseparable de ellas. Si el tiempo se midiera por la sucesion é intensidad de las sensaciones, una misma duracion, por ejemplo, una misma hora seria un soplo para unos y seria un siglo para otros. Un solo dia de desgracia nos parece mas largo que un año entero de felicidad: un breve rato de dolor se nos figura mucho mas largo que horas enteras de placer. ¿Quién no ha experimentado alguna vez las inquietudes de la esperanza? ¡Qué largas y pesadas se hacen las horas! ¡Qué lentos los minutos! Mil y mil veces miramos el reloj, nos

paseamos agitados, y quisiéramos adelantar el curso del tiempo, que no por eso precipita su marcha uniforme. Por el contrario, cuando tememos algo que está cercano, cuando tenemos que hacer alguna obra en un plazo señalado, ¡con qué rapidez vuelan los dias y las horas!

Y sin embargo, el tiempo corre lo mismo sobre las alegrías que sobre los pesares. Esta misma hora en que actualmente nos hallamos, es para unos la mas feliz de su vida, y para otros la mas desgracida de su existencia. ¡Cuántos acontecimientos tienen lugar dentro de ella, cuántos dramas se realizan, cuántos deseos se logran, cuántos proyectos se frustran, cuántas alegrías se disfrutan, cuántas lágrimas se derraman! ¿Quién podrá figurarse todas las variadas escenas que tienen lugar en este momento en el inmenso teatro de la sociedad humana? Y sin embargo, esta hora tiene igualmente para todos sesenta minutos, y en cada minuto ha marcado el péndulo con igual movimiento sesenta segundos.

No es, pues, el tiempo una cosa puramente relativa, ni nuestras sensaciones son la medida de la duracion absoluta. Aunque el tiempo es inseparable del movimiento y de la mudanza, no por eso el movimiento es la esencia de la duracion.

Si salimos de la órbita de nuestro globo, hallaremos un tiempo muy diferente que el de la Tierra, segun la diversa duracion de las revoluciones planetarias. El año de Júpiter dura doce años de los nuestros, al paso que su dia solo cuenta diez horas; y mientras nosotros vivimos un dia, ó sea una revolucion de nuestro planeta sobre sí mismo, los habitantes de aquel mundo viven dos dias y medio. El año de Mercurio dura tres escasos de nuestros meses, al paso que el de Neptuno se prolonga ciento sesenta y cinco de nuestros años; y allí un niño de un año ha vivido en rigor

el doble tiempo que cualquiera de nuestros mas avanzados ancianos. Y sin embargo, el tiempo pasa de una manera uniforme por todos los globos de nuestro sistema, á la manera que pasaria en la Tierra para los que, á cierta distancia entre sí, corrieran alrededor de un mismo centro. Mientras el mas próximo al centro habria dado una vuelta completa, el mas distante no habria corrido la cuarta parte de la circunferencia, pero hubiera pasado el mismo tiempo para el uno que para el otro. De modo que el tiempo es una cosa muy distinta de su medida, y abarca en sí mismo todas las medidas imaginables, superándolas á todas.

Duracion que no se acaba, movimiento que no cesa: fugaz y veloz en su interminable carrera, círculo repetido de mudanzas, misterio impalpable, abismo sin fondo, incesante fin y principio de sí mismo. Lo pasado *ya* no es, lo futuro *aun* no es, y lo presente para que sea tiempo, es preciso que deje de *ser* (1).

Pero no es así ciertamente el tiempo de la vida futura.

Fijemos nuestra atencion en esto, porque nos dará luz para comprender cómo es interminable la duracion de las recompensas y de las penas.

A la verdad, las criaturas espirituales (como mil veces hemos repetido), no se hallan expuestas á mudanza sustancial en su sér, puesto que carecen de partes. Así es que, la sucesion de sus impresiones, no son en rigor sucesion de tiempo, sino órden de la misma sucesion, segun el *antes* y el *despues*, como hablaban los Escolásticos (2). Ellos dis-

(1) A este propósito escribe San Agustin: «Si lo presente para que sea tiempo es preciso que pase, ¿cómo se dice que es, cuando la causa porque es, consiste en que no será? De suerte que, no diremos con verdad ser tiempo, sino porque camina á no ser.»

(2) No es del todo exacta la definicion de Leibnitz, que dice que el tiempo *es el órden de la sucesion*. El tiempo es la sucesion misma de los fenómenos, segun ya hemos indicado, puesto que no pueden existir si-

tinguian, con mucha sutileza y oportunidad, la eternidad y el tiempo, y admitian entre uno y otro una duracion intermedia, que llamaban *evo*. Segun ellos, el tiempo mide no solo el movimiento, sino tambien el reposo de los séres, que, aunque actualmente no se mueven, pueden, sin embargo, ser movidos; y entendian por movimiento cualquiera mudanza ó variacion sustancial ó accidental.

Explicando Santo Tomás una proposicion de San Agustin, que dice que «Dios mueve á las criaturas espirituales por el tiempo,» contesta que las criaturas espirituales tienen el tiempo por medida con relacion á sus conocimientos y afecciones, en las cuales hay sucesion; por lo cual dice el mismo San Agustin que «ser movido mediante el tiempo, es lo mismo que ser movido mediante los afectos;» pero en cuanto á su sér natural, la medida de la duracion de los espíritus es el *evo;* y que participan de la eternidad en cuanto á la vision de la gloria. No es tal, sin embargo, la eternidad de las penas del infierno, que solo se llaman eternas porque no han de tener fin; pero en ellas hay cambio, variacion y mudanza. «Bajo este aspecto, continúa el Santo doctor, no hay en el infierno la verdadera eternidad, sino mas bien tiempo, segun aquellas palabras del Salmista: «*Será el tiempo de ellos por los siglos* (1).» Si se admite esta doctrina, se evitarán de seguro muchos errores y confusiones de los filósofos modernos acerca del tiempo y de la eternidad.

El mismo doctor angélico expuso magistralmente este

multáneamente: y la idea de sucesion envuelve la idea de relacion entre el *antes* y el *despues*. Es preferible la definicion de los antiguos Escolásticos. Así se evitan los errores de aquellos filósofos que tenian al tiempo como una mera forma subjetiva de la mente humana, y el de Kant que afirmaba que solo es una mera forma *a priori* de la sensibilidad externa.

(1) *Suma teológica*, part. I, qu. X, art. 3, ad 2.^{um} y art. 5 ad 1.^{um}

punto, caminando con pié seguro entre las diversas opiniones, y haciéndonos comprender el modo de la existencia del alma, participando en cierto modo á la vez del tiempo, y de la eternidad. «El *evo*, dice, se diferencia del tiempo y de la eternidad como un medio entre uno y otra.» Pero algunos han explicado esta diferencia, diciendo que la eternidad no tiene principio ni fin; el evo tiene principio, pero no fin; y el tiempo tiene principio y fin. Pero esta diferencia es solo accidental, porque aunque los *eviternos* (1) hubieran existido siempre, y siempre hubieran de existir, como algunos afirman, ó aunque alguna vez dejasen de existir (lo cual es posible de parte de Dios) (2), aun así el evo se distinguiria del tiempo y de la eternidad. Otros han explicado la diferencia entre estas tres cosas, porque la eternidad no tiene *antes* ni *despues*, el tiempo tiene *antes* y *despues* con innovacion y decadencia de las cosas, y el evo tiene tambien *antes* y *despues* (3), pero sin innovacion y decadencia. Pero estos incurren en una contradiccion, como se prueba, si la innovacion y la decadencia se refieren á la misma, porque no pudiendo ser simultáneos el *antes* y el *despues* de la duracion, dado que el evo tenga *antes* y *despues*, será preciso que cesando la primera parte del evo sobrevenga de nuevo la posterior; y por lo tanto, habrá innovacion en el evo como la hay en el tiempo. Mas si la innovacion y la decadencia se refieren á las cosas medidas, todavía resulta un inconveniente. La causa de que una cosa temporal sea envejecida por el tiempo,

(1) Se llaman eviternos los séres medidos por el evo, cuales son los ángeles y las almas humanas. Fíjese bien la atencion en este artículo: no hay en él una sola palabra ociosa.

(2) Hablando en absoluto, segun la omnipotencia divina.

(3) *Prius et posterius cum innovatione et veteratione*, dice con mas propiedad el texto latino; pero se comprende bien el pensamiento.

consiste en que su sér es mudable, y de la mutabilidad de lo medido resulta el *antes* y el *despues* en la medida, como prueba Aristóteles en su IV libro de física, texto 110. Luego si el eviterno no está sujeto á decadencia ni á innovacion, esto consiste en que su sér no es mudable: y por lo tanto, la medida de él no tendrá *antes* ni *despues*.

Así, pues, debemos decir que, siendo la eternidad la medida del sér permanente, cuanto mas una cosa se aparta de la permanencia de ser, tanto es menos eterna. Hay cosas que distan de la permanencia de ser, porque el sér suyo es sujeto de mutacion ó consiste en algo mudable; y tales cosas son medidas por el tiempo, como es el movimiento y tambien el ser de las cosas corruptibles. Hay otras que distan menos de la permanencia de ser, porque su sér no consiste en la mutacion, ni es sujeto de mutacion, por mas que tenga adjunta cierta mudanza, sea en acto, sea en potencia, cuales son, por ejemplo, los cuerpos celestes (1), cuyo sér sustancial es intransmutable y no se muda sino en cuanto al lugar. Igualmente los ángeles están dotados de la inmutabilidad de ser en cuanto á su naturaleza; pero son mudables en cuanto á la eleccion y tambien en cuanto á los pensamientos, á las afecciones y á los lugares á su

(1) Santo Tomás sigue aquí la opinion de los peripatéticos de la inmutabilidad sustancial de los astros, porque como dice en la cuest. XI, artículo 11, «en los cuerpos celestes la materia no puede estar separada de la *forma*, porque ésta perfecciona toda la potencialidad de la materia: y por esta razon no son mudables en cuanto á la sustancia, sino solo en cuanto al sér local, porque el sugeto es compatible con la privacion de este ó de aquel lugar. Mas en las sustancias incorpóreas (ángeles y almas), que son formas subsistentes, y respecto á su existencia, son como la potencia al acto; no hay compatibilidad con la privacion de este acto, porque la existencia sigue á la forma, y nada se corrompe hasta que pierde su forma. Pero en la misma forma no hay potencia para el *no-sér*, y por consiguiente, las criaturas incorpóreas son inmutables é invariables en cuanto á la sustancia,» etc.

manera (1): y por eso tales criaturas son medidas por el evo, que es un medio entre la eternidad y el tiempo.»

De suerte que el *evo* es por una parte un todo simultáneo, que abraza la duracion entera del alma, pero no es la eternidad, porque respecto á las operaciones, es compatible con el *antes* y el *despues*. Y no se diga, segun esto, que las criaturas inmateriales son infinitas en acto: la duracion del evo es infinita porque no está limitada por el tiempo, y no hay inconveniente alguno en decir que alguna criatura es infinita, en el sentido de que no está limitada por otra alguna.

Esto nos bastará para comprender cómo el estado inmutable del alma es compatible con los cambios y modificaciones en sus actos y operaciones: cómo se halla fuera de las condiciones del tiempo en cuanto á su sustancia, y sin embargo, se realizan sucesivamente sus actos y afecciones. Se comprende cómo los hechos psíquicos sean activos ó pasivos, siendo maneras de ser de una sustancia simple, deben realizarse unos despues de otros, por la sencilla razon de que lo simple, ó no es modificado, ó tiene que serlo en todo su sér. Pero la sucesion en las operaciones del espíritu mas bien es del órden ontológico que del órden cronológico, precisamente por causa de su simplicidad. La actividad del espíritu no puede concebirse sin un término objetivo y extrínseco, al cual se refiera su operacion: de lo cual se deduce que aquella actividad del alma no solo se ejercita sobre sí misma y sobre las sustancias espirituales, sino tambien sobre el mundo visible, en cuanto es objeto de conocimientos y voliciones. De modo que el alma separada está en capacidad de conocer todas las cosas creadas en una relacion sucesiva, no ciertamente por medios materiales, sino por la aplicacion de su virtud.

(1) Luego veremos el modo de estar en el lugar las sustancias espirituales.

Se infiere tambien que no repugna al alma entrar en un estado absoluto, ni conseguir un destino inmutable, puesto que conserva entero el ejercicio de sus facultades naturales. La inmutabilidad por razon de haber llegado al fin último en nada se opone á la diversidad de actos, y movimientos del alma en cuanto al lugar, en cuanto á la aplicacion á cosas diversas y en cuanto al uso de las potencias. Cuando los espiritistas niegan la posibilidad de un estado absoluto, y afirman un progreso indefinido del alma durante la eternidad, prueban que no conocen los términos de la cuestion. Toda criatura necesariamente tiene un límite en sus perfecciones y facultades, y llega á un límite del cual no puede pasar.

Se infiere igualmente de la doctrina expuesta que yerra gravemente la escuela krausista, cuando dice que el tiempo no tiene principio ni fin, y que no es otra cosa que la sucesion infinita de la eternidad. Aunque se contaran cien millones de millones de siglos, aunque se sumara reunida la duracion de todos los séres corporales y espirituales, aunque se agotaran los guarismos para contar un número sin número de años, esto ni seria una parte de la eternidad, ni una fraccion de ella, ni tendria valor alguno en su duracion. La eternidad es un atributo exclusivo de Dios, que existe por necesidad de su naturaleza, es la condicion de existencia del sér absoluto é inmutable, y es esencialmente sin principio, sin fin y sin sucesion. El ente necesario excluye esencialmente toda clase de mudanza ó cambio en la duracion de su existencia, y se concibe su eternidad como un todo siempre presente. Al sér absolutamente necesario repugna cualquiera contingencia, cualquiera sucesion y cualquiera cambio, lo mismo que cualquiera relacion; y por eso ninguna criatura puede participar esa permanencia indestructible de ser sin pasado, ni futuro que es propia del

ente esencialmente eterno. De aquí es que consistiendo el tiempo en la instabilidad actual, y en la sucesion incesante, es imposible que se identifique con la invariabilidad absoluta que es atributo de la sustancia absolutamente infinita.

Se infiere por último, que yerran los que aplican las leyes de la sucesion cronológica, medida por el movimiento de los cuerpos y la produccion de los fenómenos, á las sustancias incorpóreas, que no pueden concebirse en el espacio real sino en el espacio absoluto y abstracto, en cuanto que supone la limitacion de su propio sér. Por eso la sucesion de sus impresiones no es en manera alguna semejante á la sucesion de los hechos físicos como la conocemos en la tierra, de modo que en la vida del espíritu no se cuenta el tiempo por las revoluciones celestes ni por la duracion material de las sensaciones.

Por eso todos los espíritus son eternamente jóvenes y no llegarán nunca á la decadencia ni á la vejez. Libres pues de todas las vicisitudes del órden temporal, no tienen que arreglar su marcha de un lugar á otro lugar ni á la distancia ni á la duracion, corriendo por ejemplo cien leguas por hora, ó marchando adheridos á los rayos de la luz por espacio de ciento ochenta y cinco millones de años, como finge Lúmen. Estas son cosas que no tienen sentido aplicadas á una sustancia espiritual, sobre la cual no ejerce influjo alguno la materia. La sucesion de las afecciones en el alma separada no se relaciona con objeto alguno sensible. Pero la eternidad no admite medida.

Así viviremos, y viven todos los espíritus en aquella vida inefable, cuya duracion no se cuenta por siglos.

¡Oh grandeza del alma! ¡Qué vida nos está reservada!

Ahora comprendo el privilegio de mi inmortalidad, porque se han abierto delante de mí los horizontes eternos.

II.

EL CAMPO DE LA VIDA.

Se han desvanecido mis dudas. He comprendido el inefable privilegio de vivir en la eternidad: he comprendido la inmortalidad del alma por los siglos de los siglos. No es una inmovilidad absoluta, cuyo solo pensamiento me aterra: es una verdadera *vida* con multitud y variedad de operaciones. No es una monotonía fastidiosa, como fingen aquellos que no la comprenden, y la creen tan pequeña como su estrecho criterio y su imaginacion estéril: es una actividad incesante, una série interminable de distintos actos vitales, de afectos y sensaciones. No me espanta el pensamiento de aquella vida, no me asusta aquella duracion sin fin, ni su consideracion funde el cerebro en mi cráneo: nó, mas bien suspiro por ella; ¡ah! y por ella, y solo por ella deseo que termine mi peregrinacion sobre la tierra.

¡Oh beneficio inmenso de mi Dios! ¡Soy inmortal!

¡Inmortal!

¡Oh! Hágase polvo mi cuerpo, que me impide entrar en posesion de aquella vida: vuélvase cenizas esta carne que me aprisiona en la Tierra. Quiero salir de la incertidumbre de esta vida, que á cada momento espera la hora de la muerte: quiero librarme de este vivir inquieto, que es una muerte continuada. La verdadera vida es aquella que no se acaba, aquella que no está turbada por el temor de morir; y esa es la vida que me espera mas allá del sepulcro. La existencia sin fin se me ha revelado como una vision luminosa, desde que he comprendido la permanencia eterna del sér con una sucesion de operaciones propias, la continuidad perpétua de mi indivíduo con una infinita diversidad de actos posibles, pero sin las vicisitudes del tiempo, que destruye y gasta todas las cosas materiales.

Se ha aclarado ya el misterio que me parecia incomprensible: cómo el espíritu finito sale de las condiciones del tiempo sin dejar de experimentar la sucesion.

¡Tales son los años eternos que no se cuentan por las revoluciones de los astros!

Pero, sin embargo, no puedo comprender que el espíritu esté igualmente independiente de toda relacion con el espacio; cómo vive sin hallarse comprendido en lugar alguno, y cómo no se halla circunscrito por la extension.

Dime, pues, eco misterioso que me instruyes, ¿es en el espacio donde se realiza la vida perpétua del sér espiritual? ¿Se halla limitada en alguna parte de las extensiones celestes?

La voz respondió así:

—Ya sabes muy bien que el espíritu no necesita para nada de la materia. Tus preguntas indican que tienes todavía bastante confusas las ideas acerca de su simplicidad.

El sér simple, por su misma naturaleza, no ocupa lugar, ni parte determinada de la extension. No tiene ninguna de las dimensiones que se realizan en el espacio: no tiene volúmen, ni peso, ni color, ni figura y no le conviene por ningun concepto el modo de ser de los cuerpos: por eso no se encuentra sometido á las leyes ni á las condiciones del espacio real.

Al tratar del espíritu, debemos afirmar respecto al espacio, lo que hemos afirmado respecto al tiempo. Así como la duracion de su existencia no es la duracion del tiempo astronómico, ni el curso de los momentos que miden las mudanzas de las cosas corporales, así la limitacion de su sustancia y de su modo de ser no es la permanencia ó posicion en un lugar, ni la limitacion inseparable de las cosas materiales.

El espíritu, siendo inmaterial, vive en el espacio absoluto.

Existe sin adherencia á la materia, y ninguna especie de materia obra sobre él, ni es capaz de impedir sus operaciones; porque la materia no es concebible sin relacion á un lugar, ó sea, á una parte determinada del espacio. Existe el espíritu puro, sin relacion á ningun lugar, porque carece de partes, y por tanto, independiente de posicion en el espacio (1). Existe en el espacio, sin hallarse circunscrito ó limitado por las dimensiones del lugar, pero

(1) «¿Dónde estaria (pregunta Bálmes), un espíritu puro que no tuviera ninguna relacion de causalidad ó influencia de ninguna clase sobre el mundo corpóreo? En ninguna parte. La respuesta no parecerá extraña, sino á quien no haya comprendido que la pregunta es absurda. En el caso supuesto no hay *dónde*, porque el *dónde* envuelve una relacion, y aquí no hay ninguna.—¿Dónde estarian los espíritus puros, si no existiese el mundo corpóreo? En ninguna parte: á no ser que se quiera decir que estarian en sí mismos. Pero entonces la palabra *estar* no significa la situacion de que hablamos aquí, sino mas bien ó la existencia del espíritu, ó su identidad consigo mismo.» *Filosofía fundamental*, lib. III, cap. XXVII.

existe de una manera muy diferente de la que concebimos en los cuerpos ó en sus elementos. Como que su sustancia es limitada, es evidente que no puede hallarse simultáneamente en todas partes, que su presencia tiene tambien un límite, y que su esfera de accion halla por necesidad un término: y por esto su vida se desarrolla en un punto mas bien que en otro. Pero ni el espacio le contiene, ni la superficie le sustenta, ni la dimension le encierra, ni la extension le mide, precisamente porque es *espíritu*.

Su modo de ser se refiere mas bien á su existencia como criatura, á la limitacion de la perfeccion de su sér, que no á la extension determinada del espacio, ó á que necesiten ocupar alguna parte de él.

Importa aclarar este punto, que es interesantísimo y fecundo en consecuencias.

Para esto debemos consultar los empolvados volúmenes de los antiguos Escolásticos, que con frecuencia nos sacan de apuros, mejor que las obras de los filósofos modernos.

Hablando Santo Tomás de la existencia de los ángeles en un lugar (y lo mismo se ha de entender del alma humana), la explica principalmente por su operacion, y por la limitacion de su poder. «No está en el lugar, dice, á la manera que los cuerpos. El cuerpo está en un lugar, en cuanto lo ocupa segun el contacto de su cantidad dimensiva; pero en el ángel no hay cantidad dimensiva, sino solo cantidad *virtual* (1), y por eso se dice que se halla en el lugar corpóreo, en cierto modo, por la aplicacion de su virtud á tal lugar: de donde resulta, que no se debe decir que el ángel es conmensurado por el lugar, ó que ocupa un si-

(1) Cantidad *virtual*, por cuanto la sustancia angélica no se extiende á todas partes para ejercer sus operaciones; pero siendo espiritual, no puede hallarse por sí misma en contacto físico con los cuerpos, sino en contacto virtual.

tio en la extension del espacio *(in contínuo)*, pues esto es propio del cuerpo localizado, segun la cantidad dimensiva. Tampoco se debe decir que es contenido por el lugar, porque la sustancia incorpórea, puesta en contacto virtual con una cosa corpórea, contiene á ésta y no es contenida por ella. Así como el alma está en el cuerpo como continente y no como contenida, de la misma manera el ángel se halla en un lugar corporal, no como contenido, sino como continente en algun modo (1).

»Pero no por eso puede hallarse en muchos lugares á un tiempo, como Dios, cuya virtud y esencia es infinita, porque la esencia y el poder del ángel, siendo finitas, no se extiende á todas las cosas, sino á una determinada: puesto que lo que se refiere á una sola virtud, es preciso que se refiera como una sola cosa. Por ejemplo: todos los séres del universo se refieren como si fueran solo uno, á la virtud universal de Dios; y del mismo modo algun ente particular se refiere como algo único, á la virtud limitada del ángel: de lo cual se infiere que no puede estar en muchos lugares á la vez, sino en uno solo. Algunos, sin embargo, erraron sobre esto: pues no acertando á elevarse sobre la imaginacion, concibieron la indivisibilidad del espíritu al modo de la indivisibilidad del punto; y por eso creyeron que no podia existir sino en un lugar como un punto. En

(1) *Suma teológica* part. I, qu. LII, art. 1, et *De Potent.* qu. III, artículo 19, y en el *Quodlibeto* XI, qu. I.—Es la doctrina comun de todos los Escolásticos, que solo difieren en cuanto á la razon fundamental próxima de la presencia del espíritu en determinado lugar. Mientras los Tomistas explican la presencia por la aplicacion del poder, ó por la operacion, los Escotistas la explican por su misma sustancia, como limitada, aunque no operen sobre el lugar; y Suarez añade que, esta presencia del espíritu en un lugar, solo significa su coexistencia con los cuerpos en tal lugar; pero, todos unánimes, confiesan que el modo de estar en un lugar, es enteramente diverso del modo de estar los cuerpos, puesto que los espíritus no están en lugar alguno por *extension*.

lo cual notoriamente se engañaron, porque el punto es lo indivisible *situado*, al paso que el espíritu es lo indivisible existiendo fuera del género de cantidad y localidad. No es, pues, necesario que se halle en un lugar determinado indivisible en cuanto al sitio, sino divisible ó indivisible mayor ó menor, segun que voluntariamente aplica su poder á un cuerpo mayor ó menor: y de esta suerte la totalidad del cuerpo sobre el cual ejerce su operacion, le corresponde como un solo lugar... De todo lo cual se infiere que es diverso el modo de estar en un lugar Dios, los espíritus y los cuerpos. Los cuerpos se hallan en un lugar circunscritos, porque son medidos por él: los ángeles, no circunscritos, porque el lugar no es su medida, sino definitivamente, en cuanto están en un lugar de modo que no están al mismo tiempo en otro; pero Dios no se halla ni circunscrito ni definido, porque está en todas partes (1).»

Medítense bien estas elevadas doctrinas, que representan los mas atrevidos esfuerzos de la sana filosofía, y se hallarán cada vez mas fecundas y verdaderas. Léase otra vez despacio esta página, y se observará que penetran raudales de luz en la inteligencia. ¡Cuán sublime concepto del espíritu, y de su relacion con la materia! ¡Que desatinadas nos parecen las utopias de los espiritistas modernos, al colocar la morada del espíritu en la atmósfera, ó en un rayo de luz ó en una estrella! ¡Qué triste papel hacen los que localizan en tal ó cual globo el punto de observacion del alma! ¡Qué insensatos son aquellos que han podido suponer que el espíritu padece frio, ó hambre ó tinieblas, como

(1) Obra citada, p. I, qu. LII., art. 2.—Los teólogos añaden otro nuevo modo de estar en un lugar, *sacramentaliter*, como el cuerpo de Jesucristo se encuentra en la Eucaristía, sin las condiciones de extension á que se hallan sometidos los otros cuerpos.—Véase Bálmes, FILOSOFÍA FUNDAMENTAL, lib. III, cap. XXXIII, que titula *Un triunfo de la Religion en el terreno de la filosofía.*

si todavía estuviera subordinado á las leyes de la materia!

El espíritu se esplaya en el espacio, sin ser contenido por él, á la manera que el pensamiento no ocupa lugar alguno en la region donde su mueve.

El espíritu está presente al lugar, sin que el lugar influya en su manera de ser. Lo mismo puede habitar en las profundidades del Océano, que en las alturas inaccesibles de los montes, y sobre las últimas capas del aire. Lo mismo puede hallarse dentro de las hirvientes lavas de los volcanes, que sobre los aguzados picos de hielo de los polos. Lo mismo puede atravesar la serena region del azulado cielo, que las gigantescas moles de duro granito y las lóbregas entrañas de los mas hondos subterráneos. Lo mismo puede volar durante los vivos resplandores del medio dia, que en las mas profundas tinieblas de la noche; y lo mismo se mueve en una apacible mañana de la primavera, que entre el fragor espantoso de la tempestad.

Él vive sin embarazo en cualquiera centro, le son indiferentes todas las latitudes, y no le afectan en manera alguna los elementos.

Es, por consiguiente, tan ridículo como absurdo creer que los espíritus solo se aparecen ó comunican durante la noche, ó que son interrumpidos ó puestos en fuga por la venida de la aurora. Para ellos es lo mismo la noche que el dia, y cuando comunican con los mortales por permision divina, pueden hacerlo en cualquiera lugar, en cualquiera forma sensible y á cualquier hora. El mero hecho de anunciar que solo pueden manifestarse durante la noche, basta para demostrar que son espíritus perversos, que únicamente se proponen engañar á quien hace caso de ellos. Es tambien absurdo creer que para comunicar con los vivos tienen necesidad de *medium*, ó que hay hombres privilegiados para desempeñar este oficio por sus aptitudes orgá-

nicas y físicas: y lo mismo que pueden ser atraidos ó evocados por medio de prácticas pueriles ó supersticiosas (1).

Se infiere tambien, que el espíritu puede existir, sin embarazo, en el lugar ocupado actualmente por cualquiera cuerpo, y por consiguiente puede sin obstáculo de ningun género atravesar los cuerpos, traspasar la materia y penetrar libremente en los lugares cerrados.

Otra de las consecuencias que salen de aquella doctrina, es que el espíritu no necesita de la luz material para percibir los objetos, á la manera que la memoria no necesita de luz para recordarlos. La operacion espiritual se verifica por un órden intencional, que nada tiene de comun con la materia, ni con las percepciones de los sentidos. Por consiguiente el alma, trasladada á Capella, veria los acontecimientos que ocurren en la Tierra, no como eran hace setenta y dos años, sino como son en la actualidad: no como los trae la luz por el espacio, sino como el alma los conoce objetivamente, segun su propio sér, aplicando á ellos su potencia intelectual; no con un retraso imposible, no siendo vistos con los ojos corpóreos, sino con la instantaneidad con que los reproduce el pensamiento, como si estuviera presente en el lugar. Es un solemne desatino decir que «la transmision sucesiva de la luz por el espacio es uno de los elementos fundamentales de las condiciones de la vida futura,» y que «para ser testigo de un acontecimiento histórico ó geológico de los tiempos pasados, bastaria á una persona, de tan penetrante vista, alejarse lo suficiente para el caso.» No es así como adquieren sus conocimientos las almas separadas, ni pudieran adquirirlos aunque estuvieran

(1) Por esto los antiguos apologistas ridiculizaban á los paganos, que creian atraer á los espíritus por medio de perfumes, ó viandas ó músicas.—Véase Gorres, *La mystique divine, naturelle et diabolique*, tomos IV y V.

dotadas de los mismos sentidos corporales que en la Tierra, por causa de la limitacion de éstos.

Enseñaban con mucha verdad los Escolásticos, á quienes ninguno ha aventajado en solidez de razonamiento y sutileza de ingénio, que la distancia local no puede impedir los conocimientos de alma separada, en todo el espacio que abraza la esfera de su actividad. Cuán vasta sea aquella esfera, podemos inferirlo por la que tiene actualmente nuestro pensamiento y nuestra voluntad.

Para demostrar este aserto, probaban que el alma no adquiere sus conocimientos por medio de las especies sensibles, en cuyo caso la distancia local los impediria, como impide las sensaciones.

« Creian algunos, escribe el príncipe de los teólogos, que el alma separada conoce las cosas singulares por abstraccion de los objetos sensibles. Si esta opinion fuese verdadera, podria decirse que la distancia local impediria los conocimientos del alma, porque seria preciso que las cosas sensibles obrasen sobre el alma separada, ó que el alma obrase sobre ellas: y para una cosa ú otra seria preciso una distancia proporcionada. Pero esto es imposible, porque la abstraccion de las especies de los objetos sensibles se verifica por medio de los sentidos y de las potencias sensitivas que no subsisten en acto en el alma separada. Ésta, pues, conoce los objetos singulares por la influencia de las especies recibidas de la luz divina, para la cual es lo mismo lo cercano y lo distante. De donde se infiere que la distancia no es un obstáculo para los conocimientos del alma (1)».

Hé aquí cómo el alma nada recibe de los objetos exteriores sensibles, y sin embargo, los conoce con aquella luz participada, infundida por la inteligencia divina en toda inteligencia creada.

(1) Obra citada, cuestion LXXIX, art. 6.

Por esta parte no necesita el alma mudar de lugar, porque no hay proporcion entre la distancia material y el alcance de las potencias del espíritu. Para esto solo necesita concentrar su atencion en el punto que desea observar, y se le representará como es en aquel instante, por mas que la luz material tardase años y siglos en recorrer aquella distancia en donde suponemos colocada el alma. Decir, pues, que la luz lleva eternamente por los espacios la historia de la Tierra y de todos los astros; añadir que esta historia, con todos sus acontecimientos, podria ser fotografiada en algun astro oscuro en las profundidades celestes, para ser eternamente leida, es una verdadera simpleza.

Uno de los dotes mas inapreciables del alma, es dominar la extension inconmensurable de los cielos, y dilatar sus miradas por los innumerables mundos que pueblan los espacios. Pero como su capacidad no basta para abarcar simultáneamente todos los objetos que hay en ellos y retener todas las ideas de los mismos, es preciso que los entienda de una manera sucesiva.

De aquí se infiere tambien que, el progreso del espíritu, que se supone incesante, no es la adquisicion de perfecciones esenciales, como dicen los discípulos de Reynaud, sino el progreso de conocimientos que caben en la limitacion de la inteligencia. De lo contrario todas las inteligencias serian iguales con el tiempo, las angélicas y las humanas, y éstas entre sí; lo cual es imposible, no solo porque hay entre ellas diversos grados, sino por los diversos objetos á que se aplican unas y otras. Una criatura finita, como es evidente, no puede abarcar en una ojeada toda la inmensidad.

Tales son las trascendentales consecuencias de no estar el alma contenida en la extension.

Además, y para la mayor perfeccion de sus operacio-

nes, puede trasladarse de un punto á otro con una velocidad superior á la de la luz, con una velocidad de la cual solo puede dar idea la rapidez actual de nuestro pensamiento.

Esta velocidad no se mide, sin embargo, por cientos ó miles ó millones de leguas, expresiones que no tienen sentido, ni aplicadas á la extension indefinida del espacio, en el cual no hay límites asignables sin que podamos imaginar un mas allá, ni aplicadas al modo de ser propio del mundo espiritual.

Esta velocidad no se mide por la duracion, como los movimientos de los cuerpos, que se calculan por el tiempo transcurrido.

No olvidemos lo que es un espíritu: recordemos una vez mas, que no depende para nada de la materia. Su modo de moverse no es parecido al de los cuerpos, para los cuales la distancia local recorrida está en proporcion con el tiempo. Si fuera así, estarian los espíritus verdaderamente contenidos en el espacio, y la extension seria una propiedad de ellos.

No nos dejemos alucinar por la imaginacion.

Desde el momento que admitimos una sustancia simple, es claro que su movimiento para pasar de un lugar á otro no guarda ninguna relacion con el universo corpóreo. Nada significan para el espíritu las extensiones estelarias de las mas lejanas nebulosas; nada los universos perdidos en el fondo de los cielos, cuyos rayos no podrian llegar á la Tierra en millones de años. Todo esto tendria valor, si se aplicase al movimiento de un cuerpo; pero no si se aplica al movimiento de un espíritu.

Si un espíritu recibiera una mision divina, no emplearia seguramente en el camino ciento treinta y ocho billones de siglos, viajando á razon de cien leguas por hora,

desde una nebulosa alejada de la Tierra setecientas veces la distancia de Sirio al Sol. El espíritu puede atravesar las mas enormes distancias con una velocidad casi instantánea, y se mueve de un lugar á otro segun su voluntad.

Esta es otra de las propiedades mas excelentes del alma.

En su mano está recorrer los espacios, visitar los mundos, pasear los cielos y lo hará indudablemente, en virtud de su actividad incesante, para encontrar á cada paso un nuevo motivo de alabar y glorificar á Dios. Pero parece impropio de la sabiduría divina dar una mision para tardar en cumplirla el fabuloso tiempo de mas de doscientos billones de siglos, y que el espíritu, que puede atravesar los espacios con mas rapidez que la luz misma, camine con una lentitud relativa, como para prolongar el camino. Sí; los espíritus son enviados por Dios, y esto nadie lo duda, puesto que en muchas ocasiones la humanidad ha experimentado su influencia bienhechora; pero ¿creeis que cuando alguno es destinado á algun planeta lejano, se contentaria con ajustar su marcha á una velocidad de cien leguas por hora? ¿Es admisible que hallándose el universo poblado de espíritus superiores, en mayor número que las arenas del mar, fuese destinado uno á los últimos confines, empleando millones de millones de años en el camino? Creamos, pues, que las estupendas *Narraciones del Infinito*, y el pretendido espíritu que las hace, son meramente caprichos de la calenturienta imaginacion del autor.

Al recorrer los vastos horizontes de la vida futura, otras son sin duda las nobles ocupaciones del alma. Seria una aberracion suponer que los siglos infinitos de su existencia pudieran transcurrir en viajes ociosos, en movimientos estériles, pasando cientos de siglos sin algun objeto digno de sus excelentes dotes y de su duracion perpétua.

El alma inmortal tiene sin duda destinos inmortales.

Pero ¿cuáles son éstos?

Ciertamente es una cosa grande contemplar todas las maravillas del universo, recorrer los mundos, conocer los infinitos séres que ha producido la diestra del Omnipotente, saber el estado de las humanidades estelarias y conversar en la mas envidiable armonía con los otros bienaventurados espíritus.

Esta es la felicidad que ambicionaban algunos antiguos filósofos.

Pero una razon ilustrada comprende sin esfuerzo que no es suficiente para nuestra alma, y que no llena sus legítimas aspiraciones. El conocimiento del universo material, por sí solo no satisface al alma, porque ella sola vale mas que todo lo corpóreo. No merece el nombre de felicidad, conocer una cosa de un órden inferior; y aunque no existiera el mundo visible, nuestra alma podria hallar en otra parte una felicidad adecuada y completa. Luego el conocimiento del universo, con todas las criaturas, pertenece á un órden de felicidad muy secundario. Asimismo, el conocimiento del mundo espiritual proporciona en verdad una dicha de órden mas elevado, pero tambien insuficiente, porque es finita. Se comprende, pues, que la vida eterna del alma, y el espacio inmenso para desarrollar su actividad requieren un destino mas elevado.

El alma necesita para llenar sus deseos un objeto eterno é inmenso.

¡Dios!

Dios mismo, que la crió para sí, para su gloria y para su misericordia, y que es el fin último del alma, como fué su primer principio.

Su divina providencia cuida hasta del mas ínfimo insecto; su gobernacion sapientísima abraza á todas las cria-

turas, desde las estrellas mas luminosas hasta el último infusorio. ¿Y no tendria tambien cuidado actual de las almas? ¿Y no las gobernaria en la otra vida? ¿Las dejaria abandonadas á sí mismas, navegando á su capricho por los campos de la inmensidad?

Dios está en todas partes, y todos los séres tienen necesidad de Él. Así como los conserva en la existencia, sin lo cual perecerian, del mismo modo los rige y los conduce segun los incomprensibles designios que se propuso en la creacion.

El órden y la perfeccion del universo, la unidad y la armonía entre todas las criaturas, que contribuye á su propia felicidad, exigen que la vida del alma separada, libre de las falaces ilusiones de los sentidos, y no dominada por deseos desordenados, realice en todos sus movimientos sus incesantes tendencias hácia el bien. En aquel estado, las almas, aunque ejerciendo plenamente su libertad, no tienen peligro de errar ni de caer, porque su inteligencia es clara, su voluntad recta y su amor puro, y porque todos los objetos que la rodean contribuyen á su perfeccion. Las tentaciones han desaparecido desde que con la muerte desaparecieron las ilusiones, y la facilidad de pecar; y ya las almas se dirigen en todos sus movimientos al bien absoluto, al bien infinito é inmutable, á la union moral con el mismo Dios (1).

Tal es el fin último de la providencia divina. Cuando en su eterna sabiduría, decretó realizar la armonía univer-

(1) Verdad es esta que conocieron los filósofos paganos. «En todos los hombres, decia el retórico Dion, se encuentra un gran deseo de reverenciar á los dioses y de adorarlos. Como los niños apartados de los brazos de sus madres, experimentan un indecible deseo de volverlas á ver y de abrazarlas, y tienden frecuentemente sus manecitas hácia ellas y guardan su recuerdo hasta en sus sueños, de la misma manera el hombre no puede desembarazarse de la idea que tiene de los dioses, ni del deseo de verlos y de morar en su compañía.»—*Oratio de Dei cognitione.*

sal en todos los séres, no habia de negarse á sí misma, dejando subsistir el desórden en el mundo de los espíritus, las mas nobles y excelentes de sus criaturas. ¿Para qué les habria dado por patrimonio los siglos infinitos y las extensiones ilimitadas, sino para unirlas á Él, haciéndolas participantes de su eternidad y de su inmensidad?

Hé aquí cómo una razon ilustrada nos conduce á la fé.

El convencimiento de la grandeza del hombre respecto del tiempo y del espacio, ha sido una especie de iluminacion que nos ha hecho conocer la verdad de la bienaventuranza cristiana. Sí; la razon no siente ya ninguna dificultad en aceptar el dogma como nos lo enseña la Iglesia, pues sabe que la union con Dios es una gracia puramente sobrenatural.

Permanece todavía envuelto en el misterio, y se concibe mejor que se explica: es cierto. Pero concebimos tambien sin esfuerzo alguno, que la alabanza y el amor de Dios, la sumision completa y absoluta á Él, y la satisfaccion inefable de hallarnos enteramente conformes con su santa voluntad, es el único destino digno de nuestra alma inmortal.

Concebimos tambien, sin dificultad alguna, que el deseo de nuestra alma y su dicha completa, no habia de limitarse solamente á conocer la existencia del Sér Supremo por el conocimiento de sus criaturas, sino á conocerle en sí mismo, en su naturaleza y en sus infinitas perfecciones. Pero como no alcanzan á tanto nuestras facultades naturales, preciso es que Él mismo se nos manifieste y se nos muestre, para satisfacer nuestras aspiraciones: y este favor debe ser un premio concedido á la virtud. De lo cual se infiere lógicamente, que la recompensa de los justos en la vida futura será el conocimiento claro y la vision intuitiva de Dios.

Concebimos tambien que, en cuanto conozcamos á Dios, necesariamente hemos de amarle con todo nuestro corazon, con todas nuestras potencias, con todo nuestro sér, y que este amor inmenso, efecto del conocimiento, nos ha de hacer soberanamente felices.

El cielo cristiano, la bienaventuranza de los elegidos no es otra cosa que la satisfaccion de estos deseos naturales del alma, y el ejercicio de sus operaciones, elevadas al órden natural.

El hombre es siempre por su naturaleza un sér religioso.

¿Y quién se atreveria á suponer que el alma pierde todos sus sentimientos religiosos, al entrar en la vida eterna, precisamente cuando se halla mejor en estado de dirigirlos hácia su verdadero objeto, y cuando mas que nunca se siente atraida por su aspiracion á lo infinito? Precisamente cuando se acerca el momento de la muerte, cuando el mundo visible se vá sumergiendo en profundas sombras; cuando todos los objetos desaparecen, en aquel momento el pensamiento de Dios renace en todos los hombres, aun en aquellos que durante su vida le tuvieron olvidado, y se constituyeron en apóstoles de la incredulidad: « *Al aproximarse el momento de la muerte*, como escribia Plinio, *todos créen en la divinidad, y se acuerdan de que son hombres.*»

Este es por lo tanto el principal pensamiento que domina al alma en la vida futura.

Ante sus ojos se abre lo infinito del tiempo, y lo infinito del espacio; pero no es ese sin duda el infinito á que ella aspira. No es ese el infinito á que la encaminan sus instintos y sus necesidades; no es ese el infinito que la conmueve y la atrae, que llena todas sus aspiraciones, y eleva todas sus facultades. Es el Sér soberanamente perfecto, eterno, inmenso, bien sumo, centro y principio de

su vida, y fin de su felicidad: es, en una palabra, el mismo Dios.

La contemplacion de las maravillas celestes; los destellos de los soles de colores; los fantásticos paisajes de los mundos; los dorados y transparentes océanos; las magníficas ciudades planetarias; las riquezas de la naturaleza y del arte, y la infinita variedad y hermosura de los séres que allí viven, y aun las inestimables grandezas del mundo espiritual, no podrian dar á nuestro corazon el reposo que anhela y la dicha porque suspira, superior á todas las cosas finitas y limitadas. No queremos la creacion, sino al mismo Criador (1).

(1) Idea expresada con la mayor elegancia por San Agustin: «¿Qué es lo que yo amo cuando os amo? No es la hermosura corpórea, ni la bondad transitoria, ni la luz material agradable á estos ojos: no las suaves melodías de las canciones, no la gustosa fragancia de las flores ó perfumes, no la dulzura de la miel, ni, en fin, deleite alguno del tacto ó de los sentidos del cuerpo. Nada de eso es lo que amo, cuando amo á mi Dios; y no obstante, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite cuando amo á mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y delicia de mi alma. Resplandece entonces en mi interior una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebata el tiempo; se siente una fragancia, que no la esparce el aire; se saborea un manjar que no se consume, y se posée estrechamente un bien tan delicioso, que por mas que se goce y se sacie el deseo, nunca se deja por fastidio. Pues todo eso es lo que amo, cuando amo á mi Dios... Pero ¿Qué es esto? Yo pregunto á la Tierra, y me respondió: «*No soy yo eso*, y cuantas cosas se contienen en la tierra, me respondieron lo mismo. Pregunté al mar y á los abismos, y á todos los animales que viven en las aguas, y me dijeron: «*No somos tu Dios; búscale mas arriba.*» Me dirigí al aire que respiramos, y á las aves que le cruzan, y respondieron: «*No somos tu Dios.*» Llamé á los cielos, al sol, á la luna, á las estrellas, y contestaron tambien: «*No somos ese Dios á quien buscas; búscale mas arriba.*» Entonces dije á todas las cosas que por todas partes me rodean: «Ya que todas vosotras no sois mi Dios, decidme, por lo menos, algo de Él.» Y con una gran voz exclamaron todas: «*El es el que nos ha hecho.*»—CONFESIONES, lib. X, cap. VI.—Mas adelante prosigue: «Buscaros, Dios mio, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma.»—Al fin remontándose sobre toda la naturaleza y sobre todos los espíritus, hasta el trono de Dios, ya no renovó su

¡Oh! Entonces, habiendo salido del tiempo y de la mudanza, y conociendo la limitacion de las criaturas y la excelencia divina, entonces es cuando el espíritu se dilata en la contemplacion de la divinidad. Entonces es cuando el conocimiento de Dios, sol de las inteligencias, derrama en nuestras almas sus mas vivos resplandores. Entonces es cuando le adoraremos rendidos, y le tributaremos toda la gloria que permite nuestra capacidad. Entonces es cuando sabremos que éste es nuestro eterno destino: que ésta es la gloriosa condicion de nuestra vida nueva. ¡Por toda la eternidad!

Al conocer á las criaturas, le admiramos en sus obras y le glorificamos en ellas: al conocerle á Él en sí mismo, como se nos revela por la luz de la gloria, le adoramos humildemente con todo nuestro sér.

Así lo infinito del tiempo, y lo infinito del espacio, que se nos concede como condicion de la vida futura, se encuentra en relacion con lo infinito de nuestro destino.

¡Con cuánta razon exclamaban nuestros místicos:

« Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera! »

Levantad vuestros corazones, ¡oh mortales !¿Cómo estais apegados á esta vida terrena, llena de ignorancias y miserias? Animad vuestras esperanzas, y saludad ya desde ahora la proximidad de vuestra vida gloriosa. ¿Cómo no suspirais ya por ella?

¿Habrá todavía quien tenga temor á la muerte? Estos desgraciados merecen lástima. O no créen, ó no comprenden la inmortalidad, ó no son dignos de ella.

pregunta, sino que le adoró, y la paz penetró en su corazon: paz completa y llena de dulzura, como la que sigue á una gran tormenta y exclamó: «*Mi corazon ha estado inquieto hasta descansar en Vos. Solo Vos le habeis dado la paz, porque sois mi Dios, y en Vos se encuentra la satisfaccion eterna.*»

III.

LA VERDADERA LUZ.

¿Has comprendido ya en toda su importancia las narraciones anteriores? ¿Has entendido la verdadera relacion del espíritu con el tiempo y con el espacio?

Esta es la clave de la vida futura bajo el punto de vista natural.

Es ciertamente una vida superior á la de todos los séres que vemos, la que ha salido de las contingencias de la mudanza y de los impedimentos de la extension. Es una vida elevada la que, sin temor á la muerte, descubre delante de sí una série interminable de siglos, y puede espaciarse por una série interminable de distancias. Es un modo de ser que sin duda alguna ejerce la mas honda influencia en el estado natural del alma, y en sus ideas y operaciones.

En aquellas condiciones, fuera del tiempo y del espacio, es evidente que las facultades y las potencias, las ideas

y los afectos, han de sufrir una modificacion profunda: como la experimentaria un ciego de nacimiento que recobrase de repente la vista. ¿Cuál no seria su asombro? ¿Quién podria concebir su admiracion? ¡Cómo se disiparian de repente todas sus dudas, se desvanecerian sus errores, se modificarian sus juicios, se cambiarian sus opiniones!

¿Qué nos sucederia en la vida presente, si de repente nuestros ojos adquiriesen la facultad de ver en las tinieblas y á través de las paredes, si pudieran distinguir los animales microscópicos, y percibir á simple vista los séres que habitan en los astros mas lejanos?

¿Qué sucederia, si además pudiéramos trasladarnos de un punto á otro con la rapidez de la electricidad, sin esfuerzo y sin fatiga, pudiendo hallarnos en un mismo dia, y casi en una misma hora en Madrid, en París, en Roma, y en las principales capitales de Europa? ¿Qué sucederia, si domináramos en cierto modo nuestro globo, pudiendo recorrerlo casi instantáneamente en todas direcciones, y hacer sentir nuestra presencia en el punto que mas nos agradara?

Una sola de tales cosas bastaria para transformar por completo todas nuestras relaciones terrestres, nuestras ideas y nuestros planes, y todo el modo de ser de la sociedad humana. Todas reunidas formarian un mundo enteramente nuevo y distinto de lo que conocemos: un mundo superior á los mas atrevidos esfuerzos de la imaginacion.

Casi todos nuestros conocimientos, nuestras ciencias, nuestras leyes, nuestra industria y nuestras artes, tal como hoy se hallan, serian completamente inútiles. Nuestras costumbres y nuestros hábitos habrian variado; nuestras necesidades serian otras; nuestra dependencia de la materia seria mucho menor que ahora: y la actividad hu-

mana, desenvolviéndose en un campo tan extenso, sin haber de luchar con los innumerables obstáculos que actualmente la detienen, se aplicaria con el mayor éxito á objetos mas vastos y elevados.

Es evidente que en un mundo de estas condiciones, se atenderia principalmente al cultivo del espíritu, porque las necesidades físicas serian menores y se hallarian fácilmente satisfechas. La razon es clara: porque recorriendo todo el globo habria medios mas abundantes de proveer á ellas, dominaríamos la posicion y el lugar, los climas y las estaciones, y todas las especies de la vida animal y vegetal.

Es asimismo evidente que en tales condiciones desaparecerian casi todas las causas y ocasiones de nuestros errores, debidos comunmente á la ignorancia, á la limitacion de nuestras facultades, ó á la pasion. Raras veces se peca por pura malicia: muchas, por concupiscencia, por flaqueza ó debilidad.

Lo que hoy constituye los mas gloriosos descubrimientos de las ciencias, seria entonces nuestro estado normal, puesto que con nuestros ojos veríamos mas que con los microscopios y los telescopios; y nuestros medios de locomocion nos darian multitud de conocimientos, que hoy no se adquieren sino de una manera incompleta y á costa de mucho trabajo.

Hé aquí una pálida imágen de nuestra entrada en la vida futura.

Semejantes al ciego de nacimiento, abrimos nuestros ojos á un mundo enteramente nuevo, distinto de todo lo terrestre, y nos abismamos á un mismo tiempo en los siglos infinitos y en los horizontes inmensos. Nuevas perspectivas se presentan á nuestras atónitas miradas: nuevos modos de ver penetran de repente en nuestra inteligencia: nuestras

ideas se ensanchan y aspiran á hacerse universales: nuestros errores se disipan como por encanto, porque sin esfuerzo alguno, se ven las cosas tales como son: nuestras opiniones cambian, porque la verdad se nos aparece en todo su explendor, se nos impone con su evidencia, y nos obliga á prestarle nuestro asentimiento. Nadie puede obstinarse contra su testimonio, como nadie puede negar la luz del sol.

Todos los dias mueren hombres obcecados en su propio juicio, víctimas de graves errores, algunos profesándolos de buena fé, otros seducidos por las apariencias, y á veces defendiéndolos sistemáticamente contra los que afirman la verdad. Todos los dias mueren hombres cargados de crímenes, manchados de vicios, abrumados de remordimientos, extraviados en sus sentimientos y en sus costumbres. Pero en esta vida, como es bien sabido, las negaciones, las dudas y los extravíos, no son otra cosa sino el reflejo de las miserias del alma, que con frecuencia se ha visto colocada en tan miserable estado por una mala educacion, ó por otras causas agenas en principio á su voluntad.

Es imposible de todo punto, que tal desórden subsista en la vida futura.

Así como los culpables son confundidos por el testimonio de la propia conciencia, y ellos mismos se reconocen dignos de castigo, y no pueden menos de aceptar como justa y merecida la pena que se les impone, de la misma manera los que llevan la inteligencia oscurecida por el error se sienten abrumados por el peso de la verdad, y no pueden resistir á la evidencia.

De la vida terrestre solo se conserva lo que es verdadero, lo que tiene carácter imperecedero, pero lo que es error, lo que es preocupacion, lo que es falsedad, se desvanece de repente como las visiones engañosas de un sueño,

ó como las pálidas nieblas que coronan las crestas de los montes.

Los partidarios del materialismo, que no reconocen otra cosa que las fuerzas ciegas de la naturaleza, ¿podrán negar la existencia del espíritu cuando se hallen en medio de ellos? ¿Podrán negar la creacion, cuando todas sus magnificencias están dando testimonio del poder de Dios? ¿Podrán desconocer á ese Dios, cuya presencia se les revela con indecible majestad, y que les pide cuenta de sus dones?

Los que han negado las verdades mas claras, morales y religiosas, para fingirse una moral y una religion á su capricho, ¿es posible que permanezcan en su obstinacion y en su incredulidad, desde el momento que abriendo los ojos á los horizontes eternos, oigan los himnos de adoracion de todas las criaturas que glorifican á su Hacedor?

¡Ah! en la vida futura se encuentra la razon de todas las razones.

Allí se hallará desde el primer instante la evidencia de todas las verdades.

Allí se posee la certeza absoluta que nace del acto directo de las facultades intelectuales.

Allí no es posible el error.

No sucede allí como en la tierra, que el alma, buscando afanosamente la verdad, se lanza tras de todos los sistemas filosóficos como la barquilla perdida en alta mar á merced de todos los vientos.

Desde que el pensamiento no siente delante de sí las vacilaciones de la duda y los temores del extravío, eleva su atrevido vuelo hasta las alturas mas inaccesibles del sér, y sin detenerse en ninguno de los objetos creados, como poco dignos de su nobleza, viene á parar al Sér infinito.

Dominando desde su altura el tiempo y el espacio, nada de lo que se contiene en el tiempo ó en el espacio, puede

engañarle ó alucinarle como en la tierra. Ninguna de las cosas visibles le ocultará sus secretos, porque el conocer las cosas tales como son, y aprecirlas en su justo valor, es su *condicion natural*. No adquirirá la omnisciencia, es cierto; ni adquirirá la ubicuidad intencional, como objetaban algunos Escolásticos, por el conocimiento simultáneo ó sucesivo durante la eternidad, de todos los séres del espacio. Su inteligencia, por grande que sea, tiene sus límites, y no puede salir de su esfera. Pero podemos conceder que en la duracion interminable de su existencia, recorrerá, si gusta, todos los lugares del espacio, y conocerá sucesivamente, segun la oportunidad, todos los séres que le habitan. La inmensidad no cabe en una sola mirada del alma: nadie lo duda, y creo que nadie llegará á formarse este concepto erróneo de su estado futuro. Pero, semejante á los que hallándose en una eminencia contemplando un vasto panorama, pueden fijar preferentemente su atencion en tal ó cual punto, hasta lo que alcance su vista, del mismo modo podremos en la inmensidad fijarnos en aquellos objetos que queremos, y trasladarnos á ellos sin que nos importe la distancia. Así como tenemos una tendencia irresistible hácia el bien, tenemos tambien una tendencia no menos irresistible hácia la verdad: y el hombre, considerado en sí mismo, podria cansarse de gozar, antes que de saber.

No sucede sin embargo así, en aquella vida, donde todas las facultades naturales, siendo legítimas, adquieren toda la espansion posible, y poseen toda la actividad y energía de que son capaces.

Aprenderemos por intuicion, porque la inteligencia es una facultad esencial de nuestra naturaleza, que en aquel estado no entiende por medio de los sentidos. Tanto como es elevado el modo de ser, tanto es tambien elevado el modo de conocer. Tanto como es dilatado el campo de la vida,

tanto esa vida es mas exuberante y mas rica. Tanto como es mas noble la naturaleza del espíritu, tanto es mas excelente y mas perfecta su operacion.

¿Y cómo se ha de comparar nuestro estado presente con el estado espiritual?

Aun durante esta vida, *vemos* durante el sueño, de una manera muy distinta que cuando nos hallamos despiertos, pero *vemos*: y distinguimos los objetos que se nos representan. No son ciertamente nuestros ojos corporales los que *ven* entonces, como es evidente; ni en virtud de la luz del sol, puesto que dormimos y soñamos en las tinieblas de la noche. Y sin embargo, se nos representan muchos objetos *nuevos* y con la mayor claridad, de suerte que podemos formar sobre ellos juicios verdaderos. Esto prueba que el alma, aun unida al cuerpo, puede obrar muchas veces sin el auxilio de los sentidos. Y aunque se conceda que los sueños no son otra cosa que representaciones de las impresiones recibidas en el estado de vigilia, lo cual no siempre es cierto, siempre será verdad que las visiones tenidas en ellos son de un órden distinto que las de la vigilia, y algunas dejan en nosotros huellas tan profundas como si fueran cosas sucedidas en realidad. Pero despues de la muerte veremos de un modo muy diferente, porque la causa actual de nuestras percepciones, ó sea la materia, no obra sobre el alma separada; y hasta nuestro cuerpo, órgano natural de aquellas, ha desaparecido para nosotros y de nada puede servirnos.

Debemos tambien observar que las sensaciones producidas por la luz ó por el sonido no tienen ninguna semejanza con la materia que las produce, como la tienen nuestros sentidos, precisamente porque son materiales. La luz es la misma para todos en el medio dia, y sin embargo, cuanto mas perfectos y sanos son los ojos, la vision es mas clara y

penetrante en unos que en otros. No hay que confundir la sensacion con el sentido, ni la percepcion con su medio, pues si estuviéramos dotados de sentidos mas numerosos, podríamos percibir un mismo objeto de muchos modos diferentes. Por eso las percepciones del alma en la otra vida, verificándose por un acto directo, deben ser de un órden muy superior á las que ahora adquiere por los sentidos, y contempla el objeto en su totalidad y en su conjunto, mas bien que por aspectos parciales. Así *ve* sin luz y *oye* sin aire conductor del sonido; ve sin ojos y oye sin oidos, y ve y oye, mas y mejor que los sentidos podrian alcanzar.

Luego por la misma razon ve y conoce las cosas invisibles, las sustancias inmateriales; y claro es que en conociéndolas, ha de comunicar con ellas. Dos inteligencias puestas en contacto, son como dos espejos puestos uno enfrente de otro, que mútuamente se trasmiten y multiplican las imágenes que reproducen, y tambien su propia imágen. El alma conoce por su naturaleza á otras almas; y hé aquí, cuán grandioso espectáculo se le presenta de repente al salir de esta miserable vida. Este solo conocimiento bastaria para operar una revolucion tan profunda en todas sus ideas, que modificaria instantáneamente todas las que lleva de la tierra.

Además comunica con ellas, y con los otros espíritus.

Como el viajero que al entrar en una ciudad desconocida se ve precisado á dirigir mil preguntas á los transeuntes, así el alma que de repente se halla trasportada al mundo de los espíritus, se ve en la necesidad de expresar su asombro al entrar por primera vez en su propia pátria. ¿Qué pasa entonces por ella? ¿Qué luz deslumbradora la inunda? ¿En dónde está? ¿Quiénes son esos que la rodean? ¡Cómo se rasga el velo que le ocultaba los misterios de la naturaleza! ¡Cómo se derrama su mirada por el espacio sin fron-

teras! ¡Cómo penetran en su interior mil ideas nuevas! Hé aquí la solucion de tal enigma, la explicacion de tal problema, la aclaracion de tal duda. Hé aquí conocido el error, disipada la ignorancia, descubierta la falsedad, extinguido el fuego de la pasion desordenada; y como consecuencia, rectificado el juicio, bien dirigido el deseo, purificado el afecto. Estos cambios tan radicales, nacen espontáneamente de su nueva situacion.

Pero ¿cuál es el lenguaje misterioso de que se vale para comunicar con los moradores de aquel mundo superior?

En esta vida el hombre manifiesta sus pensamientos por medio de ciertos signos exteriores, la voz, el gesto ó la escritura; pero estos signos, forma sensible del pensamiento, son, sin embargo, distintos de él, como lo prueba con toda evidencia la diversidad de lenguas y la diversidad de caractéres empleados en diversos pueblos, por ejemplo: el hebreo, el árabe, ó el chino. Leemos fácilmente cualquier escrito en castellano, y nos seria imposible leer el mismo escrito en siriaco. Todos los dias recitamos la oracion del *Padre Nuestro* en nuestra lengua, y no entenderíamos una palabra de ella si la oyéramos en ruso ó en indio. Por eso, aunque la palabra ó el signo sean el vehículo del pensamiento, sin embargo, el pensamiento no está encarnado en el signo ó en la palabra. Depende, por consiguiente, de un acto intencional, voluntario é interno, y la palabra no es necesaria para expresarlo, puesto que muchas veces lo comunicamos con una simple mirada.

Luego el lenguaje de los espíritus, no formulado con palabras ni signos, consiste en dirigirse mútuamente sus pensamientos por un acto voluntario. Y hé aquí cómo de nuevo encontramos que las opiniones de la teología son mas profundas y razonables que lo que creen sus desdeñosos adversarios.

Luego aquel lenguaje es uno mismo para todos ellos, como es una misma su naturaleza, y uno mismo su modo de conocer, y uno mismo el modo de su operacion y por consiguiente el modo de comunicar sus ideas. Aquel lenguaje, uno para todos, es tambien para todos uniforme y verdadero, porque el pensamiento se halla conforme á los principios absolutos de la verdad eterna y á la realidad objetiva de las cosas criadas, objeto muchas veces de la conversacion espiritual.

Luego es cierto que los espíritus entienden y comunican por ideas universales: y no hay que extrañarse que desde su entrada en la otra vida, el alma adquiera, como dote de su naturaleza, la multitud de ideas y conocimientos dichos; y por consiguiente que se desvanezcan desde luego los errores y preocupaciones que de aquí lleva, y que en lo sucesivo no sea posible el error.

Se infiere por último, que es uno el mundo de todos los espíritus, por la semejanza de su naturaleza y facultades, aunque haya entre ellos diversos grados de perfeccion personal: que es una misma la sociedad que forman, y que no hay allí diversidad de naciones ó de pueblos ó de mundos: que sus incesantes ocupaciones no pueden ser otras que la realizacion de la verdad y del bien, que conocen y aman: y que aun considerado bajo el punto de vista natural, el fin del alma es Dios, ella no vive sino para Él, ella le glorifica y le bendice, y se somete toda entera á su adorable voluntad.

Ahora se comprenderá otro punto de la mayor importancia.

No solamente se corregirán los errores que el alma padecia en la tierra, y se purifican sus ideas, sino que tambien se desvanecen por la fuerza misma de las cosas y sin mérito alguno de su parte, todos sus afectos desordenados.

En vano el amante adúltero jurará á su cómplice un amor eterno, en vano la pasion hará alarde de sentimientos imperecederos, en vano se querrán estrechar los lazos de ciertas uniones criminales prometiéndose continuarlas mas allá del sepulcro: todo eso desaparecerá como el humo cuando se hayan abierto los ojos del alma, y comprenda su degradacion. Solo perseverarán aquellos afectos, que por ser legítimos, naturales y honestos, respondan á una aspiracion racional del alma, y reciban por su misma índole, un carácter estable, como los amores de padres, hijos, esposos, hermanos y amigos fieles, y de todas aquellas personas que no se unieron para algun objeto ilícito, ó para algun acto torpe: éstas, por el contrario, causarán horror.

Es natural que tambien se perderán los amores hácia aquellas personas que, aunque ligadas á cada uno por los lazos de la sangre, consta claramente que serán indignas de amor por su perversion moral. Se las compadecerá, es cierto, pero no será posible estimarlas, y se reconocerá la justicia de su castigo. No son pues los teólogos tan feroces, como piensan algunos escritores ignorantes, cuando enseñan que las inclinaciones y afectos naturales no habrán de sobrevivir á la ejecucion de la justicia eterna.

No estamos ya en la Tierra, ni hemos de juzgar por lo que aquí sucede. Por criminal que sea aquí un padre ó un hermano, cuando es condenado por la justicia humana, su ejecucion causa una pena indecible, en la que entran por iguales partes el amor, el sentimiento, la compasion, y la afrenta de la familia. En la otra vida, el sentimiento del órden universal y el amor del bien absoluto, prevalecen sobre todos los afectos terrestres, y por eso solo se conservan aquellos que concurren á dicho órden, y no son incompatibles con las tendencias superiores hácia el bien. Nadie se admire de esto, recordando cuán diferente es el modo

de ver y apreciar las cosas en esta vida y en la futura.

En cuanto á los mismos culpables, es natural que sus afectos, apartados de su objeto propio, se conviertan en remordimientos. Y no hay que hablar de aquellas cosas que, habiendo esclavizado al hombre en la tierra, ahora, por ser bienes materiales y engañosos, no merecen fijar la atencion del espíritu. Claro es que todo aquello desaparece con el cuerpo, y apenas queda su recuerdo. Pero á cada uno se pedirá estrecha cuenta del uso que hizo en la tierra y serán castigados por haber amado lo que no era digno de amor y lo que ya no pueden amar.

Esto les ha de producir un dolor intenso: no solamente por la decepcion de haber perseguido un bien falaz con muchos afanes, sino por comprender que se apartaron del verdadero bien. Erraron su camino, y se desviaron de su fin, sin esperanza ya de volver á él, porque sus delitos son una nota discordante en la armonía universal de la creacion. Ellos conocen que no merecen la misma suerte que los que practicaron la virtud, ni pueden aspirar al mismo destino, y se sienten abrumados bajo el peso de su indecible confusion.

Al verse súbitamente convencidos de sus errores, deslumbrados por la evidencia, trasformadas sus ideas, y helados en sus afectos, se consideran con razon, perdidos y aislados en cierto modo de todo el universo. La contemplacion de los siglos infinitos los aterra; la representacion del espacio sin límites los espanta; y la eternidad y la inmensidad se les aparecen como dos negros abismos.

Tal es la verdadera luz que ilumina los recónditos senos de la vida futura.

Tal es el estado que concibe una razon ilustrada y exenta de preocupaciones.

No es la luz material que lleva en sus rayos la imágen

de los acontecimientos materiales; solo de los acontecimientos materiales y visibles: ¡idea mezquina y absurda! Es la luz interior, reflejo de la luz divina, rayo del sol de las inteligencias, que brilla en lo interior del alma, dándole el conocimiento de sí misma, del universo y de los séres corporales y espirituales. Es la claridad que penetra en el seno de las conciencias, y pone de manifiesto sus misterios á la faz del mundo todo, produciendo la gloria de los buenos y la confusion de los malos. Es la ilustracion del mundo de las inteligencias, que viven en su verdadero elemento. Es el resplandor de la justicia eterna, que premia ó castiga á cada uno segun sus buenas ó malas obras. Es, en fin, la diferencia esencial, perpétua y absoluta entre el bien y el mal, entre la virtud y el vicio, entre la verdad y el error, entre el pecado y la santidad.

Así lo creemos y lo esperamos.

Un lejano destello de aquella luz ha descendido sobre nuestra razon.

Ha sido como un relámpago en una noche oscura; pero á su claridad fugitiva ha penetrado en nuestra mente la verdad, y hemos adquirido profundas convicciones.

He adquirido la firme conviccion de mi inmortalidad: he presentido los siglos eternos: he dilatado mis miradas por las extensiones infinitas: he medido el tiempo y el espacio: he vislumbrado el mundo glorioso de los espíritus: he conocido la nobleza del alma, y la excelencia de sus operaciones: me he remontado atrevidamente sobre toda la creacion hasta las gradas mismas del trono del Criador.

Ya no podrá seducirme ninguno de los sistemas filosóficos, antiguos ó modernos. No, no: las concepciones materialistas, las confusiones con la sustancia divina, las existencias impersonales, las transmigraciones del alma, las vidas progresivas, las reencarnaciones sin término, son

cosas absurdas, son delirios imposibles. Nada de esto satisface á mi razon.

Yo me siento atraido hácia el complemento de la verdad.

Hay una enseñanza que se me anuncia como divina, y ésta me dá la idea mas grande y elevada de la vida futura. Ella confirma lo que mi razon ha descubierto, y me descubre otros mil aspectos nuevos: ella es la que yo debo aceptar.

No es un sistema filosófico, es una doctrina religiosa; no es una opinion, es una enseñanza: no es un discurso, es una revelacion.

Es verdaderamente la voz de Dios.

¡Creo!

Creo la doctrina revelada.

Por haber investigado humildemente, por haber estudiado con sinceridad y deseo de acierto, el Padre de las luces, que no abandona á los que buscan la verdad, se ha dignado elevarme hasta las esplendorosas regiones de la fé.

SEXTA NARRACION.

LOS ESPLENDORES DE LA FÉ

LOS ESPLENDORES DE LA FÉ.

I.

¡GRACIA Y GLORIA!

Hemos oido lo que nos dice la recta razon: hemos llegado hasta el último límite á donde pueden llegar sus investigaciones.

Pero, *tenemos mas firme la palabra de los Profetas, á la cual haceis bien de atender, como á una antorcha que luce en un lugar tenebroso, hasta que amanezca el dia, y el lucero resplandezca en vuestros corazones.* Mientras estamos en esta vida no vemos con claridad aquella luz, que solo se nos revelará en todo su brillo despues de la muerte.

Entendiendo primero que ningun oráculo de la Sagrada Escritura ha de interpretarse por el espíritu privado. Porque en ningun tiempo fué dada la profecía por voluntad de hombre: mas los hombres santos de Dios hablaron inspirados del Espíritu Santo (1). No son las Santas Escrituras una

(1) Carta II de San Pedro, I. v. 19.

invencion humana, sino una revelacion divina, confiada á la Iglesia católica, para que nos declare su verdadero sentido, á fin de evitar todo error.

Dios se dignó hablar á su criatura, anunciándole su eterno destino, que el hombre por sus propias luces no podria descubrir.

Teníamos necesidad de una doctrina cierta, para saber vivir en este mundo, y para saber morir con tranquilidad. «La filosofía, como decia Séneca, nos enseña á hablar, pero no á obrar.» Y no era el hombre el que podia enseñar á la humanidad, lo que él mismo no sabia: era necesario que el mismo Dios viniera á llenar este vacío, pues solo la autoridad divina, que nos enseña dogmas de fé, es capaz de darnos aquella seguridad que no vacila ante ninguna contradiccion. De otro modo, la inmensa mayoría del género humano, agitada por las diversas escuelas de la filosofía, se veria condenada á alimentarse de errores para satisfacer la necesidad mas profunda de su naturaleza, que es el conocimiento de su destino eterno.

«Era necesario, dice el príncipe de los teólogos, que el hombre fuese instruido por Dios, aun en aquellas cosas que su entendimiento limitado puede comprender, porque el conocimiento que se adquiere acerca de Dios por medio del simple raciocinio, no es accesible sino á un pequeño número de hombres, que tengan talento, instruccion y medios de estudiar los diversos sistemas: lo cual exige un gran trabajo, y además está espuesto á muchos errores. Y sin embargo, del conocimiento de esta verdad, depende la salvacion de toda la humanidad, que está en Dios (1).»

(1) *Suma teológica*, Parte I., qu. I. art. 1.—«Los filósofos, dice tambien el Catecismo Romano, han descubierto algunas verdades importantes acerca de Dios; pero esto no nos impide reconocer la necesidad de una enseñanza divina, ya porque la fé comunica en un instante, aun á los mas ignorantes, lo que los sábios no aprenden sino

¿Qué seria de nosotros, si solo tuviéramos ideas confusas é incompletas sobre la existencia y providencia de Dios, la inmortalidad de nuestra alma, y la suerte que nos está reservada? Mas ahora, nuestras miradas se elevan sobre la muerte, hasta las mansiones de la gloria y de la vida eterna.

Escuchemos, pues, esta revelacion divina con fé y con esperanza.

«*No debemos atender á las cosas que se ven, sino á las que no se ven*, nos dice el Apóstol San Pablo; *porque las cosas que se ven, son temporales, mas las que no se ven, son eternas. Nosotros sabemos que si nuestra casa terrestre de esta morada* (nuestro cuerpo mortal y corruptible) *fuere deshecha, tenemos de Dios un edificio, casa no hecha de mano, que durará siempre en los cielos... Por esto, vivimos siempre confiados, sabiendo que mientras estamos en el cuerpo, nos hallamos ausentes del Señor (porque andamos por fé y no por vision). Mas tenemos confianza, y queremos mas ausentarnos del cuerpo, y estar presentes al Señor: por lo cual procuramos en todo serle agradables. Y todo lo que aquí es una tribulacion momentánea y ligera, engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria* (1).»

La razon por sí sola, apenas hubiera podido sospechar vagamente, lo que la revelacion nos anuncia con tanta certeza.

Somos peregrinos sobre la tierra, vivimos en nuestro cuerpo como extranjeros, ausentes del verdadero bien, lejos del Señor, á quien solo podemos conocer de reflejo en sus

despues de largos estudios, ya tambien porque procura á nuestro entendimiento, una certeza mucho mayor y mas exenta de todo error que la que tendríamos si no conociéramos tales verdades mas que por las luces de nuestra razon natural.» *De Symbolo Fidei*, cap. 2. 6.

(1) Carta II á los de *Corinto*. c. V. v. 1.

criaturas; y el momento de nuestra muerte, es la entrada en la verdadera pátria, y el fin de nuestro destierro. Así se comprenden los impacientes deseos del alma iluminada, los ardientes suspiros de los justos, y las piadosas impaciencias de los santos del Antiguo y del Nuevo Testamento. *A la manera que el ciervo desea las fuentes de las aguas*, exclamaba David, *así te desea el alma mia ¡oh Dios! Sedienta está mi alma del Dios fuerte, vivo; ¿cuándo vendré y pareceré ante la presencia de Dios?* (1).» Por la misma razon suspiraba San Pablo diciendo: «*Tengo vivo deseo de salir de esta carne para estar con Cristo; mas ahora me es necesario permanecer en ella por vuestro bien* (2).» Los que hayan leido algun libro de nuestros autores místicos, habrán admirado tambien sus fervorosas ánsias por dejar este cuerpo mortal, para llegar en seguida á la contemplacion de la verdad esencial é inmutable, y á la union con Dios, que acá en la tierra ven aparecérseles de lejos en los explendores de la fé.

Ahora vemos como por un espejo con cierta oscuridad, mas entonces cara á cara: ahora conozco en parte, mas entonces conoceré como soy conocido (3), porque se habrá descorrido el velo de los misterios que en esta vida nos ocultan las cosas divinas, y podremos contemplarlas en toda su luz. La verdad increada, como escribia Santa Teresa, excede en brillo y hermosura á cuanto podemos imaginar. Es un brillo que no deslumbra, un resplandor que no fatiga, una claridad que cerca de ella parece tinieblas la luz del sol.

(1) Salmo XLI, vers, 2.

(2) A los Filipenses, I, v. 23.

(3) I á los de Corinto, XIII, v. 12.—No quiere decir el Apóstol que el conocimiento que tendremos de Dios en la gloria, será igual al que Dios tiene de nosotros, sino solamente semejante; dando á entender que le conoceremos claramente, por intuicion, con toda la perfeccion de conocer de que es capaz nuestra inteligencia.

Al entrar en la vida eterna las almas puras, sin dilacion de ningun género, reciben el premio de sus buenas obras, que consiste en el conocimiento claro de Dios, autor de la naturaleza y de la gracia y en la contemplacion de la esencia divina, en la semejanza con Él, y en la participacion en cierto modo de la naturaleza divina.

«*Sabemos*, dice San Juan, *que cuando apareciere, seremos semejantes á Él, porque le veremos tal cual es* (1).» Tal es la suprema felicidad del alma; contemplar intuitivamente al mismo Dios, y hacerse semejante á Él, sin perder su propia personalidad. Dios mismo se comunica al espíritu creado, le eleva hasta sí, le dá potencia de verle y se convierte en la forma inteligible de su conocimiento. Al dotar al alma de esta celeste beatitud, en cierto modo la transforma en sí mismo, como enseña el apóstol San Pablo. «*Contemplando á cara descubierta la gloria de Dios, somos transformados de claridad en claridad en la misma imágen, como por el Espíritu del Señor* (2).» De suerte que eleva nuestra inteligencia de una manera incomprensible, para hacerla capaz de contemplar la naturaleza divina. Más todavía: en virtud de aquella union sobrenatural, el alma contrae una forma divina, que la hace participante de aquella naturaleza, como enseña el apóstol San Pedro. «*Nos ha dado muy grandes y preciosas promesas, para hacernos participantes de la naturaleza divina* (3).»

Entonces recibe el alma un modo de ser tan inefable, una excelencia tan sublime, que no puede expresarse con palabras, ni aun concebirse con la imaginacion. «*El ojo*

(1) I, carta de San Juan, III, 2.

(2) II, de San Pablo á los de Corinto, cap. III, v. 18.—«Como si el Espíritu nos trasformara en su propia esencia;» expone San Cirilo de Alejandría.

(3) II, carta de San Pedro, I, 4.

no vió, ni la oreja oyó, ni en corazon de hombre subió, lo que Dios tiene preparado para aquellos que le aman: mas á nosotros nos lo reveló por su Espíritu (1). » La razon en su mas atrevido vuelo no podia llegar á tal altura, porque la vision beatífica pertenece á un órden misterioso, gratuito y absolutamente sobrenatural.

Habíamos adivinado que solo el bien absoluto y eterno, solo el Sér infinito y perfectísimo, es el objeto supremo de nuestra felicidad; pero ¿quién podia exclamar, sino iluminado por inspiracion divina, como David: « *El Señor es la porcion de mi herencia?* (2)» ¿Quién, sino por revelacion del cielo, podia dar esta espansion á sus aspiraciones: « *Dios de mi corazon, porcion mia para siempre?* (3) » Y ahora comprendemos ciertamente lo que significa la aspiracion instintiva y constante de nuestra alma hácia lo infinito.

Ahora comprendemos que la bienaventuranza eterna es la reunion y colmo de todos los bienes, y el goce infinito de todas las satisfacciones y placeres. « *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes reservada para los que te temen!* (4)» Esta abundancia consiste en que los bienaventurados « *serán embriagados por la plenitud de*

(1) I, de San Pablo á los de Corinto, II, v. 9.—Cuyas palabras fueron comentadas así por San Agustin: « La gloria, la hermosura, la majestad que constituirán nuestra felicidad, sobrepujan á todo pensamiento, á toda palabra, á todo sentimiento. Lo que Dios tiene reservado para aquellos que le aman, está por encima de toda creencia, y excede con mucho á nuestra esperanza y nuestro amor, á nuestros votos y á nuestros deseos. Esta felicidad podeis muy bien obtenerla, pero no apreciarla ni merecerla, ni mucho menos describirla. »

(2) Salmo XV, v. 15.—« En vos, Dios mio, se hallan todos los bienes, que habeis determinado darme por mi porcion y por mi herencia. » (Scío.).

(3) Salmo LXXII, v. 26.—Por lo cual decia Santa Teresa: « *Quien á Dios tiene, nada le falta.* »

(4) Salmo XXX, 20.

los bienes divinos, y les dará de beber en el torrente de su deleite, porque en El está la fuente de la vida, y por su luz veremos la luz (1).» En esta vida somos alumbrados con la luz de la fé: en la vida celestial seremos alumbrados y vivificados por la luz de la gloria. Aquí no se disfruta ningun goce cumplido: allí, como un océano inmenso, disfrutaremos la plenitud de todo gozo. Por eso la vida del cielo es llamada en las Santas Escrituras, «*bienaventuranza, —gloria eterna, —gozo del Señor, —delicia, —plenitud de vida, —luz perpétua, —descanso de todas las fatigas, —corona de gloria y honor*,» —y otras expresiones semejantes, para que formemos una idea de su infinita grandeza.

Así quedamos plenamente glorificados: así la criatura es elevada á una condicion casi divina. Por eso se dice que los santos «*brillarán como el explendor del firmamento, y los que hayan enseñado á muchos la justicia, como estrellas, por una eternidad sin fin* (2).»

Ante esta perspectiva de gloria nuestro corazon se dilata, nos sentimos con ánimo para practicar las virtudes mas heróicas, y realizar todo género de sacrificios: y no podemos menos de indignarnos contra los que tratan de arrebatarnos tan consoladora esperanza.

Niegan el conocimiento y la vista de Dios, porque «es imposible, dicen, aun para los mismos espíritus, adivinar al Sér infinito. Dios no existe mas en un punto cualquiera del cielo que en la tierra; ó para hablar mas exactamente, Dios no es en ninguna parte mas visible que aquí... Ver á Dios cara á cara, es una expresion puramente simbólica: los ojos del cuerpo glorioso mas angélico no podrian ver y admirar en ninguna parte esa persona invisible... El Sér in-

(1) Salmo XXXV, 9.

(2) Profecía de Daniel, cap. XII, v. 3.

finito, causa de las causas, principio de todo lo que existe, virtud y sostén del universo, absoluto y eterno, es enteramente incomprensible para todos los séres... »

De este modo se extravían, y extravían á sus lectores,

No es lo mismo *ver* á Dios que *comprenderle*, como no es lo mismo ver claramente una cosa, y comprender su naturaleza. No hay que confundir lo uno con lo otro. La posibilidad de lo primero es un dogma de fé; la imposibilidad de lo segundo es tambien un dogma de fé y una verdad de sentido comun. Dios es incomprensible, porque no hay inteligencia capaz de abarcar en su totalidad sus perfecciones infinitas, su ciencia, su poder y su modo de ser y obrar. Solo Él se comprende á sí mismo, y no podria comunicar á ninguna criatura su comprension, porque toda criatura es esencialmente finita. Es cierto tambien que la criatura por sus propias fuerzas no podria *ver* á Dios en sí mismo y en su gloria, ni conocerle con vision intuitiva, como le conocen los bienaventurados. Pero aunque no puede ser comprendido, puede ser suficientemente conocido: aunque no puede ser visto con los ojos corporales, ó con los ojos de la inteligencia en su estado natural, sino de un modo imperfecto, podemos verle y le veremos por la luz de la gloria, porque Él mismo se digna manifestarse claramente al alma bienaventurada, y despues de la resurreccion al cuerpo glorioso, dotándole de las propiedades del espíritu. Ya hemos visto que el fin último del hombre no puede ser otro que el conocimiento, el amor y la posesion del mismo Dios.

Entiéndase que la *vision beatífica* es un privilegio de la gracia divina, un beneficio inmenso de su paternal misericordia, un favor gratuito de su infinita bondad. Nadie podia aspirar á esta dicha altísima, ni por exigencia de la naturaleza, ni por méritos personales, que hubieran que-

dado abundantemente recompensados con un bien finito. Nadie podia aspirar ni aun al dominio de toda la creacion. Pero Dios se dignó darnos un destino mas alto, y Él mismo reveló esta gloria inconcebible, diciendo á su criatura: «*Yo seré tu premio grande sobremanera*» (1). Y para que la criatura pueda llegar á esta dicha, Él mismo la fortifica é ilumina con un auxilio sobrenatural y misterioso, que eleva al entendimiento y enardece á la voluntad: la luz de la gloria, *lúmen y gloria*. «Aquella luz, exclama San Agustin, inmensa, incorpórea, incorruptible, incomprensible, inagotable, inextinguible, inaccesible, increada, verdadera y divina: luz que ilumina los ojos de los ángeles, que regocija la juventud de los santos, que es lumbre de lumbres y manantial de vida: luz que es ¡oh Señor, Dios mio! Vos mismo, porque Vos sois la luz por la cual veremos la luz: os veremos en Vos mismo, en el resplandor de vuestro rostro cuando os contemplemos cara á cara, tal como sois. (2).» Por eso exclamaba el Salmista: «*La gracia y la gloria nos dará el Señor* (3),» y San Pablo escribia á los Romanos que «*la vida eterna es una gracia de Dios* (4).»

Para esto nos eligió misericordiosamente desde toda la eternidad. «Este beneficio de la eleccion, diremos con Fray Luis de Granada, con mucha razon se puede llamar beneficio de beneficios, y gracia de gracias. Es gracia de gracias, porque se dá ante todo merecimiento por sola la infinita bondad y largueza de Dios; el cual, no haciendo injuria á nadie, antes dando á cada uno suficiente ayuda para su salvacion, estiende para con otros la inmensidad de su

(1) Génesis, XV, 1.
(2) Libro de los *Soliloquios*, I, 12.
(3) Salmo LXXXIII, 12.
(4) A los Romanos, VI, 23.

misericordia, como liberalísimo y absoluto señor de su hacienda.—Es otrosí beneficio de beneficios, no solo porque es el mayor de los beneficios, sino porque es el causador de todos los otros. Porque despues de escogido el hombre para la gloria por medio de este beneficio, luego le provee el Señor de todos los otros beneficios y medios que se requieren para conseguirla: como Él mesmo lo testificó por un profeta, diciendo: «*Yo te amé con perpétua caridad y por eso te traje á Mí* (1);» conviene saber, llamándote á mi gracia para que por ella alcances mi gloria.»

Mas adelante, despues de explicar las hermosuras y excelencias de la gloria del paraiso, prosigue: «Todo esto pertenece á la gloria accidental de los sanctos. Mas aun hay otra gloria sin comparacion mayor, que es la que llaman esencial: la cual consiste en la vision y posesion del mesmo Dios,» de la cual dice Sant Augustin: «El premio de la virtud será el mesmo que dió la virtud, el cual se verá sin fin, y se amará sin hastío, y se alabará sin cansancio.» De manera que este galardon es el mayor que puede ser; porque ni es cielo, ni tierra, ni mar, ni otra alguna criatura, sino el mesmo Criador y Señor de todo, el cual aunque sea uno y simplicísimo bien, en él está la suma de todos los bienes.—Para cuyo entendimiento es de saber que una de las grandes maravillas que hay en aquella divina sustancia, es, que con ser una y simplicísima, encierra en sí con infinita eminencia las perfecciones de todas las cosas criadas. Porque como Él sea el hacedor y criador de ellas, y el que las gobierna y encamina á sus últimos fines y perfecciones, no puede Él carecer de lo que dá, ni estar falto en sí de lo que parte con los otros. De donde nace que todos aquellos bienaventurados espíritus,

(1) Jeremías, XXXI, 3.

en Él solo gozarán y verán todas las cosas, cada uno segun la parte que le cupiese de gloria. Porque así como agora las criaturas son espejo en que en alguna manera se vé la hermosura de Dios, así entonces Dios será espejo en que se vea la de las criaturas: y esto, muy mas perfectamente que si se viesen en sí mesmas. De manera que allí será Dios bien universal de todos los sanctos, y perfecta felicidad y cumplimiento de todos sus deseos. Allí será espejo á nuestros ojos, música á nuestros oidos, miel á nuestro gusto, y bálsamo suavísimo al sentido del oler. Allí veremos la variedad y hermosura de los tiempos, la frescura del verano, la claridad del estío, la abundancia del otoño, y el descanso y reposo del invierno, y allí, finalmente, estará todo lo que á todos estos sentidos y potencias de nuestra ánima, puede alegrar (1).»

Este es un pálido bosquejo de aquella gloria que disfrutan los bienaventurados. *Es la reunion y posesion de todos los bienes deseables.* Nosotros no podemos aquí concebirla, sino por medio de imágenes terrenas, que distan un infinito de aquella magnífica realidad.

La gloria es la consumacion de la gracia: es un beneficio absolutamente sobrenatural.

Dios mismo nos ha dado á conocer nuestro destino, y nos ha manifestado que Él es nuestra suprema y absoluta felicidad.

Terminemos con el P. Faber:

«Nada puede satisfacernos, sino Dios, nada hay completo sin Él. Dios solo nos sostiene, en Dios solo está nuestro reposo, no podemos detenernos y respirar, sino en el seno de nuestro Padre celestial. *La piedra que cae, tiende al centro de la tierra; de la misma manera nosotros somos ince-*

(1) *Guia de pecadores,* lib. I, cap. 6 y 8.

santemente atraidos hácia Dios. La creacion no es terreno sólido, y nosotros lo atravesamos para no detenernos sino en Dios. El no es uno de nuestro fines, es el fin de los fines, nuestro único fin. El solo es fin, todos los demás son medios. Esta verdad simplifica nuestra vida como simplificó la de los santos, hasta que no fué ya mas que imágen y reflejo de la simplicidad de Dios.»

II.

LA SEGUNDA VIDA.

Pero nuestro misericordioso Padre y Criador se dignó todavía hacernos otro inmenso beneficio.

El hombre es un compuesto de cuerpo y alma, cuya union se disuelve por la muerte: y Dios no quiso que permaneciese eternamente incompleta nuestra naturaleza humana.

Este cuerpo mortal y pasible, esta carne flaca y enferma, ha de volver algun dia á ser la habitacion de nuestra alma glorificada, para participar de su gloria.

¡Hemos de resucitar!

La muerte del cuerpo no solo es la entrada en la vida eterna para el alma que no muere, es tambien la preparacion misteriosa de una *segunda vida*, semejante á ésta, con el mismo cuerpo que hoy tenemos, transformado, enaltecido, espiritualizado, sin las molestias que ahora le afligen, sin las necesidades que le atormentan, sin las fatigas que le abruman, sin las pérdidas que le destruyen. Es una *segun-*

da vida como la presente, mejoradas todas sus condiciones, en la que el organismo no ofrecerá resistencia alguna á las operaciones del alma, y sin estar sometido á las leyes de la materia, se hallará libre de toda contingencia contraria á la voluntad. Es una *segunda vida* poderosa, activa, indeficiente, perpétua, sin temor de nueva muerte, ni de dolor, ni de corrupcion.

¡Todos hemos de resucitar!

No podríamos creerlo, si no lo asegurara formalmente aquella palabra que creemos como divinamente revelada.

Escuchémosla.

El primer anuncio de esta nueva vida, nos viene por boca de un hombre atribulado, abrumado de dolores y de miserias, que la considera como una dulce esperanza, y como la reparacion completa de todos sus males. «*Yo sé que vive mi Redentor*, exclamaba Job, *y que en el último dia he de resucitar de la tierra: y de nuevo he de ser rodeado de mi piel, y en mi carne veré á mi Dios.... Esta esperanza mia se halla profundamente arraigada en mi pecho* (1).» Los sagrados expositores reconocen en estas palabras el anuncio mas claro y terminante de la resurreccion de los cuerpos: y ciertamente, á pesar de los sofismas y violentas interpretaciones de los racionalistas alemanes para desfigurar ese texto, la crítica imparcial, no puede menos de reconocer que Job proclamaba entonces esta grande y consoladora verdad.

A cada paso la encontramos tambien anunciada en otros libros sagrados del Antiguo Testamento. El profeta Ezequiel la describe con tan vivos colores, que parece que estamos presenciando este grandioso acontecimiento, viendo salir á los muertos de su tumba, y ser otra vez vivificados por el espíritu. Al contemplar una multitud de huesos

(1) Libro de Job, cap. XXI, vers. 25.

secos de los hijos de Israel, oye una voz que le pregunta: «*Hijo de hombre, ¿crees tú acaso que volverán á vivir estos huesos?*» Y respondió: «*Señor Dios, tú lo sabes.*» Y díjome: «*Profetiza sobre estos huesos y les dirás: Huesos secos, oid la palabra del Señor.—Esto dice el Señor Dios á estos huesos: Hé aquí yo haré entrar en vosotros espíritu y viviréis* (1).» Este es otro de los pasajes, en el cual se manifiesta la futura resurreccion general.

No menos espresivo el profeta Daniel, declara la resurreccion de los muertos, y el estado venturoso de los justos: «*Muchos de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, despertarán; unos para la vida eterna, y otros para oprobio para que lo vean siempre.—Mas los que hubieren sido sábios, brillarán como el esplendor del firmamento, y los que enseñan á muchos para la justicia, como estrellas por toda la eternidad* (2).» Es claro que este dichoso estado, que aquí describe el Profeta, se refiere á la segunda vida, significada por la palabra despertar; como que la muerte solo es un sueño prolongado hasta que luzca el dia eterno.

Es la misma imágen de que se vale el profeta Isaías para consolar á su afligido pueblo, anunciándole la exaltacion de los justos y la humillacion de los impíos en el dia de la resurreccion. «*Vivirán tus muertos*, exclama, *tus degollados resucitarán*;» y dirigiéndose á los que sufrieron muerte por la justicia, grita en un arranque de espíritu profético, como si estuvieran presentes: «*Despertaos, y dad alabanza* (á Dios), *los que morais en el polvo, porque tu rocío es rocío de luz* (3).» Porque así como el rocío dá vida y

(1) Profecía de Ezequiel, cap. XXXVII, 3 á 19.

(2) Daniel, cap. XII, v. 2 y 3.

(3) Isaías, cap. XXVI, v. 19.—La version de los LXX lo expresa con mas claridad, diciendo: «*Se levantarán los muertos, resucitarán los que están en los sepulcros,*» etc.

lozanía á las plantas, así la gracia divina, simbolizada por el rocío, comunicará á los muertos el espíritu y la vida, que muchas veces es representada por la luz. El descanso y la felicidad de los santos se llama *luz perpétua*, y los libros Sagrados describen la mansion de los bienaventurados por medio de luces y explendores, porque en el lenguaje de los hombres no se puede hallar un símbolo que dé idea mas cabal de la vida, de la alegría y de la felicidad.

Esta era la fé constante del pueblo judío: y me admira que algunos racionalistas modernos se hayan atrevido á poner en duda la creencia de aquel pueblo en la inmortalidad del alma, cuando tan claramente profesaban el dogma de la resurreccion.

El autor del libro del Eclesiástico, hablando de los jueces de Israel, ruega al Señor, «*que la memoria de ellos sea en bendicion, y sus huesos reverdezcan de su lugar* (1).»

El libro de la Sabiduría enseña este dogma bajo el nombre de *visitacion de los muertos*, añadiendo «*que las almas de los justos están en la mano de Dios y no les tocará tormento de muerte. A los ojos de los insensatos pareció que morian... mas ellos están en paz, y su esperanza está llena de la inmortalidad* (2).»

El autor del libro de los Macabeos alaba el heróico valor de siete hermanos mártires, animados por las palabras de su propia madre, que sufrieron los mas atroces tormentos por la esperanza de la resurreccion. Uno de ellos decia al tirano: «*Tú, malvado, nos quitas la vida presente, pero el rey de todo el mundo nos resucitará en la resurreccion de la vida eterna.*» Otro, al cortarle las manos y la lengua, ex-

(1) Eclesiástico, cap. XLVI, v. 14: palabras que los sagrados expositores interpretan como un anuncio de su gloriosa resurreccion, como el árbol que retoña despues de estar seco al parecer.

(2) Sabiduría, cap. III, v. 1 y siguientes.

clamó: «*Del cielo recibí estos miembros; mas ahora los doy gustoso por la ley de Dios, porque espero que de Él los he de recobrar* (1).»

Mas adelante alaba la piedad de Judas Macabeo, que despues de haber ganado una importante batalla, *mandó hacer una colecta, y envió á Jerusalem doce mil dracmas de plata, para que se ofreciese sacrificio por los pecados de los que habian muerto: pensando con rectitud y piedad de la resurreccion. Pues si no esperara que habian de resucitar aquellos que habian muerto, tendria por cosa vana é inútil el orar por los muertos. Y porque consideraba que los que habian muerto en la piedad, tenian reservada una grande misericordia* (2).

Es innecesario aducir otros términos de los libros del Nuevo Testamento, porque casi en todas sus páginas se predica y se dá por sabida esta verdad. Jesucristo argüia á los saduceos probándoles que la resurreccion era una consecuencia necesaria de la inmortalidad del alma. Los Apóstoles empezaban por este punto la predicacion del Evangélio, y todos tienen noticia del espanto y sorpresa del gobernador Félix, cuando oyó proclamar en alta voz á San Pablo «*la esperanza firme que él tenia, así como tambien los judíos, en la futura resurreccion de los justos y de los pecadores* (3).» En fin, la resurreccion de los muertos era como el fundamento de la predicacion del Evangélio. «*Porque si los muertos no resucitan*, escribia San Pablo, *vana es nuestra predicacion, y vana es nuestra fé: y nosotros somos*

(1) Libro II, de los Macabeos, cap. VII.—Es digno de leerse todo este capítulo, y se admirará la fé viva que animaba á esta valerosa familia, exterminada por el tirano Antioco.

(2) Libro II Mac. XII, v. 45., y termina: «*Es, pues, santa y laudable la obra de rogar por los muertos, para que sean libres de sus pecados.*»

(3) Hechos de los Apóstoles, cap. XXIV, v. 15.

los mas desdichados de todos los mortales. Mas ya Cristo resucitó de entre los muertos, primicias de los que duermen: y así como en Adam mueren todos, así tambien todos serán vivificados en Cristo (1).»

Mas adelante prosigue:

«*Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿ó en qué calidad de cuerpo vendrán?—Nécio, lo que tú siembras, no se vivifica si antes no muere. Y cuando siembras, no siembras el cuerpo que ha de ser, sino el grano desnudo de trigo, ó de otro. Mas Dios le dá el cuerpo, como quiere; y á cada una de las semillas su propio cuerpo, segun conviene á su especie.*» Y así resuelve una objecion, siempre repetida por los incrédulos, con una comparacion tomada de la naturaleza, que es la precursora de la fé, segun la expresion de Tertuliano.

Luego expone los dotes admirables que acompañarán al cuerpo resucitado.

«*Se siembra en corrupcion, resucitará en incorrupcion. Es sembrado en vileza, resucitará en gloria. Es sembrado en flaqueza, resucitará en vigor. Es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual.*»

¡Gloriosa transformacion por la muerte! El cuerpo que recibiremos en la segunda vida, quedará libre de todas las cualidades y afecciones terrenas, para hacerse digno compañero del espíritu, y vivir con él en perfecta paz y concordia, sin impedirle sus operaciones.

Por eso será inmortal é incorruptible, no estará sometido á las necesidades físicas, y podrá vivir en cualquier lugar del espacio, y en cualquier mundo de los que pueblan la vasta extension de los cielos. Es lo que los teólogos

(1) I, carta á los corintios, cap. XV, todo entero.—Léase bien este capítulo, con los comentarios del P. Scío de San Miguel.

llaman don de *impasibilidad*, que no excluye ciertamente las sensaciones propias del cuerpo, sino solo aquellas que le pudieran molestar ó destruir, y que no son compatibles con el estado de perfecta felicidad.

No estará tampoco oprimido por el peso de la carne, ó impedido por la grosería ó flaqueza de los órganos, y la dureza de los miembros, que aquí en la tierra sirven solo de auxiliares muy imperfectos á la actividad del alma, y con frecuencia le oponen un obstáculo insuperable. El cuerpo glorioso pasará de un lugar á otro con la mayor rapidez, y podrá recorrer en breves instantes las distancias mas lejanas: que es lo que los teólogos llaman don de *agilidad*, que no excluye ciertamente la percepcion de los objetos intermedios, aunque vuele de un sistema estelario á otro sistema con la velocidad de la luz.

Compañero inseparable y fiel del espíritu, nada le será negado de lo que el espíritu posee; no habrá lugar inaccesible á su presencia y podrá penetrar en todos los lugares y á través de todos los cuerpos, con tanta facilidad como atravesar las distancias y moverse en todas direcciones. Es lo que se llama don de *sutileza*, y es una consecuencia de los primeros.

Por último, en virtud de su union personal con el alma bienaventurada, que goza de la vision beatífica, el cuerpo participará de su gloria, adquiriendo una belleza deslumbrante hija de la satisfaccion interior, así como en este mundo sale al rostro la expresion de la felicidad, que lo transfigura y embellece. Es lo que se conoce con el nombre de don de *claridad*.

En una palabra, nuestro cuerpo resucitado será semejante al cuerpo glorioso de nuestro Señor Jesucristo, «*el cual*, como escribe el Apóstol á los Filipenses, *reformará el cuerpo de nuestro abatimiento, para hacerlo conforme á su*

cuerpo glorioso, segun la operacion con que tambien puede sujetar á sí todas las cosas... porque nuestra morada está en los cielos (1);» y por consiguiente allí hemos de dirigir todos nuestros deseos y aspiraciones. *Pues así como hemos llevado la imágen del hombre terreno* (Adam), *así tambien llevaremos la imágen del hombre celestial* (Jesucristo), (2) que es la cabeza de la humanidad regenerada por él, y elevada á la vida gloriosa é inmortal.

Al leer estas inefables promesas, anunciadas con tanta claridad, una luz esplendorosa penetra en nuestra inteligencia, y nuestro corazon se dilata de esperanza y de regocijo. ¿Quién no reconoce que esta doctrina admirable no puede ser una invencion humana? ¿Qué razon despreocupada, al examinar de buena fé los insondables misterios de la vida futura, no queda satisfecha con esta revelacion inesperada, que excede infinitamente á sus mas atrevidos pensamientos, pero que, una vez oida, desvanece todas sus dudas, y se encuentra en la mayor armonía con sus principios, y con las consecuencias que ella dedujo á fuerza de constante estudio y de ingeniosa penetracion? ¿Qué filósofo, habiendo emprendido con sinceridad sus nobles investigaciones, al llegar á este punto, no levanta sus ojos y sus manos al cielo, y confiesa humildemente que la fé es el verdadero sol de la razon?

La verdadera filosofía encuentra siempre su confirmacion en la palabra revelada, y aunque muchas veces no pueda demostrar rigorosamente sus verdades, porque entonces dejarian de ser misterios, siempre se verá precisada á admirarla y consultarla como la concepcion mas profunda, que puede proponerse como tema de su estudio, y como la elevacion mas sublime del vuelo de la inteligencia.

(1) Carta á los Filipenses, III, 20 y 21.
(2) I á los de Corinto, XV, 49.

Es un proceder indigno de un filósofo, creer que su razon le basta para todo, cuando estamos viendo que solo á fuerza de mucho trabajo, consigue dar los primeros pasos en el campo de la verdad. La filosofía, aunque rehuse confesarlo, debe á la revelacion las mas importantes verdades que posee, á lo menos en cuanto á la facilidad de adquirirlas y la certeza de conocerlas: y sobre todo, le es deudora de todos aquellos conocimientos que se refieren principalmente á la vida futura, y á nuestro último fin.

Así, pues, tiene razon Mr. Henry Martin, cuando escribe: «Sobre las relaciones futuras de las almas con el mundo visible, la doctrina de la resurreccion es en filosofía la hipótesis mas verosímil en sí misma, y viene á ser mucho mas probable por su utilidad moral. En esta cuestion, como en tantas otras, en donde la razon por sí misma no puede llegar á la certeza, la filosofía halla las mas fuertes probabilidades en favor de la doctrina que se apoya en la autoridad de la revelacion (1).»

(1) Véase mi *Pluralidad de existencias del alma*, cap. XX.

III.

LA SEGUNDA MUERTE.

La resurreccion será universal, mas la resurreccion gloriosa no será sino para los escogidos. «*Todos ciertamente resucitaremos*, dice expresamente San Pablo, *pero no todos seremos mudados;*» no todos alcanzarán los excelentes dotes, con que Dios adornará á los bienaventurados. Es claro que no puede ser igual la condicion de los buenos que la de los malos.

Es lo mismo que nos habia enseñado el profeta Daniel: «*Los que duermen en el polvo, resucitarán: unos para vida eterna, otros para oprobio, para que lo vean siempre;* de suerte que así como será feliz la resurreccion de los justos, así tambien será desdichada la resurreccion de los réprobos.

La divina revelacion está bien terminante sobre este punto terrible.

Hablando Job de la suerte de los impíos, escribe: «*De la*

mañana á la tarde serán cortados; y por cuanto ninguno tiene inteligencia, perecerán para siempre (1).»

Y mas adelante:

«*Pagará todo lo que hizo* (el impío), *mas no por eso será consumido; segun la muchedumbre de sus iniquidades, así será su suplicio* (2).»

El Salmista anuncia tambien el castigo eterno de los pecadores, que en el mundo aparecen lozanos, como la yerba, pero en breve serán consumidos: «*Apenas se dejen ver los pecadores como la yerba*, dice, *y aparezcan todos los que obran iniquidad; cuando perecerán por siglo de siglo: mas tú, Señor, eres eternamente el Altísimo* (3).» Y en otros muchos lugares dice que su perdicion será eterna.

El profeta Isaías apostrofa amargamente á los impíos é hipócritas, diciendo: «*Aterrados han sido los pecadores. ¿Quién de vosotros podrá habitar con el fuego devorador? ¿Quién de vosotros habitará con los ardores sempiternos?* (4)» Y termina su profecía con estas terribles palabras sobre la desgracia de los condenados: «*El gusano de ellos no morirá, y el fuego de ellos no se apagará, y serán hasta hartura de vista á toda carne* (5).

El último de los profetas del Nuevo Testamento, que en una vision sublime descubrió los destinos temporales y eternos de toda la humanidad, nos declara quiénes serán los que merezcan esta funesta suerte.

Los cobardes, é incrédulos, y malditos, y homicidas, y fornicarios, y hechiceros, y los idólatras, y todos los menti-

(1) Job, IV, vers. 20.

(2) Id. cap. XX, vers. 18.

(3) Salmo XCI, vers. 8.

(4) Isaías, cap. XXXIII, vers. 14.

(5) Isaías, cap. LXVI, v. 24.

rosos, la parte de ellos será en el lago ardiente, que es la segunda muerte (1).

El Apóstol enseña á los fieles de Tesalónica el castigo que está reservado á sus perseguidores, y el tiempo en que pagarán la pena de sus delitos: «*Cuando apareciere el Señor Jesús con los ángeles de su virtud, en llama de fuego, dará el pago á aquellos que no conocieron á Dios, y que no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, los cuales pagarán la pena eterna de perdicion ante la faz del Señor* (2).»

Por último en el Evangelio de San Mateo se nos anuncia la terrible sentencia que el Juez Supremo ha de pronunciar contra los mortales, segun sus buenas ó malas obras: «*¡Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está aparejado para el diablo, y para sus ángeles! porque tuve hambre y no me disteis de comer... E irán éstos al suplicio eterno, y los justos á la vida eterna* (3).»

Tan numerosos y claros testimonios, y otros muchísimos que á cada paso nos ofrecen los Libros Sagrados, nos obligan á reconocer y confesar esta verdad espantable:

¡HAY UN INFIERNO ETERNO!

Este pensamiento no ha podido ser hijo de la imaginacion calenturienta de algun misántropo desesperado: y en su terrible grandeza demuestra que es un anuncio divino. Hay cosas que llevan en sí mismas su prueba.

Por eso la condenacion es llamada con aterradora elocuencia una *muerte segunda*.

¿Qué otra cosa es que una muerte, la existencia del

(1) Apocalipsis, XXI, v. 8.

(2) Carta II á los Tesalonicenses, c. I, v. 8.

(3) San Mateo, cap. XXV, v. 41, 46.—Véase *La Pluralidad de existencias del alma*, cap. 18, y lo que dejamos dicho arriba, página 169 y siguiente.

condenado, privado para siempre de la felicidad, y hasta de la esperanza de conseguirla? Ciertamente su alma inmortal no perece, ni es aniquilada, pero queda privada de todo aquello que contribuye á hacer amable la vida.

Como consecuencia de su triste estado, todo se les convierte en tormento. Aquella ciencia que inunda al alma á su entrada en la eternidad, pone de manifiesto á los ojos del desdichado réprobo, la eternidad de su padecer. Sus incesantes aspiraciones hácia el bien, se encuentran extraviadas, y sin objeto, desde que él mismo se siente sometido al sufrimiento interminable del mal. Y los objetos que le rodean no pueden menos de contribuir á aumentar su tormento, al contemplarse aislado y fuera de la armonía universal.

¡Oh Dios! ¡Cuán grandes y terribles son tus juicios, y cómo has puesto en tus palabras el sello de la verdad!

Al escucharlas hemos comprendido la verdad del destino humano. Hemos hallado la solucion mas satisfactoria del tremendo problema que tanto nos inquieta y tan de cerca nos interesa.

Sí; solo la revelacion con sus misterios nos enseña la suerte eterna de toda la humanidad.

El alma inmortal necesita destinos inmortales.

El alma inmortal tiene que ser feliz ó desgraciada por toda la eternidad.

El alma inmortal, sinó tuviese tan grandioso destino, en vano seria inmortal.

¿Qué es el hombre, considerado en su brevísima duracion en el tiempo, si se compara con la duracion infinita de los siglos eternos? ¿Qué es el hombre considerado en el mínimo lugar que ocupa en el espacio, si se compara con la estension infinita de los horizontes inmensos?

Estando perdido, como un átomo, entre estos dos infi-

nitos, se iguala á ellos, precisamente porque su alma es inmortal.

Debemos siempre agradecer á Dios como un beneficio inmenso que se haya dignado instruirnos en una materia tan interesante.

Todos los sistemas filosóficos, antiguos y modernos, nos llenan de inquietudes, de temores ó de dudas: no satisfacen ni á nuestro corazon, ni á nuestra razon. Solo la palabra divina nos convence, desde que *luce en nuestras inteligencias, como una antorcha en un lugar tenebroso*, segun la frase del Apóstol San Pedro.

¡La *vida eterna* para los justos, que es la felicidad absoluta! ¡La *muerte eterna* para los malvados, que es la condenacion irrevocable!

Tales son los dos polos del destino humano.

Tal es el término de los decretos de la Providencia.

Es la separacion absoluta, necesaria y perpétua entre el bien y el mal.

Es la demostracion evidente de la justicia de Dios.

FIN.

APÉNDICES.

APÉNDICES.

CUATRO PALABRAS SOBRE «LÚMEN,» DE M. CAMILO FLAMMARION.

POR D. EUSEBIO SANCHEZ RAMOS, CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE LORCA.

I.

Hace algun tiempo que se nota en casi todos los espíritus reflexivos cierto deseo de conocer los secretos que la Naturaleza ofrece á nuestra contemplacion y estudio: no se desdeña ó mira como ocupacion secundaria y de poca monta la resolucion de los problemas y la investigacion de las leyes del mundo físico; y ya que no es posible que todos puedan explorar por sí mismos el vasto campo que nos presenta, ó porque no disponen de medios adecuados para este género de indagaciones, ó porque no poseen conocimientos suficientes en las matemáticas, ó porque la índole de sus ocupaciones no les permite dedicar bastante tiempo á estos asuntos, al menos se leen y divulgan los libros que describen los magníficos cuadros de la Naturaleza, si reunen

á la sencillez y claridad de la exposicion, la elevacion de miras que á la ciencia corresponde y á todas sus ramas debe trascender. Las personas que de ilustradas se precian procuran iniciarse en los secretos de la física y de la astronomía, proporcionándose así goces intelectuales que ni aun siquiera puede imaginar el vulgo, que desconoce y desprecia, por su ignorancia, la interpretacion de los fenómenos que en torno suyo se suceden dentro y fuera de la tierra; que declara inabordables casi todos los problemas de la filosofía natural, y comparando sus ideas sobre el universo con las de los sábios y filósofos, tacha de locos á quienes no comprende, porque ni escuchar quiere.

Las ciencias naturales, y especialmente la física y la astronomía, han recobrado el derecho á ser conocidas y estudiadas por un público numeroso, gracias al libro popular. Pero el libro popular expone la ciencia dogmáticamente, el autor se apoya á menudo en el testimonio ajeno, y el público debe creerle, bajo palabra de que los sábios (astrónomos, físicos ó matemáticos) han demostrado ó comprobado las verdades enunciadas; por esto hay cierto peligro cuando se usan expresiones abreviadas para explicar los fenómenos. Estas explicaciones son fáciles de interpretar por quien está avezado al estudio, pero ofrecen sérios inconvenientes y necesitan contínuas explicaciones para quien no lo está.

Que no son estas aserciones vanos temores que asaltan mi ánimo en el presente momento, lo prueban sobradamente muchas leyes físicas, cuyos enunciados carecen de precision debida, aunque su brevedad y sencillez abonen el uso que de tales enunciados se hace.

Todos decimos, por ejemplo, que los astros se atraen en razon directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, y debiera decirse que obran como si se atrajeran en esta relacion. Es frecuente tambien en los libros de astronomía hablar de los movimientos de la bóveda celeste, y aun razonar como si existiera tal bóveda y tales movimientos, cuyas apariencias son debidas al complicado movimiento de la Tierra.

Muchos ejemplos de este género pudieran citarse, mas por versar casi todos sobre materias demasiado elementa-

les y conocidas, quizá se creerian escrúpulos de poca importancia. Pero no pasaré sin hablar de una locucion que dá lugar á frecuentes errores, que se consignan y circulan como moneda corriente en obras muy recomendables por otros conceptos. Además, la locucion que voy á citar ha sido el móvil que me ha impulsado á escribir este artículo.

II.

Todo el mundo sabe que la luz y el calor se propagan en todas direcciones, y que si entre un cuerpo calorífero ó luminoso se interpone una pantalla opaca (á la luz ó al calor segun los casos), no se propagan en la direccion del objeto interpuesto, lo cual prueba que se trasmiten en línea recta. Asimilar cada direccion al radio de una esfera y admitir que el efluvio calorífico ó luminoso que parte de su centro se puede descomponer en otros mas y mas pequeños, es cosa tan natural que no tarda en ocurrirse á todos, atribuyendo erróneamente á estos efluvios, llamados rayos, una existencia real que están muy lejos de tener, porque cuando se trata de separarlos tamizando la luz por pequeñas aberturas, se descomponen y presentan fenómenos de interferencias y difraccion, que cambian sus leyes de propagacion. La identidad de orígen y modo de trasmision del calor radiante y la luz y, sobre todo, el estudio del espectro solar, hacen creer que los mismos fenómenos observaríamos en un efluvio calórico, si se dispusiera de aparatos á propósito para el experimento.

La hipótesis de la emision, inventada por Newton y sostenida por el prestigio de su nombre, supone que los rayos luminosos estaban formados por verdaderos proyectiles de masas infinitesimales, que partiendo del cuerpo luminoso en todas direcciones con una velocidad de 298,000 kilómetros por segundo, herian la retina, produciendo la sensacion de luz, que podria ser contínua siempre que los proyectiles estuvieran cuando mas, á la distancia de 98,800 kilómetros y, por consiguiente, la hirieran, cuando menos, diez veces por segundo. Los fenómenos de la reflexion y

refraccion se explicaban por la repulsion ó atraccion de estos proyectiles, segun los medios: los de interferencias y difraccion, doble refraccion, polarizacion, etc., se explicaban con mas dificultad, siendo necesario inventar la teoría de los accesos de fácil reflexion y de fácil refraccion; teoría desarrollada admirablemente hasta en sus últimas consecuencias en la física de Biot, partidario de la hipótesis de la emision. Pero si pudo esta hipótesis sostenerse, aunque con dificultad, durante muchos años, hoy ha caido por su base, gracias á los experimentos sobre la velocidad de la luz, verificados primeramente por Foucault y poco despues por Fizeau y Breguet. Han demostrado estos sábios que la velocidad de la luz es mayor en el aire que en el agua; ó en general, que las velocidades de la luz, en dos medios de distinta densidad, son proporcionadas á los senos de los ángulos de incidencia y refraccion al pasar de un medio á otro. Resultado contrario á la hipótesis de la emision, que hubo de quedar definitivamente desechada de la ciencia. A pesar de esto, es muy comun hablar de rayos luminosos (caloríficos y químicos en el espectro solar), porque se hacen muy sencillos los razonamientos y se dan demostraciones puramente geométricas de muchos teoremas de óptica. Pero no debe nunca olvidarse la inexactitud científica de este lenguaje y se debe evitar cuando la explicacion de un fenómeno físico resulte errónea.

La hipótesis de las ondulaciones, única admitida hoy en la ciencia para explicar la propagacion de la luz, es debida á Huyghens y ha sido desarrollada por Young, Fresnel, Chanchy y otros matemáticos y físicos.

Como es sabido, se admite en esta hipótesis que un medio eminentemente sutil y elástico, llamado *éter*, llena los espacios inter-estelares y los intersticios moleculares de los cuerpos.

El éter es el agente capaz de ser puesto en vibracion por los cuerpos luminosos. Los fenómenos se explican suponiendo que un punto, cuando es luminoso, produce en el éter una onda esférica, de la cual es centro; cada punto de esta onda es á su vez centro de infinidad de ondas elementales, cuya envolvente es una segunda onda concéntrica con la primera y cuyos puntos son centros de una segunda

série de infinidad de ondas elementales, que á su vez tienen por envolvente á la tercera onda general concéntrica con las dos primeras... y de este modo el movimiento etéreo se vá trasformando por ondas cada vez mas ámplias. Si en vez de un punto luminoso se trata de un cuerpo cualquiera, no ofrece mayor dificultad la explicacion del fenómeno.

Cuando las ondas chocan con un cuerpo material (sólido, líquido ó gaseoso), producen la luz; si no, continúan invisibles hasta perderse en el infinito, pues lo que ganan en amplitud lo pierden en intensidad; y segun el principio de la conservacion de la energía y una ley geométrica elemental, la cantidad de luz, á igualdad de superficie en las ondas, está en razon inversa de los cuadrados de las distancias al punto luminoso. Por no molestar mas á mis lectores, no entraré en detalles sobre el modo de explicar la difraccion, interferencias, etc., segun esta hipótesis; solo sí recordaré, que está en consonancia con todos los hechos observados, y que los experimentos de Foucault sobre la velocidad de la luz, que segun vimos ya fueron contrarios á la hipótesis de la emision, están en armonía con la de las ondulaciones.

III.

Uno de los popularizadores científicos que mas han contribuido á difundir los conocimientos sobre la astronomía y algunas ramas de la física, es el ilustre astrónomo francés Mr. C. Flammarion, cuyo nombre es bien conocido, cuya reputacion se halla por encima de los elogios que pudiera tributarle.

Es Mr. Flammarion un sábio que conoce perfectamente las ciencias á que se dedica, que sabe buscar con entusiasmo sin igual gran copia de argumentos y datos en pró de sus ideas, unifica con facilidad las teorías que expone sobre cualquier asunto y escribe con tal claridad y elegancia, que cuando se toma un libro suyo difícilmente se abandona sin leerlo todo, saboreando y releyendo muchos párrafos culminantes por la belleza del estilo.

Por otra parte, es atrevido en sus hipótesis; defiende

con calor su tema favorito, la pluralidad de mundos habitados, y si bien la ciencia no puede demostrar su verdad en absoluto, menos podria demostrar su error; los estudios sobre la constitucion de las estrellas y planetas, y el cálculo de probabilidades, están en favor suyo. No le salgamos al encuentro en este asunto, y ojalá sea cierto cuanto sobre él le dicta su fecunda fantasía. Sabe cantar la vida infinita, con la inspiracion de un poeta.

El público hace justicia á su talento, agotando las numerosas ediciones que de sus obras se han impreso en diferentes idiomas.

Pero el astrónomo se distrae algunas veces: quizá por ser muy poeta, se olvida de las leyes de la física, poniéndose en contradiccion con la hipótesis fundamental de la teoría de la luz. La mas fantástica de sus obras, *Narraciones del infinito*, está llena de bellos errores; pero al cabo errores, que podrán deslumbrar al principio, mas no resisten un concienzudo análisis.

No haré una crítica completa de esta obra; no es tampoco su argumento lo que voy á combatir. Probablemente, si el astrónomo Flammarion estima en mas sus *Estudios y lecturas de Astronomía*, el poeta Flammarion estará mas contento con su *Lúmen*, primera y principal parte de *Las Narraciones del infinito*. Pero aunque no haga un estudio crítico de esta obra, sí presentaré una objecion á las teorías explicadas por *Lúmen*, y quizá resulte de ella un cambio muy notable en las ideas de *Quærens*.

IV.

Lúmen es el nombre del espíritu de un astrónomo que comunica á *Quærens*, otro astrónomo vivo todavía (ó encarnado aun, en lenguaje espiritista), los efectos producidos por la luz, caminando en el espacio infinito á razon de 298.000 kilómetros por segundo.

Lúmen es el maestro que instruye á su discípulo y amigo *Quærens*, comunicándole algunos de sus estudios ultra-terrestres en cuatro narraciones, *Resurrectio præte-*

riti, Refluum temporis, Homo homunculus y Anteriores vitæ), y prometiéndole salir á recibirle cuando cese de vivir en la Tierra, y acompañarle en un viaje por la inmensidad.

Son estas narraciones interesantes diálogos entre el espíritu y el *medium*: y ciertamente que el espíritu desea que las conozcamos todos, cuando es tan prolijo en explicar los fenómenos que debian ser familiares para *Quærens*, que al cabo es un astrónomo; éste, á su vez, mas parece que trata de satisfacer la curiosidad pública que la suya propia, pues hace preguntas como discípulo, que bien sabria contestar como maestro.

Pero, ó *Lúmen* no procede de buena fé y quiere engañarnos con lo que sucede, allá ultra-tumba, cambiando á su capricho las leyes de la trasmision de la luz, ó lo que es mas fácil, *Quærens* ha soñado despierto lo que nos cuenta.

En la primera narracion, —*Resurrectio præteriti*,— *Quærens* pide á Lúmen que le explique la hora extraña entre todas las demás, que siguió á su último suspiro, y le refiera de qué modo volvió á ver lo pasado en lo presente.

Lúmen comunica entonces á su amigo, cómo á la hora de la muerte se sintió arrastrado hácia un mundo desconocido, caminando, libre ya de las ligaduras carnales, con la velocidad del pensamiento; cómo llegó á un magnífico sol blanco rodeado de varios planetas, abrazado cada uno de ellos por varios anillos; y cómo desde allí, con una vista espiritual que se acomodaba á todas las distancias, podia examinar los soles y sus sistemas planetarios, llegando á descubrir hasta los menores detalles de su superficie con solo un esfuerzo de atencion.

Continuando *Lúmen* su narracion, refiere que vió en una montaña del anillo de uno de aquellos planetas á varios ancianos, absortos en la contemplacion de una estrella de la constelacion del Altar y que se quedó admirado al oirles hablar de la Tierra, y no solo de la Tierra, sino de Francia. Por su vista espiritual, pudo descubrir entonces el astro á que los ancianos se referian: llegando á distinguir nuestro Sol y sus planetas: despues concentrada ya su atencion en la Tierra, vió Francia y por último París; pero no el París de la época de su muerte, sino el de 1793 que era cerca de 72 años anterior, asistiendo desde tan aparta-

das regiones á los sucesos del 21 de Enero y presenciando el suplicio de Luis XVI.

Por extraña que fuera la impresion que este fenómeno causara á *Lúmen*, en su espíritu investigador trató de darse cuenta de él, y habiendo sabido, por referencia de uno de los ancianos, que se hallaba en un astro relativamente cercano á la Tierra y utilizando además sus conocimientos de astrónomo para calcular á ojo las coordenadas ecuatoriales del punto que ocupaba, dedujo que la estrella á cuyo sistema pertenecia el planeta á que habia llegado, no podia ser otra que la *Alfa* del Cochero ó *Capella*, cuya luz tarda 71 años, 8 meses y 24 dias en llegar á la Tierra; y que por consiguiente, el mismo tiempo emplea en recorrer la distancia de la Tierra á Capella. Así, pues, los acontecimientos terrestres que observa eran 71 años, 8 meses y 24 dias anteriores al momento de la observacion. Resultado lógico y verdadero, admitido en la ciencia y al cual no puede oponerse ninguna objecion fundada.

En la misma primera narracion, refiere *Lúmen* que pasaron bajo su mirada los acontecimientos ocurridos desde 1793 á 1864 llegando á asistir á su propio entierro, y todo esto en el espacio de algunas horas y solo con haberse acercado á la Tierra con una velocidad enormemente mayor que la de la luz.

Si *Lúmen* dijera que mientras miraba, su espíritu estaba fijo en el espacio, que despues caminaba nuevamente para volver á pararse, y que solo vió algunos hechos escalonados de su vida, ninguna objecion opondríamos; pero no dice esto, sino que contínuamente percibia la Tierra, y aun Francia, y como despues veremos, esto es contrario á las leyes de la propagacion de la luz.

En la segunda narracion, *Refluum temporis*, *Lúmen* refiere fenómenos mas extraños, y por cierto que no se decide á comunicarlos hasta que se lo ruega con mucha insistencia su amigo *Quærens*; pues su narracion anterior produjo ciertas dudas entre los hombres de ciencia, que la tacharon de mística y creia inútil hacer revelaciones mas increibles.

Sin embargo, vencidos sus escrúpulos, refiere que poco despues de su partida de la Tierra, vió la guerra de Cri-

mea, (1854) despues los sucesos de París en Junio de 1848, luego á Luis Felipe en Lyon, año 1831, y así sucesivamente se fué presentando ante su vista la historia de la Tierra, pero invertida.

Atribuia *Lúmen* esta inversion, ó á que en la Tierra se reproducirán los hechos históricos simétricamente, ó á lo que creia mas racional, que entre los innumerables astros del espacio, existia alguno simétrico con el que nosotros habitamos.

Siguiendo el curso de los acontecimientos invertidos, despues de las épocas históricas, pasaron á sus ojos las épocas prehistóricas; luego las geológicas y por último, la inversa de la geogénica, ó el fin de la Tierra, absorbida por el Sol, por un medio contrario, al que para su formacion se admite en la hipótesis emitida por Laplace, en su «Exposicion del sistema del mundo.»

Cuando estaba absorto reflexionando sobre el fin de los astros, una voz le anunció que no era al fin, sino al principio á lo que asistia; que habiendo caminado con una velocidad mayor que la de la luz, habia encontrado en su camino rayos que partieron de la Tierra en tiempos cada vez mas remotos. Por esto fué remontando el curso de los siglos hasta una época anterior á la formacion de la Tierra.

Aquí ocurre, como antes, que todos estos prodigios podrian admitirse, si *Lúmen* hubiera suspendido su carrera para observar cuantos hechos escalonados quisiera. Pero de ninguna manera podria ver la total continuidad de los sucesos.

Sigamos, sin embargo, su narraccion.

Lo que *Lúmen* observaba, (y esto es proceder con lógica, dado su sistema), no era solamente una inversion de los acontecimientos en cuanto al recuerdo histórico de su desarrollo, no; lo que observaba era la inversion misma del acontecimiento. De tal suerte que la batalla de Waterlóo, por ejemplo, comenzó cuando Napoleon, andando hácia atrás, llegó al campo del combate, lleno entonces de cadáveres; éstos fueron resucitando poco á poco al recibir los tiros de cañon, y cuanto mas nutrido era el fuego, tanto mas de prisa resucitaban, terminando la batalla cuando quedaron las filas de los ejércitos compactas, una en frente

de otra, sin ningun muerto ni herido, y Napoleon victorioso.

Por último, *Lúmen* afirma, que si se camina en el espacio en línea recta y con igual velocidad que la luz, no se saldrá jamás del rayo luminoso, con el cual se parte y un hecho cualquiera se presentará eternamente á la vista del viajero. Y por cierto que afirma que Napoleon está condenado á caminar durante 185.000.000 de años con el rayo luminoso que lleva al espacio la imágen de su derrota en Waterlóo: justo castigo por los años de vida probable, perdidos á causa de las guerras que promovió, y que segun los cálculos de *Lumen*, suman aquella cantidad.

En la tercera narracion, *Homo homunculus*, *Lúmen* desarrolla la teoría ondulatoria, afirmando que nuestra esfera de observacion es muy limitada; que percibimos las vibraciones, cuando son mas de 40, y menos de 36.850 cada segundo, por medio del oido; que volvemos á percibirlas entre los límites 458 billones y 728 billones cada segundo, por medio del sentido de la vista, y que el estudio del espectro solar ha extendido un poco la esfera de la percepcion directa, descubriendo vibraciones (caloríficas y químicas) que alcanzan á límites mayor y menor respectivamente que los números citados. Pero que habiendo vibraciones intermedias que no pueden ser percibidas por nosotros, solo conocemos algunos aspectos de la Naturaleza, y que si poseyéramos otros sentidos, nos formaríamos una idea mas adecuada de la que tenemos del mundo.

Todo esto podrá ser ciertamente; pero no estará demas advertir que siendo el oido afectado por las vibraciones *longitudinales del aire*, y siendo las que afectan á la vista vibraciones *transversales del éter*, la inmensa laguna que separa los números 36.850 y 458 billones, pudiera no llenarse de ninguna manera, como afirma *Lúmen*. Lo mas probable es que el aire no vibre mas allá de cierto límite, poco superior quizá al de los sonidos perceptibles, que al cabo el aire es un fluido que tiene densidad; tambien es probable que las vibraciones etéreas no sean nunca mucho mas lentas que las del límite acusado por la pila termo-eléctrica; que si entre los números citados existe una distancia inmensa, no es menor la que separa al

aire, materia ponderable, del éter, materia imponderable.

Además, siempre queda en pié la dificultad de explicar la union de ambas escalas de vibraciones, porque siendo estas producidas en medios distintos, y siendo las unas longitudinales y transversales las otras, es posible que aunque sus escalas se cruzaran, nunca hubiera superposicion de efectos para formar una sola.

En la cuarta narracion, *Anteriores vitæ*, *Lúmen* refiere sus existencias anteriores á la terrestre, habiendo visto el desarrollo de algunas simultáneamente, á causa de haberlas observado desde la Cabra ó Capella, situada á diversas distancias de los astros donde tuvieron lugar y recibiendo las impresiones luminosas de distintas fechas en el mismo momento, gracias á la diferencia de distancias de los puntos de donde partió la luz. Fenómeno muy curioso en verdad, y de cuya explicacion saca *Lúmen* consecuencias interesantes, fáciles ds comprender y posibles, al menos físicamente.

Por último refiere *Lúmen* que caminando con una velocidad igual á la de la luz, se permaneceria eternamente en el mismo rayo visual; caminando con una velocidad un poco inferior, podria observarse con mucha lentitud el desarrollo de un hecho cualquiera. Por ejemplo, un relámpago dura una milésima de segundo: pues bien; caminando con una velocidad igual á la de la luz durante un minuto, se veria siempre el mismo instante del relámpago en un intervalo de tiempo sesenta mil veces mayor que su duracion total; si en vez de esto se empleara una milésima de segundo mas para llegar al mismo punto, se podrian ver primero el principio del relámpago, despues sus fases, su continuacion y su fin, como si durara sesenta mil veces mas tiempo. El procedimiento seria respecto al tiempo, lo que el microscopio respecto al espacio.

V.

Las vibraciones longitudinales del aire son apreciables para nuestro oido; producen la sensacion de la audicion. No se perciben, segun Helmholtz, cuando son menos de treinta

cada segundo, aunque se pretende que hay oidos que pueden percibir sonidos de diez y seis vibraciones, tampoco son perceptibles, ni aun para los oidos mejor organizados, cuando pasan de 36.850, segun Despretz.

Ahora bien, la velocidad del sonido es la misma para todos los tonos, graves ó agudos, segun ha demostrado Biot. Esta velocidad es igual á 340 metros en el aire en calma á 15° centígrados y á cualquiera presion; por lo cual en la distancia de 340 metros se producirán de 30 á 36.000 vibraciones, segun los tonos, y la amplitud de cada una será 340 metros dividido por el número de ellas (1).

Hay muchos medios para determinar el número absoluto de vibraciones de cada tono musical y además existen relaciones fijas entre los números de vibraciones correspondientes á cada tono de la escala: de modo que determinado el número absoluto de un tono, por estas relaciones podremos determinar los demás.

Pido á mis lectores mucha benevolencia para que me perdonen la aridez de ciertos detalles, que son necesarios para explanar con claridad la objecion que presento á *Lúmen*: contando con ella, me atrevo á proseguir. El do_3, ejecuta 261 vibraciones por segundo; los números relativos á los puntos de la escala natural, que comienza por *do*, son: $^9/_8$, $^5/_4$, $^4/_3$, $^3/_2$, $^5/_3$, $^{15}/_8$, $^2/_1$, luego los números absolutos de la escala del do_3 son estas relaciones multiplicadas por 261, que dan por productos 293,625 para el re_3, 326,25 para el mi_3, 348 para el fa_3, 391,5 el sol_3, 435 para el la_3, 489,375 para el si_3, y 522 para el do_4.

En cuanto á las vibraciones ejecutadas por el do_3, sostenido, y el do_3, bemol, se obtienen multiplicando 261 por $^{25}/_{24}$ y por $^{24}/_{25}$ y obtendremos respectivamente los números 271,875 para el do_3 sostenido y 450,56 para el do_3 bemol.

Si suponemos ahora que el do_3, es producido en un punto fijo y que nos acercamos á él con una velocidad veinticuatro veces menor que la del sonido, es decir, de 14,166

(1) Las vibraciones longitudinales de que hablamos son el intervalo de tiempo correspondiente á la ida y vuelta de cada molécula vibrante; es decir, que son dobles.

metros por segundo, herirán nuestro oido $261+{}^{261}/_{24}=261\times{}^{25}/_{24}=271{,}875$ vibraciones por segundo y percibiremos, no ya el do_3 natural, sino el do_3 sostenido; si la velocidad con que nos acercamos, fuera ${}^{1}/_{8}$, ${}^{1}/_{4}$, ${}^{1}/_{3}$, ${}^{1}/_{2}$, ${}^{2}/_{3}$, ${}^{7}/_{8}$ de la velocidad del sonido, es fácil ver que se percibirian los sonidos, correspondientes á $261+{}^{261}/_{8}$: $261+{}^{264}/_{4}$ etc., hasta $261+{}^{261}/_{8}\times 7$ ó sean los tonos re_3, mi_3, fa_3, sol_3, la_3, si_3 y se caminara con una velocidad igual á la del sonido, se percibirian $261+261$ vibraciones, que corresponden al do_4. Como resultado general de estos hechos, se deduce que caminando con una velocidad creciente, que tuviera por límite la del sonido y dirigiéndonos hácia el punto donde se produce, oiríamos una escala contínua ascendente entre el do_3 y el do_4.

Si la velocidad con que nos acercamos siguiera creciendo hasta ser triple que la del sonido, oiríamos una segunda escala contínua ascendente que terminaria en el punto que produce $261+3\times 261$ vibraciones que es el do_5; si la velocidad continuara creciendo hasta ser siete veces mayor que la del sonido, se oiria una tercera escala que terminaria en el punto que produce $261+7\times 261$ vibraciones, ó sea el do_6; y así podríamos llegar, ascendiendo siempre, hasta el límite de los sonidos perceptibles.

Si, por el contrario, nos alejamos con una velocidad igual á ${}^{1}/_{25}$ de la del sonido, oiremos el punto que ejecuta $261-{}^{261}/_{25}$ ó sea el do_3 bemol; ya es fácil ver, sin nuevos detalles, que si nuestra velocidad continuara creciendo hasta ser la mitad, las tres cuartas, las siete octavas partes, etc., de la del sonido, oiríamos escalas contínuas descendentes comprendidas, la primera entre el do_3 y el do_2, la segunda entre el do_2 y el do_1, etc.; y así iríamos descendiendo siempre hasta el límite de los sonidos mas graves que podemos percibir.

De modo que una sola nota, si el experimento fuera realizable, nos dejaria oir toda la continuidad de los sonidos perceptibles, siempre que nos alejáramos ó acercáramos en el aire con velocidades convenientes.

Es desde luego indudable, que los fenómenos serian los mismos estando fijo el observador y siendo móvil el punto de produccion del sonido.

La primera idea de este fenómeno (pero no los desarrollos anteriores) es debida á Maxwell y se ha demostrado experimentalmente, en la medida que en el experimento puede realizarse, produciendo el sonido por medio del silbato de una locomotora, que daba el sostenido ó bemol de su tono fundamental, segun que se acercaba ó alejaba con una velocidad de 14,1666 metros ó 13,5 metros por segundo.

VI.

El lector que haya tenido suficiente paciencia para llegar á este punto, comprenderá qué clase de objecion vamos á presentar á *Lúmen*; pues la analogía de los fenómenos ópticos y acústicos, permite establecer entre ellos un paralelo, cuyas consecuencias serán distintas que los resultados á que llegaríamos, de admitir la teoría de la emision.

Se sabe, en efecto, que la velocidad de la luz en el *éter* del espacio es la misma para todos los colores, é igual á 300,000 kilómetros por segundo (1), y que la velocidad multiplicada por el tiempo que dura una vibracion ó dividida por el número de vibraciones ejecutadas en cada segundo, dá la amplitud de una onda completa.

Tresuel determinó el primero la amplitud y el número, para cada uno de los colores del espectro (2), resultando que la amplitud máxima corresponde al rojo, y la mínima al violeta, variando contínuamente entre estos límites extremos. El número de vibraciones es máximo para el violeta y mínimo para el rojo: como debia resultar de lo que llevamos expuesto.

(1) Tomamos la velocidad de la luz correspondiente á los números de vibraciones expresados mas abajo, y suponemos que la masa etérea es homogénea, por tratarse de un medio *isótropo*; aunque la óptica haya de admitir que además de ser variables ó la densidad ó la elasticidad del éter, de un medio á otro, deban serlo tambien en muchos casos, con la direccion en un mismo cuerpo.

(2) En la luz blanca del sol están superpuestas infinidad de luces coloreadas á que los físicos llaman elementales, que son las notas de la escala luminosa; el ojo humano no puede apreciar, en esta infinidad

Cuando se producen menos de 458 billones de vibraciones por segundo, las ondas etéreas solo se manifiestan por su calor; cuando su número pasa de 727 billones, se manifiestan por sus acciones químicas.

de notas que juntas vienen, cuál es cada una de ellas; pero por medio del prisma se descompone un haz de luz blanca en una banda contínua de luces, cuyos colores son variables desde el roio, hasta el violeta. En ella se distinguen siete principales, á que corresponden los elementos siguientes:

COLORES PRINCIPALES.	NÚMERO DE VIBRACIONES POR SEGUNDO.	AMPLITUD DE LAS VIBRACIONES.
		m m
Rojo.	483 billones.	0,000620
Naranjado.	513 »	0,000583
Amarillo.	543 »	0,000551
Verde.	576 »	0,000521
Azul.	630 »	0,000475
Indigo.	669 »	0,000449
Violeta.	708 »	0,000423

Estos datos corresponden á los colores medios. En el rojo extremo la amplitud es 64 millonésimas de milímetro, y el número de vibraciones 458 billones, en el violeta extremo los elementos son 406 millonésimas de milímetro y 728 billones.

Si conociéramos la ley matemática de los incrementos elementales de la amplitud de un punto del espectro, al infinitamente próximo, el cálculo integral nos serviria para deducir la amplitud correspondiente á las vibraciones de la luz blanca por ser esta la resultante total de todas las luces elementales del espectro. Sin embargo, tomaremos como aproximado el promedio de los 15 valores correspondientes á los puntos límites y medios de los colores principales. De este modo se obtiene para la luz blanca 596 billones de vibraciones por segundo. En los colores compuestos, se puede proceder de un modo análogo, tomando por base para determinar los componentes, la clasificacion de Chevreul.

Supongamos, pues, que en un punto fijo se produce luz del rojo límite que vibra 458 billones de veces por segundo, y que nos acercamos á él con una velocidad de $^{483}—^{458}/_{458}$ ×300.000 kilómetros, veríamos el rojo medio; si la velocidad crece y se hace igual á $^{513}—^{458}/_{458}$×300.000 kilómetros, se veria el naranjado medio, y creciendo contínuamente la velocidad, se verian sucesivamente todos los colores hasta el violeta extremo. Cuando camináramos 176.000 kilómetros por segundo, dejaria de percibirse este último color por haber llegado ya al límite de las vibraciones apreciables para la vista.

Si en vez del rojo extremo hubiéramos observado una luz de otro color, se hubiera pasado por todos los tonos comprendidos entre el suyo y el violeta, dejando de percibir la luz, antes de alcanzar la velocidad anterior. Para las luces compuestas ó blancas, los fenómenos serian parecidos.

¿Cómo entonces pudo *Lúmen* ver la Tierra, si en algunas horas hizo desde La Cabra un viaje en que la luz no emplea menos de 71 años y 8 meses? ¿Cuántos billones de billones de veces por segundo, encontraria las vibraciones correspondientes á los colores? ¿Bajo qué aspecto eran visibles para *Lúmen* los objetos, si estos números son inmensamente mayores que los empleados por la física? Por esto decíamos que tendria que pararse cada vez que quisiera observar la Tierra, continuando despues con rapidez vertiginosa, pero á condicion de no ver nada.

Además, si alguna vez su velocidad era menor que 176.000 kilómetros por segundo, ciertos colores serian para él visibles aunque cambiados; otros no lo serian, apareciendo los objetos con extraños y fantásticos contornos. Con la velocidad de 79.000 kilómetros, las nieves de las montañas y los polos, habrian sido sustituidas por manchas negras; el verde de los mares seria violeta; el amarillo de los campos cubiertos de mieses seria índigo; los rojos de los continentes serian verdes, tomando así el aspecto de mares; y los mil matices mas refrigentes que el verde, serian invisibles. Los hombres que llevaran pantalones azules aparecerian sin piernas, y la belleza de un rostro sonrosado con ojos azules y lábios de coral, se cambiaria por una cara azul con lábios verdes y sin ojos, etc.

Seguramente que costaria á *Lúmen* gran trabajo haber conocido en estos objetos fantásticos la Tierra y sus habitantes.

Si en vez de acercarnos á la luz fija, nos alejáramos, los fenómenos se invierten de una manera fácil de prever.

Supongamos el color de la luz violeta límite. Caminando con una velocidad de $^{727}—^{708}/_{721}\times 300.000$ kilómetros, se veria del color violeta medio, cuando la velocidad fuera de $_{527}—_{669}/^{727}\times 300.000$ kilómetros, veríamos el índigo medio; y con velocidades crecientes se irian viendo todos los colores del espectro en su órden inverso, desapareciendo la percepcion al llegar á caminar 111.000 kilómetros por segundo.

Si en lugar del violeta extremo se observara una luz de otro color, apareceria sucesivamente con todos los tonos comprendidos entre el suyo y el rojo, dejando de verse antes de adquirir la velocidad anterior.

Con la velocidad de 23.000 kilómetros, las nieves de las montañas y los polos, serian de un rojo oscuro, el verde de los mares rojo naranjado y los continentes como manchas negras.

Sigamos aun: si nuestra velocidad crece mas y se hace igual á la de las ondas luminosas, lejos de chocar con ninguna, caminaríamos con una de ellas y nada se percibiria.

Seguramente que si Napoleon se aleja de la Tierra con esta rapidez, no se acordará ya mucho de la pérdida de Waterlóo. Quizás consista su castigo en no ver nada durante los 185 millones de años.

Hasta aquí, hemos encontrado siempre las ondas etéreas en el órden de su produccion, podremos haber visto cambios extraños en los objetos y la desaparicion de muchos, cuyos colores no sean á propósito para ser visibles, pero sigamos caminando, y como dice *Lúmen, el tiempo refluirá*, encontraremos ondas cada vez mas antiguas, y cuando las cortemos mas de 458 y menos de 727 billones de veces por segundo (caminando mas de 764.000 kilómetros y menos de 1.338.000 kilómetros por segundo) veremos los objetos, no solamente con los cambios de colores y contornos que los vimos antes, sino con movimientos inversos. ¡Qué difi-

cultad en reconocer en las filas de los ejércitosque pelearon en Waterlóo las formas y movimientos de los hombres! Las caras habrán desaparecido casi todas, las divisas azules se habrán convertido en rojas y no seria posible distinguir el fuego de los cañones.

Cuando *Lúmen*, siguiendo su carrera, vió á Julio César, ¿cómo habia de contestar si se parecia á Napoleon III? Probablemente veria á Julio César sin cabeza.

Por último, que nuestra velocidad sea mayor de 1.338.000 kilómetros por segundo, y todo desaparecerá, todos los objetos terrestres y todas las estrellas se ocultarán á nuestra vista, mientras no moderemos tan vertiginosa carrera. Pero ahora recordamos que *Lúmen* se alejó de la Tierra, en el intervalo de dos años, á regiones tan apartadas, que la luz solar tarda en llegar á ellas millones de años.

Si quiere confesarnos la verdad debe decir que nada pudo ver.

Presentaremos á *Lúmen* todavía una dificultad que nos ocurre en este momento. Para que la luz se produzca no bastan las vibraciones etéreas, es necesario que las ondas choquen contra los objetos materiales, y *Lúmen*, sin ser puro espíritu, no era materia. Quizá esta cuestion de fisio-psicología, no ha resuelto aun el espiritismo con toda claridad.

VII.

Para terminar estos desaliñados renglones solo falta añadir que no pretendemos afirmar que puedan hacerse experimentos convenientes para demostrar lo expuesto; pero á pesar de las dificultades, al parecer insuperables, sí creemos que en cierta medida, ya que no el experimento, cabe la observacion. El rayo tiene una velocidad algo mayor que la de la luz, su coloracion podrá depender (aparte del matiz especial de la chispa eléctrica, segun los gases en cuyo seno se produce, y de los metales entre los cuales parte) de la direccion que tome con respecto al observador. Tal vez la causa de los truenos sin relámpago, es que la chispa camina en la direccion del rayo visual, y quién sabe

si estudiando este asunto se podria deducir algo nuevo.

Entre tanto, desearíamos que ó *Lúmen* no sea partidario de la teoría ondulatoria, como muchas veces afirma, ó que dé alguna razon puramente física, que no esté fundada, como casi todas sus afirmaciones, en la hipótesis de la emision.

Lorca, 8 Julio 1879.

E. SANCHEZ RAMOS,

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO.

EL HOMBRE ES POLVO.

(CENSURA DEL MATERIALISMO).

Mi primer sermon en la catedral de Valencia, el Miércoles de Ceniza 1.° de Marzo de 1876.

Pulvis es, et in pulverem reverteris
GEN., III, 19.

ILMO. SR.:

Polvo es el hombre y en polvo se ha de convertir. Tal es la leccion saludable y elocuente que la Iglesia dá en este dia á los fieles, al poner la ceniza sobre su frente. Y para hacerlo emplea las mismas palabras de la sentencia terrible que Dios pronunció contra el primer hombre despues del primer pecado: palabras que á un mismo tiempo le recuerdan su primer orígen, su primera falta y su próximo fin. *Memento homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris.* Nada mas eficaz para desapegar nuestro corazon de las cosas de la tierra: nada mas á propósito para inspirarnos reflexiones graves y pensamientos santos: nada mas oportuno para humillar nuestra soberbia y confundir nuestra vanidad.

No podia darse inauguracion mas sábia de la Santa Cuaresma. Este tiempo, consagrado especialmente á la penitencia, al arrepentimiento, á la mortificacion, y al ayuno; este tiempo, dedicado especialmente á la meditacion de las

grandes verdades de nuestra fé, de los misterios sublimes de nuestra religion; este tiempo que la Iglesia escoge para alimentar al espíritu con el ayuno del cuerpo, para prevenirnos contra las seducciones mundanas, para fortalecernos contra la rebeldía de las pasiones, para curar las heridas de nuestros pecados: este tiempo santo es oportunísimo que empiece por la notificacion de nuestra miseria, por el recuerdo de nuestra nada. La ceniza es un símbolo bien expresivo de todo esto; y la ceremonia de este dia, encierra muchas y provechosas enseñanzas.

¡Gloria grande del catolicismo, que sabe dominar al corazon humano en todas sus situaciones! ¡Maravillosa uniformidad de sus enseñanzas, que todas ellas tienen múltiples aspectos, y todas ellas se dirigen á la reforma de las costumbres y á la santificacion de la vida!

¡Quién pudiera ahora interpretar el pensamiento de la Iglesia en esta ceremonia de la ceniza en todas sus instructivas y variadas significaciones! Veríamos su orígen y significacion *bíblica*, como señal de dolor profundo, de afliccion, de penitencia y de duelo. Veríamos la ceniza entre las demostraciones de luto por el patriarca Jacob, por Moisés, Aaron, y en general por todos los hebreos: la veríamos acompañar las pruebas y tentaciones de Job; en las fervorosas rogativas de Bethulia, en las oraciones de Judith, en las amarguras é inquietudes de Esther y Mardoqueo, en la penitencia de David, en las lamentaciones de Jeremías, en los ayunos de Daniel y en la desolacion de los Macabeos por la profanacion del lugar santo!

Si estudiamos la ceremonia de la ceniza en su significacion *histórica*, veríamos á los Santos Obispos, honor de la cristiandad antigua, ponerla, no ya con dos dedos, sino á puñados sobre la cabeza de los reyes; veríamos á los austeros anacoretas mezclarla con su escaso pan; veríamosla

como corona de la profesion religiosa; veríamos á los monjes llevando á su mas alto grado la abnegacion y mortificacion cristiana, morir humildemente sobre la ceniza.

Si estudiamos la ceremonia de la ceniza en su significacion *canónica*, veríamos á los penitentes públicos presentarse en este dia vestidos de cilicios y cubiertos de ceniza á las puertas de la iglesia á recibir de los sacerdotes la imposicion de una penitencia tan grave y duradera, que su sola noticia aterra á la molicie de nuestra época.

Si estudiamos su significacion *teológica*, veríamos que es la notificacion solemne á todos y cada uno de la sentencia de muerte pronunciada por Dios en el paraiso, y la aceptacion humilde de su justicia; es el reconocimiento de que hemos pecado, y la demostracion y protesta de nuestro arrepentimiento.

Si estudiamos su significacion *moral*, veremos que es el recuerdo mas vivo de la vanidad humana, y de la fugacidad de nuestra vida; que es la confusion mas terminante del orgullo de los hombres, es la manifestacion de la humildad cristiana, es el estímulo mas poderoso para aceptar las amarguras de la virtud, despreciando á este mundo y sus halagos engañadores, que al fin y al cabo han de parar sin remedio en polvo vano, en vil ceniza.

Todo esto ¡y cuántas cosas mas! significa la ceremonia de este dia. ¡Cuán vasto campo! Pero no la consideraré bajo ninguno de esos aspectos: vuestra ilustracion ya los sabe, y vuestra piedad los practica.

Me parece mas propio de este escogido auditorio y mas acomodado á las necesidades de nuestra época, impugnar una vez mas á esa filosofía descreida, que levanta como su bandera estas palabras que hoy repite la Iglesia, y enseña al hombre que no es mas que polvo; esa filosofía desoladora que nada vé mas allá del sepulcro, que concentra todas sus

aspiraciones en la nada de la tumba; esa filosofía atea, enemiga de nuestra nobleza, insultadora de nuestra dignidad que nos señala el mismo destino que al bruto; esa fisiología ciega, que considera al hombre como un mero organismo; esa filosofía hoy tan estendida, ¡parece increible! y cuyo solo nombre es su mas victoriosa refutacion... el *materialismo*.

Y no solo el materialismo descarado, que degrada, y que no sé si es mas estraño que haya quien le conciba, ó que se propague, sino tambien ese materialismo remoto, elegante y capcioso, que se oculta bajo los sistemas de moda, ya bajo los variados sistemas palingenésicos, que dividen, y por consiguiente destruyen la personalidad humana, ya bajo los sistemas socialistas, que no miran mas que á la tierra, ya en ese panteismo flotante y sensual, que es la filosofía de los salones y teatros, ya en los sistemas idealistas, ó tantos otros delirios del moderno racionalismo. Porque es indudable que todos esos sistemas, sea cualquiera su nombre, van á pasar al naturalismo, y de consecuencia en consecuencia, se precipitan fatalmente en los mismos absurdos que el materialismo grosero. Fácil seria probarlo.

Pues bien : todos esos sistemas dicen tambien al hombre que solo es un poco de polvo, y que en polvo se ha de convertir: los unos se lo dicen para sublevar sediciosamente á las masas, los otros para pervertir las costumbres; éstos para despojarlas de sentimientos religiosos, y todos para degradar al hombre, para llenarle de ignominia, para precipitarle en insondables abismos.

¡Polvo es el hombre, es verdad! ¡pero cuán opuestas consecuencias sacan de esta verdad los materialistas y los católicos! ¡Cuán diferente es este polvo, segun se considera bajo el criterio materialista ó bajo el criterio católico!

Y hé aquí que he llegado de lleno á mi asunto, á saber: la superioridad de la doctrina católica sobre la doctrina materialista; los inmensos beneficios que la dignidad humana debe al catolicismo: lo que es el hombre segun el materialismo, y lo que es segun la enseñanza católica. Prestadme vuestra benévola atencion.

Ave María.

La muerte impera como soberana en toda la naturaleza, reduciéndolo todo á ceniza, al hombre y á sus obras. Todos los dias estamos viendo sus víctimas numerosas, que caen á nuestra izquierda y á nuestra derecha: el que tenga algunos años ha visto desaparecer una generacion entera, y lo que es mas todavía, nosotros mismos nos sentimos envejecer, y podemos contar uno por uno nuestros pasos hácia el sepulcro. Sin embargo, ¡oh insensatez humana! el hombre vive en el mayor olvido de esta verdad, no quiere ver lo que tiene delante de los ojos, y necesita que se le recuerde que es mortal. *Memento homo*. Acuérdate.

Por eso las Sagradas Escrituras avivan con frecuencia este recuerdo. «*Todos los hombres son tierra y ceniza,*» dice el libro del Eclesiástico (XV, 31), «*Somos polvo,*» dice David (Psal. CII, 14). «*Soy comparado al lodo, y soy asemejado al polvo y á la ceniza,*» exclama Job (XXX, 19), y en otro lugar: «*Perecerá justamente toda carne, y el hombre se convertirá en ceniza*» (XXXIV, 15). «*Cuando se apague esta centella que nos anima, será ceniza nuestro cuerpo,*» dice la Sabiduría (II, 3). Por eso repite la Iglesia: «*Memento homo.*» Acuérdate. Aunque es cierto que esta centella no se apagará, sino que como esplica el Eclesiastés: «*Se tornará el polvo á la tierra de donde fué tomado, y el espíritu volverá á Dios, que lo dió.*» (XII, 7).

Tambien lo dice el materialismo; ¡pero en cuán diverso sentido, con qué diverso resultado, con cuán contrario fin!

Examinad este polvo con uno y otro criterio y lo vereis. ¿Qué es el hombre? Forzoso será contestar en el materialismo: es una criatura ignorante y perversa, estúpida é ingrata; es débil y enfermo que nada puede sino asociado con sus semejantes; su cuerpo es una sentina de inmundicias, asqueroso, fétido y torpe: le postra el frio y le abrasa el calor, le abate la sed, el hambre y la miseria, y está sujeto á enfermedades numerosas, que él hace mas graves y complicadas con sus propios vicios; muere y se convierte en gusanos, en corrupcion y en cenizas. Tal es el hombre del materialismo. Es el mas infeliz de todos los animales, es un polvo vil. Si nada hay mas allá del sepulcro, es el ente mas desgraciado y despreciable de la creacion.

Seducido por estas ideas disolventes, no levanta los ojos de la tierra. Víctima de las pasiones, se degrada por ellas hasta un extremo lastimoso. Se complace en emplear sus facultades para el mal, calcula friamente para destruir, tiene instintos mas feroces que el tigre, derrama la sangre de sus semejantes, saborea con delicia la crueldad, concibe odios que no se apagan, abriga ingratitudes monstruosas, alimenta venganzas terribles, pisotea el honor, olvida el deber, niega la familia y la propiedad, desprecia la religion, se burla y blasfema de Dios... es ladron, traidor, adúltero, asesino y hasta parricida. Tal es el engendro del ateismo materialista. Es un polvo corrompido, es un cieno inmundo. Es una bestia, es una fiera, es un demonio.

Sin embargo, no siempre es un mónstruo. El materialismo disfrazado le vuelve culto. Se llama esclavo de la ley, se dedica á hacer agradable la vida, cultiva la tierra, los oficios, las artes y el comercio; os abre caminos y os proporciona comodidades, y todo os lo dá por vuestro dinero;

alimentos, vestidos, casas y hasta bailes y espectáculos. Es tolerante, despreocupado, servicial... Pero no le pidais otra cosa. Respeta á los hombres y sus derechos, pero no los ama; es filántropo, pero no caritativo; es justo, pero sin perjuicio suyo; os dá aprecio y consideracion, pero con arreglo á una medida invariable, ni mas ni menos... á vuestra riqueza. Si sois rico, os pondrá en las nubes, si sois pobre, os volverá la espalda. Es el hombre de la civilizacion moderna, del racionalismo contemporáneo. « *Ceniza es el corazon de él*, diré oportunamente con el libro de la Sabiduría, *y mas vil que el lodo su vida... Creyó que es un juguete nuestra vida, y la manera del vivir hecha para ganar, y que conviene granjear por cualesquiera medios, aunque sean malos.* » (Sap. XV, 10). Es un polvo metalizado... Es un egoista, es un escéptico, es un especulador.

Pero volved el cuadro, y ved al hombre, no segun el materialismo descarado ó encubierto, sino segun una filosofía verdadera, sólida y racional. Le vereis animado por un poder maravilloso: domina la naturaleza, calcula y combina sus fuerzas y explota sus leyes, baja á las entrañas de la tierra y la arranca sus tesoros, monta en el globo y se eleva á las nubes, fabrica una nave y cruza los mares, pesa los astros y predice sus movimientos: corre mas que el caballo con el vapor, vuela mas que el águila con la electricidad, encauza los rios y les dá la direccion que quiere, perfora los montes y las rocas, ciega los abismos y allana las montañas: encierra en una cerilla el fuego y la luz y juega con el rayo: donde habia un desierto, forma una ciudad, construye palacios, levanta monumentos: estudia, inventa, crea. La naturaleza le sirve como esclava para satisfacer sus necesidades, sus gustos, y hasta sus caprichos.

¿Y esta criatura habia de perecer para siempre? ¿Seria

un polvo estéril que arrastrase el viento? No. Es un polvo animado por un espíritu inteligente é inmortal. Es un sér superior, y casi omnipotente; es la imágen viva de la divinidad.

Pero levantad mas vuestros ojos, y ved mejor al hombre. Inspirado por su nobleza, se eleva hasta una altura prodigiosa, es buen padre de familia, buen ciudadano, y buen amigo: es casto, justo, leal, fiel y modesto: es noble, generoso, caritativo, y capaz de los grandes sacrificios: lleva la civilizacion á los paises mas remotos y salvajes: realiza las obras mas estupendas de abnegacion y de heroismo: consagra toda su vida y su energía al bien espiritual y temporal de sus semejantes: acoje á los pobres, socorre á los desvalidos y los llama sus hermanos: multiplica su caridad en los hospitales: si hay peste, arriesga su vida: si hay escasez, se priva de su pan: por las grandes causas, es mártir: le injurian y perdona, le ofenden y olvida: tiene fé en su corazon y adora á Dios; tiene caridad y ama á su prójimo, es humilde y se olvida de sí. Es el hombre del catolicismo. Es un polvo trasformado por la gracia, es un polvo bañado con la sangre de Jesucristo, es un polvo que será trasportado al cielo, es poco menos que los ángeles, es un semi-Dios.

¡Qué diferencia! El materialismo al decir al hombre que es polvo, le degrada y le ofende; el catolicismo le eleva y le glorifica. Por eso la religion cristiana es la nobleza de la humanidad.

Por eso el cristiano es el hombre por excelencia, el hombre *reparado*, el único que tiene verdaderamente el derecho de estimarse á sí mismo y de exigir la estimacion de los demás. El que tiene la dicha de ser cristiano, se realza á sus propios ojos, se siente crecer: vé llenas de sus hechos las páginas mas gloriosas de la historia: vé llenas

de sus vigilias las páginas mas brillantes de las ciencias: vé llenas de sus influencias las instituciones mas civilizadoras de los pueblos, vé que le pertenece cuanto hay en la tierra de justicia, de santidad, de virtud, de caridad y de honor.

El materialista, por el contrario, se vé asociado á todas las calamidades públicas, alistado en el censo de todos los impíos; mira sus doctrinas preparando y presidiendo los horrores de todos las revoluciones, las oye entre los gritos de las barricadas, entre las tinieblas de todos los clubs, vé su faz sangrienta reflejada en la cuchilla de la guillotina, vé su mano armada con las teas del comunismo, y tiene que confesar que es obra suya casi todo lo que la época moderna lamenta de sangre, de incendios, de impiedad, de sacrilegios y devastacion.

El cristiano se levanta sobre su polvo, y mira al cielo: el impío se arrastra por su polvo y quiere confundirse con él. El primero considera esta vida como medio, el segundo como fin.

Por eso el materialista no puede ofrecer á sus partidarios otra cosa que la nada, la noche eterna. «*Unus interitus*, exclama blasfemando, *unus interitus est hominis et jumentorum et æqua utriusque conditio.*» (Eccles. III, 19). Una es la muerte del hombre y del jumento, igual la suerte de uno y otro; y de este modo, esta filosofía inhumana no solo degrada al hombre, no solo le insulta, no solo enciende sus pasiones, sino que al presentarle la nada como término de sus cortos dias, le arrebata aquello que nadie sino él le puede arrebatar, aquello que sobrevive á todos sus dolores, á todas sus amarguras, á todas sus contrariedades: le arrebata hasta la esperanza.

Mas el catolicismo llena de dulces esperanzas el fin del hombre y hace que su voz consoladora resuene hasta en el

fondo de la tumba. Cuando le recuerda que es polvo y en polvo se ha de convertir, le añade que «*el polvo tornará la tierra de que fué formado, pero el espíritu volverá á Dios que le dió.*» (Eccles. XII, 7). El cristiano no muere, su cadáver es un polvo vigilante, parece que no está separado por completo de la vida y «*sus huesos*, segun la feliz espresion del Profeta, *florecerán. Los que duermen en el polvo*, exclama Isaías, *volverán á vivir.*» (XXVI, 19). Ante esta perspectiva, el corazon rebosa en inefables consuelos, y la muerte pierde para el cristiano todo su horror.

Por esta razon el cristiano honra las cenizas de los muertos como un polvo sagrado, reservado para gloriosos destinos; las cubre con tierra bendita, y quiere que duerman en paz, en un lugar consagrado por la religion. El cadáver del último mendigo es para nosotros un sér respetable y augusto: su profanacion es uno de los mayores crímenes, porque le consideramos en órden á su futura resurreccion. Mas todavía: las cenizas de los escogidos, de aquellos héroes de la santidad que la Iglesia ha declarado, ese polvo santo es apreciado por el católico como el mayor de sus tesoros; le engasta en oro, le cubre de piedras preciosas, se lo distribuye en partículas, y le venera en los altares. No puede llegar á mas la dignidad humana.

Ved ahora la conducta del materialismo. No aprecia al hombre, ni sabe, y por eso le degrada. El cadáver, que hasta para los pueblos salvajes es un objeto sagrado, no infunde al materialista respeto alguno. Le vereis con delirantes alardes de ateismo pasearle por las calles en los llamados *entierros civiles*, sin ningun símbolo religioso, y lo que es peor, con los símbolos de la masonería: le vereis, no pronunciar sobre los muertos una sola oracion, pero sí discursos subversivos; le vereis turbar la paz de nuestros cementerios, pretendiendo mezclar sus huesos reprobados con

los huesos de los católicos, y queriendo establecer el indiferentismo hasta sobre los sepulcros; le vereis defender la cremacion de los cadáveres, por ódio á los lugares bendecidos en donde reposan, y alguno de sus economistas apoyar este proyecto con el pretesto, ¡oh profanacion! de que las cenizas de los cadáveres podrian utilizarse como abono de la tierra. ¡Qué degradacion, qué inhumanidad, qué vileza!

¡Oh secta perversa! ¡oh filosofía desoladora, que empieza degradando al hombre en su orígen, haciéndole descender del mono; en su vida, inspirándole ideas disolventes y quitándole la religion; en su muerte, entregándole á la horrible secta de los solidarios; y en sus cenizas, apreciándolas lo mismo y para los mismos usos que á la basura del muladar! ¿Y aun hay quien la acepte? ¿Y aun hay quien la llame ciencia?

¡Oh polvo sagrado de nuestros mayores! ¡oh cenizas venerables de las generaciones pasadas, cuando llegue á vosotros el eco de los presentes desvaríos, no dudo que llorareis y suspirareis en vuestros sepulcros, al ver qué hijos habeis engendrado!

Y sin embargo, esa filosofía absurda, impía y degradante, se enseña en las universidades, ya sea descarada, ya dorada y encubierta bajo mil formas seductoras; esos delirios son, en último término, el fondo y como la esencia de las escuelas modernas; esas estravagantes utopias se han hecho de moda, y las aplaude esta generacion escéptica y sensual; esa filosofía funesta cuenta con numerosos partidarios, y sale á luz en libros, discursos y periódicos, cuando debia estar proscrita, no solo en nombre de la razon, no solo en nombre de la moralidad, no solo en nombre de los sentimientos del corazon, no solo en nombre del progreso, sino en nombre de la dignidad humana.

La dignidad humana nunca sabrá agradecer bastante al

catolicismo los beneficios que le debe. La ceremonia de este dia, que á los ojos de la carne parece la mayor miseria del hombre, á los ojos de la fé es su mayor grandeza. Si nuestra existencia hubiera de terminar en el sepulcro, seríamos los mas miserables de todos los animales. Pero sabiendo, como sabemos, que la muerte es el vestíbulo de la verdadera vida, la consideramos como el término de las miserias mundanas, y desde este momento pierde para nosotros todo lo que para otros tiene de sombría y aterradora. El cuerpo es el que se convertirá en cenizas, pero el espíritu empezará entonces mismo á gozar una existencia nueva, una existencia feliz. Mas no olvidemos la interesante advertencia de San Pablo: «*Si vivís segun la carne, morireis; pero si mortificais la carne por el espíritu, vivireis.*» No os dejeis seducir por los falaces atractivos de la tierra... Todas sus felicidades vienen á parar muy pronto en un puñado de ceniza.

Aprovecháos, pues, mis amados hermanos, de las saludables enseñanzas de este dia. Cuanto mas os humilleis en presencia de Dios, entonces sois mas grandes. La virtud es laboriosa, pero todo el trabajo es á costa de nuestro cuerpo, que se ha de convertir en ceniza, de nuestro cuerpo que necesariamente es una de estas dos cosas... ó nuestro esclavo, ó nuestro tirano.

Acuérdate, pues, hombre, que eres polvo, y en polvo te convertirás. Tu vida es breve; trabaja, pues, por asegurar la vida eterna. Tu cuerpo camina rápidamente á su disolucion; trabaja, pues, por tu alma, que no muere. Tus cenizas pueden ser tu corona, si procuras desde ahora hacerlas dignas de una gloriosa resurreccion, de una dichosa inmortalidad. Amen.

DOCTRINA FILOSÓFICA DE LA VIDA FUTURA SIN INVOCAR EL AUXILIO DE LA REVELACION.

(Extractos de Th. Henry Martin.)

Utilidad de una doctrina puramente filosófica de la vida futura.

Hay algunos filósofos á quienes la razon conduce poco á poco á la fé, y cristianos vacilantes, á los cuales la misma razon les impide caer en el escepticismo y en la indiferencia. Unos y otros tienen que luchar, no solamente contra los desfallecimientos del espíritu, sino tambien, y mas aún, contra las seducciones del corazon. Los primeros están tentados de fijarse en un deismo vago, en una moral poco precisa y severa, en pensamientos de inmortalidad exentos de temores y destinados á dulcificar y halagar la vida, mas bien que á hacerla virtuosa y santa. Los últimos se hallan tentados de volver á caer en el punto en que los primeros se detienen. Los unos y los otros están en peligro de faltar al solo principio necesario de la vida presente, la preparacion de su destino eterno. Conviene á ambos saber, que aunque no se aproximasen á la fé cristiana, ó que tratasen de abandonarla, entonces á falta de la revelacion sobrenatural, para la cual estarian cerrados sus oidos, la voz de la razon natural, por poco que quisiesen escucharla, sería bastante para perturbar la falsa seguridad en que quisieran adormecerse. En efecto, ella bastaria aún para demostrarles á un Dios que juzgará á todos los hombres, no solamente segun los preceptos mundanos de la honestidad esterior, sino segun la ley profunda y severa de las conciencias; á un Dios que vé, no solamente las acciones deshonrosas á la vista del hombre, sino los vicios secretos, las malas inten-

ciones, los pensamientos malos, de todo lo que pedirá cuenta; á un Dios que tiene derecho á un culto, y que quiere que para rendírselo, se busque si hay ó no medios que á él le ha parecido bien dar y prescribir. Esta misma voz, á falta de la de la Religion, bastaria para imponerles todos los mismos deberes fundamentales, sin darles los mismos auxilios para practicarlos; bastaria para proponerles un destino inmortal, sin demostrarles tan claramente su dulzura y belleza inefables; bastaria, en fin, para darles la certeza de las penas terribles reservadas á aquellos que habrán faltado voluntariamente á los fines de su existencia terrestre; si ella no les demostrase la eternidad de estas penas, á lo menos no les garantiria la posibilidad de reparar en otra vida los extravíos de la presente, y de reconciliarse con Dios despues de la muerte.

Puede ser, pues, útil para el servicio de Dios y para la salud del prójimo pedir á la razon natural los dones y pruebas que pueda suministrarnos sobre el porvenir del hombre mas allá de esta vida. Esta leccion sólida, pero incompleta, puede obligar á ver, á tantos obstinados, mas ó menos voluntarios, cuán falsa es la filosofía demasiado cómoda en que pretenden vivir; puede forzarles á ver cuán necesaria y deseable es para ellos esta fé cristiana, en la que su conciencia les dirá que quisieran morir, por poco que la conozcan.

Inducciones que se pueden sacar de la creencia universal en otra vida.

Principiemos por consignar la excelencia del sentimiento de la inmortalidad, y por examinar lo que la razon puede inducir de ello. Lo hemos dicho ya: en algunos hombres, principalmente en los de una alta moralidad, este sentimiento es tan habitual y desarrollado, que es suficiente para darles la certeza inmediata y permanente de otra vida. En otros, y en ciertas circunstancias, este sentimiento inextinguible adquiere de repente tal energía y derrama en sus almas tal esplendor, que hace imposible en ellos, por cierto tiempo al menos, toda duda sobre la realidad de este

porvenir mas allá de la muerte. Esta certeza es legítima como la de todas las nociones espontáneas del espíritu humano; pero cuando no está asegurada y fecundada ni por la razon ni por la fé, esta nocion queda vaga, insuficiente para las necesidades del alma y para la conducta de la vida; la certeza que la acompaña puede por otra parte cesar con las disposiciones interiores ó las circunstancias exteriores bajo cuya influencia se ha producido; y sobre todo, no se comunica por la palabra, sino difícilmente y de una manera indirecta; es decir, luego que el sentimiento que la hace nacer ha podido trasmitirse por la elocuencia de la expresion.

Pero los hombres menos dispuestos á recibir esta influencia, y sobre todo á ceder á ella de una manera durable, pueden, no obstante, por una parte reconocer en sí mismos el sentimiento natural, que nada puede destruir enteramente, y la nocion mas ó menos vaga que le acompaña, y por otra buscar en la sociedad que les rodea, en las relaciones comunes á todos los países y en la historia de todos los tiempos, las manifestaciones de esta nocion y de este sentimiento instintivo, que conduce á creer en ella. Ahora, pues, en todos los pueblos de la tierra se han hallado siempre los indicios de temores y esperanzas personales para otra vida despues de la muerte. Luego no es esto un hecho individual, explicable por causas accidentales, sino un hecho humano que no puede explicarse sino por una ley de la naturaleza humana.

Por ejemplo, por todas partes, desde las naciones mas salvajes hasta aquellas en que una civilizacion excesiva y corrompida ha hecho popular la negacion de la inmortalidad, el instinto del respeto á los muertos subsiste, y se manifiesta áun en los casos en que no puede explicarse por el orgullo de familia ó de pátria, ni por un recuerdo afectuoso. Pues bien, este instinto general pone de manifiesto la existencia de una voz misteriosa y muchas veces incomprensible, que habla en el fondo de las conciencias mas adormecidas: esta voz dice que de los muertos queda alguna cosa que puede aún sentir los homenajes ó las afrentas; ella dice que la muerte no es para el hombre la destruccion de la persona, sino la entrada respetable y terrible en un por-

venir desconocido. Esta misma voz misteriosa de la conciencia puede sola explicar otro sentimiento instintivo, que resiste además á la negacion sistemática de la vida futura; quiero decir, la inquietud egoista sobre el recuerdo que dejaremos entre los hombres, sobre los honores ó ultrajes de los cuales podrá ser objeto nuestra memoria. Sin duda se puede explicar de otro modo que por el instinto de la inmortalidad personal, el deseo *desinteresado* de dejar despues de nosotros parientes, amigos y ciudadanos fieles á la justicia que deben á nuestra memoria. Pero el instinto de la inmortalidad personal puede solo explicar el deseo *interesado* de la gloria despues de la muerte; este mismo instinto, pervertido por el olvido de la justicia, puede solo explicar el deseo *culpable* de una gloria póstuma comparada con la violacion de los deberes.

Si esta nocion y esta creencia en la inmortalidad no existiesen mas que en algunos pueblos, se podria atribuirlos á la educacion, ó bien á las doctrinas de ciertas religiones positivas. Pero, á pesar de la infinita diversidad de costumbres, esta nocion y esta creencia se encuentran mas ó menos desarrolladas en todos los pueblos; ninguna religion puede citarse que las haya introducido, y todas hasta cierto punto las suponen y confirman. ¿Se dirá que esta nocion y esta creencia tienen por orígen una tradicion que se remonta á los tiempos primitivos? Entonces será necesario admitir, ó que esta misma tradicion viene de una revelacion verdaderamente divina, y en este caso la verdad que enseña será indudable; ó bien que esta tradicion es ella misma un producto espontáneo de la naturaleza humana, y entonces será necesario venir siempre á considerar como uno de los caractéres esenciales de nuestra naturaleza la aptitud de producir esta nocion en todos los países y en todos los tiempos, bajo la forma de una tradicion siempre subsistente, y por todas partes aceptada; y esta tradicion no puede ser aceptada así por todas partes y siempre, mas que porque se aviene con los instintos esenciales de nuestra especie. Luego es cierto, como el sentido comun y la observacion nos enseñan, que en la naturaleza todo tiene su razon de existencia, y que ninguna de las leyes naturales subsiste en vano. Por ejemplo, observando el instinto de

viajar, que lleva lejos de nuestras riberas ciertas especies de aves, podemos estar seguros que este instinto, que debe tener su razon de ser, las guía á países lejanos, en donde una parte de su destino debe cumplirse. Pues, por lo mismo, ¿cuál seria en la especie humana la razon de sér de este instinto universal, que supone la vida futura de la persona despues de la muerte, si el destino de los indivíduos de la especie humana, no se extendiese mas allá de la vida terrestre?

Así aquellos que no encuentran en su sentido íntimo la certeza inmediata de la inmortalidad personal, pueden hallar esta certeza en la observacion de la ley constante, en virtud de la cual esta nocion se hace conocer en todos los hombres. Aquellos á quienes no pareciere esta prueba suficientemente rigurosa, deberian á lo menos reconocer en ella los caractéres de una grande probabilidad; pues esto seria ya bastante para contrabalancear sus juicios contra esta verdad, que otras pruebas mas directas demuestran. Luego desarrollaremos estas pruebas; pero por el pronto, bueno será hacer ver la vanidad de las preocupaciones contrarias. Entonces la prueba, ó si se quiere la probabilidad sacada del instinto de la inmortalidad, quedará sola, sin contrapeso, y preparará el espíritu á recibir otras pruebas mas positivas.

Inducciones en favor de la vida del pensamiento, despues de la muerte del cuerpo.

Demostremos ahora que, para el alma, la pérdida del pensamiento no es la consecuencia natural de la disolucion del cuerpo al cual estaba unida. Los átomos de un cuerpo vivo no forman parte de este cuerpo mas que accidentalmente, y pueden volver á la materia inorgánica sin dejar de ser los mismos, y sin perder su naturaleza propia; es decir, su extension y su actividad puramente externa de resistencia, de atraccion, de repulsion y de impulsion, actividad cuyo ejercicio, sometido á la invariabilidad de las leyes físicas, no pueden ellos mismos identificar. Aun durante la vida del cuerpo, al cual pertenecen, estos átomos vuelven á la materia inorgánica, y son reemplazados sin cesar por

otros átomos que la nutricion suministra al cuerpo vivo. Al contrario, es por su naturaleza, y no accidentalmente, que el alma es alma; es decir, sustancia simple, dotada de una actividad interna, por la cual se modifica ella misma, sea espontáneamente, sea resistiéndose á las impresiones externas.

Sin duda, el ejercicio de esta actividad interna puede ser contrariado por algunos obstáculos ó amortiguado por la falta de excitacion. Pero los obstáculos que venian del cuerpo deben cesar respecto al alma por la muerte, y durante la vida ella podia pensar viva y profundamente, sin excitacion presente de los sentidos: es, pues, no solamente posible, sino infinitamente probable, que ella continúa en pensar despues de la muerte. En su condicion presente piensa con el cuerpo al cual está unida: ninguna induccion legítima nos autoriza á negar que en una condicion diferente pudiese ella pensar sin este mismo cuerpo. No tenemos necesidad de rechazar por segunda vez el pre-juicio, segun el cual todo pensamiento seria imposible sin un cerebro: acordémonos que este pre-juicio conduce necesariamente, ora á la hipótesis absurda del ateismo, ora á la casi tan absurda, tambien, de un cerebro eterno y divino.

¿Se dirá que el ejercicio de ciertas facultades del alma humana, de aquellas que están en relacion con la sensibilidad física y la fuerza motriz, supone necesariamente un organismo? Seria permitido dudar de ello; pero admitámoslo. Todo lo que pudiera decirse en conclusion, es que el ejercicio de estas dos facultades cesaria á la muerte, como cesa, al menos parcialmente, mientras vivimos, durante el sueño; y es necesario observar que el ejercicio presente de estas facultades inferiores no es de ningun modo necesario para las operaciones mas sublimes del pensamiento. ¿Se dirá que cierto ejercicio de estas facultades relativas á la materia es esencial, no solamente á la condicion presente del alma humana, sino á su naturaleza misma? Podria dudarse de ello; pero áun prescindiendo del dogma religioso, yo me inclinaria á creerlo. Para salir de esta dificultad podrá recurrirse á dos hipótesis, que es posible reunir juntas: segun la primera, este ejercicio no está sino suspendido por la muerte, como lo está por el sueño, y se restablecerá por

la resurreccion del organismo transformado; conforme á la segunda hipótesis, este ejercicio no cesa enteramente, sino que se continúa en una cierta medida, con la ayuda de un organismo invisible é intangible, que era el órgano inmediato del alma y el principio de la forma específica y de la identidad individual del cuerpo durante la vida mortal (1). Segun las dos hipótesis reunidas, este mismo principio seria destinado á venir á ser el instrumento de la resurreccion. Pero, lo repito, áun cuando fuese demostrado que todas las funciones relativas á la materia no pudiesen jamás ser ejercidas por el alma despues de la muerte, de ningun modo habria derecho para concluir que el alma quedase privada de sus mas nobles facultades.

Esta conclusion seria, por otra parte, contraria á las inducciones mas legítimas; porque es bien cierto que en esta vida es por medio de los sentidos que se formá la educacion del alma, y se adquieren numerosas nociones, sobre las cuales la reflexion debe ejercerse. Pero ya desde esta vida, una vez terminada esta educacion y adquiridas ya aquellas nociones, la pérdida de la sensibilidad corporal no es un obstáculo absoluto para el ejercicio mas completo y brillante de las facultades intelectuales, áun de aquellas que se aplican al mundo exterior. Beethoven era sordo, cuando componia sus últimas obras maestras de música; Milton era ciego cuando dictaba á sus hijas su *Paraiso Perdido;* otro pintor mas grande aún, Homero, era igualmente ciego, se dice, cuando componia y contaba sus rapsódias, tan brillantes de color como llenas de movimiento y de vida. Las imaginaciones del poeta, las especulaciones y los cálculos del matemático, las meditaciones del filósofo, las elevaciones del ascetismo religioso no son nunca mas vivas y poderosas, que cuando el alma se hace como independiente de los sentidos, por la concentracion del pensamiento bajo el esfuerzo voluntario de la atencion, ó bajo el imperio del entusiasmo. Por otro lado, por mucho que quiera atribuirse á la ilusion y al engaño, es, no obstante, cierto que en el sonambulismo, ora natural, ora provocado artificialmente, y en ciertos estados de exaltacion nerviosa,

(1) Tal es la opinion de Leibnitz.

acontece algunas veces que ciertos poderes del alma se ejercen con una energía enteramente excepcional, y sin el concurso habitualmente necesario de los órganos exteriores de los sentidos. La energía del pensamiento y la fuerza de la voluntad, se desenvuelven algunas veces de una manera maravillosa, á pesar de la debilidad mórbida ó de la decrepitud senil del cuerpo. Es un hecho justificado contínuamente y señalado como frecuente por los maestros de la ciencia médica, que al terminarse una vida que se apaga poco á poco en un organismo extenuado, la pureza y el poder del pensamiento se manifiestan hasta el instante en que los medios de expresion vienen á faltar al moribundo, y que no pocas veces una inteligencia embarazada y como paralizada por los desórdenes del organismo, halla en estos últimos momentos una lucidez no acostumbrada, ó á lo menos tal como no se habia mostrado jamás durante el curso de la vida, este desarrollo sorprendente de la actividad intelectual, suele ser una señal casi segura de la inminencia de la muerte. ¿Será, pues, presumible que el pensamiento cesa, cuando el cuerpo deja de proporcionarle los medios de manifestarse exteriormente, y cuando al mismo tiempo cesa de serle un obstáculo y una carga?

Así, pues, no solamente es cierto que la unidad individual del alma sobrevive á la disolucion del cuerpo, sino mas aún, que las inducciones, si no enteramente demostrativas, al menos extremamente probables, sacadas de los fenómenos de la fisiológica y de la vida del pensamiento, indican que el alma humana sobrevive con su personalidad y con el ejercicio de su actividad interior. Por consiguiente, áun suponiendo que para producirse en nosotros el pensamiento de la inmortalidad personal, esperase la reflexion filosófica, se deberia creer en esta inmortalidad, en virtud de la induccion y del razonamiento. Con mucha mas razon debe, pues, creerse en ella, ya que independientemente de la reflexion filosófica, este pensamiento, y la esperanza instintiva de otro porvenir despues de la vida, existen, como lo hemos visto, en todos los pueblos y en el fondo de todas las conciencias, en virtud de una ley de la naturaleza humana. Porque, mientras que todas las leyes de la naturaleza tienen su razon de sér, ésta sola seria inconcebible, si

el sér al cual ella dá este pensamiento y esta esperanza, estuviese destinado á perder toda actividad intelectual y moral con la vida presente.

En los animales, al contrario, no se encuentra ninguna señal de la nocion de otra vida; las funciones de su inteligencia parecen enteramente relativas al cuerpo y á la sensibilidad física, y pueden, por consiguiente, cesar con la vida fisiológica. Las almas de los animales pueden, pues, no tener mas que la indestructibilidad natural de sustancia, y no la perpetuidad del pensamiento, que constituye la inmortalidad personal del alma humana. El Criador puede, por otra parte, si quiere, anonadar las almas de los animales, cuando ellas han venido á ser inútiles.

Las pruebas que acaban de exponerse me parecen establecer, para todo hombre que puede y quiere comprenderlas, la certeza de un porvenir mas allá de esta vida. Los espíritus menos bien dispuestos confesarán, al menos, que ellas demuestran con una certeza perfecta la posibilidad y la probabilidad de este porvenir. Ellas deben, pues, á lo menos preparar todo espíritu esclarecido y de buena fé, á aceptar consideraciones mas altas, que prestan á estas mismas pruebas un nuevo grado de evidencia, y que conducen á otra demostracion del todo irrefragable. Estas consideraciones, en las que vamos á entrar, tienen por otra parte la ventaja de suministrar nuevas luces sobre la naturaleza y el objeto de esa otra vida, que debe seguir á la presente.

Demostracion de la vida futura, por la consideracion de la Providencia divina.

La prueba de una vida futura, por el presentimiento universal del género humano, no habia sido para nosotros mas que un razonamiento por analogía. Todas las leyes que descubrimos en el universo parecen tener su razon de ser; lo mismo debe ser, decíamos, de la ley en virtud de la cual todos los hombres, y solo los hombres, entre todos los animales conocidos, tienen el pensamiento de otra vida despues de la actual. Hé aquí lo que ahora podemos añadir: la naturaleza humana es la obra de una sabiduría infinita,

la cual, creando el universo y sus leyes, no ha puesto en él nada en vano; si puso, pues, en el hombre ese instinto superior que lo eleva sobre los demás animales, no fué para engañarle, sino para revelarle su verdadero destino. Así, completada y unida á su principio, esta prueba adquiere un nuevo grado de evidencia y solidez, que no permite desconocer su certeza. Por otra parte, el instinto de que hablamos no está aislado en la naturaleza humana: vá acompañado en ella de un deseo ilimitado de poseer la existencia, la actividad, el saber, la felicidad, el amor del bien. Este deseo puede ser desviado de su objeto por la ceguedad del espíritu y por las malas pasiones; pero subsiste áun en una aplicacion viciosa, en la que no puede hallar contento ni reposo. Puede ser combatido y atacado, pero no destruido por el temor de un porvenir formidable y desconocido, por una aspiracion insensata y contranatural hácia la nada. La satisfaccion que este deseo natural y legítimo de la existencia, de la actividad y de la felicidad encuentra en el hombre en este mundo, es insuficiente, y reconocida tal por todos los hombres en cuanto á su intensidad y duracion.

Trabajar toda su vida en desarrollar sus facultades, para descansar despues en la nada; envejecer aprendiendo siempre, segun la expresion del poeta legislador de Atenas, para perder, al morir, todo el tesoro de los conocimientos adquiridos, y áun la facultad de conocer; purificar poco á poco nuestra facultad de amar, que se extravía demasiado frecuentemente hácia objetos fútiles é indignos, y que no puede fijarse sino dirigiéndose hácia el bien absoluto, y esto para que esta facultad de amar se acabe con nosotros, en el momento en que ella aspira por fin á su objeto verdadero, que no puede ser mas que entrevisto, y no poseido en este mundo; hacer la prueba de los goces fugitivos y de las penas amargas de la vida, y aprender por esta doble experiencia que la felicidad durable, sin temor ni pesar, de la que tenemos el deseo innato é inextinguible, no es de este mundo, y esto para abismarnos fatalmente en la nada, con este deseo insaciado y sin esperanza: ¿es este, acaso, el destino inevitable del hombre? No, pues que el hombre es la obra de un Dios infinitamente sábio y bueno, el cual no habria dado á

su criatura el pensamiento y el deseo de un bien que hubiera querido hacer inaccesible para ella; no, pues que el hombre es la obra de un Dios todopoderoso, á quien nada cuesta para ponernos en estado de obtener la satisfaccion eterna de las necesidades de nuestra alma, creada para conocerle y amarle. ¿Qué digo? Para destruir nuestras almas seria necesario un acto excepcional de la omnipotencia de Dios. En efecto; nuestras almas, sustancias simples, no pueden cesar de existir sino por aniquilamiento; para reducirlas á la nada, mientras que ningun átomo se aniquila en el universo, seria necesario una voluntad especial del Criador. Pero esta voluntad no puede suponerse en El, porque no conviene ni á su justicia ni á su bondad, ni á su sabiduría. Del mismo modo, para que, sin aniquilamiento de la sustancia del alma humana, la extincion de la vida del cuerpo fuese acompañada de la extincion de la otra vida que es el desarrollo de la actividad propia del alma, y cuyas funciones mas elevadas no tienen con el cuerpo ninguna relacion necesaria, y sí solamente relaciones contingentes de influencia recíproca, seria necesario tambien una voluntad especial de Dios. Pero la existencia de esta voluntad en Dios tampoco puede suponerse, porque iria precisamente contra los designios de la Providencia. El hombre, tal como la Providencia lo ha hecho, no puede, pues, ser destinado por ella á acabar enteramente con su vida mortal; él tiene otro destino que no puede faltar por culpa de Dios, sino solamente por su propia culpa.

Aquí tocamos á una prueba nueva, á la prueba mas fuerte y mas decisiva de la inmortalidad personal del alma, á aquella que resulta de la confrontacion entre la nocion de la libertad moral del hombre, y la nocion de la justicia de Dios.

Demostracion de la existencia de las recompensas y de las penas de la otra vida, por la consideracion de la responsabilidad moral del hombre y de la justicia de Dios.

Hemos consignado ya que la ley moral, que se impone á nuestra voluntad libre sin contradecirla, tiene ya en la vida presente una sancion y una utilidad para el individuo,

pues que generalmente, en esta misma vida, el cumplimiento de esta ley dá al hombre mas garantías de felicidad que no la infidelidad en seguirla. Pero ¿es solamente respecto á esta vida, que la ley moral ha sido impuesta al hombre por el Legislador supremo? ¿No tiene esta ley otra sancion que la satisfaccion interior y las probabilidades de desgracia terrestre producidas por su violacion? Antes de responder á esta pregunta, teníamos necesidad de establecer la libertad moral del hombre, para colocar sobre ella su responsabilidad ante la justicia divina. Ahora la pregunta viene á propósito, y la respuesta está preparada: una nocion verdadera de la vida futura, debe resultar de ello con evidencia.

Estos mismos que niegan la Providencia divina, ó que se olvidan de ella, no tienen mas que interrogar sinceramente su conciencia: ella les dirá por lo bajo lo que circunstancias chocantes, la vista, por ejemplo, del crímen, feliz y triunfante, ó bien la de la virtud oprimida hasta la muerte, bajo el peso de los sufrimientos y de los oprobios, la fuerzan algunas veces á decir muy alto: ella les dirá que es necesario que haya en alguna parte una justicia para los que no la encuentran sobre la tierra. Esta justicia, cuya necesidad viene á ser en ciertos casos excepcionales evidente para los mas ciegos, debe existir siempre y para todos. En un sér libre toda falta merece castigo, toda buena accion recompensa, y debe haber en ello proporcion entre el mérito y la retribucion: esta es una ley evidente del órden moral; la razon concibe esta ley como necesaria; el curso ordinario de los acontecimientos tiende á realizarla mas ó menos; el órden social se esfuerza en cumplirla hasta cierto punto. Pero ni el curso de los acontecimientos, ni el órden social pueden alcanzar su ejecucion entera y contínua: esto basta para que la observacion de los hechos confirme la existencia de esta ley, enseñada por la razon; pero es demasiado poco para satisfacer á esta ley misma. La vida presente no muestra mas que un débil principio de la justicia. Hay virtudes desconocidas, calumniadas, oprimidas, condenadas á servir de juguete al vicio y al crímen; hay amistades, víctimas de la traicion; beneficios pagados con la ingratitud; hay separaciones sin esperanza en este

mundo; hay estrechos lazos de amor, nobles y santos, cortados por la muerte, y ésta es, tarde ó temprano, la suerte que espera á todas nuestras aficiones terrestres; hay sacrificios sublimes que conducen al sacrificio inmediato de la vida; los hay mas penosos aún, que conducen á una larga vida de sufrimientos, á una larga agonía, que se pasa algunas veces en el desprecio, en la afrenta inmerecida; hay ocasiones en que la felicidad de toda una vida podria ser comprada, no diré por un crímen, sino por una falta fácil de ocultar, excusable por otra parte á los ojos del mundo, por una falta sobre la cual hubiera sido fácil adormecer la conciencia, y que no hubiera sido probablemente seguida en este mundo ni de vergüenza, ni de remordimientos dolorosos, y no obstante, esta felicidad de toda la vida ha debido ser sacrificada al deber.

Verdad es que, áun no considerando mas que la vida presente, ningun hombre culpable, es, como tal, digno de envidia para nadie, y vale mas sufrir la desgracia que merecerla. Pero ¿por qué es así? Es precisamente porque el hombre no está sobre la tierra para ser feliz, sino para hacerse digno de serlo. Si no se hace atencion mas que á la felicidad de esta vida, preciso es confesar que, á menudo, no solamente en apariencia, sino en realidad, ciertos hombres viciosos ó áun criminales son mas felices, ó si se quiere, menos desgraciados que otros dignos de mejor suerte. Entre los culpables no son habitualmente los mas cargados de crímenes los que son mas atormentados de remordimientos; el endurecimiento disminuye las torturas de la conciencia. En una palabra; en este mundo, en circunstancias iguales, por otra parte, en cada clase de hombres, en cada condicion, el conjunto de los virtuosos tienen mas verdadera felicidad y menos sufrimientos que el conjunto de aquellos que no lo son; pero para los indivíduos hay numerosas excepciones, y áun, en general, no hay ninguna proporcion entre la suma de los méritos de cada uno de ellos y la suma de su felicidad entre la suma de los deméritos y la de la desgracia.

Así esta ley del mérito y del demérito, esta ley que la razon nos muestra como necesaria y absoluta, no se cumpliria mas que imperfectamente por relacion al conjunto de

los hombres, y de ningun modo respecto á muchos de entre ellos, si no hubiese otra vida en la que todas las injusticias de la presente serán reparadas, en la que todas las miserias inmerecidas y soportadas con una piadosa resignacion, hallarán una compensacion cierta, pues hay una Providencia todopoderosa y justa que debe dar á esta ley una sancion infalible. Esta misma ley concierne á sustancias que piensan, que Dios podria reducir á la nada, sin duda, pues que él solo les ha dado y les conserva la existencia; pero si Él las anonadase, seria por una ley especial, pues que en el universo visible ningun átomo se anonada. Igualmente, si privase de su personalidad á las sustancias que piensan, sin aniquilarlas, seria por una ley especial, pues que la personalidad pertenece á su naturaleza. Pero es imposible suponer que, con respecto al hombre, una Providencia infinitamente sábia intervenga de una manera tan manifiestamente contraria á sus designios, y por consiguiente es necesario creer que la personalidad de cada hombre se continuará durante otra vida, en la que reinará la justicia, mientras que en ésta, de prueba, la justicia se hace solamente presentir á título de ayuda ó de correccion. Así, la existencia de otra vida, en la que será recompensado cada hombre segun sus obras, es tan cierta en filosofía como la existencia de Dios: y la negacion de esta otra vida es casi tan absurda como el ateismo mismo, porque es tambien negar á Dios, negar su justicia y su omnipotencia. Sin la vida futura, la condicion presente del hombre seria inconcebible: la vida futura solo explica la vida presente, y la hace conciliable con la sabiduría infinita de Dios.

Providencia especial de Dios sobre cada hombre en esta vida y en la otra.

La existencia es para todos los séres un don gratuito de Dios, y para cada uno de ellos este don no consiste en una existencia abstracta y desnuda, sino en un poder activo, que posee cierto conjunto de propiedades naturales y de facultades. Para cada sér este don en sí mismo es un bien,

y cualquiera que sea la desigualdad de los dones gratuitos, nadie tiene derecho de quejarse. Con respecto solo á los séres libres ya creados, y despues que han hecho un uso bueno ó malo de los dones recibidos, la justicia divina puede ejercerse. Ella no pide á cada uno mas de lo que puede; pide mas al que puede mas. La vida humana es una prueba que los hombres cumplen en condiciones muy diferentes, mas ó menos difíciles ó favorables, y durante un tiempo mas ó menos largo. Los dos términos de esta prueba son los mismos para todos los hombres: estos son la concepcion y la muerte; pero el intervalo que los separa varía mucho y no pertenece todo entero á la prueba efectiva, porque comprende ciertos tiempos en que la razon y con ella el libre albedrío dormitan. Algunos hombres mueren sin que la prueba real haya principiado aún para ellos, sea que la muerte les haya detenido á la entrada misma de la carrera, ó que hayan vivido incapaces de recorrerla como séres razonables. Sin embargo, ellos son hombres: en sus almas, unidas á organismos defectuosos ó demasiado poco desarrollados, las facultades mas nobles han quedado como dormidas; pero deben despertarse al morir; y la razon nos dice que Dios en su bondad les dará por lo menos una existencia preferible para ellos á la nada. Algunos hombres pierden la razon para no recobrarla sino despues de la muerte; y así la prueba del libre albedrío acaba para ellos antes que la vida. Mientras dura esta prueba, unos son secundados por las disposiciones naturales, por la educacion, por la instruccion moral y religiosa, de suerte que, si sobrevienen grandes tentaciones, ó si se presentan grandes ocasiones de hacer bien, están preparados á ello. Otros, al contrario, están privados de todas estas ventajas, expuestos á todos los peligros morales de la ignorancia, del vicio y de la miseria. Los primeros no deben enorgullecerse de sus virtudes fáciles, ni los últimos desalentarse en vista de sus faltas. La observacion muestra entre los primeros ejemplos de caidas tan asombrosas como deplorables, y entre los últimos, virtudes cuya vista sorprende y consuela. Sobre los unos y los otros hay una soberana justicia que lo juzgará todo con perfecto conocimiento de causa; hay una Providencia que durante la prueba otorga su socorro á la debilidad su-

plicante, y lo retira al orgullo, que cree no tener necesidad de él.

Pero hecha la abstraccion de la revelacion, cierta accion interior y particular de Dios sobre cada alma, no puede negarla ningun filósofo que crea en la Providencia. En efecto; cuando esta accion divina consiste solamente en un atractivo, en una luz, en una advertencia, en una fuerza, en una direccion, que el hombre puede aceptar ó rechazar, esta accion no deroga ninguna ley del órden universal: lo que sí deberia parecer no solo incomprensible, sino absurdo, seria que esta intervencion divina no existiese jamás; seria que solo entre todos los séres razonables, el Todopoderoso no pudiese nada en el órden moral; seria que Dios no pudiese ejercer sobre su criatura una influencia bienhechora, igual ó superior á la que un hombre puede ejercer sobre sus semejantes; seria que el Criador habiendo puesto en las almas de todos los hombres un instinto que los mueve á pedirles su ayuda, y reconociendo eternamente todas sus súplicas, se hubiese impuesto la ley de no oirles jamás, de no enviar ningun consuelo al alma afligida que lo implora, ningun socorro interior al alma humilde que lo invoca en la tentacion. No solamente el sér bastante desprovisto de poder ó de bondad, para no venir jamás en ayuda de los hombres que recurren á El durante esta vida de prueba, no seria el Dios infinitamente poderoso y bueno, cuya existencia nos es demostrada por la razon, sino que este sér tan desdeñoso de la suerte de los indivíduos, ó tan impotente para proveer á sus necesidades, seria incapaz de asegurarles despues de la muerte la remuneracion infalible que la razon les manda esperar.

Hé aquí como la vida presente y la futura se explican la una por la otra, y las dos se explican por la accion de una Providencia general y especial, que se estiende á todas las cosas, á los detalles como al conjunto. La razon nos dice que esta Providencia infinitamente sábia no debe jamás sacrificar el órden mencionado á consideraciones particulares, pero que tampoco debe sacrificar al sosten de este órden el cumplimiento de las leyes de su bondad y de su justicia sobre los indivíduos; porque, si el órden imperfecto, tal como los hombres pueden establecerlo, descuida los

detalles por el conjunto, el órden absoluto, establecido por la sabiduría infinita no existe perfecto en el conjunto, sino porque existe perfecto tambien en todos los detalles considerados respecto á su último fin. Pero cada cosa tiene su tiempo, y Dios, que lo abraza todo, no descuida nada porque es omnipotente, y no apresura nada porque es eterno. La Providencia distribuye á los hombres, durante esta vida de prueba, la felicidad y la desgracia sobre todo por el intermedio de causas segundas, de las cuales unas siguen sus leyes generales sin eleccion y sin miramiento para los indivíduos, y otras dotadas de libertad, no están exentas de capricho y mala voluntad. Dios ha previsto y dispuesto todas las combinaciones de estas causas, pero en vista de la prueba, que no es el tiempo de la remuneracion. No obstante, ya en esta vida, la justicia divina se ejerce mas de lo que se imagina. En efecto, las miserias de esta vida, miserias de las que las gentes de bien tienen muchas veces una parte mayor, son un medio de progreso y de salvacion para aquellos que quieren aprovecharse de ellas, mientras que las prosperidades de una vida criminal y el silencio de la conciencia son la mayor de las desgracias, á causa del porvenir que esta felicidad pretendida prepara mas allá de esta vida.

La remuneracion perfecta está reservada para la vida futura. La razon nos dice que entonces la Providencia distribuirá la felicidad y la desgracia, conforme á las leyes generales de la justicia, y tambien segun la consideracion particular de los méritos de los indivíduos y mediante una accion especial sobre cada uno de ellos. La Providencia podrá obrar sobre ellos directamente y por sí misma; ella podrá tambien emplear el intermedio de causas segundas libres, pero siempre sometidas á sus órdenes, ó de causas segundas desprovistas de libertad, pero con las cuales los indivíduos serán puestos en relacion diversa segun sus méritos.

Probabilidad filosófica de la inamisibilidad de las recompensas de la otra vida.

Esta doctrina filosófica de la vida futura es cierta, pero muy vaga é incompleta. Veamos si es posible precisarla

mas sin recurrir á la revelacion. Ocupémonos primero de las recompensas y de su duracion. La vida dichosísima que Dios reserva á aquellos que habrán cumplido con mérito las pruebas de la vida terrestre ¿se terminará tarde ó temprano con el anonadamiento de la personalidad ó de la existencia misma del alma? La filosofía puede con seguridad responder negativamente á esta pregunta. Porque si bien es verdad que la justicia divina y la ley del mérito y del demérito podrian quedar satisfechas con una recompensa temporal, pero Dios no es solamente justo, es bueno y sábio; no nos ha dado solamente la libertad moral y la responsabilidad, nos ha dado tambien en esta vida el pensamiento de una continuacion indefinida de nuestra existencia, el deseo de una felicidad sin fin. Es naturalmente imposible que este pensamiento y este deseo cesen en nosotros en una vida mejor, y es imposible que el Sér infinitamente bueno y sábio quiera defraudar este pensamiento y este deseo, quitando á cada alma bienaventurada la existencia ó la personalidad.

Pero ¿no puede Dios, despues de la recompensa someter las almas á una prueba nueva, la que con la posibilidad de caer les daria tambien la de merecer una mas elevada recompensa? ¿No puede la recompensa misma ser una prueba que pasar en una condicion mas feliz y mas favorable? En presencia de estas dos cuestiones, la razon humana, abandonada á sí misma, titubea y se turba, porque á lo menos al primer golpe no ve delante de sí mas que probabilidades en lugar de certeza. Una recompensa eterna é inmutable le parece mas digna de la omnipotencia y de la bondad infinita del Remunerador supremo, y ella le parece sola capaz de satisfacer plenamente á esta necesidad que nos persigue sin cesar en medio de la inquietud y de la instabilidad de nuestros deseos en este mundo, es decir, á la necesidad de un reposo perfecto en una actividad libre y poderosa sin esfuerzo, á la necesidad del sosiego absoluto en el contento completo de la inteligencia y del amor. Pero esta recompensa asegurada para siempre ¿es posible para el hombre y conciliable con el libre albedrío? Para resolver plenamente esta dificultad, seria necesario poseer sobre la esencia de la beatitud futura una certeza que la filosofía no dá, y que la

revelacion solo puede suministrar. Sin embargo, la filosofía, sin salir de sus límites naturales puede enseñar con certeza que esta beatitud ofrecerá la conciliacion del deseo de la felicidad con el amor del bien, colocando las almas en una relacion mas íntima de conocimiento y de amor con el bien supremo, es decir, con Dios. Le es aún posible entrever que aquella conciliacion puede ser tan perfecta y esta relacion tan íntima, que no pueda haber ya para ellas ni tentacion ni caida posible. Claro está que la esperanza de una tal felicidad es en esta vida el mas poderoso aliciente para obrar bien y sacrificarlo todo para el servicio de Dios y del prójimo. Pues bien, en lo que concierne al destino humano, la doctrina mas favorable á la moral, con tal que no proponga nada imposible, es la mas verosímil, sobre todo cuando, como está, parece la mas conforme á la nocion de la bondad divina.

A mas de esto, toda otra suposicion dá lugar á dificultades mas graves. Para que la recompensa fuese necesariamente seguida de una prueba nueva, seria necesario que Dios privase á las almas fieles del estado sublime que constituye su recompensa, seria necesario que les quitase hasta el recuerdo de esta perfeccion y de esta beatitud que de otro modo echarian de menos demasiado vivamente por estar tentadas de no merecerla de nuevo; seria necesario que de este modo el autor de todo bien, el autor, el conservador de todas las cosas destruyese una parte del bien producido por sí mismo con la cooperacion libre de su criatura. Tal suposicion repugna, y parece que en nombre de la razon sola se puede afirmar que si una alma bienaventurada puede decaer, será solamente por su culpa. Pero para que esta culpa fuese posible, seria necesario que la recompensa misma fuese una prueba; seria necesario que ella no excluyese la tentacion; seria necesario que ella no ofreciese la conciliacion actual y sensible del amor del bien y del deseo de felicidad. Pues bien, una tal recompensa pareceria poco digna de Dios, y poco proporcionada con las aspiraciones de nuestra alma hácia una felicidad infinita; ó por mejor decir, esta suposicion confunde una con otra la prueba y la recompensa, como otra suposicion análoga, de la que hablaremos pronto, confunde la prueba con la pena.

Verosimilidad filosófica de un infierno eterno y de un purgatorio.

La observacion nos manifiesta que una misma vida puede reunir grandes faltas y acciones excelentes, que disposiciones virtuosas pueden suceder á la costumbre del vicio, y que recíprocamente en una misma vida el vicio y el crímen pueden suceder á la virtud. La razon dice, que en la remuneracion que sigue á la vida presente, el soberano Juez debe tener en cuenta, sobre todo, las últimas disposiciones: que las disposiciones criminales, en tanto que ellas persisten, hacen perder todo derecho á la recompensa de los méritos anteriores; que por otro lado, mientras dura la prueba, es posible reparar lo pasado con el arrepentimiento y la expiacion, y que Dios tiene en cuenta la buena voluntad de aquellos á quienes el tiempo falta para satisfacer enteramente antes de la muerte á su justicia mitigada por la clemencia. La razon dice tambien que solo Dios puede juzgar á cada hombre y saber los cambios morales que se han efectuado en el alma al aproximarse la muerte. Sin embargo, como la razon no permite suponer un milagro constantemente renovado en favor de todos los hombres perversos para conducirlos al bien en los últimos instantes de su vida, ella no permite tampoco dudar que entre los hombres haya algunos que falten á su destinacion y sucumban definitivamente por su culpa en la prueba de la vida presente. Ademas, la razon entrevé que el sufrimiento es la consecuencia natural de esta contradiccion entre el destino del hombre y la situacion en que se ha colocado libremente por el crímen; ella entrevé que las ilusiones de esta vida de prueba impiden sola esta consecuencia de producirse de una manera invariable y en toda su intensidad, pero, que, segun las leyes de la Providencia y de la justicia, la desgracia debe ser la condicion natural de las almas salidas de la prueba en hostilidad con Dios y con el deber. ¿Se terminará infaliblemente tarde ó temprano la pena de estas almas por el anonadamiento ó por la pérdida de la personalidad y por consiguiente de la facultad de sufrir? Nada autoriza esta supo-

sicion, segun la cual todos los culpables estarian asegurados de ser sustraidos así por una intervencion especial de Dios á la consecuencia natural de sus culpas. Con mayor razon, nada autoriza á creer que su pena se terminará infaliblemente por una felicidad inmerecida; y esta suposicion, que seria una excitacion al crímen, debe ser rechazada sin titubear, como inconciliable con la justicia y la sabiduría de Dios. ¿Dependerá la duracion de la pena de las disposiciones con que será sufrida? ¿Podrá la pena durar eternamente, si el culpable persevera en el mal, pero acabar, si por largos sufrimientos sobrellevados con resignacion y arrepentimiento, él borra sus crímenes pasados? En otros términos: ¿será la pena una prueba nueva y solamente mas dura, con la posibilidad siempre presente de volver al bien? No me atrevo á decir que la razon, sin contar con la revelacion, pueda ver claramente que esta suposicion es imposible; pero digo que la razon está muy lejos de ver en ella los caractéres de la certeza ó aun de la verosimilitud. Porque, primeramente, nada prueba que el hombre no tenga un destino sobrenatural y obligatorio, y que Dios no le ofrezca en esta vida socorros sobrenaturales sin los cuales es imposible cumplirlo, y nada le prueba al hombre tampoco que cuando se ha sustraido á este destino hasta el último instante de su vida, Dios debe dispensarle de nuevo, durante el tiempo de la pena, los socorros que ha rechazado obstinadamente durante el tiempo de la prueba. A mas de esto, segun una opinion contra la cual, como lo hemos ya observado, no existe razon alguna decisiva, Dios obraria en nosotros todo el bien que hacemos aun en el órden de las virtudes puramente naturales, y el uso bueno ó malo del libre albedrío consistiria, ora en consentir á este bien, ora en resistir al bien que Dios operaria en nosotros si nosotros consintiésemos á él. Pero, aun suponiendo que esta opinion fuese cierta, ¿no podria Dios abandonar á su perversidad á aquellos que hubieran perseverado en el mal hasta el fin de la vida? Prescindiendo aun de esta opinion controvertible, y suponiendo que un hombre fiel á las prácticas de las virtudes puramente naturales pudiese perseverar en ellas por sí mismo sin que Dios interviniese de otro modo que como conservador siempre presente de las facultades de su cria-

tura, no se podria concluir con certeza que en esta vida de prueba el hombre que se hubiese desviado del bien pudiese volver á él sin un socorro especial y reparador, y sobre todo no se podria inferir que este socorro inmerecido, pero siempre ofrecido en tanto que la bondad de Dios se digna prolongar la prueba del culpable, debiese ser dado igualmente despues de terminada la prueba, y durante todo el tiempo destinado al cumplimiento de la justicia.

Así, pues, no es la verdadera filosofía la que promete á los hombres la posibilidad asegurada de volver despues de la muerte al verdadero bien que habrán aborrecido y á la verdadera felicidad cuya esperanza habrán rechazado durante la vida: esta promesa viene de una filosofía engañada y engañadora, que favorece con una complicidad tal vez involuntaria, pero ciertamente perjudicial, los extravios del corazon.

La verdadera filosofía debe enseñar que la creencia de la eternidad de las penas no presenta nada contradictorio ni imposible, y que ella es mas favorable á la moral que toda otra suposicion; y la verdadera filosofía debe reconocer que esta observacion constituye una grande probabilidad en favor de esta creencia. Solamente es verdad que no pertenece á la filosofía el terminar qué grado de culpabilidad moral puede bastar para acarrear la pérdida eterna de las recompensas y para merecer la pena sin fin en su grado menor. Pero la filosofía puede y debe decir que el desprecio voluntario y reflexionado de cualquiera de los deberes esenciales del hombre para con Dios, con el prójimo y consigo mismo, coloca al alma en estado de oposicion contra la ley moral, contra el bien absoluto, contra Dios, y que arriesgarse á morir en esta disposicion, es arriesgarse á perderse por la eternidad. No pertenece tampoco á la filosofía el determinar en qué pueden consistir los grados mas débiles de la pena eterna; pero la filosofía puede y debe declarar que es ya sin duda una pena inmensa el sentirse culpable de haber perdido por su culpa una eternidad de dicha ofrecida por la Providencia divina. La filosofía puede y debe añadir que, en virtud de la justicia, la intensidad de este dolor y de otras penas que pueden unirse á él, debe ser proporcionada al número y á la gravedad de las culpas no

borradas por el arrepentimiento, y sobre todo á la perversidad íntima que las ha inspirado. La verdadera filosofía y aun el simple buen sentido indican que la intensidad de una pena eterna puede variar á lo infinito, como la enormidad del mal moral que la ha merecido.

¿Es probable que en la otra vida no haya mas que penas y recompensas eternas? Aquí la razon, abandonada aun á sí misma, titubea y se turba. Que todas las recompensas de la otra vida dejan subsistir la posibilidad de faltar y de decaer, esta suposicion es como lo hemos visto, si no de una evidente falsedad, á lo menos de una extrema inverosimilitud. Decir que algunas solamente de estas recompensas serán susceptibles de acabar por una caducidad, y que asimismo, para una parte solamente de los hombres muertos en malas disposiciones, las penas serán susceptibles de acabar por una vuelta al bien, esto es decir que para algunos hombres la prueba terrestre, juzgada insuficiente, será seguida de otra prueba en una condicion mejor ó peor segun los méritos de cada uno; esta es una suposicion gratuita, que la filosofía abandonada á sí misma, no puede ni demostrar ni refutar; pero la filosofía puede y debe hallar mas probabilidad en la creencia segun la cual todos los hombres no tienen que sufrir mas que una vez la prueba de la que depende la salud eterna, y conforme á la cual, para aquellos que no han sucumbido en esta prueba única, la bondad de Dios puede suplir á la insuficiencia de los méritos. La filosofía puede y debe decir tambien que antes de recompensar mas de lo que merecen á aquellos que no han faltado á su destino, es posible que Dios principie por castigar con una mezcla de severidad é indulgencia las faltas demasiado poco expíadas en esta vida. Así es posible que las almas que no son enteramente puras sean abandonadas por él durante algun tiempo al dolor del arrepentimiento. La filosofía puede añadir que amando el bien y aseguradas de la recompensa eterna, es posible que estas almas, justamente sometidas á la necesidad de sufrir estén exentas de la tentacion de decaer. Esta suposicion deberá aun parecerle mas verosímil que otra cualquiera. En efecto, al morir, la prueba está terminada; pero la sancion de la ley moral seria incompleta, si las faltas ligeras ó graves imperfec-

tamente expiadas, debiesen quedar sin una expiacion proporcionada á su gravedad.

Así aun prescindiendo de la enseñanza religiosa, la razon se vé conducida á admitir, si no con certeza, á lo menos con probabilidad, que la vida presente es la prueba única que decide de la suerte eterna de cada alma, y que despues de esta prueba, no hay mas que por una parte, un infierno, en donde la voluntad, pervertida y privada de socorros por su culpa, no puede volver ya al bien; por otra un purgatorio y un paraiso, en donde la voluntad, confirmada en el bien con la esperanza cierta ó con la posesion presente de una felicidad sublime, no puede ya declinar al mal. Esta creencia, que se presenta como la mas verosímil, es al mismo tiempo la mas capaz de empeñar al hombre á evitar, no solamente las faltas graves, sino las ligeras, á arrepentirse de unas y otras, y á borrarlas con una vida de sacrificios y de abnegacion. Hé aquí, pues, otra fuerte probabilidad en favor de esta creencia, pues que la sancion mas eficaz de la ley moral es verdaderamente la que el legislador supremo ha instituido.

Inducciones filosóficas sobre la naturaleza de las recompensas y de las penas de la otra vida

Sobre la naturaleza de las recompensas y de las penas, la filosofía no dá tampoco luces suficientes, pero lejos está tambien de que le falte todo dato. Hay en el alma humana una actividad interior, cuyas dos formas principales son el conocimiento y el amor. Las aspiraciones mas nobles del alma humana corresponden al desarrollo de esta actividad interior y de estas dos facultades. Este desarrollo, y las aspiraciones que le conciernen, no se reducen á esta vida, sino que tienden á un porvenir sin fin, que es imposible no concebir como el blanco mismo de la naturaleza humana. Sin duda en la recompensa eterna estas facultades de nuestra alma podrán aplicarse á objetos nuevos y hasta entonces desconocidos para nosotros; pero entre los que conocemos, hay algunos que no podremos olvidar. Nosotros somos esencialmente y por naturaleza séres sociales: habrá en la

recompensa eterna una sociedad de almas dignas de conocerse y de amarse; entre las que se habrán conocido en la tierra, habrá verosímilmente un recuerdo fiel de los afectos dignos de sobrevivir á esta vida pasajera. Pero sobre todo, nosotros somos esencialmente y por naturaleza séres religiosos: conocer y amar á Dios segun la medida de nuestras fuerzas, á pesar de las seducciones y distracciones del mundo, conocer y amar para Dios lo que es digno de ser conocido y amado, es el primer deber de la vida presente, el que abraza todos los demás. Conocer y amar á Dios de una manera muy perfecta, sin obstáculo y sin distraccion, conocer y amar de una manera muy perfecta y en vista de Dios todo lo que es bueno, tal deberá ser la recompensa de la vida futura.

¿Hasta qué punto y de qué manera las almas bienaventuradas conocerán á Dios? ¿Será por intuicion pura y directa, ó por razon discursiva? ¿Será en sí mismo ó en las obras por las cuales él se manifiesta? ¿Cómo obrará Dios entonces, sobre las almas? ¿Cómo y hasta qué punto poseerán ellas este objeto supremo de su amor? Sobre estas cuestiones la filosofía no halla respuesta cierta que dar. Todo lo que ella puede prometer con certeza á las almas justas es una beatitud natural proporcionada á las facultades presentes del hombre. En cuanto á una beatitud sobrenatural hecha para estas facultades trasformadas por la gracia, la filosofía no puede negar la posibilidad de este milagro de la Omnipotencia y bondad de Dios; pero la razon sola no basta para darnos de ella la prevision cierta; porque seria posible que esta beatitud superior fuese reservada exclusivamente á séres mas perfectos que el hombre,

Admitiendo la probabilidad de penas temporales seguidas de una felicidad asegurada, la filosofía puede suponer con verosimilitud que la principal de estas penas será el deseo ardiente y la necesidad vivamente sentida de la beatitud, con el pesar de haberla retardado por su culpa, y con el arrepentimiento de haberse alejado así mas ó menos del bien supremo, que es Dios, y de la ley moral y religiosa, que es la voluntad divina.

Reconociendo la certeza de las penas impuestas por la justicia suprema á los hombres que han faltado voluntaria-

mente á su destinacion, y que han preferido hasta el término de la vida el mal moral al bien, la filosofía puede afirmar con certeza que en la vida venidera, los goces é ilusiones de la vida presente, habiendo cesado para ellos, su principal pena, consecuencia natural de sus culpas, debe consistir de una parte en remordimientos sin distraccion y sin reposo, de otra en una actividad que, distraida de su principio y abandonada al mal, no puede hallar en ella mas que tormentos perpétuos, y se vuelva contra sí misma sin poder destruirse. Si la filosofía no puede afirmar que esta pena sea necesariamente eterna, aún menos puede garantir la certeza ó la posibilidad de salir de ella, sea por el aniquilamiento, sea por la pérdida de la personalidad, sea por la enmienda volviendo al bien.

Verosimilitud filosófica de la resurreccion de los cuerpos humanos.

En la pena ó en la recompensa, ¿será el alma separada para siempre de todo organismo propio? ¿Estará para siempre sin ninguna relacion con el mundo visible? Todas las creencias populares, todas las religiones, casi todos los filósofos que han admitido la inmortalidad personal del alma, han respondido negativamente á estas dos preguntas. Los filósofos, en escaso número, que se han pronunciado por la afirmativa, tienen contra ellos la opinion casi unánime del género humano. Pero esta opinion, que ellos rechazan, se funda en un instinto natural, que se explica y justifica por la observacion de los hechos de nuestra naturaleza.

El alma, sustancia simple y pensadora, tiene conciencia de una sensibilidad física y de una fuerza motriz que le es propia. En la vida presente, estas facultades se ejercen por un organismo; es decir, por un cuerpo vivo, cuyas partes son apropiadas á funciones determinadas, y cuyo conjunto es el instrumento de la actividad exterior del alma. En este organismo hay un principio de unidad y de identidad que sobrevive á la renovacion completa de la materia del cuerpo, y que debe ser ó un organismo invisi-

ble, al cual le seria inmediatamente unida, ó una facultad del alma misma, facultad cuyo ejercicio instintivo no iria acompañado del testimonio de la conciencia. Sea como fuere, nada indica que el alma haya jamás existido sin este principio y sin la actividad externa que se ejerce por él, ni que haya existido con este principio antes de la formacion primera del cuerpo visible. Con todo, durante la vida, este principio de la identidad persistente de este cuerpo, es separable de cada una de las partes de la materia de que se compone; porque, sin cesar, estas partes desaparecen y son reemplazadas por otras; pero mientras dura la vida, este principio es inseparable del alma. No hay ninguna razon para suponer que debe separarse de ella al morir, y que el alma debe perder para siempre la actividad externa, que es una de las facultades naturales. Es posible, al contrario, que despues de la muerte esta facultad dormite por cierto tiempo, y que durante este sueño mismo no esté desprovista de todo ejercicio, pues que ha podido conservar su órgano interno, inmediato é invisible. Es posible tambien que esta facultad se despierte con una energía nueva y vuelva á tomar un organismo externo. Entonces este organismo, volviendo á hallar en su accion nueva con el alma el mismo principio de unidad y de indentidad, seria tan idéntico con el cuerpo visible destruido por la muerte, como éste cuerpo era idéntico consigo mismo en dos épocas de la vida terrestre, entre las cuales habia tenido una renovacion completa de su sustancia. Esta resurreccion no es *à priori*, ni mas incomprensible, ni mas inverosímil que el hecho de la generacion. Hay solamente que este prodigio de la resurreccion, suponiendo que sea real, pertenece al porvenir, mientras que el de la generacion, perteneciendo al presente y al pasado, queda justificado por la experiencia. La resurreccion de los cuerpos humanos, considerada independientemente de las circunstancias que podrán acompañarla, podria ser un hecho tan natural como la generacion misma. En la resurreccion, tal como nuestros Libros Santos lo anuncian, lo que parece no poderse explicar sino por un milagro, es su prontitud y simultaneidad para todos los hombres. Pero, como lo hemos manifestado, la filosofía debe admitir la posibilidad

de los milagros, y reconocer especialmente la verosimilitud de éste, porque debe ver que puede ser motivado por una causa final general, digna de la Providencia divina.

Así, sin pretender que en la filosofía la resurreccion futura sea demostrada, hay derecho para decir que ella no es improbable. En efecto, repugna el creer que una facultad del alma deba extinguirse sin volver, ó no recibir en una vida mas perfecta sino un ejercicio mas incompleto. Tal suposicion repugna; tanto mas, si esta facultad, que parece pertenecer al tiempo de prueba, por sus imperfecciones y por los obstáculos que encuentra, parece al contrario, por lo que ella tiene de esencial, referirse al destino definitivo del alma. Pues bien; esto es precisamente lo que la observacion y la induccion nos demuestran. En efecto, es un espiritualismo falso y exagerado, no ver en el cuerpo mas que una carga y una tentacion, cuando debe reconocerse en él al mismo tiempo un apéndice natural y útil de la persona humana, el instrumento de la inteligencia y de la voluntad. La vida no es solamente una prueba, sino tambien una iniciacion, pues por el intermedio del cuerpo, está el alma iniciada en la mayor parte de los conocimientos de los cuales tiene necesidad, pues que es por este intermedio por el que ella recibe la instruccion, la educacion, la enseñanza religiosa y por él contempla la sabiduría del Criador en sus obras visibles; igualmente por el intermedio del cuerpo practica la castidad, la caridad, la piedad. Sin duda las almas podrian, sin el intermedio del cuerpo visible, conocerse unas á otras, amarse, comunicarse sus pensamientos, conocer y amar á Dios, y comunicar con él. Sin duda aún no es imposible que sustancias simples y que piensan, entren directamente y por sí mismas en comunicacion con la materia, pues que el alma comunica bien así con su cuerpo durante la vida; pero la facultad ilimitada de comunicar directamente con todos los cuerpos sin el intermedio de un organismo propio, parece estar fuera de las condiciones de la naturaleza humana. En lugar de suponer que Dios le dará una facultad nueva y extraña á su naturaleza presente, ¿no es mas verosímil que le volverá el ejercicio de la misma facultad, mas desarrollada, con órganos mas perfectos?

La felicidad ó la desgracia del alma en la vida futura, la constituirá principalmente su actividad interna, en relacion íntima con Dios, ó separada de este principio de todo bien por el pecado. Pero, áun independientemente de la revelacion, es natural suponer que la actividad externa del alma, puesta de nuevo en relacion con órganos que habrán sido para ella el instrumento de la virtud ó del vicio, tendrá tambien su parte en la recompensa ó en la pena. Esta parte no será mas que accesoria; pero al presente, ella hace mas impresion sobre la mayor parte de los hombres, y especialmente sobre aquellos que, no dejándose conducir por el amor, tienen necesidad de ser llamados á sí mismos por un interés sensible: ella presta á las esperanzas y á los temores de la otra vida una forma mas precisa y mas capaz de conmover ciertas almas rebeldes ó adormecidas; ella dá á estos temores y á estas esperanzas mas eficacia para apartarse del mal y para llamar al bien á aquellos que están tentados de extraviarse.

En resúmen: sobre las relaciones futuras de las almas con el mundo visible, la doctrina de la resurreccion es en filosofía la hipótesis mas verosímil en sí misma, y viene á ser mucho mas probable por su utilidad moral.

En esta cuestion, como en tantas otras en donde la razon por sí misma no puede llegar á la certeza, la filosofía halla las mas fuertes probabilidades en favor de la doctrina que se apoya en la autoridad de la revelacion.

FIN DE LOS APÉNDICES.

ÍNDICE.

PÁGS.

INTRODUCCION.—La pluralidad de mundos y la pluralidad de existencias.—Reseña de la obra *Lúmen*, por Mr. Flammarion.—Objeto de la presente obra.—Razon de su método. 1

Primera narracion.—¡ULTRA-TUMBA! 45

I. Una visita al cementerio de Valencia. 47

II. Las voces del sepulcro. 53

III. La voz de la conciencia. 61

IV. La voz del corazon. 67

Segunda narracion.—¡DEL TIEMPO A LA ETERNIDAD! 77

I. Despues de la muerte. 79

II. La entrada en la otra vida. 91

III. La vida de las almas. 101

IV. Los muertos y los vivos. 113

V. El mundo invisible. 121

Tercera narracion.—LOS HORIZONTES CELESTES. . 129

I. ¡Sobre los astros! 131

II. Contemplacion del Universo. 145

III. El cielo cristiano. 159

IV. El infierno eterno. 169
Cuarta narracion.—LUMEN TENEBRÆ. 185
I. Las existencias de «Lúmen». 187
II. El desarrollo de la vida. 201
III. El orígen del alma. 215
IV. La teología de Lúmen. 227
Quinta narracion.—¡EN EL TIEMPO Y EN EL ESPACIO! 239
I. Los siglos infinitos. 241
II. El campo de la vida. 253
III. La verdadera luz. 271
Sexta narracion.—LOS ESPLENDORES DE LA FÉ. . 285
I. ¡Gracia y gloria! 287
II. La segunda vida. 299
III. La segunda muerte. 309

APÉNDICES. 315
Cuatro palabras sobre *Lúmen*, de Mr. Camilo Flammarion, por don Eusebio Sanchez Ramos, catedrático del Instituto de Lorca. 317
EL HOMBRE ES POLVO. Mi primer sermon en la Catedral de Valencia el *Miércoles de Ceniza* 1.° de Marzo de 1876. 337
Doctrina filosófica de la vida futura sin invocar el auxilio de la revelacion. (Extractos de Th. Henry Martin).—Utilidad de una doctrina puramente filosófica de la vida futura. 349
Inducciones que se pueden sacar de la creencia universal en la otra vida. 350
Inducciones en favor de la vida del pensamiento, despues de la muerte del cuerpo. 353
Demostracion de la vida futura, por la consideracion de la Providencia divina. 357
Demostracion de la existencia de las recompensas y de

las penas de la otra vida, por la consideracion de la responsabilidad moral del hombre y de la justicia de Dios. 359
Providencia especial de Dios sobre cada hombre en esta vida y en la otra. 362
Probabilidad filosófica de la inamisibilidad de las recompensas de la otra vida. 365
Verosimilitud filosófica de un infierno eterno y de un purgatorio. 368
Inducciones filosóficas sobre la naluraleza de las recompensas y de las penas de la otra vida. 372
Verosimilitud filosófica de la resurreccion de los cuerpos humanos. 374

NARRACIONES

DE LA

ETERNIDAD